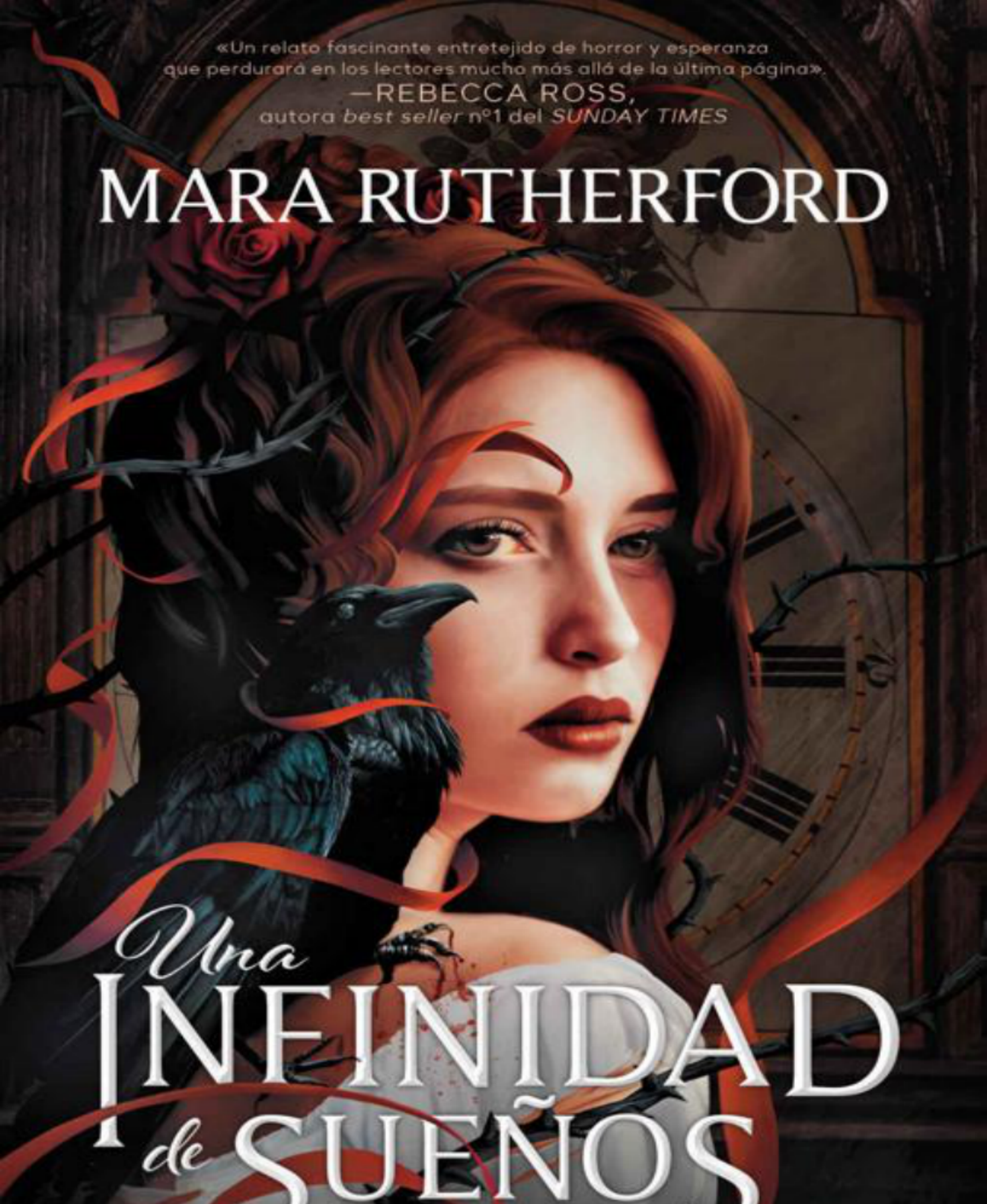
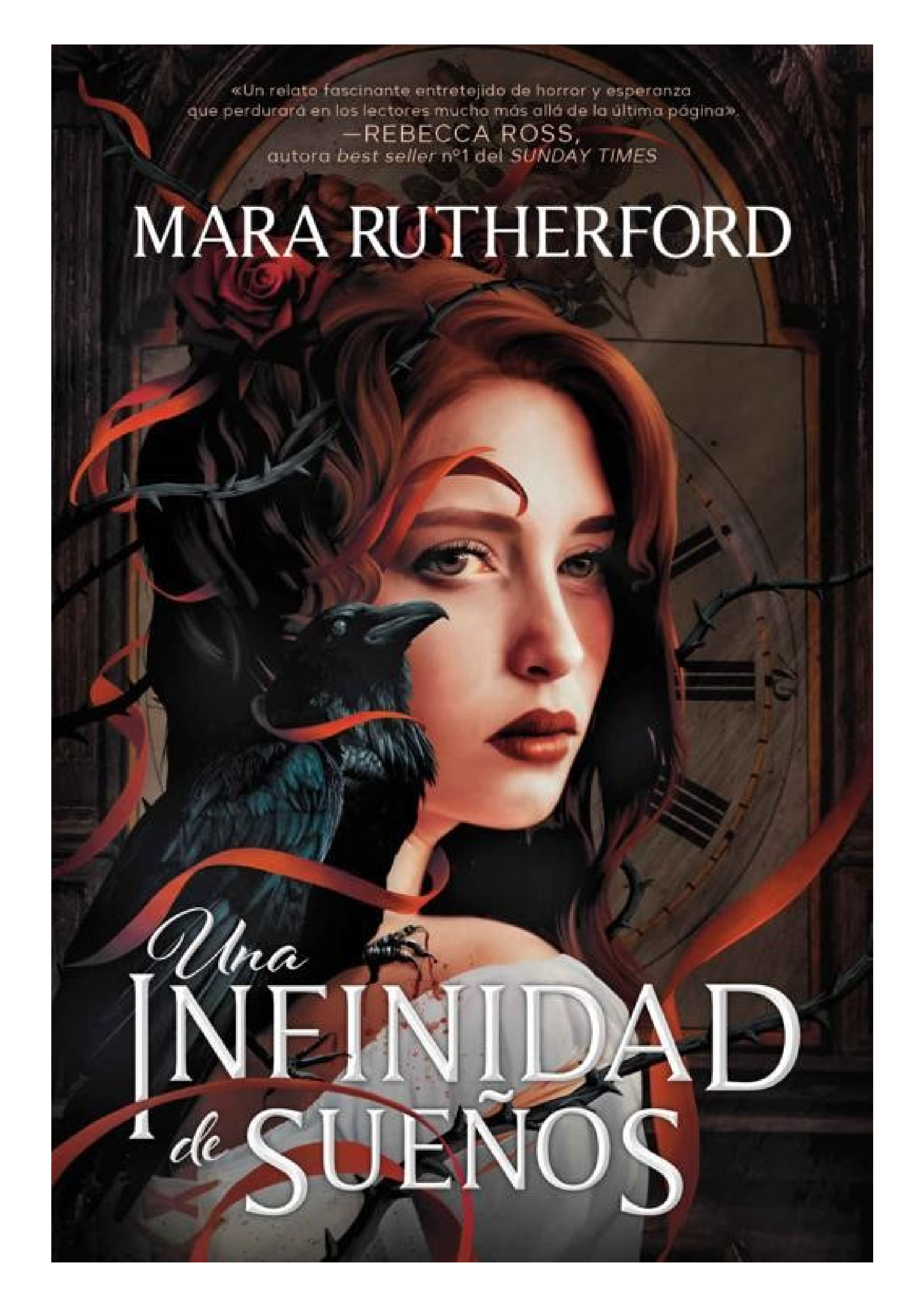

«Un relato fascinante entretejido de horror y esperanza
que perdurará en los lectores mucho más allá de la última página».
—REBECCA ROSS,
autora best seller nº1 del SUNDAY TIMES
MARA RUTHERFORD
Una
INFINIDAD
de SUEÑOS


«Un relato fascinante entretejido de horror y esperanza
que perdurará en los lectores mucho más allá de la última página».
—REBECCA ROSS,
autora best seller nº1 del SUNDAY TIMES
MARA RUTHERFORD
Una
INFINIDAD
de SUEÑOS



Para Will, porque es lo justo. Te quiero, patatita.

«Oh, feliz posteridad, que no experimentará tan abismal desdicha y considerará nuestro testimonio una fábula».

Petrarca, 1348, sobre la peste negra

«Había mucho de lo bello, de lo absurdo, gran parte de lo extraño, algo de lo terrible y no poco de lo que podría haber producido repugnancia. De aquí para allá, en las siete salas se mostraban, de hecho, una infinidad de sueños».

La máscara de la muerte roja, **Edgar Allan Poe**

CAPÍTULO 1

Eldridge Hall era un castillo construido sobre mentiras.

En la habitación más alta de la más alta torre, donde había corrientes de aire hasta en los días más tranquilos, Seraphina se encontraba junto al alféizar de la única ventana. Incluso esa ventana era una mentira, pues años atrás había sido sellada apresuradamente con tablones de madera, y una ventana a través de la cual no puede verse nada no es más que otro muro.

En cualquier momento, el reloj de ébano del gran salón emitiría tres estruendosos tañidos, anunciando el comienzo de otra elaborada cena que el reino no podía permitirse. La hora real apenas importaba. El fabricante de relojes había muerto años atrás de la mori roja y, si quedaba alguien fuera del castillo que pudiera repararlo, el rey jamás pondría en riesgo la salud de su adorada hija pequeña para buscarlo. Mientras bajaba las escaleras hacia el comedor, iba tarareando la melodía de una canción infantil que había oído durante los primeros días de la plaga, cuando todavía no había llegado a la ciudad. En los círculos reales, llamaban «mori roja» a la enfermedad pero, ahí fuera, más allá de los muros del castillo, la habían denominado «la trisanguinaria».

La cuestión era la siguiente: el tres era el número más desafortunado de todos. Era el número de desdichadas hermanas mayores que tenía Seraphina, el número de veces al día que tenía que visitar los aposentos del rey loco y el número de días que tardaba una persona en morir de la mori roja.

También era la hora que el reloj de ébano llevaba años empecinado en anunciar a cada hora del día, tan empeñado en negar la realidad como el rey.

Con los hombros cuadrados y la regia barbilla levantada, Seraphina entró en el comedor. Las sillas chirriaron conforme los caballeros y las damas se ponían en pie para saludarla. Más allá del exquisito cristal tallado y la vajilla de una porcelana tan fina que casi podía verse a través de ella, el rey ya se había medio levantado de su asiento, dispuesto a honrarla con uno de sus besos que, de algún modo, eran al mismo tiempo demasiado húmedos y demasiado secos.

—Padre —dijo mientras hacía una reverencia sencilla que en absoluto le había resultado fácil—, tenéis buen aspecto esta noche.

—No tan buen aspecto como tú, querida. ¿No le parece encantadora, lord Greymont? ¿Lord Greymont? —Tambaleándose, el rey caminó en círculo, buscando a su joven noble favorito—. Ah, aquí estáis. ¿No os parece que mi hija está encantadora esta noche?

—Bella como una rosa —le dijo el caballero a Seraphina con una reverencia—. Por favor, permitidme que os acompañe hasta vuestra silla.

Se mordió el interior de la mejilla, que ya tenía en carne viva gracias a sus esfuerzos por no gruñir cada vez que la obligaban a fingir. Lord Greymont no era ni mejor ni peor que cualquier otro de los jóvenes que había en Eldridge Hall, lo que quiere decir que era apuesto, rico y tremendamente aburrido.

—Siempre estáis preciosa —le dijo él en un susurro. Sentir su aliento sobre el hombro le resultó tan desagradable como la capa de nata que se formaba sobre la leche caliente—, pero he de decir que el vestido rosa os favorece mucho. —Sus ojos se detuvieron en el delicado escote más de lo necesario.

Ella arqueó una ceja bien delineada.

—Vos estáis tan apuesto como siempre. Aunque todos estamos demasiado pálidos, ¿no os parece?

—Es lo que le ocurre a una persona tras pasar varios años en el interior, sí. —Espantó de su silla a un gato atigrado. En el castillo, aquellos animales estaban por todas partes. En los últimos años, dado que no habían tenido acceso al exterior donde los depredadores habrían mantenido su población bajo control, se habían reproducido como conejos. Seraphina se sentó y permitió que Greymont acercara su silla a la mesa. Después, sin preguntar, él se sentó a su lado—. ¿Esperáis con ansia la fiesta por vuestro vigésimo cumpleaños?

—A una dama no le gusta que le recuerden su edad —dijo, ya que le pareció que aquello era algo que diría una princesa.

En realidad, tenía diecisiete años y medio y su manera favorita de pasar el día de su cumpleaños era celebrando un pícnic.

En los últimos tiempos, por motivos que todavía tenía que esclarecer, lord Greymont le había estado prestando especial atención.

—Disculpadme, alteza, pero, si me permitís el atrevimiento, he de decir que, ahora, sois incluso más hermosa que el día que os conocí.

Recordaba aquel día muy bien. Tosca y desnutrida, contemplando las sombras como si fueran espectros, apenas había tenido catorce años. A duras penas podía decirse que aquel cumplido fuese atrevido. Aun así, frunció los labios y bajó la mirada con la adecuada demostración de feminidad, que había aprendido que consistía en una mezcla extraña de recato y falsa modestia.

—¿Habéis elegido ya un disfraz? —le preguntó él.

—No; pero no tengo ninguna duda de que mis hermanas ya estarán confabulando.

Miró al otro extremo de la mesa, donde estaban sentadas las tres jóvenes. Tal como había esperado, ocultaban las risitas tras las manos. Bajo la luz de las velas, sus mejillas, cubiertas de colorete, resultaban demasiado brillantes y llamativas.

Lord Greymont se aclaró la garganta y se inclinó más hacia ella.

—Soy consciente de que esto es un poco prematuro, pero ¿puedo

pediros que me reservéis el primer baile?

—Todavía quedan tres semanas para mi cumpleaños.

—Cierto, pero no tengo dudas de que, en quince días, ya tendréis todos los bailes reservados. No puedo arriesgarme a perder frente a nuestro querido lord «Acnettington».

Seraphina suspiró.

—Lord Pottington tan solo me lo pide porque su padre se lo exige. Tiene tanta ambición como un caracol de jardín.

El caballero sonrió.

—No le subestiméis, alteza. Incluso el modesto caracol de jardín tiene un objetivo, por muy lento que pueda ser.

—Si lord Pottington es un caracol, ¿eso en qué me convierte a mí? ¿En una hoja?

Greymont pasó la vista hacia su par, que estaba explicándole algo con gestos a la hermana mayor de la princesa. Era torpe y raro. Y, sí, a pesar de que ya tenía veinticinco años, todavía tenía la piel llena de imperfecciones. Sin embargo, Seraphina sabía que no debía fiarse de las apariencias pues, allí, eran igual de falsas que todo lo demás.

—Vos, princesa, distáis mucho de ser mero follaje.

—Sin embargo, ya me habéis comparado con una flor —contestó.

El caballero dio vueltas a su vino en la copa de cristal tallado y, distraída, Seraphina se dio cuenta de que el borde dorado estaba roto y descascarillándose.

—¿Acaso «bella como una rosa» no es el cumplido que yo creía que era?

—No lo sé, pues hace siglos que no veo una rosa.

—En tal caso, haré que el objetivo de mi vida sea traeros una.

Estuvo a punto de soltar un bufido antes de recordar que una princesa jamás haría tal cosa.

—Por favor, no desperdiciéis vuestro tiempo en algo tan trivial como una rosa.

—¿Y en qué queréis que lo emplee entonces? No es como si estuviese haciendo algo de importancia en el castillo.

Seraphina dio un sorbo a su propio vino, que estaba muy aguado. A aquellas alturas, tenía que estar agotándose. Que Dios asistiera al sirviente que tuviera que transmitir al rey tal noticia. Bajó la voz para que lord Greymont tuviera que inclinarse más hacia ella. No era la proximidad lo que ansiaba, sino el placer de obligar a otros a plegarse a su voluntad tras tantos años haciéndolo ella misma. Además, olía bien, como a jabón perfumado, que era más de lo que se podía decir de los muchachos que había conocido de pequeña.

—¿Y qué haríais si no estuvierais atrapado en el castillo?

Él pasó los ojos, que ella notó que eran marrones con motas verdes, de un lado a otro de la estancia. Se preguntó si iba a decirle a

qué se refería con la palabra «atrapado». Se suponía que nadie debía hacer referencia al juego que todos ellos estaban jugando, especialmente frente al rey. Sin embargo, cuando habló, al caballero se le curvaron un poco los labios en las comisuras.

—Me gustaría recorrer el mundo. Creo que me gustaría navegar. De hecho, sé que sería así.

De forma inconsciente, Seraphina se animó.

—¿Habéis visto el mar?

—Por supuesto. En más de una ocasión.

Entonces, no era tan aburrido como había creído.

—¿Tuvisteis acceso a un barco?

Él asintió.

—Bailad conmigo el día de vuestro cumpleaños y os lo contaré todo.

Hacía tiempo que había aprendido a hacer que su enfado se manifestase de forma juguetona, aunque no pudo reprimir el tono tenso de su voz.

—¿Me vais a hacer esperar tanto tiempo?

Algo cambió en la mirada de él y, de pronto, su sonrisa se volvió maliciosa. Ahora, poseía información que ella deseaba, así que la usaría para atraerla. Aquello no era una mentira, pero sí un juego más. Por suerte, a Seraphina se le daban bien los juegos y, además, si el premio era algo que anhelaba, podía ser paciente.

—La espera valdrá la pena —ronroneó él—. Os lo prometo.

El vino debía de ser más fuerte de lo que había creído, ya que tenía calor y se sentía un poco mareada. ¿Qué dirían las muchachas del lugar del que procedía si la vieran vestida con un precioso traje rosa y con un hombre apuesto a su lado? Bajo la mesa, se pellizcó con fuerza el interior de la muñeca, algo que hacía siempre que se descubría a sí misma disfrutando alguno de los momentos que vivía en Eldridge. Jamás aceptaría aquella vida como propia; no mientras aún le quedara aliento.

Además, lo que pensaran las muchachas del lugar del que procedía ya no tenía importancia, pues todas ellas habían muerto.



Tras la cena, Seraphina se retiró a los aposentos que compartía con sus hermanas mayores.

—¡Un baile de máscaras! —exclamó Rose, la más joven y excitable de las tres. Después, se dejó caer de forma dramática sobre uno de los siete sofás de brocado desgastado que había en la estancia, como si aquello fuese lo único que hacían las damas: comer, dormir, desmayarse y volver a empezar. Al hacerlo, molestó a un gato anaranjado de pelo largo que estaba allí tumbado—. ¡Soy incapaz de decidir qué ponerme!

—Nos quedan semanas para decidir —contestó Seraphina mientras contemplaba su reflejo en el espejo del tocador. A su espalda, Jocelyn, su dama de compañía y la única persona de Eldridge a la que podía soportar, le sonrió.

—Lord Greymont estará muy apuesto con una máscara —le dijo mientras le tiraba de uno de los rizos de color castaño rojizo—, ¿no te parece?

Seraphina evitó la mirada de la muchacha mientras tomaba un cepillo de plata que valía más que la vida de la mayoría de los hombres y se lo tendía. Aquel era el trabajo de una doncella, pero Jocelyn decía que la relajaba, y ella no podía negar que también le resultaba reconfortante.

—Lord Greymont estaría apuesto con cualquier cosa —replicó Rose con una risita.

—O sin nada. —Nina, su hermana mayor, le lanzó una sonrisa maliciosa.

Seraphina puso los ojos en blanco mientras sus hermanas y las damas de compañía se reían y gorjeaban como una bandada pequeña de gorriones. Se preguntó si quedaban pájaros al otro lado de los muros del castillo. A Dalia, su mejor amiga cuando había disfrutado del lujo de poder elegirlas, le encantaban los pájaros cantores. Los jilgueros eran sus favoritos. Sin embargo, cuando el rey había empezado a acaparar las cosechas y el ganado, la gente había empezado a comer cualquier cosa que tuvieran a mano. Hacía siglos

que no oía a un pájaro al otro lado de su ventana.

—¿Estás pensando en tu familia? —le susurró Jocelyn al oído.

Entrecerró los ojos marrones y caídos hacia abajo; unos ojos tan familiares que sus «hermanas» habían ahogado un grito cuando se los habían visto por primera vez. Todavía podía oír a Giselle, su hermana mediana, mientras les susurraba a las otras en la entrada de la casa de su familia: «Es perfecta. Bueno, lo será en cuanto le hayamos limpiado toda la suciedad».

No iba a llorar. Iba a guardarse las lágrimas para más tarde, cuando se hubiera retirado a su habitación en la torre; una habitación tan estrecha y mal iluminada que, por un instante, por un momento agridulce cada mañana, le permitía creer que todavía estaba en casa.

Al principio, cuando la habían llevado al castillo, había dormido en su propia cámara real, que era más opulenta y lujosa que nada que hubiera podido imaginar. Sin embargo, pocos meses después de comenzar su vida allí, había descubierto la torre vacía y haba empezado a escabullirse allí arriba por las noches. Cuanto más se permitía disfrutar de los vestidos bonitos y las comidas suntuosas, cuanto más dejaba que los cumplidos de hombres como lord Greymont le encendieran las mejillas (o, peor, el vientre), más fácil era olvidarse de la gente que había dejado atrás para que murieran de la mori roja. No solo su familia, sino toda su comunidad. El mundo entero, por lo que sabía. O por lo que sabían cualquiera de los habitantes del castillo.

—Yo voy a ir de mariposa —dijo Rose—. Una bella mariposa de color rosado.

—No existen las mariposas rosas. —Nina tomó una cereza confitada de uno de los cuencos de fruta escarchada que seguían a las princesas allá donde fueran. Seraphina nunca los tocaba, por muy tentadores que fueran. Parecía ser la única que recordaba que la fruta no era interminable; que nada de todo aquello lo era.

Llevaban casi cuatro años aislados dentro del castillo y todavía no sabía de dónde procedía la fruta. Nadie podía entrar y nadie podía salir. Jocelyn creía que los sirvientes usaban un pasadizo secreto porque, aunque el rey exigía tomar sus manjares, nunca les había dicho cómo se suponía que debían ofrecerle productos frescos en medio de lo que bien podría ser un asedio. Sin embargo, Seraphina casi nunca estaba sola fuera de su torre (Giselle se había asegurado de que fuese así), así que no tenía ni idea de dónde podría estar el túnel.

—Puede que sí que haya mariposas rosas —insistió Rose—. Ni siquiera has estado nunca fuera de Goslind.

Nina tomó otra cereza e hizo una imitación de su hermana cuando esta le estaba dando la espalda.

—Yo iré de sirena.

—¿En qué consiste un disfraz de sirena? —preguntó Jocelyn.

—Un buen escote —replicó Rose antes de que Nina pudiera contestar. Incluso Seraphina tuvo que reírse; Rose no solía ser tan rápida u ocurrente.

—Ja, ja —dijo Nina, a pesar de que estaba admirando dicho escote en el espejo—. Me pondré un vestido largo azul y me dejaré la melena suelta y los pies descalzos.

—Ten cuidado de no acabar bailando con uno de los hermanos Archer —dijo Jocelyn—. Son tan gráciles como un rebaño de ganado.

—¿De qué irás tú? —le preguntó Rose a Seraphina mientras se sentaba en el reposabrazos de su sillón—. ¿Una sirena? ¿Un cisne? Oh, ¿qué me dices de un hada? Estarías encantadora con un par de alas.

—Imagino que Giselle escogerá por mí.

Su hermana mediana estaba en su propia habitación privada con sus damas de compañía. Evitaba a Seraphina siempre que le era posible y obligaba a otros a encargarse del trabajo sucio de mantenerla a raya.

—Bueno, debes tener alguna preferencia —insistió Jocelyn.

Ella se encogió de hombros, indiferente. Toda su vida era un baile de máscaras sin fin, por lo que no era capaz de entusiasmarse por uno más. Jocelyn volvió a dejar el cepillo sobre el tocador y Seraphina captó un destello. Arrancó un mechón de pelo dorado del cepillo y se lo mostró a su dama de compañía.

—Tendremos que volver a teñirlo esta semana —dijo la joven—. Ya sé que lo odias.

—La henna hace que se me irrite el cuero cabelludo —contestó ella mientras fruncía el ceño y ladeaba la cabeza para contemplar cómo la luz revelaba el rastro de una cicatriz que tenía en la mandíbula y que resultaba casi invisible gracias al polvo de perlas.

—Lo siento, querida, pero ¿qué otra opción tenemos?

La pregunta era retórica. Ambas sabían que, cuando se trataba de su vida en Eldridge, no tenían elección. Toda la familia de Jocelyn, incluida su hermanita recién nacida, había muerto de la trisanguinaria. La niñera de su infancia le había escrito varios meses después de que cerraran las puertas del castillo, advirtiéndole de que se mantuviera alejada sin darse cuenta de que Jocelyn no habría podido marcharse ni aunque así lo hubiera deseado. Sin embargo, la muchacha se sentía afortunada de estar allí, a salvo de la mori roja, y pensaba que Seraphina debería sentirse así también.

Tal vez estuvieran a salvo, pero las cosas no iban bien. La vida en Eldridge Hall era como la torre de bloques de madera de un niño, solo que los bloques eran mentiras, el niño era el rey y un paso en falso no significaba varios minutos de llanto sobre las rodillas de una niñera, significaba la muerte.

—Creo que me voy a ir a la cama —dijo ella mientras se levantaba del tocador.

—Déjame que te ayude a cambiarte de ropa.

Jocelyn no era una belleza como Rose o coqueta como Nina, pero era amable e inteligente. Ella era la única que sabía lo que Seraphina pensaba de verdad, aunque ella misma creyera que, a aquellas alturas, se había vuelto bastante buena en eso de interpretar a una princesa.

—Puedo hacerlo sola —le dijo en voz baja—. Descansa.

—Al menos llévate otra manta —insistió la muchacha mientras le daba un beso en la mejilla—. Ahí arriba hay mucha corriente.

A nadie le gustaba imaginar a Seraphina allí arriba, en la torre, pues los distraía de la farsa. Desde el diván, soñolienta, Rose se despidió con un gesto de la mano.

—Que sueñes con lord Greymont y una boda real.

—Y una noche de bodas real —añadió Nina.

—Buenas noches, princesa Imogen —dijo Jocelyn mientras cerraba la puerta tras ella.

Subió las escaleras hasta la torre descalza, deleitándose en cómo el frío de la piedra hacía que le dolieran las suelas de los pies mimados. Aquel era un ritual que hacía que no se olvidara jamás de dónde procedía. Tras cerrar la fina puerta de madera a sus espaldas, se acercó al alfeizar de la ventana y miró por un agujero pequeño que había en las tablas de madera. Cuando la vio, se sintió aliviada: una muchacha ataviada con un vestido de lino blanco y cuyos rasgos delicados no eran más que un borrón en la distancia. Ella era el mejor recuerdo que tenía de su hogar. Todos los días temía que no fuese a aparecer, pero todas las noches lo hacía. Se trataba de Dalia, su mejor amiga.

Seraphina esperó a que la saludara, un simple gesto con la mano levantada antes de que desapareciera en las entrañas del bosque cuando el reloj volvía a dar la hora. Dalia era lo único que le quedaba de verdad, el último vestigio de un mundo al que, algún día, regresaría. Porque no era una princesa ni la hija del rey. Ni siquiera era una dama.

Se llamaba Seraphina Blum. Era una chica judía que había sobrevivido a la plaga gracias a que era una joven bonita con ojos tristes que, casualmente, se parecía a una princesa muerta.

Y esa era la mentira más hermosa de todas.

CAPÍTULO 2

Nico clavó la pala en la tierra que, por suerte, todavía no estaba congelada. Enterrar cadáveres era una labor miserable en cualquier circunstancia, pero enterrarlos con nieve y hielo era una tortura que estaba a otro nivel. Lanzó una pila de tierra sobre el brazo putrefacto de un cadáver que, a aquellas alturas, a diferencia de su recién fallecido vecino, era poco más que un esqueleto.

Su difunto padre, un carnicero que, para disgusto del padre de ella, había llamado la atención de la hija de un noble, le había recordado a menudo que era mucho más blandengue que sus dos hermanos mayores. Al menos había heredado el estómago fuerte de Jeremiah, lo cual venía muy bien cuando eras enterrador.

En todo lo demás, se parecía a su madre: alto, esbelto y con el ceño fruncido de forma permanente. Él siempre había sido el favorito de Lucinda, un papel que había asumido con deleite hasta que ella había muerto de la mori roja entre sus brazos. Levantó la pala y la clavo en la tierra con más fuerza de la necesaria solo para demostrarse a sí mismo que ya no era tan blando como había sido en el pasado. En aquel momento, su padre y sus hermanos apenas lo habrían reconocido. Habrían…

La cabeza de la pala golpeó una roca e hizo que una onda de choque le recorriera el brazo. Lo sacudió y miró al cielo con el ceño fruncido. Ahí arriba, alguien tenía un sentido del humor de mierda.

—Ese era el último —dijo Colin mientras se colocaba junto a él.

Antes de la plaga, Colin Chambers había sido deshollinador y, ahora, él, que era un caballero (por nacimiento, si bien no por modales) trabajaba codo con codo con él. Desde luego, era cierto que la muerte convertía a todo el mundo en iguales.

Nico asintió.

—Esta semana solo hemos tenido tres cuerpos. Eso son tres menos que la semana pasada.

Colin se pasó el antebrazo por la frente y dejó a la vista una ramificación de vetas rojas sobre la piel marrón claro del interior de la muñeca que igualaba a la de Nico. Con la complexión de una chimenea, Colin era particularmente apto para la vida como deshollinador, un trabajo que había detestado pero que, al final, le había evitado tener que presenciar lo peor de la plaga. Justo antes de que se desatara, su patrón lo había enviado a la playa, compadeciéndose de él tras haberse pasado todo el invierno escuchándolo toser. La plaga había comenzado mientras Colin estaba en la costa y la familia de su patrón le había permitido quedarse allí vigilando la casa mientras ellos partían hacia tierras más seguras.

Con el tiempo, la plaga se había expandido por todo Goslind y, después, más allá de las fronteras, a los otros reinos. Sin embargo,

cuando había llegado a la costa, Colin había descubierto que, al igual que Nico, era uno de los pocos afortunados que gozaba de tener sangre inmune. Al final, había regresado para ver cómo se encontraba su familia, pero todos habían estado «muertos o fugados», tal como se solía decir.

La familia de Nico no había tenido la oportunidad de escapar. Él había sido el encargado de cuidarlos durante sus tres últimos y sangrientos días. Tal vez sus hermanos hubiesen sido fuertes y robustos como su padre, pero habían muerto tal como lo había hecho su madre: con sangre derramándoseles por los poros, los ojos, las orejas, las narices y cualquier otro orificio imaginable. Nunca había llegado a saber si su padre también era inmune, pues había muerto poco antes de que se desatara la plaga.

—La mayoría de los cuerpos llevan por ahí tirados un montón de tiempo; meses y meses. La plaga ha llegado a su fin —dijo Colin. Después, se apresuró a darle un golpecito a Nico en la cabeza—. Toquemos madera.

—Auuu.

Nico se frotó el cabello castaño, que le había crecido lo suficiente como para hacerse una coleta a la altura de la nuca. El barbero que le había peinado a la moda en el pasado había muerto junto con su sastre, su zapatero, el carnicero, el panadero y el maldito fabricante de velas.

—Deberíamos volver a la casa. Ya casi ha caído la noche.

Colin tomó por los mangos la carretilla vacía y le dio la vuelta en dirección a la mansión señorial de piedra que había en la colina, el lugar que ahora llamaban «hogar».

Le resultaba extraño ser un sirviente después de tantos años disponiendo de ellos, pero no pasaba un solo día sin que Nico diera gracias a la fortuna por su salvador, lord Crane. Los días posteriores al inicio de la plaga, había ido a visitar a sus vecinos con la esperanza de ser de alguna utilidad gracias a sus conocimientos médicos, pero todos habían estado demasiado asustados como para abrirle la puerta a nadie. Además, teniendo en cuenta que nadie había ido a buscarlo en busca de ayuda o refugio, había supuesto que una gran parte de la población había fallecido.

Durante un tiempo, se había planteado ir a Esmoor, la capital y epicentro de la plaga. Aunque nadie lo hubiese necesitado, tal vez podría haber aprendido más sobre la mori roja y cómo se transmitía. No era lo bastante inteligente como para encontrar una cura pero, aun así, habría tenido la oportunidad de ayudar a alguien y de no haberles fallado como sí le había fallado a su madre.

Al final, tras haber consumido todo lo que era comestible en casa, así como algunas cosas que, desde luego, no lo eran, se había puesto

en marcha para buscar a otros supervivientes. Por desgracia, no había encontrado nada más que cadáveres, a veces todavía tirados en medio de la carretera en la que se habían desplomado. Ni siquiera había habido gente suficiente para enterrarlos.

Lord Crane lo había encontrado en el bosque, medio muerto de hambre y delirante, a casi treinta kilómetros de la mansión Crane. El caballero también era inmune a la plaga y, después de que la mayoría de sus sirvientes y los granjeros de sus tierras hubieran muerto, había empezado a hacer viajes al campo.

Hasta el momento, había acogido a más de una docena de supervivientes, que vivían y trabajaban juntos en la mansión. A Nico le gustaba pensar que, si hubiera sido valiente, él habría hecho lo mismo. Sin embargo, aunque no estaba salvando vidas, sí ayudaba al resto de los habitantes de la casa con sus conocimientos médicos y eso le ofrecía la sensación de finalidad que le había faltado desde la muerte de su familia.

No le pagaban dinero por su trabajo, pero le daban todo lo que necesitaba para llevar una vida perfectamente decente. Algún día, si los saqueadores y los animales no habían arrasado con él, tal vez regresara a su hogar ancestral pero, por el momento, era agradable no estar solo. Siempre se había considerado un solitario, una persona independiente, hasta que se había encontrado solo de verdad por primera vez. Enseguida se había dado cuenta de que las personas de las que se había rodeado en su vida anterior no habían sido tan ingeniosas o encantadoras como había creído.

Se quitaron el barro de las botas y se dirigieron a la zona de la servidumbre de la planta inferior siguiendo el aroma de la carne que se estaba cocinando.

—Daos prisa y lavaos para la cena —les dijo la señora Horner, la cocinera, mientras daba vueltas por la cocina, ajetreada—. El señor tiene un invitado esta noche y quiere que se sirva una cena formal a las ocho.

En la mansión, todos cumplían diferentes funciones. Nico hacía las veces de lacayo, ayuda de cámara, enterrador, enfermero o lo que fuera necesario cada día. Aquella noche, serviría en el comedor.

—¿Quién es el invitado? —preguntó Colin mientras mordisqueaba una zanahoria que había tomado de la tabla de cortar mientras la señora Horner, con su amplia espalda, miraba para otro lado.

—Una muchacha —dijo Abby, una joven que el propio Colin había encontrado dos años atrás. Era bajita, regordeta y tenía un rostro angelical. Colin se había enamorado en cuanto la había visto, pero ella apuntaba más alto: al único otro joven aristócrata que había en la mansión, Clifford Branson.

Tampoco es que aquello importara. Lord Crane no toleraba

tonterías entre los trabajadores. Era uno de sus requisitos para vivir en la mansión, uno que a Nico no le afectaba demasiado. En aquellos tiempos, el romance era en lo último en lo que pensaba.

—¿Una inmaculada? —preguntó Colin.

La joven asintió. Los inmaculados y los inmunes no eran lo mismo. Los inmunes habían estado expuestos a la plaga, pero no se habían visto afectados más allá de las marcas rojas que les aparecían junto a las venas de la cara interior de la muñeca. Por el contrario, los inmaculados habían conseguido de algún modo escapar del todo al contacto con la enfermedad. Eran raros de ver, sobre todo a aquellas alturas y en aquella zona, donde la plaga había atacado con fuerza. A veces aparecían cuando regresaban para buscar supervivientes o, sencillamente, cuando se aventuraban a salir tras haberse aislado durante años en sus mansiones. Hasta donde sabía Nico, nadie que hubiera enfermado de la trisanguinaria había sobrevivido. Según sus cálculos, al menos tres cuartos de la población de Goslind había muerto en los últimos tres años y medio.

—Ha llegado a la mansión justo cuando lord Crane salía para ir de caza —les explicó Abby—. Ha dicho que se dirigía a casa; que, cuando se desató la plaga, estaba en el extranjero, pero que cree que ya se ha acabado. No sabe quiénes han sobrevivido.

Nico agachó la cabeza en un gesto de compasión. Imaginaba que debía de estar muy asustada siendo una dama solitaria que no sabía qué iba a encontrarse al regresar a casa. Al principio, había estado convencido de que, incluso sin una cura, habría algunas medidas preventivas que se podrían adoptar para evitar que la mori roja se esparciera. En el pasado, algunos pueblos se habían salvado de otras plagas gracias a las cuarentenas. Por ejemplo, los judíos, que estaban obligados a permanecer en sus distritos amurallados, a menudo eran los últimos en sucumbir. Por supuesto, aquello había llevado a que los acusaran de ser los causantes de las plagas, así que no se trataba de la suerte que hubiera cabido esperar. Puestos a elegir entre la trisanguinaria y un pogromo, Nico pensaba que era mejor ser traicionado por la naturaleza que asesinado por tus propios vecinos.

Sin embargo, seguía sin saber cómo se transmitía la enfermedad. No sabía si se contagiaba por aire o a través de los fluidos corporales. Fuera como fuese, había sido consciente de que, al final, tal como ocurría con todas las plagas, acabaría quedándose sin portadores. Aun así, a una pequeña parte de sí mismo le preocupaba que pudiera seguir por ahí, tomándose su tiempo, esperando a que la población se recuperara lo suficiente para volver a echar raíces de nuevo.

—Ha debido de encontrarse con un Goslind muy cambiado —dijo Colin—. Ha tenido suerte de haber llegado a las tierras de lord Crane.

Abby asintió.

—Va a quedarse unos días y, después, se pondrá en marcha. Tengo que preparar la habitación de invitados.

—Como si fuera a necesitarla —dijo Branson, que estaba tras ella. Tenía la mala costumbre de aparecer de la nada con su oscuro cabello aceitoso y su sonrisa maliciosa. La muchacha se rio, tapándose la boca con la mano para ocultar el diente torcido del que tanto se avergonzaba frente a él.

—Poneos todos a trabajar —dijo la señora Horner mientras le daba un golpe a Branson con una cuchara. Sin embargo, incluso ella había caído rendida a sus encantos y se rio cuando él le desató los lazos del delantal con un hábil tirón.

Colin y Nico se miraron y pusieron los ojos en blanco antes de subir las escaleras para asearse y cambiarse para la cena. Al marcharse de casa, Nico se había llevado parte de la ropa de sus hermanos aunque, ahora, ya casi le quedaba pequeña, lo que demostraba que había crecido. A Colin le gustaba bromear con él diciéndole que si fuera él el que tuviera «el cuerpo de un dios y el alma de un poeta» ya se habría casado con Abby, mandando los títulos a la mierda. Sin embargo, lo decía sobre todo para hacer que se sonrojara, lo cual no era difícil. Nico se sonrojaba siempre que alguien le hacía un cumplido, bromeaba con él o lo miraba durante demasiado tiempo.

Salieron juntos del dormitorio, pero Colin se dirigió a la cocina y Nico al comedor. Estaba abriéndose paso por los muchos pasillos de la mansión Crane cuando estuvo a punto de chocarse con alguien que no había visto a causa de la tenue iluminación.

—Ufff —dijo él, de modo más bien poético.

—¿Quién es usted? —le preguntó una vocecita.

Bajó la mirada y, frente a él, se encontró con una jovencita diminuta. Debía de tratarse de la invitada de Crane.

—Le pido disculpas, señorita. ¿Puedo ayudarla?

—Se lo agradecería mucho —contestó ella, dando vueltas en círculo—. Esta casa es como un laberinto.

—Por favor, sígame.

Hacía tiempo que no estaba en presencia de una dama y le costó un momento desprenderse de su nueva y más rústica personalidad. No ayudaba demasiado el hecho de que la dama en cuestión fuese joven y hermosa y que él se estuviera sonrojando como un loco. De pronto, dio gracias de que no tuvieran suficiente sebo para poder iluminar con velas todas las estancias de la mansión.

—¿Es usted pariente de lord Crane? —preguntó la muchacha. Tenía unos ojos grandes y marrones que hacían que pareciera un cervatillo asustado.

—No, señorita…

Ella le sonrió.

—Elisabeth Talbot.

—No, señorita Talbot. Soy una de las muchas personas que lord Crane ha acogido tras la plaga. Vengo de Mayville. —Ella lo miró pestañeando con sus ojos de cervatillo. Era evidente que no conocía aquella pequeña aldea—. La familia de mi madre procedía de Esmoor —añadió—. Lucinda Templeton.

—Oh —dijo ella, animándose. Los Templeton eran muy conocidos en Goslind. Varios de ellos habían servido como consejeros del rey y su tío había sido el juez que había presidido el juicio por asesinato de una famosa cantante de ópera—. ¿Y cómo debería llamarle?

—No tiene que llamarme de ningún modo, señorita Talbot. Aquí, no soy más que un sirviente.

Antes de llegar al final del pasillo, ella lo detuvo de forma delicada al apoyarle una mano enguantada en el brazo.

—La plaga nos ha cambiado a todos, señor, pero eso no significa que debamos abandonar por completo las personas que éramos con anterioridad.

Él sonrió e inclinó la cabeza.

—Bien dicho. Me llamo Nicodemus Mott.

—Muy bien, señor Mott, ¿me acompañaría al comedor, por favor?

La joven dobló el codo, expectante. Él hizo una reverencia; un truco elegante para ocultar el sonrojo masculino más prolongado del mundo.

—Será un honor.



La mansión Crane no había recibido huéspedes en más de seis meses y algo en la presencia de Elisabeth aumentó el ánimo de todos los habitantes de la casa. No se trataba solo de que fuese encantadora y hermosa, sino de saber que, ahí fuera, había supervivientes, inmaculados que habían conseguido sobrevivir a la plaga sin ser inmunes. El mundo había cambiado, pero no del todo. Y con aquella idea llegaba la esperanza de que, algún día, las cosas pudieran volver a ser tal como habían sido en el pasado.

Nico ayudó a la señorita Talbot a sentarse en su asiento y se dio

cuenta de que Crane había pedido que aquella noche usaran la vajilla y la cubertería buenas.

—Dígame, señor Mott —dijo Elisabeth mientras alzaba la vista hacia él. Bajo la luz de las velas resultaba incluso más hermosa. Su piel olivácea brillaba, sana y llena de vitalidad—, ¿qué estaría haciendo con su vida si no hubiera sido por la mori roja?

Nico tenía dieciséis años cuando se había desatado la plaga. Como el más joven de tres hijos, habría sido una suerte que hubiera heredado algo, pero tampoco había ninguna expectativa deposita en él.

—Me hubiera gustado estudiar medicina —contestó.

Su padre se había burlado de aquella idea pero, ahora, podía soñar con cosas así porque ya no quedaba nadie que le dijera que no.

—Mott es uno de los jóvenes más inteligentes que he conocido nunca —dijo Crane mientras entraba en la sala con grandes zancadas —. Se encarga de todos los heridos de la mansión, ya sean humanos o animales. Habría sido un gran médico.

—Lo será —replicó Elisabeth mientras sonreía en dirección a Nico —. Sin duda, el mundo seguirá necesitando médicos.

Estaba a punto de contestar algo inteligente como «gracias» cuando Crane se sentó a la mesa y le indicó que ya era hora de que les sirviera.

El estómago se le encogió de la vergüenza. Antes de salir en dirección a la cocina, hizo una reverencia. Durante años, se había dicho a sí mismo que, en su vida, no había hueco para el romance. Había estado en lo cierto. No tenía nada que ofrecerle a alguien como la señorita Talbot; ni siquiera una contestación ocurrente.

Cuando regresó con la sopa de zanahoria, le sorprendió encontrar a la joven y al caballero sumidos en un silencio incómodo. Crane podía ser severo con los sirvientes, pero nunca sin motivo, y, además, solía ser muy afable con sus invitados. Tal vez estuviera oxidado después de tanto tiempo sin recibir visitas.

Dejó la sopa en la mesa y estaba a punto de fundirse con la pared como un buen sirviente cuando Elisabeth le puso una mano en el brazo.

—Hábleme más de su familia —dijo—. Tengo curiosidad por saber cómo acabó trabajando en esta mansión alguien de sangre noble.

Nico podía sentir la mirada de lord Crane sobre él y se lamió los labios ante la repentina sequedad de la boca. Por suerte, un golpe fuerte en la puerta principal lo salvó.

—¿Quién demonios es ahora? —preguntó Crane, que no parecía demasiado contento de que lo interrumpieran.

—Voy yo —dijo Nico, agradecido por disponer de aquella excusa para abandonar la sala.

Nunca nadie llamaba a su puerta, así que se sintió tentado de agarrar uno de los rifles de caza. Sin embargo, los golpes continuaron, así que se descubrió abriéndola solo para evitarle el ruido a su señor.

En el umbral había un desconocido. Parecía tener unos veinte años y vestía la piel de una marta cibelina sobre los hombros y las ropas elegantes de un caballero.

—¿Puedo ayudarle, señor? —dijo Nico.

—Eso espero —contestó el hombre—. Verá, estoy buscando a mi esposa, pues la he perdido en el bosque.

Nico reprimió un escalofrío mientras echaba la vista atrás al interior de la mansión. Aquel desconocido no podía estar hablando de Elisabeth.

—Me llamo Adrien Arnaud —dijo el hombre para llamar su atención—. Vivo a pocos kilómetros de aquí. ¿Cree que puedo entrar? Hace mucho frío esta noche.

—Mott, no invites al hombre a entrar.

Se dio la vuelta y vio que Crane estaba a su lado. No lo había oído llegar, pero tampoco es que oyera demasiado por encima del ruido de los latidos de su propio corazón.

—El caballero dice que está buscando a su esposa —le explicó él.

Crane era varios centímetros más alto que Arnaud, pero el desconocido tenía el aspecto esbelto de alguien que dedicaba mucho tiempo a las actividades físicas. A Nico no le gustaría tener que enfrentarse a ninguno de ellos en una pelea.

—No es usted bienvenido —le dijo Crane al hombre. Se encontraban casi cara a cara, cada uno de ellos a un lado del umbral.

—Vamos, estoy seguro de que podemos comportarnos como personas civilizadas.

Crane estaba a punto de contestar cuando oyeron que alguien tosía a sus espaldas. Elisabeth los observaba con las manos cruzadas con delicadeza frente a ella.

—La cena se está enfriando.

Cuando miró a Arnaud, no hubo ningún destello de reconocimiento en su mirada, así que no se trataba de su esposo. ¿Quién era aquel hombre y por qué tenía la sensación de que, de algún modo, él y el dueño de la mansión se conocían de algo?

—Márchese ahora, antes de que haga que lo expulsen de mis tierras —gruñó su señor mientras daba semejante portazo que era de extrañar que no le hubiera roto la nariz al otro hombre. Tras alisarse la chaqueta, se dio la vuelta hacia Elisabeth y la tomó del brazo—. Nico —dijo, por encima del hombro—, vigílalo por la ventana y asegúrate de que se marcha. Hagas lo que hagas, no vuelvas a abrirle la puerta.

Él asintió, incapaz de recuperar la voz tras presenciar aquel

extraño encuentro. Sin embargo, lord Crane ya estaba conduciendo a la dama al comedor mientras le hablaba con un tono de voz suave y reconfortante.

—Vamos, querida. Tiene las manos como témpanos. No hay nada como una comida caliente para hacer que la sangre fluya.

CAPÍTULO 3

Era la visita de mediodía que Seraphina le hacía al rey, que conversaba con lord Greymont. Ella estaba sentada en un lateral junto con sus hermanas y las damas de compañía mientras bordaba un cojín. De pequeña, en los confines del barrio judío, había soñado con ser una dama. No porque hubiera querido una vida ociosa, sino porque había deseado ser libre.

Ahora, hubiera dado lo que fuera por recuperar su antigua vida. Se suponía que atrapar a los judíos entre murallas protegía a los gentiles de su influencia, pero también ofrecía a los judíos seguridad y una sensación de comunidad. En aquel entonces, Dalia y ella habían podido ir a los bosques a recoger bayas en verano y setas en otoño o a nadar en el río cuando se suponía que debían estar haciendo la colada. Todavía podía escuchar las risitas de su amiga cada vez que le había hablado de uno de los muchos chicos que le habían gustado.

—¿En qué estáis pensando, princesa Imogen? —le preguntó lord Greymont mientras se acercaba para sentarse a su lado.

Jocelyn se levantó y, de forma discreta, huyó a un rincón antes de que pudiera llamar su atención. Seraphina alzó la mirada hacia él solo un instante.

—Estoy pensando en lo bien que va a quedar este cojín en concreto entre las docenas de cojines casi idénticos que tengo en mi habitación, lord Greymont.

A su lado, un viejo gato negro al que había llamado Fig se estiró con languidez antes de desaparecer.

Greymont se inclinó hacia ella como si quisiera echar un vistazo al cojín más de cerca, pero Seraphina pensó que tenía los ojos mucho más arriba.

—Encantador —dijo él antes de volver a apartarse.

—Desde luego —contestó, arrastrando las palabras—. ¿No deberíais estar entreteniendo a mi padre?

—Parece que lo está pasando muy bien.

Se dio la vuelta y descubrió que, de hecho, el rey parecía contento. Estaba jugando una partida de ajedrez con Giselle mientras Nina los contemplaba sin ocultar su aburrimiento. Todavía estaba amargada porque no le permitían llevar el disfraz de sirena que había escogido para el baile de máscaras del cumpleaños de Seraphina. Resultaba que una sirena no encajaba con el disfraz de ángel que el rey había escogido para su hija pequeña. Aquella misma mañana, temprano, le habían tomado las medidas para el vestido blanco, las alas emplumadas y el halo dorado que llevaría sobre el cabello recién teñido con henna.

Había sido Giselle la que había decidido que Nina, Rose y sus damas de compañía deberían ir disfrazadas de flores, decidida a

recuperar parte del control después de que el rey hubiese elegido el disfraz de Seraphina sin consultarle. Tal vez Nina fuese la más mayor, pero Giselle era la más astuta y había convencido a su padre de seguir aquel plan antes de que su hermana hubiese tenido la opción de dar su opinión. Nina iba a ser un lirio, Giselle un jacinto y Rose la flor que le daba nombre. Al menos ella estaba contenta porque seguiría pudiendo ir vestida de rosa.

—Bien —prosiguió lord Greymont—, sabemos que no os gusta demasiado el bordado y el rey está bien atendido. ¿En qué pensáis en realidad?

Quería contarle la verdad. No porque confiase especialmente en el caballero, sino porque pronunciar el nombre de Dalia en voz alta hacía que le pareciese real. En lo que le parecía la peor de las traiciones, llevaba cuatro años negando la existencia de todos aquellos a los que quería. Esperaba que, para sus padres, fuese un alivio que la hubiesen sacado de las tinieblas y la hubiesen enviado al castillo. Al menos, habrían muerto creyendo que su única hija había sobrevivido a la plaga. Sin embargo, deshonraba su memoria al fingir que nunca habían existido.

La verdadera princesa había contraído la mori roja en un viaje a un reino vecino y había muerto antes de poder regresar a Eldridge Hall. Cuando Nina, Giselle y Rose habían recibido la noticia, habían temido que aquello volviera loco del todo a su padre, que ya se encontraba bastante confundido. El mensajero que había decidido informar a las princesas de la muerte de Imogen en primer lugar también había creído lo mismo. Aterradas de verse encerradas en un castillo con su padre, que era impredecible y, a veces, violento, después de que hubiese ordenado que se cerraran las murallas para evitar que la plaga llegase a Eldridge Hall, habían hecho lo único que se les había ocurrido: crear uno de aquellos bailes de máscaras que a su padre tanto le gustaban.

Seraphina recordaba su último día fuera del castillo como si fuese el día anterior. Había estado vagando por el bosque con Dalia en busca de algo comestible y llevaba las manos cubiertas de tierra oscura. Se suponía que no debían salir del barrio judío, pero conforme la plaga se desataba en pueblos cada vez más cercanos a Esmoor, los guardias habían empezado a huir. En casa, todo había sido fatalidad, tristeza y pánico pero, en los bosques, les había parecido que nada había cambiado.

Dalia, que permanecía viva y alegre en sus recuerdos, le había lanzado una seta de forma juguetona y, allí donde le había golpeado en la mejilla, le había dejado una mancha. Había llevado el cabello recogido en la habitual trenza suelta que le colgaba sobre el hombro y el vestido más harapiento de los dos que poseía. Era un vestido

marrón y sencillo que distaba mucho del que llevaba en ese momento, que era del color amarillo de la mantequilla y que, si tuviera motivos para llevar alguna, dejaría ver cualquier mancha.

Cuando habían visto un carruaje elegante atravesando los bosques hacia la ciudad, lo habían seguido. Para cuando habían llegado al barrio judío, la gente ya había estado hablando de las tres mujeres nobles que iban por ahí mostrando un retrato y preguntando si alguien conocía a la muchacha que aparecía reflejada en el lienzo.

Las mujeres habían ofrecido una gran recompensa a cambio de información. El padre de Seraphina la había encontrado entre la multitud y, de inmediato, le había ordenado que volviese a casa. Sin embargo, la gente la había mirado fijamente, señalándola. Dado que no había visto el retrato, se había preguntado por qué. En época de bonanza, sus vecinos jamás se habrían vuelto los unos contra los otros pero, en aquel momento, todo el mundo había estado desesperado. Seraphina tan solo había dispuesto de un instante para despedirse de Dalia antes de que la condujeran a casa.

Cuando las mujeres y sus ayudantes habían entrado en su hogar, se había sentido horrorizada y aún más avergonzada cuando una de ellas le había susurrado a otra algo sobre la mancha que llevaba en la mejilla. Se la había limpiado rápidamente con la manga, pero eso solo había hecho que se rieran todavía más.

Giselle que, incluso entonces, había sido la cabecilla, les había susurrado a sus hermanas que con un poco de tinte para el cabello y buen baño, sería perfecta. ¿Acaso no podían ver más allá del linaje de la joven por un instante? Rose había parecido asustada de tocar cualquier cosa y tan apenas había dicho nada. Al final, habían llegado a algún tipo de decisión.

—Nos servirá —había dicho Giselle, aunque Seraphina todavía no había sabido para qué.

La mujer le había entregado una bolsa enorme de dinero a su padre, que había sacudido la cabeza y se había negado a tomarlo. Seraphina no había empezado a sentir miedo hasta que su madre no había empezado a sollozar. Los dos guardias enormes habían tenido que agacharse para atravesar la puerta principal. Uno de ellos la había agarrado del brazo sin mediar palabra. Aquel había sido el momento en el que su madre había empezado a llorar y su padre se había dejado caer de rodillas, suplicando que no se la llevaran.

—Piense que es una boca menos que alimentar —había dicho Giselle mientras se levantaba las faldas y salía a toda prisa por la puerta. Los guardias habían arrastrado con ellos a Seraphina—. Cuidado —había dicho la princesa por encima del hombro—, no le hagáis ninguna moradura. A padre no le gustaría.

Seraphina jamás había olvidado aquellas palabras, que habían

hecho que disfrutara todavía más de hacerse daño a sí misma. En aquel momento, se presionó con el pulgar una moradura reciente que llevaba en la muñeca y sonrió a lord Greymont.

—Estoy pensando en el mar. Me pregunto si de verdad lo habéis visto o si tan solo estabais intentando aseguraros de que tendríais el primer baile durante mi cumpleaños.

—Jamás os mentiría.

Dejó el bordado y llamó la atención de una de las doncellas, que desapareció a toda prisa para ir a buscar té.

—Muy bien. Juguemos a un juego. Se llama «realidad o ficción». Yo os diré algo sobre mí y tenéis que adivinar si es verdadero o falso.

Cuando él frunció el ceño, aparentó tener menos años de los veintidós que tenía y a Seraphina le recordó más a los otros chicos que había conocido. En sus tiempos, había besado a dos o tres y aunque no habían sido tan apuestos, le habían parecido infinitamente más reales que lord Greymont o cualquiera de los nobles allí presentes.

—Pero acabo de deciros que jamás os mentiría —protestó él.

—Forma parte del juego. Ahora, podré ver qué cara ponéis cuando decís la verdad y cuando mentís.

Él sonrió y los ojos marrones con motas verdes resplandecieron. Su piel, que recordaba que había sido del tono del bronce bruñido cuando la habían llevado allí, ahora era de un tono más claro de marrón que le recordaba a la tez aceitunada de Dalia. Desde el principio, Imogen había sido tan pálida como estaba entonces, solo que con más pecas.

—Muy bien.

Ella le dedicó su sonrisa más encantadora.

—Mi fruta favorita son las clementinas.

Él se mordió el labio un instante, pensativo.

—Ficción.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque, para el postre, siempre escogéis la tarta de fresas. Además, siempre os coméis primero el bizcocho y la nata antes de saborear las fresas. Os las coméis como si jamás fueseis a probar una más.

Seraphina notó un rubor que le subía por el cuello hasta las mejillas. No era culpa suya que la princesa Imogen se hubiese comido la tarta de fresas como una ardilla glotona.

—Vaya, sí que sois observador.

—Es difícil apartar la vista de vos —contestó él con voz grave.

Podría haber besado a la doncella que dejó el té frente a ellos justo en ese momento, librándola de tener que responder.

Lord Greymont se aclaró la garganta y se recostó en su asiento.

—Me toca —dijo mientras alzaba la mirada hacia la doncella que

le estaba tendiendo la taza—. Gracias, señorita. —La doncella se sobresaltó y derramó parte de la bebida en el platillo, pero él fingió no darse cuenta—. Subí a un barco cuando tenía once años —le dijo a Seraphina—. Hicimos un viaje de ida y vuelta desde aquí hasta la isla de Wye.

—¿Wye? ¿Para qué?

—Mi padre solía importar vino antes de… Antes. Todos los años viajaba hasta Wye para comprobar cómo se encontraba su viñedo. Me dejó ir con él solo en aquella ocasión. —Dio un sorbo a su té y, cuando dejó la taza, estaba sonriendo—. Os habéis creído todas y cada una de las palabras que he dicho, ¿no es así?

Ella pestañeó y se dio cuenta de que lo había estado mirando fijamente.

—Eh… Bueno, sí. Supongo que sí.

—Eso es porque es verdad.

Si los rumores eran ciertos, la plaga se había esparcido por todo el continente. Los únicos lugares seguros habrían sido las islas, suponiendo que nadie hubiera llevado la enfermedad por barco.

—¿Vuestra familia se marchó a Wye cuando el…?

—Es vuestro turno, princesa.

Quiso estrangularlo por haberla interrumpido en medio de una frase hasta que se dio cuenta de que el rey ya no estaba jugando al ajedrez. Se había acercado y estaba detrás de ellos, observándolos de pie con los labios fruncidos bajo la barba. Una mirada tormentosa se había apoderado de sus ojos que, habitualmente, eran azules y plácidos. Entonces, se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir.

Dejó la taza en la mesa y se puso en pie mientras se alisaba el vestido para desprenderse de la humedad de las palmas de las manos.

—Decidme, padre, ¿quién ha ganado la partida?

Nina, que estaba a su lado, sonrió.

—Padre, por supuesto. ¿Cómo podría esperarse que una princesa pudiera plantar batalla a un maestro estratega?

Había algunas mentiras que incluso a ella le complacía consentir. El rey era un desastre jugando al ajedrez.

—Bien hecho, padre —dijo mientras le daba un beso en la mejilla.

Las princesas habían pasado semanas enseñándole cómo imitar a su difunta hermana: desde cómo besar a su padre para calmar su notorio mal temperamento hasta cómo comer las tartas de fresas. Siendo sincera, no le gustaban las fresas. Era cierto que las clementinas eran su fruta favorita, aunque hacía años que no comía una.

Aplacado, la oscuridad desapareció de los ojos del rey mientras le tendía el brazo a su hija mayor.

—Hoy puede acompañarme Nina. Vuelve a tu juego con lord Greymont, querida mía. Te veré en la cena.

Cuando se hubo marchado, Seraphina volvió a sentarse y exhaló poco a poco. Había creído que, conforme pasara el tiempo, fingir ser alguien se volvería más fácil pero, con el paso de los años, tan solo se sentía más agotada. Ser ella misma sin más era un lujo que había dado por sentado.

Le llevó un momento darse cuenta de que casi todo el mundo había abandonado la sala. Tan solo quedaban Rose y Giselle, que estaban jugando una partida de cartas en el rincón más alejado, y Jocelyn, que la observaba a escondidas desde otro rincón. Seraphina no podía estar nunca a solas con un hombre, pero su dama de compañía sabía cómo ser invisible.

No estaba muy segura de si lord Greymont la había salvado a ella del rey o si se había salvado a sí mismo. Estaba prohibido mencionar la plaga dentro del castillo y cualquiera que intentase huir sería castigado, aunque los intentos habían durado poco después de que hubieran colgado a los tres primeros sirvientes. Todos debían fingir que la plaga jamás había llegado a Goslind. Aquella era la única forma de mantener el espejismo y, a ojos de Seraphina, aquel era un papel que todos estaban contentos de interpretar. Sin embargo, si ella estaba actuando, tal vez otros también lo estuvieran haciendo. Era imposible saberlo.

O, tal vez, no fuese imposible, después de todo.

—Podemos continuar con el juego en otro momento —dijo él al sentir el cambio en su estado de ánimo.

No tenía ni idea de si el rey llegaría a abrir las puertas del castillo de forma voluntaria algún día, pero ella no podía continuar así para siempre. Años atrás, había considerado intentar escapar, pero no dejaba de recordar las palabras que su padre le había susurrado mientras lo abrazaba por última vez. Era lo mismo que el rabino les había dicho cuando la comida estilo *kosher* se había acabado en el barrio judío y algunos se habían negado a comer: «Debes proteger tu propia vida».

Si la familia de lord Greymont tenía un viñedo en una isla, entonces, tal vez tuvieran un barco. Y si Seraphina tenía acceso a ese barco, podría marcharse muy muy lejos del rey Stuart y su corte.

—Solo una ronda más —le dijo mientras enderezaba los hombros con una sonrisa. El rey odiaba cuando fruncía el ceño.

Greymont bajó la vista en gesto de deferencia.

—Estoy a vuestro servicio.

El té se había enfriado, así que tomó una galleta y mordisqueó los bordes con suavidad. Tal como había esperado, no estaba endulzada. El suministro de azúcar al fin estaba agotándose y que los productos

secos empezasen a menguar no era un buen augurio para los frescos.

—En dos semanas, cumpliré veinte años.

—Verdad, por supuesto.

Ni un segundo de duda. Le miró a los ojos y le sostuvo la mirada durante más tiempo del que se consideraba apropiado.

—¿Estáis seguro de que esa es vuestra respuesta, lord Greymont?

Comenzó a responder pero, entonces, entrecerró los ojos y se recostó sobre el sofá.

—¿Por qué tengo la sensación de que estáis jugando a un juego diferente al que estoy jugando yo, alteza?

Había algo en su mirada que hizo que se le acelerara el pulso. Convencer al rey de que era Imogen había sido tan sencillo que casi le había resultado sorprendente. Después de todo, no tenía motivos para dudar de que fuese su hija y, además, estaba medio loco. Sin embargo, a veces se preguntaba cómo era posible que nadie más de la corte se diera cuenta de que era una sustituta. Si, Imogen había sido la más tímida de las princesas y, al ser la cuarta en la línea de sucesión, no había atraído la misma atención que Nina y Giselle o incluso Rose. Aun así, Seraphina era una persona totalmente diferente, por el amor de Dios.

—Si debéis dirigiros a mí de alguna manera, llamadme princesa Imogen, por favor. «Alteza» siempre me suena demasiado formal y pomposo.

Él colocó la mano sobre el sofá, entre ambos, tan cerca que uno de sus dedos rozaba la tela de su falda.

—Bien, princesa Imogen —dijo mientras los labios se le curvaban en una sonrisita—, si vuestro cumpleaños no es en dos semanas, tal vez pueda entregaros vuestro regalo antes.

Apartó la mirada de él y la dirigió al dedo que rozaba su vestido de terciopelo. Jamás había pensado en buscar un lazo amoroso en Eldridge. Por muy divertido que hubiera podido ser tener un escarceo, era peligroso permitir que nadie se acercara demasiado a ella porque, al final, acabaría cometiendo un desliz y revelando su verdadera identidad.

Sin embargo, aquel caballero no era tan tonto como los demás y sabía las suficientes cosas sobre los hombres como para saber que la deseaba. Tener un aliado en Eldridge Hall podría ser lo que necesitaba; alguien que la ayudara cuando la torre de mentiras se derrumbara a su alrededor. La plaga llegaría a su fin, si es que no lo había hecho ya, y cuando los suministros se acabaran, habría consecuencias peores que unas galletas insípidas.

Se permitió rozarle la mano con la suya. Fue solo un instante, mientras se recogía las faldas para ponerse en pie.

—Habéis ganado —dijo.

Jocelyn y Rose se acercaron a toda prisa. Él se puso en pie, ladeando la cabeza.

—¿De verdad?

—Habéis acertado en ambas ocasiones. Las fresas son mi fruta favorita y cumplo veinte años en dos semanas.

—¡El día del baile de máscaras!

Rose sonrió de forma agradable, pero Jocelyn pasó la mirada entre lord Greymont y Seraphina.

—Creo que el juego todavía no se ha acabado, princesa Imogen —dijo, haciendo una reverencia exagerada. Después, en un susurro que le rozó el hombro cuando pasó a su lado, añadió—: Todavía os debo una mentira.

CAPÍTULO 4

Lord Crane acogió a la señorita Talbot durante varios días. Justo después de su llegada, se había desatado una tormenta terrible y el señor de la casa jamás habría permitido que una dama se marchara en tales condiciones. Sin embargo, una tarde, cuando Nico se encontró a solas con ella en el estudio, le pareció que ella estaba ansiosa por ponerse en marcha.

Estaba quitando el polvo de una estantería, fingiendo que los suspiros y los murmullos de Elisabeth no eran una distracción, cuando ella se acercó a la escalerilla en la que estaba subido.

—¿Cómo puede soportar estar aquí? —masculló mientras sacaba un libro que estaba en la estantería de debajo de la suya.

—¿Disculpe, señorita Talbot?

Ella hojeó las páginas, despistada, mientras apartaba con la mano las motas de polvo que flotaban a su alrededor. Si se lo hubiera preguntado, Nico le habría dicho que el libro que tenía entre manos tenía doscientos años de antigüedad y contenía una prosa bastante bella.

—Lord Crane parece controlarlo todo y a todos. Esta mañana, le he dicho que quería marcharme y me lo ha prohibido. Me ha dicho que me ataría si lo intentaba siquiera.

Tenía diecinueve años, igual que él, pero había un tono infantil y petulante en su voz.

—Estoy seguro de que tan solo quiere que esté sana y salva. Ahora mismo, el bosque será una ciénaga y, si su yegua se queda coja, se quedará varada ahí fuera. —Cuando ella intentó meter el libro en la balda incorrecta, él se bajó de la escalerilla—. Traiga —dijo mientras se lo quitaba de las manos. Después, lo colocó con reverencia en el hueco correcto.

—He llegado hasta aquí yo sola, ¿no es así? —Se dejó caer en un sofá y cruzó los brazos frente al pecho—. Si puedo seguir un buen ritmo, Eldridge Hall se encuentra a tan solo cinco días más de aquí. Además, *Locket* jamás dejaría que me hicieran daño.

Nico apenas escuchó el comentario de la joven sobre su yegua gris que, aunque era dócil y dulce, no dejaba de ser una yegua. Había centrado su atención en otra cosa.

—¿Su familia se encuentra en el castillo?

Elisabeth suspiró y se puso a juguetear con los flecos dorados de un cojín de terciopelo.

—La última noticia que recibí es que mi hermano sí se encontraba allí, pero hace años que no sé nada.

Nico dejó el plumero y se sentó en el sofá que había frente a ella.

—Siento ser yo el que le diga esto, pero todos los rumores indican que el rey loco encerró consigo a la nobleza en el interior. No tenían

comida suficiente para que les durara tanto tiempo.

La preocupación atravesó el gesto de la joven, pero alzó la barbilla en un ángulo obstinado.

—Si eso es cierto, continuaré el viaje hasta nuestro hogar y comprobaré si queda alguien. Mi madre y mi padre me enviaron fuera en cuanto recibieron noticias de la plaga. Se suponía que ellos iban a seguirme, pero es posible que decidieran quedarse y esperar hasta que pasara. Tal vez, ahora estén todos juntos.

Nico se preguntó si se daba cuenta de lo delirante que sonaba, pero decidió no presionarla. Si hubiera alguna esperanza de que algún miembro de su familia estuviera vivo todavía, él haría lo mismo.

—Estoy seguro de que no pasará nada por esperar un día más a que el tiempo se despeje —dijo—. Además, otra noche en una cama cálida tampoco le sentará mal.

Ella alzó la visa hacia él, con los ojos más abiertos de lo normal.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eh… Nada, señorita Talbot. Tan solo que si, de camino a Eldridge Hall, va a dormir en los bosques, quedarse en la mansión otra noche más le proporcionará un descanso bien merecido, ¿no es así?

Cuanto más hablaba, más se sonrojaba. Las mejillas de la joven eran del mismo tono rosado que su vestido. Tal vez Branson había estado en lo cierto al insinuar que no iba a necesitar su propio dormitorio.

Elisabeth era la viva imagen de una joven virtuosa, el tipo de chica con la que se casaría si tuviera la suerte de encontrar a su media naranja. Sin embargo, no era un ingenuo. O, al menos, no del todo. Tal como había dicho ella, la plaga había cambiado a todo el mundo. Cuando sentías que eras la única persona que quedaba en el mundo, te aferrabas a los supervivientes como si fueran botes salvavidas en medio de un mar tormentoso. No importaba que Colin fuese deshollinador, que Crane fuese ahora su señor o que Branson fuese insufrible. La trisanguinaria los había convertido en familia.

—¿Cómo están las cosas ahí fuera? —le preguntó para cambiar de tema de conversación—. ¿Hay comercio? ¿Ha vuelto todo a la…? —No quería decir «normalidad», porque esa palabra ya no tenía significado—. ¿Ha mejorado la situación?

Ella lo miró a los ojos y, por primera vez, Nico se dio cuenta de que las cosas que había visto la atormentaban.

—Que todo el mundo sepa, la plaga ha terminado —dijo en voz baja—. Salí de Glendale yo sola, pero encontré a otras personas por el camino. Para cuando llegamos a Esmoor, éramos un grupo pequeño. No eran personas nobles, pero eran gente buena y amable. Empecé a sentir esperanzas. Pero Esmoor estaba… —Tragó saliva con dificultad —. La gente que sigue allí vive como ratas entre las sombras,

acechando y peleándose por las sobras. No nos quedamos demasiado tiempo; no era seguro.

Nico prestó atención a cada palabra mientras intentaba imaginarse la capital tan cambiada. Tan solo había estado allí en un par de ocasiones, de niño, pero le había parecido una ciudad preciosa. Tendría que haber vuelto y haber visto aquello con sus propios ojos. Tendría que haber ayudado alguien.

Antes de que pudiera hacer más preguntas, lord Crane entró en la biblioteca.

—Aquí está, señorita Talbot. Temía que la hubiéramos perdido.

Nico se apresuró a ponerse en pie.

—Mis disculpas, señor. Estaba a punto de terminar.

Una sonrisa atravesó el rostro de Crane, perezosa como el vino corriendo por el cuenco de un cáliz de cristal. Si la señorita Talbot era la dama por excelencia, entonces, Crane era todo lo que Nico imaginaba que tenía que ser un noble: apuesto, generoso y poderoso. También era el hombre más intimidante que había conocido jamás después de su padre.

—La señorita Talbot tiene buen gusto —dijo el hombre, sonriéndole todavía—. La biblioteca es una de mis estancias favoritas de la mansión.

Elisabeth se puso en pie y tomó el brazo del caballero mientras le lanzaba una mirada indescifrable a Nico.

—El sol ha salido al fin. Me gustaría ver los jardines antes de partir.

—Será un placer. —Las siguientes palabras, las lanzó por encima del hombro como si fueran sal—. Mott, creo que la plata necesita un buen abrillantado. Encárgate de ello, por favor.



—¿Estás abrillantando la plata? —le preguntó Colin cuando lo encontró en el comedor, sudando gracias a un intrincado candelabro —. ¿Qué has hecho?

Nico se apartó el pelo de la cara con un soplido y volvió a inclinarse sobre su tarea.

—Lord Crane me ha encontrado a solas con la señorita Talbot. He cometido el error de estar sentado en el sofá.

Colin soltó un silbido grave.

—No puedo negar que, en el pasado, he permitido que alguna cara bonita sacara lo peor de mí, pero la señorita Talbot es la invitada del señor.

—No estaba intentando coquetear con ella. Intentaba consolarla. Cree que su hermano está en Eldridge Hall.

Colin arqueó una ceja.

—¿Vivo?

—Eso parece. Estaba intentando explicarle que las posibilidades de que eso sea así son…

—¿Inexistentes?

—Lo he dicho con algo más de delicadeza que eso.

El otro joven tomó un plato de plata y un trapo.

—Entonces, no me parece que sea motivo para merecer un castigo.

—No creo que haya oído la conversación. Tan solo me ha visto sentado como si fuese el dueño del lugar.

—Pero tú eres un caballero.

—No en esta casa. Y me alegro de que sea así. No creo que pudiera soportar ser responsable de tantas vidas. Sin embargo, a veces es difícil acordarse.

—¿Y la señorita Talbot?

—¿Qué pasa con ella?

Mientras se agachaba para recoger una copa, Colin se apartó el espeso pelo castaño de la frente.

—¿Crees que le gustas? Tal vez el señor esté celoso.

—¿De mí? —Nico se rio—. Es una década mayor que yo e infinitamente más rico. No soy ninguna amenaza.

—No subestimes el poder de una cara bonita —contestó el otro, dándole un golpecito en la barbilla—. Yo termino con esto. A Branson le toca enterrar hoy.

Nico suspiró.

—Debería echarle una mano.

—¿Por qué? Él no te la echaría a ti.

—Eso es lo que diferencia a los hombres de las bestias —contestó con una sonrisa irónica.

—¿El qué?

—La generosidad, la amabilidad y la capacidad de sobreponerse a las diferencias insignificantes.

—¿De verdad? Pensaba que se trataba de nuestra ropa elegante —dijo Colin mientras le daba un tironcito a su chaleco para dar énfasis a sus palabras.

Nico se rio.

—Te das cuenta de que vas a abrillantar la palta por mí, ¿verdad?

—Solo para no sentirme obligado a ayudar a Branson.

Nico arqueó una ceja mientras salía de la habitación.

—Y, así, la rueda sigue su curso.

Se cambió de ropa para ponerse la que usaba para hacer las funciones de enterrador y se dirigió hacia los campos, siguiendo los profundos surcos que Branson había dejado en el barro con la carretilla. En todo caso, era agradable estar en el exterior, disfrutando del aire fresco. Al comienzo de la plaga, todos se habían encerrado en sus casas, como esos pobres tontos de Eldridge Hall.

Algo se removió entre los árboles y Nico se quedó clavado en el sitio. Desde la llegada de la enfermedad, los depredadores, que habían olvidado el miedo a los cazadores, habían descendido de las montañas. En una ocasión, había visto un lobo olfateando un cadáver. Por suerte, había estado solo. Ni siquiera los animales tocaban los cuerpos asolados por la plaga, pero habían encontrado otros rastros de dichos depredadores: ciervos y ovejas con los cuellos desgarrados, así como ardillas y conejos disecados.

—¡Ayuda! —gritó alguien.

Nico se lanzó hacia delante, deseando haber llevado un arma consigo. Atravesó la maleza y salió a un claro, donde dos hombres se estaban peleando en el suelo.

—¿Dónde está? —preguntó uno de ellos, que tenía las manos en torno a la garganta de Branson.

—No lo sé —gimoteó el joven—. Lo juro.

Nico se acercó corriendo, sin ningún plan de verdad.

—¡Suéltelo!

En su cabeza, había sonado más galante. El hombre que se encontraba sobre Branson se giró para mirarlo y, de inmediato, reconoció al desconocido que de manera tan inesperada había llamado a la puerta un par de noches atrás. Adrien Arnaud. En sus ojos había una mirada salvaje que hizo que se sintiera menos valiente de lo que se había sentido apenas unos segundos atrás.

—¡Tú! —gritó el hombre mientras soltaba a Branson y se acercaba a Nico con rapidez—. ¡Dime dónde está la chica!

—No pienso hacer tal cosa. —Se soltó de su agarre y se dirigió hacia la carretilla. La pala era lo más parecido a un arma que tenían y Branson no parecía muy dispuesto a ayudar.

—No lo entiendes —dijo Arnaud con un tono de súplica en la voz —. Tengo que encontrarla.

Lo observó más detenidamente y se dio cuenta de que el hombre iba ataviado con las mismas ropas elegantes que había vestido en su último encuentro, aunque ahora las llevaba sucias y echas jirones. Supuso que se parecía mucho al aspecto que él mismo había mostrado

cuando el señor lo había encontrado. Menos mal que Crane se había apiadado de él, porque a aquel caballero no le había mostrado piedad alguna.

—Lo siento —dijo—, pero la dama es una invitada de lord Crane. Aunque supiera dónde se encuentra en este momento, no se lo diría. Le sugiero que abandone estas tierras antes de que el señor vuelva a verle de nuevo. No creo que se tome bien su presencia.

—No puedo marcharme sin la…

Se oyó un grito a la vez que un disparo. De forma instintiva, Nico se cubrió la cabeza, pero Crane era un tirador excelente. La bala había atravesado de forma directa la espalda del hombre, que cayó muerto sobre el barro.

—¡Cielo santo! —exclamó Nico—. ¿Por qué ha hecho eso?

—El hombre estaba delirando —dijo Crane con frialdad mientras bajaba de su semental. Detrás de él, la señorita Elisabeth iba montada a horcajadas sobre *Locket* y la boca le formaba una pequeña «O» de sorpresa—. Le he evitado que siguiera sufriendo. Ha sido un favor, créeme.

Nico no estaba muy seguro de que nadie pudiera decir que recibir una bala en la espalda fuese un favor, pero se esforzó por mantener la compostura. Aquel era otro motivo por el cual nunca podría ser el señor de nadie: no tenía la determinación de Crane. Aunque, al menos, no estaba tirado en el suelo y acobardado como Branson.

—Levántate, Branson —dijo Crane mientras le daba un golpecito con la bota al hombre muerto—. La buena noticia es que ya tienes todo lo que necesitas para enterrarlo. Date prisa y encárgate de ello. Mott, tú vienes conmigo.

—No me dejen aquí solo —gimoteó Branson—. Por favor, señor.

Crane señaló el cadáver con el arma.

—Ahora ya no hay nada que temer. Tengo que llevar a la señorita Talbot de vuelta a la mansión. —Echó la mirada atrás hacia ella con un gesto extraño en el rostro—. Se ha llevado un buen susto.

Elisabeth sí que estaba pálida y Nico se dio cuenta de que de la nariz le manaba un hilillo de sangre. Le tendió un pañuelo y le explicó que tenía que inclinar la cabeza hacia delante para favorecer la coagulación. Sin embargo, él también estaba conmocionado, intentando comprender cómo era posible que un hombre que le había salvado de una muerte segura se mostrase tan insensible hacia un desconocido.

La primera vez que había visto a Crane, había estado tirado en el suelo del bosque, convencido de que estaba alucinando de nuevo. Crane había ido montado sobre su semental negro, *Bane*, y con un rifle de caza en el regazo. *Bane* había relinchado, probablemente al descubrir la silueta semiinconsciente de Nico y, cuando el hombre

había desmontado, sus botas brillantes habían aparecido y desaparecido frente a Nico.

Lo siguiente que recordaba era la mano fuerte de Crane en torno a su muñeca, buscándole el pulso.

—Suerte que te he encontrado cuando lo he hecho —había mascullado mientras lo recogía del suelo como si fuese un niño—. Unas horas más y hubieras estado acabado.

Lo había ayudado a subir a la montura y, después, se había subido detrás de él. Había dormido durante todo el camino hasta la mansión Crane, pero el caballero le había hablado en voz baja mientras cabalgaban. Le había dicho que ya estaba a salvo, que había una cama caliente y comida de sobra esperándole. Todo aquello le había parecido un sueño; uno que, cuando se había recuperado, le había asombrado descubrir que era real.

Cuando Colin le había transmitido sus deberes, había aceptado su nueva posición con agradecimiento. Era justo que compensara a Crane por haberle salvado. Y cuando algún viajero pasaba de forma ocasional por la mansión, Crane siempre los trataba con la misma amabilidad con la que lo había tratado a él. Sin duda, había sido la preocupación por Elisabeth lo que lo había llevado a disparar a Arnaud. Aun así, Nico se sintió agitado tras haber visto a su benefactor actuando de manera tan violenta. Una vez más, tuvo la sensación de que aquellos dos hombres habían tenido un pasado en común.

En la mansión, recibió la orden de escoltar a Elisabeth hasta sus aposentos, de ir a buscar a Abby y de mantener a la invitada allí hasta que Crane la mandase llamar. En cuanto regresaron, el señor de la casa desapareció en un ala diferente de la mansión. Mientras la joven y él recorrían juntos los pasillos, no pudo ignorar sus sollozos ahogados.

—No llore, señorita Talbot. Aquí, en la mansión, estáis a salvo.

Con cuidado, le apartó la mano del rostro, pues todavía se estaba presionando el pañuelo contra la nariz. Le alegró ver que el sangrado se había detenido.

—De eso se trata —dijo, sorbiendo la nariz—. ¿Qué pasará si, mañana, cuando me marche, me encuentro a otro lunático en los bosques? No tendré a nadie que me proteja.

—Tal vez alguien pueda acompañarla, al menos una parte del trayecto.

—Oh, ¿lo haría usted? —De pronto, la joven lo abrazó y le enterró el rostro en el pecho. La luz se reflejaba en su cabello oscuro y sedoso —. Le estaría eternamente agradecida.

—Oh. —Se quedó un instante clavado en el sitio, sin saber qué hacer. Podía encargarse de las narices sangrantes, pero no había

llegado a aprender el remedio para las damiselas sumidas en el llanto —. Dudo que me permitieran marcharme, pero tal vez lord Crane pueda acompañarla.

—Me inquieta —susurró justo cuando llegaron a su dormitorio.

Antes de que pudiera marcharse para ir a buscar a Abby, ella lo agarró del brazo y lo arrastró al interior de la habitación. Después, cerró la puerta tras él.

—Señorita Talbot, por favor, esto es muy inapropiado. Lord Crane es un caballero, se lo aseguro.

Ella soltó un bufido.

—¿Acaso un caballero va por ahí disparando a la gente por la espalda? Creo que no.

Una oleada de inquietud le recorrió la columna vertebral, pero se sacudió aquella sensación.

—Arnaud estaba delirando, suplicando que le dijéramos dónde se encontraba usted. Ya había fingido ser su esposo. Lord Crane la estaba protegiendo.

Ella se dejó caer de rodillas y le tomó una de las manos.

—Por favor, señor Mott. Nico. Jamás conseguiré llegar a Eldridge yo sola. Le necesito. La manera en que Crane me mira…

Nico sintió un rubor recorriéndole el cuello, pero se obligó a reprimirlo.

—Es usted una dama, así que quizá no comprenda…

Elisabeth le lanzó una mirada afilada que hizo que se sintiera como un niño.

—Reconozco el deseo cuando lo veo. Esto es diferente. En sus ojos hay una sed que me asusta.

Ya era imposible evitar sonrojarse. Sed, deseo… ¿Acaso no eran lo mismo?

—¿Qué quiere decir?

Ella se puso en pie y se colocó a tan solo unos centímetros de Nico. Posó los ojos en la zona superior de sus clavículas y él tragó saliva con fuerza. Con cuidado, la joven le apoyó la palma de la mano en el pecho y extendió los dedos por su camisa, justo por encima del corazón. Era imposible que no notara lo rápido que le estaba latiendo.

—Eso, señor Mott, es deseo. Pero en cuanto a Crane… Es como si fuera un lobo y quisiera… —Se mordió el labio y alzó la vista hacia él. Sus ojos marrones resultaban enormes en medio de aquel rostro manchado de sangre—. Es como si quisiera devorarme. —Bajó los dedos por el pecho hasta alcanzarle el estómago. Agarró la tela de la camisa y tiró de él hasta que lo tuvo más cerca todavía—. Por favor, ayúdeme.

Nico echó un vistazo a la puerta cerrada, convencido de que, en cualquier momento, su señor iba a entrar en la habitación y a

dispararle a él por la espalda.

Si Elisabeth estuviese enferma o herida, haría todo lo posible por ayudarla, pero incluso aunque le permitieran acompañarla a casa, lo haría fatal. No era un buen tirador, no conocía los caminos y tan apenas había sobrevivido él mismo ahí fuera. Además, si Crane consideraba que se estaba pasando de la raya, podría desterrarlo de la mansión. No quería volver a vivir solo en una casa llena de fantasmas. No estaba muy seguro de que su cordura fuese a soportarlo.

—No puedo, señorita Talbot. Lo siento. —Se liberó de su agarre y se acercó a la puerta—. Le enviaré a Abby ahora mismo. Intente no preocuparse. Se ha asustado, pero todo va a salir bien.

Encontró a Abby y la envió a los aposentos de Elisabeth, no sin antes avisarle de que la dama estaba consternada. Crane le había dicho que esperara fuera de la habitación de la joven pero, dado su comportamiento, no le pareció buena idea. En su lugar, fue a su propio dormitorio e intentó despejarse.

No podía ir con ella, eso estaba claro. Sin embargo, también odiaba la idea de enviarla a los bosques sola. Tal vez, si hablaba con Crane, podría convencerlo de que la acompañase parte del camino. En su ausencia, él y los demás podrían encargarse de la mansión.

Se dirigía a la cocina cuando oyó al dueño de la casa hablando con otro sirviente, un muchacho joven llamado Gavin que trabajaba en los establos.

—La señorita Talbot y yo nos marcharemos con la primera luz del alba —dijo Crane—. Dile a la señora Horner que prepare comida suficiente para diez días de viaje. No creo que vaya a estar fuera tanto tiempo, pero más vale prevenir que curar. Nos llevaremos el carruaje.

—Sí, señor —contestó el muchacho.

Nico suspiró, aliviado. Elisabeth iba a estar bien cuidada y ni siquiera había tenido que intervenir. El resto de la noche, se quedó en su habitación, evitando a la dama. Lo mejor para todos era que se marchara.

CAPÍTULO 5

Seraphina no había descubierto por qué Giselle la despreciaba tanto hasta que no había pasado casi un año desde su llegada a Eldridge Hall. Su madre, la reina Aurora, había muerto dando a luz a Imogen cuando Giselle tan solo tenía cinco años. La princesa había sido lo bastante mayor como para recordar a su madre, pero no lo suficiente como para entender los peligros inherentes al alumbramiento. Según Jocelyn, Giselle se había negado a prestar atención a su hermana menor cuando aún era un bebé. Tampoco había ayudado el hecho de que el rey Stuart había parecido convertir toda la tristeza por la pérdida de su esposa en amor y afecto hacia la pequeña Imogen.

Aun así, aquella farsa había sido idea de Giselle, que estaba decidida a llevarla a cabo hasta el final. Incluso aunque eso significara ver a su padre consintiendo a una plebeya. Y a una plebeya judía, nada menos.

Aquel día, el rey se sentía nostálgico y les había pedido a todas sus hijas que se unieran a él para una tarde de música y juegos de cartas. La auténtica princesa Imogen había sido una pianista de talento, pero Seraphina no había tocado un instrumento en toda su vida. La explicación que sus hermanas le habían dado al rey había sido que Seraphina había sufrido un entumecimiento de las articulaciones de los dedos que hacía que le resultase difícil tocar. Sin embargo, tenía buena voz para el canto, así que entretenía al rey de aquel modo.

—Encantador —dijo lord Greymont cuando Seraphina regresó a su asiento tras acompañar a Nina en tres canciones.

Nina tenía veintiséis años y era la heredera al trono aunque, según Giselle, no tenía el temperamento de una soberana. Desde luego, no parecía preocupada por el hecho de que, algún día, tendría que casarse para procrear un heredero. «Coquetear me mantiene joven», le había dicho en una ocasión con una sonrisa maliciosa.

Seraphina inclinó la cabeza en dirección a lord Greymont y retomó sus labores.

—¿Deberíamos continuar nuestro juego?

—Yo tenía otro juego en mente.

Miró al rey, que roncaba con suavidad en un sofá con la cabeza apoyada en el hombro de Giselle que, con aquellos ojos verdes brillantes y una melena castaña oscura, era sin duda una hermosura. Sin embargo, tenía el ceño fruncido de forma perpetua, lo cual era un indicio de la fealdad que se escondía en su interior.

Rose, que tan solo tenía veintidós años, era igualmente encantadora y tenía unos hoyuelos que podían hacer sonreír al más cascarrabias de los caballeros. Además, era la única de las princesas que estaba prometida en matrimonio, aunque no se sabía si el príncipe con el que había de casarse seguía vivo o no.

—¿Y qué juego es ese? —preguntó Seraphina al fin.

—El escondite.

—Eso es un juego de niños, lord Greymont.

Él sonrió.

—Si se juega como lo juego yo, no.

—Aun así —dijo ella con rapidez—, es difícil jugar al escondite en una sola habitación.

No le gustaba cómo su sonrisa hacía que sintiera mariposas en el estómago. Más bien, sí que le gustaba, y ese era el problema. Se pellizcó la muñeca por debajo del cojín.

—Entonces, tendremos que marcharnos.

—Se me ha pedido que pase la tarde con mi padre.

Lord Greymont se inclinó hasta estar tan cerca de ella que su cabello le acarició el cuello.

—Parte de la gracia es escabullirnos sin que nadie se dé cuenta.

Seraphina se mordió el labio un instante. No quería hacer nada indecoroso, pero tampoco quería que él se cansara de ella antes de que hubiera podido determinar si le iba a ser útil o no.

—Y supongo que esperáis que me esconda yo.

—Naturalmente.

En una ocasión, ya la habían atrapado como si hubiese sido un conejo y la habían obligado a vivir en aquella jaula de oro, pero Imogen no tenía por qué seguir las mismas reglas que Seraphina.

—Me temo que no. Si vamos a jugar, seréis vos el que se esconda. Si alguien preguntara, yo podría afirmar que estaba buscando algo.

—Muy bien —dijo él—. Necesitaré cinco minutos de ventaja. Después de todo, el castillo es bastante grande.

—Los dormitorios personales están prohibidos, así como los dominios de los sirvientes. Ya sabéis cómo les gusta chismorrear.

Greymont torció los labios, pensativo.

—¿Con qué nos deja eso?

—El gran salón, la librería, la antigua armería, cualquiera de las estancias sin usar y la bodega. Creo que, con eso, será suficiente.

—Desde luego. Buena caza.

Él se puso en pie y comenzó a alejarse, pero Seraphina lo agarró de la manga.

—¿Qué consigo si os encuentro? —susurró—. El premio debe de ser muy grande para correr semejante riesgo.

A lord Greymont le centellearon los ojos con una mirada maliciosa.

—¿Qué es lo que queréis de mí, princesa Imogen?

Sabía qué era lo que él deseaba, algo que estaba dispuesto a recibir, como un beso. Pero ella era una princesa; no concedía besos así como así.

—Un favor de mi elección cuandoquiera que os lo pida.

Él arqueó las cejas.

—¿Cualquier favor?

Ella asintió.

—Como os he dicho, para mí, es un gran riesgo que me vean retozando por el castillo cuando se supone que he de estar pasando la tarde con mi padre.

Greymont alzó una de las comisuras de los labios.

—Muy bien. Un favor a vuestra elección. Espero que me encontréis.

—Yo también —replicó ella mientras batía las pestañas—. De lo contrario, será un día muy largo para vos.



Seraphina esperó más de cinco minutos solo para asegurarse de que nadie relacionase su partida con la de lord Greymont. Cuando se escabulló, afirmando que necesitaba ir al lavabo, el rey seguía durmiendo y, aunque Giselle le había mirado con los ojos entornados, no se había movido por miedo a despertar a su padre.

Primero, lo intentó en los dormitorios y la librería, ya que estaban de camino al gran salón. La bodega era su último recurso, ya que allí había muchas más probabilidades de encontrarse con un sirviente. No es que ninguno de ellos fuese a atreverse a hacerle ninguna pregunta pero, aun así… No quería darles ningún motivo para chismorrear.

Una de las únicas pocas cosas buenas de su confinamiento era el poder tener acceso a la biblioteca del castillo. Su padre había sido un estudioso que le había enseñado a leer cuando era muy pequeña, pero él había estudiado la Torá y diferentes textos históricos, no necesariamente temas que hubiesen interesado a la pequeña Seraphina. En aquel momento, entró en la biblioteca e inhaló el aroma cálido y mohoso de los libros viejos que ya le resultaban tan familiares como si fueran amigos. A menudo, solía acomodarse allí para pasar la tarde leyendo, tal como hacían otros lores y damas. Todos llevaban años atrapados y, para muchos de ellos, la lectura era una de las pocas formas de escape que quedaban. Sí, podían disfrutar de los juegos de apuestas, de las elaboradas comidas, de horas y horas dedicadas a vestirse y acicalarse, de las aventuras sórdidas en los rincones oscuros, o de los paseos por los muchos pasillos del castillo, tal como estaba haciendo ella en aquel momento. Sin embargo, no había oportunidades para disfrutar de actividades al aire libre como montar a caballo, ir de caza, practicar el tiro con arco o cualquier otro entretenimiento que hubiera podido interesarle en su vida pasada.

A continuación, comprobó los dormitorios vacíos. En aquel momento, había más que cuando toda aquella farsa había comenzado pues, en aquel tiempo, había muerto gente. No por la plaga, sino por causas naturales y algunos accidentes. Según Nina, que era la que más estaba al tanto de los cotilleos del castillo, varias personas habían

desaparecido. Nadie sabía cómo habían escapado pero, sin duda, aquello apoyaba la teoría de Jocelyn de que había un túnel secreto. Sin embargo, había pocos momentos en los que ella estuviera a solas. De hecho, mientras comprobaba la parte trasera de una cama con dosel, se dio cuenta de que aquella era la primera vez en siglos que estaba sola fuera de su torre.

Mientras caminaba, empezó a canturrear para sí misma una de las baladas que había interpretado frente al rey. Sin embargo, cuando se permitió perderse en sus pensamientos, la letra empezó a transformarse en una canción infantil que se cantaba con la misma melodía que la balada.

El viejo rey Stuart se ha vuelto loco, pues espera no estar muerto dentro de poco.

Cerrad las ventanas y las puertas atrancad, pues a por ricos y pobres la plaga vendrá.

Si sueñas con seguir vivo, hay tres maneras de conseguirlo:

Cruza el mar con su oleaje, reza por tener inmunidad de sangre.

O muere primero, luego renace y de los hombres vivos bebe la sangre.

Dalia se la había cantado tan solo unos días antes de que las princesas fueran a buscarla. Al igual que sus amados pájaros cantores, su amiga había tenido una voz dulce para el canto que, de algún modo, había logrado que la canción le resultase todavía más inquietante.

Por aquel entonces, el rey Stuart ya había comenzado a acaparar los cultivos y las provisiones y otras ciudades de Goslind habían cerrado sus muros a los extraños. Giselle se había arriesgado al llevar a una desconocida al castillo. Aunque ahora sabía que, cuando se la habían llevado, la plaga todavía no había llegado a Esmoor, en aquel entonces no habían tenido manera de estar seguros y, en teoría, Seraphina podría haber estado en las fases iniciales de la mori roja. Pero Giselle no tenía experiencia con plagas. Sin embargo, con el temperamento de su padre… Eso lo conocía demasiado bien.

El último verso, el que hablaba de renacer, era un auténtico disparate. Sin embargo, cada vez que lo cantaba, sentía un escalofrío. ¿Por qué eran las canciones infantiles las que siempre hacían que se te erizara la piel?

Cuando entró al gran salón, se dio la vuelta, segura de que había oído a alguien llamándola desde una de las habitaciones. Sin embargo, las había revisado todas a conciencia y lord Greymont no estaría tan loco como para llamarla por su nombre de pila de aquella forma tan abierta. Estaba a punto de atravesar el salón hasta la chimenea apagada que estaba al fondo cuando el reloj de ébano empezó a sonar.

Se giró poco a poco para mirarlo. El reloj era tan alto como dos hombres subidos uno encima del otro y tan ancho como cinco. Desde

los pedestales con forma de pata de león que había en la parte inferior hasta el remate superior con la figura de un águila (¿o era un cuervo?) era de un color negro sólido e impenetrable. Incluso la superficie era negra, lo que dificultaba poder leer las manillas de filigrana dorada. Tampoco es que importara, teniendo en cuenta que siempre marcaban las tres en punto. Supuso que la hora real se acercaba más a las cinco de la tarde.

Se acercó hasta el reloj y, por primera vez, se fijó en que, en la puerta que había tallada en la parte delantera, había un ojo de cerradura pequeño. Sonrió para sí misma. Sería muy astuto por parte de lord Greymont esconderse allí. Probablemente, demasiado astuto. Si ella no se había fijado nunca antes, dudaba que él lo hubiera hecho. Llevó la mano hacia la puerta, curiosa por saber si el espacio del interior de verdad era lo bastante grande como para albergar a un hombre adulto. Si era así, tomaría nota para cuando le tocara a ella esconderse.

Cuando rozó la superficie con los dedos, se estremeció. Con lentitud, llevó la otra palma de la mano a la puerta. El reloj estaba frío, mucho más frío de lo que debería estar un reloj de madera. Apoyó la mejilla contra la superficie y escuchó, esperando oír el tic-tac del péndulo del interior. En su lugar, oyó el gemido y el silbido constante del viento. Aquel era el sonido que había oído antes: no una voz llamándola, sino el lamento del viento a través de aquel orificio diminuto.

Estaba a punto de acercar el ojo a la cerradura cuando notó algo en el hombro.

—Ahí estáis —dijo lord Greymont cuando ella se dio la vuelta.

El corazón le palpitaba con fuerza en el pecho mientras daba un paso atrás y se apoyaba contra la fría superficie del reloj. Él estaba sonriendo y, en medio del salón sin iluminar, sus dientes le resultaron casi demasiado blancos. Al llegar al castillo, Seraphina se había obligado a desteñirse los dientes con zumo de limón para intentar deshacer parte del daño que había causado al beber café fuerte sin leche durante tantos años.

—Estáis temblando. —Le apoyó la otra mano en el hombro, sujetándola con fuerza—. Lo siento muchísimo. No pretendía asustaros.

Quería apartarse de él y salir corriendo, pero obligó a sus músculos a relajarse y sonrió.

—Me habéis sorprendido, no asustado. Se supone que deberíais estar escondiéndoos.

—Llevaba escondido tanto tiempo que temía que me empezase a salir la barba y no me reconocierais cuando me encontrarais.

Ella sonrió con suficiencia ante sus mejillas despejadas.

—Ha pasado menos de media hora.

—¿De verdad? Juraría que había pasado una eternidad. ¿En qué siglo nos encontramos, princesa?

Antes de que pudiera contestar, lord Greymont le pasó un rizo suelto por detrás de la oreja, se inclinó hacia delante y le rozó el pómulo con los labios. Fue algo breve y a duras penas podía considerarse un beso de verdad pero, para él, ella era una princesa. Incluso como Seraphina, jamás habría permitido que un chico se tomara semejantes libertades sin su permiso.

—Lo lamento —dijo él cuando vio su ceño fruncido—. No debería haber…

—No, no deberíais haberlo hecho.

Había una mirada de pánico en sus ojos.

—Perdonadme, alteza.

Por mucho que le hubiese gustado verlo avergonzado un poco más, tampoco quería asustarlo del todo.

—Supongo que tendremos que fingir que no ha ocurrido. —Sonrió y pasó a su lado, alejándose del reloj—. Y bien, ¿dónde estabais escondido?

A su espalda, oyó cómo él suspiraba y su sonrisa se ensanchó. Mientras tuviera miedo de ofenderla, seguiría teniendo el poder.

—Estaba en la bodega. En parte, por eso he venido a buscaros. Allí abajo he encontrado algo que he pensado que podría ser de vuestro interés.

Dejó que la tomara del hombro y la condujera hacia la bodega. Ni en una sola ocasión se permitió volver la mirada hacia el reloj o el polvo que había en el suelo que lo rodeaba. Sobre todo, no miró las huellas que había visto y que se alejaban de la puerta del interior ni el rayo de sol tan claro como uno de los cabellos dorados de su cabeza que llegaba desde el piso que había debajo.



Olvidado el beso no deseado, Seraphina y Greymont observaron la bodega. Estaba vacía. Completa y desastrosamente vacía salvo por unos pocos sacos medio llenos de grano y botes de hortalizas

encurtidas.

—¿Habíais estado aquí abajo alguna vez? —preguntó Seraphina cuando al fin recuperó la voz.

Él sacudió la cabeza.

—No, jamás. Sé que puede parecer una tontería, pero no deseaba saber de dónde procedía la comida.

—Sé lo que queréis decir. Pero esto… No vamos a sobrevivir al invierno.

—No, no vamos a sobrevivir.

Se dio la vuelta de pronto, la agarró del brazo y tiró de ella hacia un rincón de la bodega al que no llegaba la luz procedente de la puerta.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó mientras se resistía a su agarre.

Él la soltó de inmediato, pero la había atrapado con su cuerpo contra la esquina.

—Basta ya de juegos —siseó.

—Yo no estoy jugando a nada —contestó ella con los dientes apretados. Si gritaba, era probable que la oyera algún sirviente. Sin embargo, no tenía ganas de explicarle al rey qué estaba haciendo a solas con lord Greymont, pudiendo poner en peligro su «virtud», algo sobre lo que él le advertía a menudo.

—Han pasado casi cuatro años. La plaga ha llegado a su fin y todos lo sabemos. ¿Cuándo va a dejarnos salir el rey?

Seraphina notó la respiración acelerada contra los lazos del corsé. Greymont lo había hecho: había roto la ilusión y pronunciado las palabras prohibidas. Casi esperaba que el techo se derrumbara sobre ellos.

—¿Cuándo? —preguntó mientras golpeaba la palma de la mano contra la pared, justo al lado de su cabeza.

Ver el miedo que había en sus ojos la ayudó a desprenderse del suyo propio. Se enderezó y soltó una carcajada irónica.

—No voy a fingir que conozco cómo funciona el interior de la mente de mi padre, lord Greymont.

El caballero bajó el brazo y se derrumbó contra la pared, a su lado.

—Lo siento. Sé que esto no es culpa vuestra.

Ante aquel aparente cansancio y desesperación, la ira de Seraphina comenzó a desaparecer. Por primera vez en años, se sentía un poco menos sola. Ni siquiera Jocelyn quería hablar de la posibilidad de que la comida se agotara. Pero, más allá de eso, Greymont podría ser la clave de su supervivencia una vez que saliera de allí. Porque iba a salir de allí sí o sí.

—Yo también lo siento —dijo, suavizando el tono de voz y la postura—. Tal vez pueda hacer algo para que el asunto progrese.

Se quedaron ahí de pie, respirando con dificultad, y Seraphina se preguntó qué cálculos estaría haciendo él en su mente. Greymont tenía razón en una cosa: iban a morir de hambre y, mientras tanto, el rey esperaba celebrar un festín para su cumpleaños. ¿Qué ocurriría cuando la comida no se materializara en los platos de bordes dorados de los nobles, el reloj se detuviera y la música acabara? Aquellas personas no estaban acostumbradas a valerse por sí solas. ¿Quedarían impotentes ante el miedo? ¿O acaso se desprenderían de su civismo como si fuera la piel de una serpiente y mostrarían la verdadera naturaleza que se escondía debajo?

—Supongo que otros tambin hablan de esto; de que la plaga ha terminado, ¿me equivoco? —preguntó al fin.

Él asintió.

—No allí donde el rey pueda oírlos pero, sí, se habla del asunto. Últimamente, cada vez más.

—Mi padre me hace caso, por supuesto. Podría intentar razonar con él —dijo, a pesar de que la mera idea la aterrorizaba. Ya le había visto perder los papeles en otras ocasiones, y no era algo agradable de presenciar. En una ocasión, una sirvienta le había dicho que no tenían nata y él le había dado un revés a la pobre mujer, haciéndola caer al suelo frente a todo el mundo. Seraphina todavía podía visualizar la sangre de un color carmesí brillante sobre la piedra gris y sin brillo.

Greymont recuperó el color de las mejillas.

—¿Lo haríais? Creo que a vos os escucharía. Decidle que no queda comida. Tiene que dejarnos salir. Debe hacerlo. Hay gente que está dispuesta a arriesgarse a salir fuera. De hecho, quieren hacerlo.

«Gente». ¿Se refería a sí mismo? ¿Con quién más conspiraba? Sintió cómo una astilla helada de preocupación se le alojaba en el pecho. A lo largo de su estancia en Eldridge, había tenido problemas para separar la farsa de la realidad. ¿Era Jocelyn su amiga o, sencillamente, estaba interpretando un papel? ¿Acaso sospechaba todo el mundo que era una impostora y seguían adelante con la mentira para preservar el frágil estado mental del rey o de verdad creían que era la princesa Imogen? Y, cuando Greymont le tomaba la mano y le daba un beso en el dorso, ¿era porque le importaba o acaso no era más que un medio para alcanzar un fin? Había supuesto que la deseaba porque era una futura reina, pero estaba empezando a sentirse más bien como un peón.

Lo único que sabía era que la partida todavía estaba en marcha, solo que lo que estaba en juego en aquel momento era todavía mayor. Si no había comida en la bodega, entonces, tal vez cualquier posible fuente externa también se hubiera agotado. Si los sirvientes tenían la capacidad de escapar, ¿por qué regresaban a Eldridge Hall? ¿Acaso seguía estando más segura allí a pesar de que ya se hubiera acabado la

plaga? Nunca antes había estado sola.

Se dijo a sí misma que se quedaba en Eldridge Hall por su propia protección, que sus padres (y Dios) desearían que estuviera a salvo. Sin embargo, no era solo la devoción lo que la mantenía allí. En el fondo, sabía que era el miedo. Y, por mucho que odiara admitirlo, incluso teniendo una manera de salir, lo cierto era que no sabía qué era lo que le esperaba ahí fuera. ¿Cómo iba a llegar siquiera a su casa para comprobar si su familia había sobrevivido? En aquel momento, frente a ella había alguien que podía ayudarla, alguien que podía hacer que el miedo a lo desconocido fuese un poco menos aterrador.

Abrió los ojos, puso la mirada todo lo triste que pudo y se dio cuenta de que no le resultaba difícil hacer aparecer las lágrimas.

—¿Y dónde iríais si os marchaseis de Eldridge? —preguntó en voz baja.

Él le pasó un dedo por el pómulo y atrapó una de sus lágrimas.

—Conozco cierto viñedo encantador…

Giró la cabeza para ocultar su sonrisa.

—En tal caso, espero que estos años encerrado en el castillo no hayan malogrado vuestras habilidades para la navegación, mi señor.

—Eso es imposible —contestó él.

Volvió a mirarlo y vio que le estaba sonriendo.

—Deseo… —comenzó a decir.

—¿Qué deseáis?

Deseaba estar muy lejos de Eldridge, en un barco al otro lado del mar en dirección a algún lugar en el que la trisanguinaria no hubiera existido jamás. Deseaba estar todavía en su hogar, seguro y lleno de amor, con sus padres. O en la casa de al lado con Dalia, esperando una hogaza recién hecha del famoso *challah* de la madre de su amiga. Deseaba volver a ser Seraphina en lugar de Imogen la Inútil, Imogen la Tímida, Imogen la Impotente.

Aquellos deseos le golpeaban el pecho como si fueran pájaros enjaulados y desesperados por quedar en libertad. Deseaba sentir cualquier cosa que no fuera aquel agujero de horror en el vientre. Deseaba olvidarse por un momento de quién era y dónde estaba, así que, sin pensarlo, dijo:

—Desearía que me besarais.

Él se rio con un suave murmullo en el pecho.

—No os parecéis en nada al resto de las damas de Eldridge, princesa Imogen.

Ella estiró el brazo y, con cuidado, le apartó un mechón de pelo de la frente mientras comenzaba a inclinarse hacia ella. «Oh —pensó mientras sus labios se rozaban—, no os hacéis una idea».

CAPÍTULO 6

En ausencia de Crane, Nico se descubrió pensando en Elisabeth a menudo. ¿La habría llevado su señor hasta Eldridge Hall? ¿Qué habrían encontrado allí? ¿Regresaría con él si su hermano estaba muerto? ¿Se casaría con ella? Era joven, pero no demasiado joven para casarse y Nico supuso que agradecería disfrutar de aquella seguridad. Después de todo, eso era lo que le había pedido aquella noche en su habitación: seguridad; alguien que la protegiera.

De noche, a altas horas de la madrugada, cuando no podía dormir, algo le reconcomía las entrañas como una rata a un cadáver. No podía dejar de pensar en Arnaud y su aparente desesperación por encontrar a Elisabeth y en la facilidad con la que su señor había disparado a un hombre a sangre fría.

—Deja de lloriquear —le dijo Colin mientras limpiaban los matorrales muertos del jardín bajo un cielo frío y gris—. La señorita Talbot no era para ti. —Nico entornó los ojos con la esperanza de que captara la indirecta y dejara el asunto—. No me malinterpretes; es una chica encantadora, pero es demasiado dependiente. Necesita a alguien como Crane que pueda proveerle…

A algunas personas se les escapaban las sutilezas.

—No quiero hablar de ello.

Colin no le hizo caso.

—… una vida cómoda. Tú necesitas una compañera.

Nico siempre se había imaginado conociendo a una chica que compartiera sus intereses en literatura y medicina; alguien con quien pudiera tener conversaciones profundas. Pero no estaba celoso de Crane y Elisabeth, tan solo quería saber si ella estaba a salvo.

—¿Cuándo vas a contarle tú a Abby lo que sientes por ella? —le preguntó Nico.

—Cuando haya conseguido ser algo en la vida, le pediré que se case conmigo. ¿Qué tengo ahora con lo que pueda tentarla?

Nico hizo un gesto sugerente con las cejas.

—Encanto y buena apariencia, por supuesto.

—Os dejo eso a los tipos como Branson y tú. Bueno, al menos lo de la buena apariencia. Tengo más encanto en el meñique que Branson en todo el cuerpo.

Nico resopló divertido, mostrando que estaba de acuerdo.

—Hablando de eso… ¿Dónde está Branson? Tan apenas lo he visto desde el día que el señor disparó al intruso.

—Creo que está evitando salir de la mansión por si encontramos más cadáveres. Siempre ha sido un poco aprensivo, pero ahora parece aterrado por completo.

—Supongo que enterrar a un hombre al que has visto matar es diferente a un cadáver anónimo que has encontrado en el bosque.

Ambos alzaron la vista al oír el sonido de unos aperos tintineantes y de los cascos de caballos. El carruaje del señor se acercaba por el camino, conducido por uno de los fiables caballos de tiro.

Nico arqueó las cejas al ver que Crane estaba solo.

—Buenos días, señor —dijo Colin mientras agarraba el arnés del caballo—. Entiendo que la señorita Talbot llegó a casa sana y salva.

—Desde luego. —Crane bajó del carruaje y se sacudió la chaqueta —. Ve a buscar a Gavin, por favor. El caballo necesita refrescarse; ha sido un viaje difícil. Nico, ayúdame con el baúl.

Se acercó con rapidez y levantó el baúl de la parte trasera del carruaje.

—¿Llegaron a Eldridge Hall, señor?

—Fuimos directamente a casa de la señorita Talbot; era una ruta más directa.

Nico fue incapaz de reprimir la sorpresa de su voz. La joven había parecido decidida a encontrar a su hermano.

—¿Sus padres han sobrevivido? Qué afortunada.

—Solo su padre. Pero sí, fue un regreso al hogar muy feliz. —Nico no pudo evitar notar lo sano y fresco que parecía, como si acabara de volver de unas vacaciones. Ver supervivientes debía de haberle subido el ánimo. Sin duda, a él le animaba oír hablar de ellos—. Aunque ha sido una lástima lo de su yegua.

—¿*Locket*? ¿Le ha pasado algo?

—En un momento dado, tuvimos que vadear un río. El caballo de tiro no tuvo problemas, pero *Locket* se negó a cruzar. No tuvimos más remedio que dejarla atrás.

—La señorita Talbot debió de angustiarse mucho —dijo Nico al pensar en cómo Elisabeth se preocupaba por aquella yegua. En más de una ocasión, le había pedido que robara una manzana de los almacenes. No tenían suficientes para despilfarrar, pero se había dado cuenta de que no podía decirle que no—. Quería muchísimo al animal.

—Fue difícil, por supuesto, pero entendió que era la única manera de que pudiera volver con su familia. ¿Qué es una yegua en comparación con reunirse con su padre? —Crane dejó estar el asunto, aunque a Nico siguió doliéndole el corazón al pensar en *Locket* abandonada en el bosque a merced de los lobos—. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

Nico levantó el baúl con la rodilla.

—Bien, señor. Solo un cadáver y era bastante antiguo. Creo que ya hemos cubierto todos sus terrenos.

—Excelente. Puede que pronto empecemos a encargarnos de los terrenos vecinos, pero por ahora puedes encargarte del almacén. El invierno llegará antes de que nos demos cuenta. Sube el baúl a mis aposentos. —Hizo una pausa y le revolvió el cabello de forma

afectuosa—. Eres un buen muchacho.

A Nico le molestó cómo aquellas palabras le hicieron sentirse bien. Había una parte de él que anhelaba la aprobación de Crane, ya que su padre se la había negado hasta el día de su muerte, pero ahora era un hombre adulto. Quería saber más sobre Elisabeth y el reencuentro con su padre, no que le trataran como a un niño.

Sintió cómo lo recorría una oleada de culpabilidad por haber pensado que la joven era una ilusa. De hecho, había sido muy valiente al aventurarse al mundo ella sola. Él tendría que haberse marchado de la mansión Crane tiempo atrás, haber buscado a médicos que estuvieran trabajando para encontrar una cura para la trisanguinaria y haberlos ayudado, por el amor de Dios.

Subió el baúl al piso de arriba, sacó la ropa y, después, la bajó a la lavandería. Tenía el corazón apesadumbrado a pesar de la buena noticia de que la plaga había acabado y de que Elisabeth estaba a salvo.

—¿El señor está en casa? —le preguntó Abby mientras le quitaba el montón de ropa de los brazos—. ¿Y la señorita Talbot?

—Se ha reencontrado felizmente con su padre. —Se agachó para recoger una camisa que había caído al suelo y frunció el ceño al ver unas manchas oscuras en una de las mangas. Crane solía ser escrupuloso, pero había pasado más de una semana en el camino—. Parece que esta necesitará atenciones especiales —dijo mientras se la tendía a Abby.

Ella rascó una de las manchas pequeñas con una uña.

—Sangre. Debería salir si la restriego lo suficiente.

A Nico el estómago le dio un vuelco, aunque no tenía nada que ver con sentir aprensión.

—¿Sangre? ¿Estás segura?

—No es vino —dijo ella, aunque la olisqueó de todos modos—. No te preocupes. A veces, el señor se corta cuando se está afeitando. Me encargaré de ello.

—Gracias, Abby.

Nico salió de la lavandería y se dirigió al almacén, pero había algo que le estaba reconcomiendo. El señor no se había afeitado durante el viaje, y su barba lo demostraba. Era más probable que alguna noche hubiese cazado algún conejo para la cena. Era un cazador excelente y no habría querido pasar tanto tiempo sin carne fresca. La mancha parecía de un chorro de sangre.

Se estremeció. El animal debía de haberse resistido.

Entró en el almacén y frunció el ceño. Aquel año estaba más vacío que el último e incluso peor que el anterior. Todavía había frutas y verduras frescas en los jardines, pero no había ni trigo ni cebada ni ninguno de los otros cultivos que habrían producido las granjas de los

alrededores. La señora Horner había conservado todo lo que había podido pero, ahora, había más gente viviendo en la mansión Crane que cuando había llegado. Iban a tener que reducir sus raciones una vez más.

Antes de abandonar la casa de su familia, Nico había tomado lo que había podido de las casas abandonadas adyacentes y se las había apañado, pero la comida fresca no había durado demasiado. Se estremeció ante el recuerdo de estar recorriendo una casa de campo en particular en la que había encontrado tres cuerpos en descomposición en sus colchones empapados de sangre. Los había enterrado él solo consciente de que a él le gustaría que alguien hiciera lo mismo por su familia.

Ahora, era responsabilidad suya alertar al señor de la falta de comida. Lo encontró en su estudio, escribiendo lo que parecía una carta.

—Siento molestarle, señor, pero…

—Hola, Mott. Entra. ¿Qué tal los almacenes? —Nico se rascó la nuca, pues no estaba muy seguro de cómo de sincero debía ser. Crane alzó la mirada—. ¿Tan mal?

—Vamos a tener que racionar, señor.

—Ahora que os habéis deshecho de los cadáveres, Colin y tú podéis pasar más tiempo cazando. Aunque prefiero la carne fresca, curaremos aquello que no nos podamos comer. ¿Cuántas ovejas quedan?

—Creo que siete, señor.

—Bien. Eso debería proporcionarnos algo de cordero en cuanto llegue la primavera. —Se pasó la lengua por los labios, como si estuviera saboreando una chuleta en ese mismo momento. Crane dejó la pluma y se dio la vuelta. Tenía una melea negra que le rozaba los hombros y unos ojos profundos y oscuros. Su piel recién afeitada casi resplandecía bajo la luz de las lámparas—. Tienes buen aspecto, Mott. Mucho mejor que cuando te traje aquí. ¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve, señor.

Una mirada nostálgica atravesó el rostro del señor.

—Cuando tenía diecinueve, viajé por todo el continente con mi mejor amigo. Lo pasamos muy bien. ¿Has viajado mucho?

—No, señor. Tenía dieciséis cuando se desató la plaga. Mi padre ya estaba muerto.

—Mmmmm… Tienes hermanos, ¿verdad?

Nico se tragó la aprensión. Crane nunca le había hecho tantas preguntas personales.

—Tenía. Murieron por culpa de la plaga.

El hombre se frotó la barbilla.

—Cierto. Qué desafortunado… —Tomó un pequeño retrato enmarcado que tenía en el escritorio y se lo enseñó a Nico—. Como

bien sabes, yo perdí a mi amada esposa. Tan solo tenía veinticinco años.

El retrato era demasiado pequeño como para que pudiera captar algún detalle desde su posición, pero sonrió de forma educada.

—Era muy hermosa, señor.

—Lo era. Y muy dulce. Dudo que pueda encontrar a alguien que la iguale. Aunque la primera siempre es la más especial, ¿no te parece? —Nico no tenía ningún marco de referencia para aquellas cosas, pero asintió de todos modos. Crane soltó una carcajada—. Ya veo. ¿Qué me dices de nuestra Abby? Es una chica guapa.

A Nico se le encendieron las mejillas y se descubrió mirándose fijamente las puntas de los zapatos.

—Creo que prefiere a Branson, señor.

—Mujeres… Siempre prefieren al villano, ¿eh? —Sacudió la cabeza y volvió a dejar el retrato en el escritorio—. Bueno, eso da igual. Estoy seguro de que llegará tu oportunidad. Y como cada vez hay más inmaculados que salen de la nada, es muy posible que aparezca alguien nuevo. Puede que incluso sea el momento de ir a la ciudad y ver qué encontramos ahora que sabemos que la plaga se ha acabado de verdad. Aunque yo escogeré primero, por supuesto.

Le dedicó una sonrisa vulpina; una que Branson le habría devuelto con alegría, pero que a Nico le resultaba tan desagradable como las palabras que acababa de pronunciar. Algo frío y oscuro rezumaba en su vientre.

Recordó lo que Elisabeth le había dicho sobre cómo la miraba el dueño de la mansión. Hasta su llegada, Nico tan solo lo había visto comportarse como un caballero, pero tal vez aquello hubiera tenido más que ver con el hecho de que sus últimos huéspedes habían sido todos hombres. Se acordó de una joven que los había visitado cuando él acababa de llegar a la mansión Crane pero, en aquel entonces, había estado tan fascinado y deslumbrado por la magnanimidad de su señor y el consuelo de una casa bien manejada y llena de cuerpos cálidos como para notar cualquier cosa rara.

—¿Querías decirme algo más, Mott?

Nico se aclaró la garganta, consciente de que su señor esperaba algún tipo de respuesta.

—Sobre la caza, señor. ¿Deberíamos salir mañana a cazar Colin y yo? He visto varios faisanes en el bosque. Y conejos.

—En realidad, tenía en mente otra cosa —dijo Crane—. Para todos vosotros, muchachos. Reúnete conmigo en la biblioteca en una hora. Y diles a Chambers y Branson que vengan contigo.

Se volvió a girar hacia su carta, aunque Nico no tenía ni idea de a quién estaba escribiendo.

—Entonces, le dejo con sus asuntos —masculló él que, después de

tanto tiempo, seguía sin estar acostumbrado a que le despacharan de tal manera.

Cuando pasó junto a la enorme cama, que tenía cuatro postes, se fijó en un volante que asomaba por debajo. Era de delicado encaje, como el que había llevado Elisabeth en el cuello del vestido. Incapaz de apartar la vista de la tela, se tropezó.

—Cuidado —dijo Crane con una risita—. No es de extrañar que no hayas conseguido una mujer todavía.



Nico no tuvo tiempo de hablar con Colin antes de que fuesen a la biblioteca, pero todavía seguía dándole vueltas a la cabeza tras su interacción con Crane. ¿Había sido siempre tan repugnante? ¿O es que algo había cambiado en la última semana?

Se relajó un poco cuando vio al hombre recostado en uno de los sofás de la biblioteca con una sonrisa plácida en el rostro mientras leía un libro con una cubierta color burdeos y letras doradas.

Cuando entraron en la sala, Crane cerró el libro y lo dejó sobre un cojín que tenía al lado.

—Buenas noches, muchachos. Gracias por venir. Por favor, sentaos.

Colin y Nico intercambiaron una mirada, pero Branson no dudó en sentarse en el sofá, ocupando bastante más espacio del que le correspondía y mirando a su alrededor como diciendo: «Ah, sí, este es mi lugar». Nico no podía culparle del todo pues, en una vida pasada, aquel había sido exactamente el lugar de ambos.

Cuando estuvieron todos sentados, el señor bajó las piernas y se giró hacia ellos.

—Como bien sabéis, hemos limpiado los terrenos en kilómetros a la redonda en todas las direcciones. Habéis hecho un trabajo excepcionalmente bueno y os felicito por trabajar tan duro. —¿Iba a pagarles al fin por su trabajo o a recompensarles de alguna manera? Nico se inclinó un poco hacia delante—. Ahora, tengo que pediros otro favor.

Se desanimó un poco. «Por supuesto». Sin embargo, Colin y

Branson todavía estaban inclinados hacia delante, expectantes.

—Cuando regresaba de llevar a la señorita Talbot con su padre, decidí pasarme por Eldridge Hall para ver si su hermano seguía vivo.

—¿Y qué descubrió, señor? —preguntó Branson.

—Poca cosa para darle esperanzas a la joven. Por eso no regresé a buscarla. Sin embargo, decidí acampar cerca para pasar la noche y justo cuando estaba a punto de acostarme, vi lo que parecía una vela en la ventana más alta de la más alta torre. No fue más que un destello a través de una rendija, ya que todas las ventanas estaban cubiertas por tablones. Pero, a menos que los ojos me jugaran una mala pasada (y tengo una visión nocturna excelente), hay alguien viviendo en Eldridge Hall.

—¿No intentó entrar, señor? —preguntó Nico, que ya creía saber qué dirección estaba tomando aquella conversación.

—No. Estaba solo y, si me equivocaba y había gente en el castillo, incluido un rey loco, podría haber sido peligroso. Pero tres jóvenes fornidos como vosotros estaríais a salvo juntos.

Nico arqueó una ceja.

—¿Qué es lo que quiere que hagamos exactamente? ¿Que asaltemos el castillo? —Colin le dio un codazo en las costillas sin muchos miramientos—. No pretendo ser impertinente, señor, pero si de verdad han sellado todo el castillo con tablones, ¿cómo se supone que vamos a entrar?

—Si en el interior hay alguien vivo, tiene que haber una manera de entrar y salir. Es imposible que tuvieran comida suficiente para aguantar tanto tiempo. Yo no contaba con el lujo de quedarme allí varios días para vigilar y esperar. Mi gente me necesitaba aquí, desde luego. Pero, como decía, vosotros habéis hecho un trabajo maravilloso limpiando mis tierras y el resto de los sirvientes son perfectamente capaces de manejar la mansión sin vuestra ayuda. Mientras estáis fuera, yo me encargaré de la caza para asegurarnos de que tenemos provisiones suficientes para cualquier inmaculado que pueda haber dentro de Eldridge Hall.

Un escalofrío recorrió la columna de Nico hasta que le llegó al cabello.

—¿Inmaculados, señor?

—Inmaculados, inmunes… Ya sabes a qué me refiero. Cualquier superviviente. —La voz de Crane tenía un tono afilado que no había tenido un momento antes. Nico estaba seguro.

—Por supuesto, señor —dijo Colin—. Nos complacerá hacerlo. Y, si encontramos supervivientes, ¿tenemos que acercarnos a ellos? ¿O deberíamos volver a casa para informaros primero?

—Si os ven, entonces, deberíais presentaros para que sepan que no pretendéis hacerles daño. Pero, si no es así, entonces, sí, uno de

vosotros debería volver aquí para contármelo y yo me uniré a vosotros. Les informaremos de que es seguro salir y de que tienen amigos aquí, en la mansión Crane.

Nico estaba a punto de preguntar por qué nadie que viviera en el castillo querría ir a la mansión Crane, pero Colin le interrumpió.

—Sí, señor. —Se puso en pie, arrastrando a Nico con él—. Nos marcharemos mañana por la mañana.

—Excelente —dijo Crane con otra de sus sonrisas repletas de dientes—. Sabía que podía contar con vosotros, muchachos. Sois como hijos para mí. Algún día, espero dejaros todo lo que tengo. Seguid sirviéndome con lealtad y alguno de vosotros podría ser el señor de la mansión Crane.

Branson le dedicó una sonrisa untuosa y Colin se enderezó un poco más, cuadrando los hombres. A Nico no le había pasado por alto lo que había dicho el señor: «uno de vosotros». Uno. Los estaba enfrentando los unos a los otros, incitándolos para ver cuál podía ser el más leal. Las palabras que no había dicho y que sus amigos no podían oír, le congelaron la sangre: «Encontradme inmaculados y seréis recompensados».

CAPÍTULO 7

Seraphina no habló con el rey aquella noche. Ni la siguiente, ni la siguiente. Cada vez que pensaba que podría hacerlo, algo se interponía en su camino. O el rey estaba de

un humor de perros o una de sus hermanas la llamaba para que la ayudara con los planes del cumpleaños. Evitaba las miradas cuestionadoras de Greymont, pues no quería admitir ante él que ni siquiera había mencionado el asunto de abandonar Eldridge Hall.

—Esta noche pareces pensativa, querida —dijo el rey mientras entraban en su habitación—. ¿Estás pensando en el baile de máscaras de tu cumpleaños?

Asintió, preguntándose si aquella sería su oportunidad.

—Será en menos de una semana. Me preocupa que todo salga bien. La comida…

—No tienes que preocuparte de nada —replicó él mientras le daba una palmadita en la mano—. Tus hermanas han estado trabajando día y noche para que todo sea tan perfecto como tú. ¿Hay algo más que te preocupe?

Se mordió el interior de la mejilla un instante. En aquel momento, el rey parecía bastante inofensivo, pero podía ser tan volátil… Un recuerdo de sus primeros días en Eldridge Hall le vino a la mente; uno tan amargo que llevaba años sin pensar en él. Había estado nostálgica y enfadada, resentida de que la hubieran depilado y acicalado hasta un punto en el que ya no se reconocía a sí misma y agotada por haber pasado noches de insomnio llorando por su familia. Había echado de menos a Dalia que, por aquel entonces, todavía no había empezado a aparecer en los lindes del bosque. Jamás se había sentido tan sola.

Una noche, durante la cena, cuando un sirviente le había puesto un plato en frente (algo suave, gris e imposible de identificar que apestaba a unas especias desconocidas), había fruncido los labios en señal de disgusto sin pensarlo. El rey había golpeado la mesa con la mano con tanta fuerza que se le había escapado un grito. «¿Quién es esta chica mimada y egoísta?», había gritado el hombre con el rostro pálido teñido de un tono alarmante de escarlata. Giselle había escoltado a su padre a sus aposentos mientras le murmuraba naderías suaves y calmantes y le lanzaba miradas furiosas a Seraphina. Más tarde, la había agarrado del brazo sin cuidado y la había arrastrado hasta su torre. Había echado un vistazo al espacio diminuto con los labios torcidos en una mueca desdeñosa. «Incluso esto es demasiado bueno para ti», le había espetado antes de dejarla llorando en su estrecha cama.

—Hay algo que no va bien —seguía insistiendo el rey ahora—. ¿De qué se trata, queridísima hija? Puedes contarle cualquier cosa a tu padre.

Seraphina sintió una punzada en el pecho a medio camino entre el afecto y la desesperación. El amor del rey por la princesa Imogen era tan poderoso que había trascendido a la muerte. Mientras tanto, ella tan apenas podía recordar qué aspecto tenía su propio padre. A veces, la visitaba en sueños pero, cuando se despertaba, se daba cuenta de que no podía recordar sus rasgos más allá de lo siguiente: tenía los ojos marrones como ella y el pelo se le estaba encaneciendo en las sienes. Sin embargo, la nariz, que se había roto años atrás, ¿se le había torcido a la derecha o a la izquierda? ¿Tenía los pómulos altos como ella o eso lo había heredado de su madre? En el pasado, no había prestado atención a las cosas que de verdad importaban. Si pudiera volver atrás, memorizaría cada detalle de su familia.

—No es nada, padre. Solo… —Jugueteó con los lazos que se había atado en torno a las muñecas para ocultar los moretones y le lanzó una mirada de reojo.

—¿De qué se trata, Genny?

—Es solo que me gustaría mucho poder ver el amanecer el día de mi vigésimo cumpleaños.

Lo dijo de forma apresurada y sin darse cuenta de que iba a pronunciar aquellas palabras hasta que se derramaron de su interior como los dados de un cubilete. Habían cubierto con tablones las ventanas de Eldridge Hall cuando habían cerrado las puertas para que nadie del exterior pudiera ver que el castillo seguía habitado. Al rey Stuart le había preocupado que la gente desesperada intentara buscar refugio allí. No se había equivocado. Durante los primeros días, la gente se había rebelado al darse cuenta de que toda la comida y el ganado que habían entregado iba a almacenarse para el uso exclusivo de la nobleza y la familia real.

Poco después de que la apartaran de su familia, Seraphina había estado en sus aposentos con Jocelyn, Nina y Rose. Jocelyn había estado ayudándola a practicar la etiqueta de la corte, las reverencias, los modales apropiados a la mesa o cómo hablar con un caballero. Como doncella de la auténtica princesa Imogen, la joven tan solo se había librado de aquel funesto viaje porque se mareaba muchísimo en los caminos. Era demasiado perspicaz como para no fijarse en una impostora, aunque al ver a Seraphina por primera vez, no había mostrado ninguna sorpresa y les había seguido el juego desde el principio sin pestañear. Por supuesto, le interesaba tanto como a los demás que interpretara bien el papel de Imogen, pero Jocelyn era genuinamente una buena persona. Con el tiempo, Seraphina acabaría contándole todo, pero en aquellos primeros días no había confiado en nadie.

De pronto, una piedra había atravesado la ventana con un estallido y los fragmentos de cristal roto habían caído sobre Nina y Rose, que

eran las que habían estado sentadas más cerca. Nina había sufrido varios cortes en los brazos y los hombros desnudos mientras que su hermana, que siempre tenía frío, había estado protegida por su chal. Aun así, había gritado con mucha más fuerza que Nina, que había pasado la mirada de los brazos a la ventana rota y había dicho:

—Mierda…

Los guardias habían aparecido corriendo ante los gritos de Rose. Temblando, Seraphina se había levantado a medio camino de una reverencia. Había tenido mucho miedo de equivocarse y que la castigaran y, al mismo tiempo, había deseado que el rey la dejara marchar. En aquel momento, aún no había comprendido que el rey nunca dejaría marchar a Imogen. Desde entonces, las ventanas habían permanecido cubiertas por tablones.

—¿El amanecer? —preguntó el rey, pestañeando como si no hubiera pensado en ello en aquellos cuatro años—. Eso parece bastante sencillo.

—¿De verdad? —Juntó las manos tal como solía hacer Imogen y se molestó al descubrir que, ahora, aquella costumbre le salía con facilidad.

Sin embargo, ver su sonrisa iluminó el rostro del monarca.

—Creo que es un regalo de cumpleaños maravilloso. Desde luego, habrá más, pero sería perfecto para dar comienzo al día.

No se acercaba a que les dejaran salir del castillo, pero era un paso en la dirección adecuada. Podía imaginarse al rey abriendo las cortinas del gran salón la mañana de su cumpleaños y a los guardias apresurándose a quitar los tablones. Todo el castillo estaría presente. Verían que, en el exterior de Eldridge Hall, el mundo estaba en calma. Sería entonces cuando Seraphina podría contarle al rey Stuart lo de la bodega vacía. Después, todo iría bien.

Tan solo tenía que asegurarse de que Greymont la llevaría con él cuando se marchara.

Dio las buenas noches al rey y se marchó directamente a su dormitorio sin unirse a sus hermanas para jugar a las cartas o cotillear. Por primera vez desde que había llegado a Eldridge Hall, de su paso emanaba el aire de la promesa. Aquella noche, ni siquiera el frío de las piedras que le punzaba los pies desnudos le alcanzó el corazón. Se quitó el vestido, se puso el camisón, se cepilló el cabello y, como todas las noches, se acercó a su ventana con la esperanza de poder transmitir de algún modo la buena nueva a través de la grieta en los tablones.

Sin embargo, a pesar de que esperó hasta que la luna estuvo alta en el cielo y la noche oscura comenzó a clarear, por primera vez en casi cuatro años, Dalia no apareció.



A la mañana siguiente, Seraphina estaba quieta como una piedra mientras una costurera colocaba alfileres en el dobladillo del disfraz para su cumpleaños. Tenía la mente y el corazón apesadumbrados. En las entrañas, era consciente de que era casi imposible que Dalia hubiera sobrevivido a la plaga. Si podía guiarse por la historia, a los judíos de Goslind no les habría ido demasiado bien. Siempre que alguna tragedia caía sobre el reino, eran los chivos expiatorios perfectos. Y si, de algún modo, su amiga había sobrevivido, habría querido alejarse de la ciudad todo lo posible, no pasarse todas las noches en el exterior de Eldridge Hall a plena vista.

Así que, cuando veía cada noche a aquella chica en los lindes del bosque, una parte de ella creía que estaba viendo al *dybbuk* de su amiga paseando por el mundo de los espíritus hasta encontrar un cuerpo que habitar. Sin embargo, la otra mitad de ella se había vuelto toda una experta en la negación, por lo que se decía a sí misma que de verdad estaba viendo a Dalia. Mientras creyera que, algún día, vería a alguno de sus seres queridos, la culpa por haber sobrevivido (y, peor aún, por haberse integrado) le resultaría menos dolorosa.

—¿Alteza?

Bajó la vista hacia la costurera, que le indicó que ya había terminado. Seraphina contempló su reflejo.

El vestido era bastante sencillo, de muselina blanca ribeteada con encaje, aunque era tan fino que debía de haberle costado horas y horas que quedara bien. Incluso con la obligada enagua debajo, se le pegaba al cuerpo cuando se movía y a veces revelaba la curva de la cadera y, en otras, todo el muslo. En lo alto de la cabeza llevaba una diadema dorada en forma de aro que su padre le había regalado por adelantado y la costurera había creado un par de alas con plumas de verdad. Las llevaba atadas a los hombros con lazos de terciopelo dorado. Supuso que, al final de la noche, le resultarían pesadas, pero el efecto completo era bastante bonito.

—Te rizaremos el pelo —dijo Nina, que se había colocado detrás de ella mientras la costurera terminaba de ajustarle el dobladillo.

—Y te lo recogeremos, por supuesto. Tu peineta dorada con perlas pequeñas sería muy adecuada —añadió Rose. Iba vestida con un vestido rosa que le caía desde la cintura hasta el suelo en capas de volantes de satén. Había pasado la mayor parte de la mañana dando vueltas en círculos solo para ver las capas flotando a su alrededor.

Nina contempló su propio vestido color ciruela en el espejo. Era ajustado en la cintura, formaba una especie de globo en torno a las piernas y volvía a estrecharse con un volante alrededor de los tobillos. El cuello era alto y con volantes en el cuello, por lo que no dejaba a la vista ni un centímetro de escote. Ella se había quejado, pero Jocelyn, que siempre se mostraba muy diplomática, había señalado que la cintura ajustada le acentuaba el pecho y la cadera sin que pareciera demasiado atrevido.

Mientras tanto, el vestido de la pobre Jocelyn habría sido apropiado para una niña pequeña. La costurera lo había cubierto con pequeñas margaritas blancas de ganchillo y le había confeccionado una capota a juego. Sin embargo, ella no se había quejado en ningún momento, pues comprendía que aquel baile de máscaras no giraba en torno a ella.

Giselle había terminado su propia prueba antes de que Seraphina llegara a la suya, alegando que tenía que encargarse de asuntos importantes.

Cuando terminaron, fueron al comedor para comer. Un gato calicó que se llamaba *Pudding* le saltó al regazo con la esperanza de recibir alguna sobra de la mesa, pero enseguida se dio cuenta de que no había carne y se marchó en busca de una oferta mejor.

—¿Habéis hablado con el rey? —le preguntó Greymont cuando se sentaron, ajeno a su estado de ánimo abatido.

—Así es. Ha accedido a permitirnos ver el amanecer para mi cumpleaños.

Mientras lo decía, era consciente de que no parecía gran cosa. Apenas se asemejaba a la confrontación que él había esperado, pero Seraphina había esperado todo aquel tiempo para encontrar una oportunidad de escapar y no pensaba precipitar las cosas. Odiaba depender de otra persona para poder huir. Odiaba tener que convencer a Greymont de que era útil. Si al menos fuese ella la que tuviese un barco…

—¿El amanecer?

—Si puede ver el exterior, se dará cuenta de que no hay nada que temer. Sé que es un paso pequeño, pero es un paso. —Comenzó a estirar el brazo para tomarle la mano por debajo de la mesa, pero se lo pensó mejor. Era una princesa; no pensaba suplicar su aprobación como si fuera un perro—. Después de eso, podré presionarlo más. —Él le clavó el cuchillo a una ciruela pasa que tenía en el plato. Ella alzó

la barbilla—. Dudo mucho que sea necesario que descarguéis vuestra frustración con la pobre ciruela.

—Tenéis razón; ella no ha hecho nada malo.

Había un gruñido en su tono de voz que Seraphina no le había oído nunca antes y que removió un recuerdo que había enterrado tiempo atrás. Antes de que pudiera responderle, el rey entró en la habitación. Todos se dispusieron a ponerse en pie, pero el hombre les hizo un gesto con la mano para que volvieran a sentarse.

—Sentaos, sentaos todos. —Observó a Seraphina y a Greymont, que estaban sentados el uno al lado del otro, y sonrió con cariño—. Qué pareja tan bonita —dijo para sí mismo antes de acomodarse para comer.

Seraphina miró a Greymont y descubrió que su gesto había cambiado por completo. Estaba henchido de orgullo y, a menos que la engañaran sus ojos, de esperanza. Por supuesto. No era un idiota. Él mismo le había dicho que, en la corte, todos tenían sus propias ambiciones. Tampoco estaba mal recordar que la veía como el medio para un fin; que cualquiera que fuera la tensión que existía entre ellos, no era un amor adolescente, sino una cuestión de vida o muerte.

—Disculpadme —dijo mientras empujaba su silla hacia atrás con un chirrido. Después, salió a toda prisa hacia uno de los pasillos mientras se tocaba la estrecha cicatriz que le recorría la mandíbula de manera cohibida.

Había sido obra de un hombre que se había colado en la casa de su familia cuando ella tenía nueve años. Había entrado por la ventana abierta y la había agarrado. Después, le había puesto un cuchillo en el cuello y le había exigido a su padre que envolviera las pocas cosas valiosas que tenían en un mantel. Más tarde, habían descubierto que era un ladrón a la fuga y que tenía la horrible costumbre de marcar a sus víctimas con un cuchillo. Después de que su padre hubiera colocado los candelabros buenos y el anillo de su madre junto con unas pocas monedas en el morral improvisado y se lo hubiera tendido al ladrón, este le había clavado la punta del cuchillo en la piel justo por debajo de la oreja izquierda.

—Algo para que me recuerdes —le había susurrado el hombre mientras le pasaba la hoja por varios centímetros de la mandíbula. El cuchillo estaba tan afilado que tan apenas lo había sentido.

Había desaparecido por la puerta justo cuando la piel se le había abierto como una costura y la sangre había empezado a derramarse, corriéndole por la garganta y arruinándole el cuello del vestido. Su padre se había desmayado; nunca le había gustado ver sangre.

Aquella había sido la primera vez que Seraphina había sentido su vulnerabilidad como mujer. No había sido casualidad que el ladrón la hubiese escogido a ella. Su madre le había dicho que había tenido

suerte de que no le hubiese destrozado el rostro, pues eso habría acabado con cualquier propuesta de matrimonio deseable que hubiera podido tener. Sonrió al recordar lo que, con toda su infantil indignación, le había dicho Dalia: que una cicatriz no destrozaba un rostro, tan solo le otorgaba más carácter. El médico había rechazado la idea de ponerle puntos, pues temía que pudieran dejarle una cicatriz peor que si dejaban que la herida sanase por sí sola. Ahora, resultaba difícil verla (estaba prácticamente curada del todo y cualquier rastro que pudiera haber dejado quedaba oculto bajo el polvo de perlas), pero ella sabía que estaba ahí. Era otro recordatorio del poco control que tenía sobre cualquier cosa que ocurriera en aquel mundo.

—Princesa Imogen.

Dio un respingo al oír su nombre. Lord Greymont la había seguido, pero era la última persona a la que quería ver.

—¿Qué hacéis aquí? —siseó después de que pasara un sirviente con las cejas arqueadas en un gesto impertinente.

—Os he molestado —dijo él.

—¿Es eso una pregunta? —replicó ella. Sabía que ponerse a la defensiva no le iba a ganar su aprobación, pero no pudo reprimirse. El miedo la había mantenido pequeña y pasiva los últimos años, pero la inminente hambruna requería que adoptase un papel más activo en su propia supervivencia. La presión estaba empezando a afectarle.

—Mis disculpas. —Él le miró la mano un instante, como si estuviera pensando en tomársela—. Lo que he dicho ha estado fuera de lugar.

Ella resopló y levantó la barbilla.

—Buscáis la aprobación de mi padre.

Él pestañeó, aparentemente sorprendido por su franqueza.

—Eh… Bueno, sí, así es… Después de todo, es mi rey.

Apartó la mirada.

—¿Y mi aprobación? ¿Acaso eso no significa nada para vos? —Giró el rostro hacia él con brusquedad al oírlo reírse—. Oh, ¿os parece divertido?

En aquella ocasión, él sí que le tomó la mano y Seraphina no estuvo segura de si se sentía aliviada o enfadada.

—Tan solo me resulta divertido que dudéis de mi deseo… —Sus ojos le recorrieron el escote con rapidez—. Mi deseo de tener vuestra aprobación.

Ella apartó la mano, negándose a dejar ver la emoción que había sentido recorriéndole el cuerpo ante aquella insolencia.

—Debería advertiros, señor: si vuestras intenciones son deshonrosas…

—Disculpadme, alteza. Os aseguro que mis intenciones son todo lo

honorables posible. Me he tomado libertades… —Algo en la forma en que la devoraron sus ojos le aseguró que estaba imaginándose dichas libertades—. Ha sido tan solo porque me parecéis la mujer más hermosa del mundo.

Seraphina puso los ojos en blanco para ocultar lo mucho que disfrutaba de sus halagos.

—Deberíamos volver. Padre se estará preguntando dónde he ido.

—Sí, por supuesto, pero, antes, decidme que me perdonáis. No seré capaz de comer hasta que no sepa que no estáis disgustada.

Estaba impresionada por sus habilidades como actor. Los destellos verdes de sus ojos resplandecieron casi como si de verdad le molestara la idea de haberla ofendido.

—Mmmmm.

—Es solo que… —Bajó la voz y se acercó a ella, que ya tenía la espalda contra la pared, lo que hizo que él quedara a tan solo unos centímetros de ella—. Quiero que sepáis que, diga lo que diga vuestro padre, os cubro la espalda. No estáis sola, princesa.

Sus palabras (aquellas palabras que había anhelado escuchar durante años) atravesaron todas sus defensas y descubrió que se le habían aflojado un poco las piernas.

El roce de las faldas de una doncella la devolvió a la realidad y se enderezó, obligando al rubor a que desapareciera de sus mejillas.

—Os perdono —le dijo mientras le ofrecía el dorso de la mano.

Él se lo besó y alzó la mirada hacia ella a través de las pestañas.

—Después de vos, princesa.

Seraphina regresó a su sitio e ignoró las miradas interrogantes de sus hermanas y Jocelyn. El rey, que últimamente siempre estaba cansado, movía la cabeza ante su postre.

—Bien —dijo ella mientras tomaba su tenedor—. ¿Qué os parece lo del amanecer?

Greymont sonrió, lo que hizo que se sonrojara muy a su pesar.

—Tenéis razón, por supuesto. La idea de contemplar el amanecer en vuestro cumpleaños es maravillosa, aunque dudo que nos permitan verlo juntos.

—Tonterías —contestó ella—. Estoy segura de que podremos reunir a toda la corte para una ocasión semejante. Abriremos la ventana grande del salón. En esta época del año, el sol sale en torno a las siete de la mañana. Es pronto, pero seguro que no a un nivel escandaloso.

Él le estaba mirando los labios.

—Desde luego. No a un nivel escandaloso.

Que le aspen. Aquel hombre era incorregible. Iba a tener que mantener su sensatez si quería ganar en fuera cual fuera aquel juego.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos?

El rey, que se había despertado de su siesta cuando un gato había empezado a comer de su plato, sonrió a su hija y a Greymont.

—Nad… —comenzó a decir él, pero Seraphina le interrumpió.

—Estábamos hablando del amanecer durante mi cumpleaños. —Lo dijo en voz bien alta para que todo el mundo lo oyera. Ahora, todos lo sabían y el rey no podría cambiar de opinión. Pondría todo aquello en marcha. Tenía que ser así—. De las ganas que tenemos de verlo —continuó mientras su mano encontraba la de Greymont por debajo de la mesa y se la estrechaba.

CAPÍTULO 8

Aquella noche, en la cama, Nico se quedó mirando el techo, donde los rayos de luna que atravesaban los árboles creaban sombras extrañas. Sabía que era imperativo que descansara teniendo en cuenta el viaje que le esperaba, pero las palabras de Crane le daban vuel

tas en la cabeza y hacían que se le revolviera el estómago a causa de la intranquilidad. Se dijo a sí mismo que era una tontería tener miedo del señor. Si no fuera por él, no sería más que otro cadáver en el bosque. Sin embargo, en los últimos tiempos, notaba en él algo innegablemente siniestro y sabía que no se lo estaba imaginando.

Para empeorar las cosas, Abby había empezado a canturrear esa maldita canción infantil sobre la plaga y, aunque sabía que era ridículo, no podía quitarse de la cabeza los tres últimos versos:

Si sueñas con seguir vivo, hay tres maneras de conseguirlo:

Cruza el mar con su oleaje, reza por tener inmunidad de sangre.

O muere primero, luego renace y de los hombres vivos bebe la sangre.

—Tú también, no —dijo Colin, somnoliento.

Entonces, Nico se dio cuenta de que había tarareado la canción en voz alta. No estaba seguro de que cotillear sobre el señor estuviera bien (la lealtad siempre había impedido que expresara sus opiniones), pero aquello le parecía demasiado importante como para ignorarlo.

—Antes he estado en la oficina de Crane. Estaba escribiendo una carta y, debajo de su cama, he visto uno de los vestidos de la señorita Talbot.

Colin dejó escapar algo a medio camino entre una carcajada y un gritito de diversión.

—¿De eso se trata? ¿De que estás celoso de que el señor se acostara con la señorita Talbot?

—Claro que no —dijo Nico, aunque las mejillas le ardían ante las sospechas del otro—. Solo pienso que es todo un poco extraño. El hecho de que su padre esté vivo todavía… ¿Qué posibilidades había de eso? Si vive a tan solo unos pocos días de aquí, ¿por qué no nos hemos encontrado con él en algún momento a lo largo de estos años?

Colin lo miró.

—¿Qué es lo que quieres decir? ¿Crees que el señor le hizo algo a la señorita Talbot?

Nico se pasó las manos por el pelo y cerró los ojos con fuerza, intentando apartar el recuerdo de Elisabeth de rodillas, rogándole que se la llevara de allí. Lo cierto es que era un débil y eso lo avergonzaba.

—No sé qué pensar.

Tras varios instantes de silencio, Colin se incorporó y lo miró con un gesto de franqueza.

—Mira, el señor no tiene motivos para hacerle daño a la señorita Talbot. Consigue lo que quiere de esas mujeres libremente. No

necesita usar la fuerza y, desde luego, no tiene motivos para asesinarla. Es eso en lo que estás pensando, ¿no?

Ahora que Colin lo había dicho en voz alta, Nico supo que era así.

—Sí.

—¿De qué le serviría? A menos que sea un loco sádico que mate por diversión… Y, sinceramente, ¿no lo habríamos descubierto a estas alturas? Nos ha salvado a muchos. Sin él, estaríamos todos muertos.

—En realidad no sería así, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

Nico apretó la mandíbula y después la relajó.

—Todas las personas que lord Crane ha acogido son inmunes. Tú también has tenido que darte cuenta. Los inmaculados nunca se quedan más de unos pocos días. ¿Por qué? ¿Por qué a ellos no les agrada tanto la idea de quedarse y trabajar aquí como al resto de nosotros?

—No lo sé. No se quedaron el tiempo suficiente para saber quiénes habían sobrevivido como hicimos nosotros. Si hubieras estado fuera todo este tiempo, ¿no querrías descubrir si te quedaba alguien vivo?

Nico tomó aire.

—Supongo, pero eso sigue sin explicar lo que ocurrió con Arnaud.

—¿Qué pasa con él?

—El día que Arnaud atacó a Branson, estaba buscando a la señorita Talbot. Fue entonces cuando Crane le disparó por la espalda a sangre fría. ¿Por qué?

—Para protegerla —contestó el otro. La exasperación teñía sus palabras.

—¿De qué? Estaba a salvo con nosotros, no había necesidad de disparar al hombre. Además, ¿por qué Arnaud la buscaba tan desesperadamente? Sin duda, no era su esposa. ¿Qué era para él?

—Maldita sea; a veces, puedes ser un poco estúpido. La señorita Talbot es joven, hermosa y está sana.

Los pensamientos de Nico se precipitaban hacia alguna conclusión, aunque todavía no podía ver cuál.

—Abby también es joven y hermosa, pero lord Crane jamás ha mostrado el más mínimo interés en ella. Ni siquiera para un devaneo. Si lo único que quiere es a alguien con quien compartir la cama, no tendría ningún problema en convencer a alguna de las sirvientas. Y si lo que quería era que la señorita Talbot fuese su esposa, ¿por qué no la persuadió para que regresara tras encontrar a su padre? ¿Por qué encamarse con ella sin más para después mandarla lejos?

Colin suspiró aunque, en aquella ocasión, fue un suspiro melancólico en lugar de exasperado.

—No lo sé, Nico. Lo único que sé es que si hemos sobrevivido todo este tiempo ha sido porque hemos mantenido la cabeza agachada y los

oídos atentos. No vayas haciendo acusaciones cuando no tienes pruebas.

Tras un instante, Nico volvió a mirar el bosque. Pensó en Arnaud, en la desesperación que había en su voz al preguntar por Elisabeth y en la sed en sus ojos la primera vez que la había visto. Era la misma mirada que ella le había descrito al hablar de lord Crane. No se trataba de una sed nacida del deseo, sino de la necesidad y la desesperación.

La de un hombre muriendo de sed.



La mañana que Nico partió con Colin y Branson, lord Crane se despidió de ellos desde el porche delantero. El resto de los sirvientes estaban en las escaleras junto a él. Las chicas estaban llorando un poco, como si se marcharan a la guerra. Incluso la cocinera se estaba enjugando los ojos con el delantal. Después, tiró hacia ella del chico de los establos, Gavin, y le alborotó el pelo con cariño mientras se despedía de ellos con la otra mano.

Se marcharon a pie, cada uno de ellos cargado con una pistola, una mochila con comida y otros suministros y la ropa que llevaban puesta. Si necesitaban más, tendrían que robarla de cualquier casa por la que pasaran.

Enseguida se encontraron en las profundidades del bosque y los pensamientos de Nico quedaron en libertad. Se había dicho a sí mismo que no iba a obsesionarse con Elisabeth; al menos, no de momento. En su mente había echado raíces una idea: que, una vez que hubieran investigado Eldridge Hall, podría buscar la casa de la joven él solo. En cuanto estuviera seguro de que estaba a salvo, podría volver a vivir con la conciencia tranquila. ¿Y después? Por primera vez desde que Crane lo había encontrado, estaba empezando a juguetear con la idea de marcharse de la mansión.

Comprendía que el mundo tal como lo había conocido ya no existía. El rey, si seguía vivo, ya no parecía preocuparse por recaudar los impuestos o castigar a los que quebrantaban la ley y, sin él, la gente se comportaba como niños cuyos padres se hubieran marchado

de vacaciones y no hubieran dejado a nadie a cargo. Nico era un hombre de orden y ciencia, así que le daba miedo el caos.

Sin embargo, también tenía la sensación de que, ahora, cualquiera, incluso él, podía encontrar la buena fortuna. Colin podría ser un señor. Branson podría ser un siervo. Y Nico podría convertirse en médico al fin. En aquel nuevo mundo, tal vez incluso encontrase la redención.

Branson se había quedado atrás enseguida, así que Nico y Colin pararon a mediodía para comer y darle tiempo para que los alcanzara.

—¿Sabes qué es lo que más echo de menos? —le preguntó Colin mientras mordisqueaba un trozo de carne curada—. Más allá de mi familia, por supuesto. El buen queso. Ojalá alguien de la mansión supiera cómo hacerlo.

—Para eso necesitaríamos una vaca. O dos, supongo.

Colin suspiró.

—En cierto momento tuvimos casi una docena. Aquel primer invierno, desaparecieron casi la mitad de nuestros animales. Supusimos que nos estaba robando algún vecino desesperado, pero el señor no estaba preocupado. Parecía pensar que la plaga se pasaría pronto y se acabarían los problemas de comida. Nadie pensó que moriría tanta gente.

Nico arqueó una ceja.

—¿Qué quieres decir con que los animales desaparecieron?

—Exactamente eso. Se desvanecieron de los rediles durante la noche.

Nico se acordó del señor pasándose la lengua por los labios al declarar su preferencia por la carne fresca y descubrió que ya no tenía apetito.

—¿Qué le ocurrió a la esposa de Crane, Colin? Él mencionó que murió durante la plaga, pero ¿dónde la contrajo?

—Fue a principios de aquel mismo invierno. A pesar de las advertencias del señor, fue a ver cómo se encontraba una familia de arrendatarios y enfermó. Cuando Crane me acogió, ella ya no estaba.

—Y él era inmune…

Nico se llevó la mirada a las muñecas, que había dejado a la vista tras subirse las mangas de la camisa. Las marcas rojas eran como el reflejo de unas ramas que recorrían el trazo de sus venas en ambas muñecas. Aquel era el indicio de que, a pesar de que se había topado con la mori roja, algo en su sangre lo había salvado.

—¿Qué es lo que echas tú de menos? —preguntó Colin, interrumpiendo sus pensamientos.

—Echo de menos a la gente.

Se apoyó contra el tronco en descomposición y levantó la mirada hacia los árboles. Unas pocas hojas seguían aferrándose a las ramas, lo

cual era una metáfora apropiada de la plaga y la gente que había dejado atrás. Con el tiempo, todos morirían y ¿quién quedaría para verlos caer?

—Disculpa, pero ya estás con gente.

Colin le dedicó su sonrisa más encantadora. Sus dientes resplandecían sobre su piel oscura. La respuesta mordaz de Nico se vio interrumpida por el sonido de algo pesado haciendo crujir la maleza que había tras ellos. Al principio, pensó que se trataría de Branson pero, entonces, un caballo gris apareció en el claro. Llevaba un cabestro y una correa desgarrada. Colin fue el primero en ponerse en pie.

—¿Es…?

—*Locket* —concluyó Nico mientras se ponía en pie despacio para no asustarla. Sin embargo, la yegua pareció aliviada de verlos. Se acercó a ellos y les acarició con el hocico las manos extendidas como si estuviera buscando alguna golosina—. Lord Crane dijo que tuvieron que dejarla atrás, ya que se negaba a cruzar el agua.

Colin se rascó la cabeza mientras Nico pasaba las manos por la parte trasera de las patas del animal en busca de alguna inflamación.

—Qué raro… Me pregunto cómo consiguió llegar tan lejos la señorita Elisabeth sin atravesar nunca un arroyo o un río. Supongo que tuvo suerte.

Justo en ese momento, el mismísimo Branson apareció a través de la maleza, haciendo mucho más ruido que un caballo que pesara quinientos kilos. Se derrumbó sobre el tronco en el que se había estado apoyando Nico y gruñó de forma dramática.

—¿Qué hay para comer? —preguntó.

—La hora de comer se ha acabado —dijo Colin mientras recogía los restos de su picnic—. La próxima vez, camina más deprisa.



—No entiendo por qué no puedo montar —se quejó Branson por enésima vez aquella noche.

Nico había sido consciente de que, al ir a pie, el viaje sería largo y lento, sobre todo si nevaba, pero no había tenido en cuenta los

lamentos infernales de Branson.

—Ya te lo he dicho —masculló—. Tiene un absceso, probablemente por estar mucho tiempo en el barro. Es pequeño, pero necesita tener la ocasión de que se le cure.

Sin embargo, el otro ya estaba con su siguiente queja.

—¡Maldito tiempo! —dijo mientras otra fría ráfaga de aire atravesaba los árboles—. En una semana no seremos más que cadáveres congelados. ¿En qué estaba pensando Crane al enviarnos a un viaje así?

—Estaba pensando en que al menos no tendría que verte esa cara de culo durante un tiempo —le contestó Colin con alegría—. Tal vez tenga suerte, se te congele la nariz y se te caiga. Sería una mejora.

Nico tenía demasiado frío como para sonreír, pero tenía la decencia de guardarse las miserias para sí mismo. Dentro de las botas, tenía los dedos dormidos y, a aquellas horas, el bosque estaba oscuro y resultaba amenazante. El cuerpo cálido de *Locket* junto al suyo era cuando menos reconfortante.

—¿De verdad crees que habrá alguien viviendo en Eldridge? —le preguntó a Colin—. Una luz vista a través de una grieta de una ventana cubierta con tablones podría ser cualquier cosa. Me parece que enviarnos hasta allí solo por si ha sobrevivido alguien es tomarse muchas molestias.

—Tal vez el señor solo quiera que confirmemos si el rey ha sobrevivido. Si no ha sobrevivido, las cosas podrían ponerse muy interesantes mientras el reino se recupera.

Nico también había pensado en eso. ¿Quién gobernaría Goslind o lo que quedaba de él si había desaparecido todo el linaje real? Tal vez hubiese algún primo lejano en alguna parte, pero quizá también estuviesen todos muertos. ¿Había puesto Crane los ojos en la corona? ¿Era ese el motivo de su extraño comportamiento? Nico sacudió la cabeza. ¿Quién en su sano juicio querría gobernar sobre un país de cadáveres?

Al final, acamparon para pasar la noche en un leñero abandonado en el bosque. La estructura estaba podrida, tan apenas se sostenía y había un enorme agujero allí donde debería estar el techo, pero los protegía un poco del viento que no mostraba indicios de ir a desaparecer aquella noche y que se filtraba entre las grietas de las paredes de madera y se abría paso a través de sus mantas y las costuras de su ropa.

Incluso Colin empezó a mostrar signos de irritación cuando intentó encender un fuego por quinta vez. Cada vez que una chispa prendía, el viento soplaba con entusiasmo y extinguía la llama junto con sus esperanzas.

—¡Mierda! —gritó mientras dejaba caer otra cerilla sobre la

suciedad y los escombros que cubrían el suelo—. Creo que tendremos que pasar la noche sin fuego. No quiero desperdiciar más cerillas.

—No pasa nada —le dijo Nico mientras le pasaba el pan, la carne seca y las manzanas pasadas que tenían para cenar. No admitió que la idea de un cálido fuego era lo que le había mantenido en marcha toda la tarde—. Es solo por esta noche. Mañana encontraremos un lugar mejor en el que acampar.

Branson empezó a refunfuñar, pero Colin lo interrumpió levantando la palma de la mano.

—Por favor, basta por esta noche. Puedo aguantar el frío, pero no puedo soportar tus lloriqueos ni un momento más.

—¿Y quién te ha puesto a ti al mando? —espetó Branson—. Eres el hombre de menor rango entre nosotros. De hecho, eres tan pobre que ni siquiera tienes rango.

—Branson —dijo Nico en torno de advertencia. Sin embargo, el muy idiota no sabía cuándo morderse la lengua.

—Es cierto. ¿Por qué está aquí siquiera? Debería estar en la mansión con los demás sirvientes, limpiando los orinales.

Nico se incorporó.

—¡Ya basta, Branson!

—Aquí fuera, tu rango no significa nada —replicó Colin en voz baja. Tenía la manta subida hasta la barbilla. En la oscuridad, Nico no podía verle el rostro, pero su voz era fría como el viento—. Podría matarte ahora mismo y no le importaría a nadie. No queda nadie para llorarte o enterrarte. No serías más que otro cadáver sin nombre y sin rostro en medio del bosque.

Justo en ese momento, desde algún lugar del bosque, les llegó un aullido que hizo que Branson se sobresaltara.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Solo el viento entre los árboles —contestó Nico, aunque no estaba seguro. No le había parecido un lobo, pero tampoco le había sonado como un árbol. Casi le había resultado humano. Había dejado a *Locket* suelta para que pudiera pastar por la noche, seguro de que la yegua no iba a alejarse demasiado a causa de su absceso y su gusto por las manzanas. Ahora pensaba que tendría que haberla mantenido cerca.

—Eso no ha sido el viento —dijo Colin. Los tres estaban sentados sobre las mantas, el frío olvidado por un momento—. Ha sonado más como a animal herido.

—Bajad la voz —siseó Branson—. Vais a llamar su atención.

Se oyó otro aullido que se desvaneció hasta convertirse en un gemido.

—Demasiado tarde —dijo Colin.

En su voz había un tinte de alegría, como si estuviera disfrutando

del miedo de Branson. Nico deseó no haberse quitado las botas. No iba a llegar demasiado lejos solo con las medias.

El sonido de unos pies arrastrándose a través de las hojas en el exterior de la cabaña les resultó inconfundible. Nico se llevó la mano a la pistola y Colin hizo lo mismo. Branson estaba congelado en el sitio, excepto por los dientes, que le castañeteaban. Nico nunca lo había despreciado tanto.

Se arrastró hasta la puerta y apretó la cara contra ella para poder mirar a través de una de las grietas que había en la madera. Lo primero que vio fue al hombre que se dirigía hacia la cabaña con decisión, ataviado únicamente con unos pantalones, una camisola y una chaqueta ligera. Lo segundo que notó fue el agujero irregular que llevaba en dicha chaqueta, allí donde lord Crane le había disparado.

—¡Cielo santo! Es Arnaud —le susurró a Colin.

—¡Pensaba que estaba muerto! —contestó el otro joven mientras se giraba hacia Branson—. ¡Pensaba que lo habías enterrado tú!

—¡Y eso hice! —gimió él.

La ropa de Arnaud estaba sucia, como si lo hubieran enterrado. Nico le miró las puntas de los dedos y ahogó un grito. En efecto, Arnaud tenía las uñas rotas y con tierra incrustada en ellas. ¿Había sido Branson lo bastante idiota como para enterrarlo vivo?

—¿Qué demonios está pasando? —dijo Branson a medio camino entre un susurro y un grito.

Con una extraña sensación de desapego, Nico se dio cuenta de que se le había adormecido todo el cuerpo que, a penas unos instantes atrás, había sido presa de los escalofríos. «Demonios» era apropiado. Aquello estaba mal, no solo desde un punto de vista metafísico, sino médico. No había ninguna explicación posible para el hecho de que aquel hombre siguiese andando.

La puerta estaba atrancada con un tablón de madera y el cierre resonó cuando Arnaud la sacudió.

—Soplaré y soplaré y la casa derribaré —canturreó Arnaud—. Venga, chicos. Hace más frío que en el antro de…

—Me he meado encima —gimoteó Branson.

Nico se había equivocado. Ahora sí que nunca antes lo había despreciado tanto.

—¿Cómo puede ser? —susurró Colin—. Crane le disparó y Branson lo enterró.

A Nico se le vino a la cabeza la maldita canción infantil.

—«O muere primero, luego renace…» —masculló.

—¿Qué? —preguntaron Colin y Branson a la vez.

Nico apoyó la espalda contra la puerta y se giró hacia ellos.

—¿Y si la canción infantil está en lo cierto? ¿Y si hay hombres que se contagian de la plaga y mueren, pero no están muertos de verdad?

—Ahora no es momento para que te vuelvas majara —dijo Colin mientras la puerta volvía a sacudirse tras unos instantes de silencio.

Nico le hizo callar con un gesto de la mano.

—Antes, buscaba a la señorita Talbot; no a nosotros. Lo que significa que, de algún modo, sabía que era una inmaculada.

—O solo quería divertirse un poco —dijo Branson—. Era un buen espécimen…

—¿No lo entendéis? —insistió Nico, hablando más para Colin que para Branson—. Buscaba una inmaculada. Crane también está buscando inmaculados. Nosotros tres somos inmunes.

—¿Y qué? —preguntó Colin.

—Que tenemos que dejarle entrar —contestó él—. Tenemos que descubrir qué está pasando. Nosotros somos tres y él solo es uno. No va armado. O, al menos, antes no iba armado.

—Ni en broma —replicó Colin—. Mi madre siempre me decía que respetara a los muertos pero, por el amor de Dios, no se refería a esto.

—Entonces, salgo yo ahí fuera.

Nico metió los pies en las botas. Mientras recogía su abrigo, el exterior de la cabaña se quedó en silencio de nuevo. Volvió a mirar a través de la grieta de la madera. Un ojo inyectado en sangre le devolvió la mirada. Dio un grito y retrocedió de un salto.

—Os oigo respirar —dijo el hombre con voz grave y tranquila—. No voy a haceros daño.

—¿Cómo podemos fiarnos de eso? —preguntó Nico, que tenía la pistola apretada con fuerza contra el pecho. Puede que no sirviera de mucho, tal como había pasado con la de Crane, pero se sentía más seguro aferrándose a ella.

—Puedo oler a los inmaculados a cientos de metros de distancia. Chicos, vosotros apestáis a sudor e inmunidad. Y a orina. No gano nada al mataros.

Nico volvió a acercar el rostro hasta el agujero y se obligó a mirar aquel horrible ojo rojo.

—¿Y qué quieres de los inmaculados?

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta, muchacho.

Nico se tragó el nudo que tenía en la garganta, reacio a permitir que la verdad se colara en su mente.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Decidme dónde está la chica y no volveréis a verme jamás. Os doy mi palabra.

—La señorita Talbot se marchó de la mansión con lord Crane hace días. Por lo que sabemos, se ha vuelto a reunir con su padre.

—Si te crees eso, entonces eres tan tonto como el señorito que me enterró. Dejadme resguardarme de este maldito viento y os contaré todo.

Nico miró por encima del hombro en dirección al lugar en el que Colin y Branson estaban sacudiendo las cabezas con energía.

—Me temo que, con respecto a eso, me han superado en votos.

El suspiro del hombre le resonó en el pecho. Nico se dijo a sí mismo que no estaba muerto; tan solo cambiado.

—Decidme solo una cosa. ¿Por qué vuestro señor os ha enviado a los tres solos al bosque?

Si Nico hubiese tenido la más mínima idea de cómo matar a aquella criatura, lo habría hecho en ese momento, pero ya se había demostrado que las pistolas no servían para mucho. En silencio, rezó una oración por Elisabeth, aunque en parte sabía que Arnaud tenía razón: Crane no la había llevado a casa sana y salva. Por otro lado, si de verdad había supervivientes en Eldridge Hall, no podía conducir a Arnaud hasta ellos. Tampoco a Crane.

—Nuestros bosques se han quedado sin presas —mintió—. Estamos buscando nuevos terrenos de caza. Te sugiero que hagas lo mismo.

El hombre gruñó. Un instante después, pudieron oír como volvía a alejarse a través de las hojas. Nico mantuvo el ojo pegado a la puerta y observó cómo desaparecía entre los árboles. Se giró hacia los otros dos hombres y vio que Colin se estaba pellizcando la nariz mientras fulminaba a Branson con la mirada.

—Por favor, no me digas que…

—¿Que se ha cagado encima? —replicó Colin—. Pues claro que sí, maldita sea.

Nico suspiró y esperó varios minutos hasta asegurarse de que Arnaud se había marchado.

—¿Dónde vas? —susurró Branson.

—A ver cómo está *Locket*.

Salió fuera y no culpó a Colin cuando oyó cómo volvían a echar el cierre a su espalda. Tuvo que dar vueltas durante varios minutos, pero encontró a la yegua, que lo observaba con los ojos brillantes bajo la luz de la luna desde el otro lado de un arroyo.

Nico maldijo en voz baja. ¿Cómo narices había conseguido acabar al otro lado del agua? Se estaba resignando a tener los pies mojados cuando recordó la manzana que llevaba en el bolsillo. La sostuvo en alto.

—Venga, chica, tengo tu comida favorita justo aquí.

Locket no dudó. Se metió en el arroyo con ganas y ni siquiera se inmutó cuando el agua le rozó la pezuña del absceso. A Nico se le hizo un nudo en el estómago mientras desaparecían sus últimas esperanzas con respecto a Elisabeth junto con cualquier confianza que le quedara en la palabra de su señor.

Elisabeth estaba muerta y el hombre al que en algún momento había considerado un padre era un asesino.

No, un asesino, no. Un monstruo.

CAPÍTULO 9

Conforme pasaban los días, a Seraphina cada vez le costaba más seguir adelante con su coqueteo con lord Greymont. O, más bien, le costaba recordar que no era real. Su plan de convencerlo para que la llevara con él cuando se marchara dependía de que, para empezar, convenciera al rey de que los dejara salir. Por ahora, él no la necesitaba para nada, lo que significaba que, por lo menos, tenía que desearla. Y, cuanto más fingía que ella sí lo deseaba a él, más se creía su propia farsa. O, lo que es peor: más cuenta se daba de que, tal vez, jamás había sido una mentira.

El hecho de que estuviera agotada tampoco ayudaba. Cada noche esperaba despierta hasta que el sol empezaba a salir por el horizonte, rezando para poder captar un solo atisbo de Dalia. Sin embargo, su amiga no volvió a aparecer de nuevo, lo que hizo que se preguntara lo siguiente. Si era posible que nunca hubiera estado allí para empezar, ¿cómo era posible que hubiese dejado de ir? Si tan solo era un producto de su imaginación, entonces, ¿qué había cambiado en su interior?

En una ocasión, le había preguntado a Jocelyn si echaba de menos a la auténtica princesa, ya que había sido su dama de compañía desde que tenían doce años y Seraphina e Imogen tenían personalidades muy diferentes en todos los sentidos. Por un instante, la joven le había parecido melancólica.

—Me entristece que muriera. Siempre fue amable conmigo, pero era… rara. Hablaba consigo misma mucho más de lo que hablaba con cualquier otra persona. Mi deber era mantenerme cerca de ella, pero desaparecía en medio de la noche y aparecía de nuevo por la mañana con las plantas de los pies llenas de barro y el dobladillo manchado de verde. Algunos dicen que en su interior albergaba parte de la locura de su padre. Yo no diría tanto pero, si hubiera sobrevivido, no sé cómo sería ahora. No sé en qué la habría convertido esta plaga.

A veces, Seraphina se preguntaba si al encarnar a Imogen, algún tipo de locura se había colado en su propia mente. Si la Dalia que había visto a través de la ventana no era real y tampoco era un *dybbuk*, entonces, ¿qué era?

Pocos días antes de su cumpleaños, estaba en sus aposentos con sus hermanas mientras los sirvientes decoraban el castillo para el baile de máscaras.

—Tengo mucha hambre —gimió Rose. Levantó uno de sus rizos castaños claros y lo miró con el ceño fruncido—. Creo que mi pelo está sufriendo por ello. ¿Os parece que está menos brillante?

Siendo justos, todos estaban famélicos. Las comidas se habían ido haciendo cada vez más pequeñas hasta el punto de que el desayuno consistía en una porción de arenque en escabeche y un rábano.

Nina estaba tumbada en ropa interior sobre un *chaise longue*, aburrida y taciturna.

—Lo que no entiendo es por qué tenemos que pasar aquí todo el día. Al fin estaba haciendo progresos con lord Basilton; no deja de pedirme que me encuentre con él en la biblioteca.

—¿Le gustan mucho los libros? —preguntó Rose.

Nina puso los ojos en blanco.

—Sí, Rose, de eso se trata: de los libros.

—Tendrás muchas oportunidades para esconderte en rincones oscuros durante el baile y, además, estarás escondida tras una máscara —dijo Seraphina.

—Sé que padre quiere que la decoración sea una sorpresa para Imogen, pero no irá a prohibirnos entrar en el comedor durante los próximos cuatro días, ¿verdad? —preguntó Rose.

Nina suspiró.

—¿Qué más da si no hay nada para comer?

Seraphina sujetaba la máscara dorada que llevaría para su cumpleaños. En su interior, tomaba nota de la ironía que suponía una máscara que solo le cubría los ojos y la nariz. Como si alguien no fuese a saber quién era, especialmente con el pelo recién teñido con henna. En ese momento, Jocelyn se llevó su propia máscara al rostro y suspiró. Era blanca y estaba cubierta por más de aquellas ridículas margaritas. Sujeta con un alambre enrollado, una abejita peluda se balanceaba en una de las sienes.

—Lord Greymont me ha dicho que está muy emocionado por el baile —dijo Nina que, en ese momento, tenía medio cuerpo fuera del sofá y miraba a Seraphina boca abajo—. Mucho.

—Como todo el mundo —contestó ella con indiferencia—. Es lo más emocionante que ha pasado aquí desde… hace años.

Jocelyn se sentó a su lado y le acarició el pelo.

—¿Cómo te sientes al respecto? —Bajó la voz—. Sé que no es tu auténtico cumpleaños. Debe de resultarte extraño celebrarlo sin tu familia.

—No lo había pensado de ese modo —admitió.

A diferencia de los Días Temibles, los cumpleaños nunca habían sido demasiado importantes para su familia. Aquella época del año, el otoño, siempre era difícil. ¿Cómo podía arrepentirse con sinceridad de sus pecados si sabía que tenía que seguir mintiendo?

Jocelyn seguía observándola con un gesto raro en el rostro. Por suerte, Rose había empezado a cantar y su voz era tan aguda y nasal que las distrajo a todas.

—Baila conmigo —dijo mientras tomaba la mano de Seraphina antes de volver a su penoso canto.

—Creo que, en esta ocasión, me quedaré sentada —contestó ella

con una carcajada—Pero creo que a Nina le encantaría bailar.

La susodicha se incorporó apoyándose en los codos.

—Ni en broma.

—Entonces, supongo que Jocelyn tendrá que hacer los honores —canturreó Rose mientras se acercaba a ella dando vueltas—. Baila conmigo.

Jocelyn consintió y le tomó la mano. Al principio, no estaba claro quién iba a interpretar el papel del hombre, pero era evidente que Rose no tenía ni idea de cómo bailar cualquier parte que no fuera la de la mujer. Jocelyn le lanzó una mirada desesperada a Seraphina. Sonriendo todavía, ella se puso en pie e hizo una reverencia frente a Nina.

—¿Me concede este baile, mi señora?

—Ufffff —gruñó ella. Sin embargo, permitió que tirara de ella para levantarla y hacerle dar una vuelta.

Todas ellas estaban en diferentes estados de desnudez ya que, al no tener ni puertas ni ventanas abiertas para que se ventilara la estancia, habían empezado a tener calor. Seraphina y Rose llevaban suelta la melena, que flotaba tras ellas mientras daban vueltas. Ahora, todas estaban cantando y se rieron de forma histérica cuando Rose entonó una nota especialmente aguda y desafinada. Bailaron y giraron, chocando las unas contra las otras o con los muebles cada pocos minutos. Seraphina ahogó un grito cuando se clavó la esquina afilada de una mesita en la cadera, pero el impulso de Nina hizo que siguiera girando y no pudo más que reírse ante lo absurdo que era todo aquello.

—He de decir que eres una bailarina estupenda —le dijo Nina mientras tomaba aliento—. ¿Has podido practicar mucho?

Seraphina la miró con los ojos entornados.

—Ja, ja.

Nina sabía que había tenido que sufrir en innumerables clases de baile y, aun así, incluso ahora, no poseía la gracia o la elegancia con la que ella parecía haber nacido.

—Ha aprendido bien —dijo Jocelyn por encima del hombro—. Pero no levantes tanto los pies, Imogen. Así, mucho mejor.

—¿Puede alguien soltarme el corsé? —preguntó Rose—. Siento como si fuera a desmayarme.

Desde luego, tenía las mejillas resplandecientes por el sudor. Seraphina agradeció la posibilidad de descansar. La falta de comida junto con todas aquellas vueltas habían hecho que se mareara un poco, así que se giró hacia Rose y le soltó las lazadas de la prenda.

—¿Mejor?

—¡Mucho!

Rose aprovechó la ocasión para tomarle de las manos, obligando

así a Nina y Jocelyn a cambiar de pareja. Jocelyn estaba tan delgada que tan apenas necesitaba el corsé, pero estaba encantadora con la piel sonrojada y los ojos húmedos por lágrimas de alegría. Mientras daban vueltas en torno a la habitación, cantando de forma desafinada una canción indecente, Seraphina sintió una oleada de afecto hacia todas ellas. En otro mundo, en otra vida, tal vez hubieran sido amigas. La frivolidad de Rose le habría parecido encantadora y la vanidad de Nina nada más que graciosa. Además, habría sabido que la lealtad de Jocelyn nacía del amor y no del deber.

De pronto, las puertas de la estancia se abrieron de golpe, dando paso a un guardia, dos sirvientes cargados con bandejas, el rey y lord Greymont.

—En nombre de Dios, ¿qué está pasando aquí? —bramó el rey.

Rose gritó mientras se cubría el torso con una manta que había en uno de los sofás y se ocultaba detrás de una cortina. Jocelyn se acercó corriendo a Seraphina y se esforzó por recogerle la melena salvaje mientras que Nina se limitó a sonreír con suficiencia al joven criado que estaba teniendo problemas para sujetar la bandeja.

—Los sirvientes llevan cinco minutos llamando a la puerta —continuó el rey—. ¿Es que os habéis vuelto todas locas?

—Tan solo estamos practicando para el baile, padre —contestó Seraphina mientras se ponía y se ataba una bata que Jocelyn le había acercado. Con petulancia, se dio cuenta de que Greymont se estaba esforzando por mantener la vista apartada, aunque estaba fracasando en el intento.

—De verdad, este no es un comportamiento digno de unas princesas. Estoy muy disgustado.

Seraphina agachó la mirada mientras la vergüenza al fin se apoderaba de ella.

—Lo siento, padre.

—Majestad, llevan aquí encerradas toda la mañana —dijo Greymont—. Además, no podéis culparlas por estar emocionadas por el baile de máscaras. Hace semanas que es de lo único que habla todo el mundo.

Seraphina alzó la vista y lo miró a través de las pestañas. ¿Qué estaba haciendo allí de todos modos?

—Eso es cierto —dijo el rey Stuart—. Buen argumento.

—¿Dejamos a las damas para que… descansen? Necesitan guardar fuerzas para las festividades. Aunque parece que tienen mucha estamina.

Al decir aquello, Greymont tuvo el descaro de guiñarle un ojo. Seraphina se arrebujó un poco más con la bata y él sonrió.

—Sí, tenéis toda la razón, lord Greymont. Las damas necesitan sus fuerzas para el baile. Genny, por favor, ven a despedirte antes de que

vayas a acostarte. Tengo una sorpresa para ti.

—Por supuesto, padre.

En cuanto los hombres se marcharon, Rose se asomó desde detrás de la cortina.

—¿Es seguro salir ya? ¡No me puedo creer que lord Greymont me haya visto en ropa interior!

Jocelyn, Nina y Seraphina intercambiaron una mirada antes de que las asaltara un ataque de risa.



Tal como le habían indicado, Seraphina fue a ver al rey aquella noche para que le diera su «sorpresa» de cumpleaños. Tiempo atrás, lo que más le había gustado había sido la espontaneidad. Purim, la fiesta en la que se enviaban regalos a los vecinos y, a cambio, uno mismo recibía una buena cantidad, había sido su festividad favorita. Dalia había sido la mejor al sorprenderla con sus regalos. En una ocasión, le había comprado una *hamantasch* de semillas de amapola, consciente de que odiaba dichas semillas, pero de que, por educación, se comería aquella galleta triangular. Dentro, había encontrado un amuleto *hamsa* diminuto.

—Para que te proteja —le había dicho su amiga mientras limpiaba la pasta de semillas de amapola que había en aquel pequeño icono que representaba la mano de Dios. Seraphina lo había llevado todos los días hasta que se lo habían quitado a su llegada a Eldridge Hall.

Sin embargo, allí, lo impredecible era peligroso. Cualquier cosa que se desviara de la red de mentiras que había tejido cuidadosamente la ponía en riesgo de tropezar y hacer enfadar al rey.

—Ahí estás —dijo el hombre cuanto entró en sus aposentos. Ya estaba metido en la cama, pues decía estar agotado. Seraphina no pudo evitar pensar en que la inanición era peligrosa para un hombre de su edad. Incluso más que para el resto de ellos. No podía verle los labios bajo el espeso bigote, pero las arrugas que se le formaban en torno a los ojos le indicaban que estaba sonriendo—. ¿Emocionada por tu cumpleaños, Genny?

Asintió.

—Sí, padre.

—Imagino que tienes muchas ganas de bailar con lord Greymont.

Se rio con nerviosismo, pues no estaba segura de qué tenía que ver aquel caballero con su sorpresa de cumpleaños.

—Supongo que sí.

—Es un buen muchacho. Inteligente. Leal.

—Sí, padre, creo que lo es.

—El hecho de que sea apuesto tampoco está mal —añadió mientras le guiñaba el ojo. Ella se miró las manos para ocultar su vergüenza—. Te has convertido en una jovencita hermosa, Genny —prosiguió—. Deberías casarte con el hombre más guapo del mundo, pero eres digna de un príncipe.

Algo en la forma en la que lo dijo hizo que levantara la vista.

—¿Qué queréis decir, padre?

—He invitado al príncipe de Pilmand para que venga y te conozca. Después de todo, vas a cumplir veinte años. Creo que resultará ser un pretendiente excelente.

Los pensamientos se le dispararon en todas las direcciones. ¿Un matrimonio concertado? ¿Ahora? ¿Justo cuando estaba empezando a hacer progresos con Greymont? ¿Cómo había conseguido el rey ponerse en contacto con alguien de Pilmand?

—¿Cuándo? —fue lo único que consiguió decir.

—Llegará a tiempo para tu cumpleaños. —El rey frunció el ceño un instante—. Al menos, espero que así sea… —Pestañeó como si estuviera volviendo en sí mismo—. He pensado que te gustaría saberlo antes de tiempo para poder prepararte. Naturalmente, lord Greymont se sentirá decepcionado, pero lo comprenderá. Después de todo, eres una princesa. Feliz cumpleaños, querida mía.

Aquel era el momento en el que se suponía que tenía que dejar que le besara la frente y marcharse a la cama. Lo había hecho un millar de veces en el pasado. Sin embargo, no podía entender lo que le había dicho. ¿Iba a permitir que un desconocido entrara en el castillo? ¿Significaba eso que creía que la plaga se había terminado? ¿O acaso aquello no era más que un producto de su locura; un delirio que no llegaría a nada? Y ¿dónde demonios estaba Pilmand?

Un ronquido la sobresaltó tanto que dio un respingo. El rey se había quedado dormido. Le dio un beso en la frente de forma automática y salió de sus aposentos.

Decidió que había llegado la hora de hacer otro viaje a la bodega. En apenas unos días iban a celebrar una fiesta de cumpleaños; una que, al parecer, iba a ser digna de un príncipe. Sin embargo, el rey no parecía ni mínimamente preocupado. Alguien tenía que decirle algo. Tal vez el emperador no llevase ropa, pero sería mucho más difícil de ignorar si tampoco tenía comida.

Más tarde aquella noche, cuando ya se había marchado a la cama y el castillo se había quedado en calma, se puso la bata, pero se dejó los pies descalzos. Si alguien le preguntaba qué hacía merodeando a aquellas horas, diría que iba a buscar algo de comer. El cocinero no dejaba nada en la cocina por las noches (una medida de racionamiento procedente de los primeros días de la plaga), así que era lógico que fuese a la bodega.

Para bajar, Seraphina usó una escalera trasera que, de normal, utilizaba la servidumbre. Era la ruta más rápida y, si se encontraba con algún sirviente, no era probable que la interrogaran. A aquellas horas de la noche, el castillo estaba casi tan oscuro como la boca del lobo y para guiarse solo tenía la luz de la luna que se colaba a través de las grietas en los tablones que cubrían las ventanas y una única vela.

Un gato negro, posiblemente *Fig*, pasó corriendo a su lado y ella se sobresaltó tanto que la cera ardiendo le cayó sobre la mano. Respiró hondo y se tranquilizó. Con la mano, resguardó la llama de cualquier corriente por costumbre. Allí no había corriente, ya que no entraba aire del exterior. Si se paraba a pensar demasiado en ello, sentiría claustrofobia, así que siguió en marcha.

Al fin, llegó a la puerta de la bodega. El cocinero la cerraba con llave por las noches, pero Seraphina se había llevado una horquilla para la ocasión. En la época en la que vivía en el barrio judío, cuando era una chica traviesa con muchos recursos, había forzado alguna que otra cerradura solo para ver si podía. Sin embargo, cuando los rumores sobre la plaga habían llegado a Esmoor, la gente que había podido permitirse marcharse lo había hecho. Dalia y ella se habían colado en la panadería *kosher* cuando el panadero se había marchado, conscientes de que el pan se pondría mohoso bastante rápido. En aquel momento no les había parecido un pecado y esto tampoco se lo parecía.

El cerrojo era antiguo y se abrió con un par de hábiles giros de muñeca. Seraphina ahogó un grito. La estancia estaba tan llena que tan apenas podía abrir la puerta. Apoyó el hombro contra ella, empujó con todas sus fuerzas y se abrió paso dentro a duras penas mientras se preguntaba cómo lo haría el rollizo cocinero. Aunque tal vez enviase a los desgastados sirvientes a buscar la comida por él. Ellos no tendrían problemas para caber por allí.

Alzó la vela y, dibujando un círculo, giró en el centro de la habitación con lentitud. El rincón vacío en el que Greymont la había confrontado estaba ahora repleto de cajas que alcanzaban una gran altura. Echó un vistazo a lo que había en el interior. Las fanegas de manzanas, las barras de pan y las piezas de carne curada le asaltaron la nariz con sus aromas. La saliva le inundó la boca y no pudo

resistirse a tomar una manzana dorada y enorme de la pila.

¿Cómo había conseguido el rey todo aquello? ¿Había estado la bodega llena todo el tiempo y ella y Greymont tan solo la habían visto por casualidad un día en el que estaba vacía? ¿De dónde había salido todo? ¿Acaso el rey daba permiso a los sirvientes para salir del castillo? ¿O lo estaban haciendo ellos por su cuenta?

Un ruido en el pasillo hizo que se sobresaltara y que regresara al presente. Salió de la habitación a toda prisa, cerró la puerta con cuidado tras de sí y echó un vistazo al pasillo. Bajo la luz de su propia vela, una de las doncellas la contempló, pestañeando.

—¿Princesa Imogen?

—Así es —contestó con arrogancia mientras se preguntaba cómo abordar aquel asunto— ¿Qué haces merodeando a estas horas?

—Todas las noches, el chef nos pide a uno de nosotros que revise la bodega. La comida estaba desapareciendo a pesar del candado.

Dirigió la vista a espaldas de Seraphina, preguntándose sin duda cómo había entrado y si, tal vez, era responsable de la comida que había desaparecido. En momentos como aquellos, era muy consciente de que no era mejor que los sirvientes de Eldridge. De hecho, al ser judía, jamás habría conseguido un trabajo en el castillo.

—Bueno, esta noche ya he hecho el trabajo por ti. Todo está en su sitio. Excepto esta manzana —le dijo con una sonrisa—. Sé que puedo confiar en que no delatarás a una princesa.

—Por supuesto que no, alteza.

La doncella hizo una pequeña reverencia mucho mejor ejecutada que los primeros intentos que había hecho Seraphina. La joven era delgada, y no solo porque todavía fuese una muchacha.

—Toma —dijo Seraphina mientras le tendía la fruta a pesar de que sintió un calambre en el estómago a modo de protesta—. Yo comeré más durante mi cumpleaños.

Sonrió y la muchacha le devolvió una sonrisa nerviosa.

—Gracias, alteza. Buenas noches.

La doncella regresó por donde había llegado a toda velocidad y Seraphina soltó un suspiro de alivio.

De pronto, el eco del sonido del gran reloj de ébano llegó hasta ella y estuvo a punto de hacer que le diera un ataque al corazón. Se había olvidado del ojo de la cerradura y de las huellas que había visto aquella noche tras descubrir que la bodega estaba vacía. Jugueteó con la horquilla que llevaba en el bolsillo de la bata y decidió hacer una parada más.

El gran salón estaba frío, oscuro y transmitía una sensación de mal agüero. La vela se había consumido. Sin embargo, lo vio casi en el mismo instante en el que entró en la habitación: un pequeño destello de luz de luna que brillaba a través del ojo de la cerradura del reloj.

Con los pies tan fríos que se le habían dormido, atravesó la estancia a toda velocidad y metió la horquilla en la cerradura. Pasaron varios minutos mientras la movía a un lado y a otro, preguntándose si sería demasiado sofisticada para su falta de experiencia como ladrona. Pero, al final, oyó un «clic» y la puerta del reloj se abrió solo un poco.

Con los dedos temblorosos, la abrió un poco más y, de inmediato, una ráfaga de aire la golpeó y apagó lo que le quedaba de la vela. Jadeó al sentir el aire frío del exterior en el rostro. Todo aquel tiempo, la llave de la libertad había estado justo ahí. Debía de ser la forma en la que entraban y salían los sirvientes que llevaban la comida. También debía de ser la ruta que habían utilizado las pocas personas que habían conseguido escapar.

Si ahí fuera había harina, azúcar, carne y el resto de cosas que llenaban la bodega, entonces tenía que haber gente cosechando el trigo y despiezando a los animales. Había supervivientes y, por lo que parecía, estaban prosperando.

No podía marcharse ya. Por el amor de Dios, ni siquiera llevaba zapatos. Pero, por primera vez desde que había llegado a Eldridge Hall, sintió algo floreciendo en su pecho, un sentimiento que había creído que ya no era capaz de albergar: esperanza. Tal vez sí que había un príncipe en camino para rescatarla. Tal vez lord Greymont pudiera llevársela a alguna isla si el príncipe resultaba ser insoportable. Tal vez había más judíos que habían sobrevivido. Quizá Dalia fuera una de ellos.

Y tal vez, solo tal vez, sus padres hubieran sobrevivido.

Metió la cabeza un poco más en el reloj, absorbiendo el aroma del aire fresco por la nariz. Después, cerró la puerta a regañadientes. Apoyó la palma de la mano contra el ojo de la cerradura y echó un vistazo al pájaro que había sobre su cabeza. Con una sonrisa, se llevó un dedo a los labios.

—Shhhhhhh.

CAPÍTULO 10

Encontraron los cuerpos el cuarto día.

Un chófer y un lacayo o, más bien, lo que quedaba de ellos, yacían junto al carruaje que, con el eje roto, había volcado hacia un lado. Era un coche precioso, con una decoración y unas tallas intrincadas y asientos y cojines mullidos de terciopelo. Parecía como si los lobos hubieran desgarrado las gargantas de las víctimas, aunque Colin comentó en voz alta que era raro que los lobos dejasen tanta carne.

—Esto no ha sido cosa de los lobos —dijo Nico en voz baja y con el estómago revuelto.

Branson, tras haberse vomitado encima, se había internado en el bosque, insistiendo en que no podía seguir contemplando aquella estampa.

Todos estaban débiles, hambrientos y con las pelotas congeladas, pero Colin y Nico sabían que no podían dejar los cuerpos así. Además, si había un chófer y un lacayo, al menos habría un pasajero y tal vez estuviera vivo todavía. Casi se habían dado por vencidos cuando Colin llamó a Nico desde detrás de un árbol enorme.

—¡Lo he encontrado!

Nico fue corriendo a su encuentro, esperando lo mejor, pero el ánimo se le hundió de inmediato cuando llegó al árbol. Las últimas dos mañanas se habían despertado con una capa de hielo sobre el suelo del bosque y, al parecer, el joven había muerto de una mezcla de conmoción y exposición al frío. Estaba congelado y rígido, con los ojos azules como el hielo contemplando la nada y las pestañas pálidas y el cabello rubio casi blanco repletos de escarcha. Vestía ropa elegante, digna de la realeza, pero no lo bastante cálida para aquellas condiciones atmosféricas. Probablemente, había salido corriendo del carruaje mientras atacaban a sus sirvientes. Colin intentó sin mucho empeño cerrarle los párpados, pero los tenía demasiado rígidos.

—Pobre muchacho —dijo—. ¿Qué crees que estaban haciendo por aquí? Ese carruaje es robusto, pero demasiado elegante para un viaje largo. Y, a juzgar por el escudo que hay en la parte delantera, no era de por aquí cerca.

Nico tan solo pudo sacudir la cabeza. Era como algo salido de un cuento de hadas: un príncipe congelado en medio del bosque, tal vez mientras iba de camino a reunirse con una princesa. Se le ocurrió una idea, pero era tan absurda que no la dijo en voz alta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colin que, a aquellas alturas, ya conocía todos los gestos de Nico, incluido el ceño fruncido de perplejidad.

—Es una tontería, pero ¿crees que es posible que se dirigieran a Eldridge Hall?

Colin dio varios pisotones para que no se le entumecieran los pies.

—Tan solo estamos a uno o dos días de viaje. Supongo que es posible, pero eso significaría que…

—Que es cierto que en el castillo hay gente viva.

Se quedaron en silencio un instante, temblando.

—¿Qué hacemos? —preguntó Colin al fin.

Nico pestañeó. No había esperado que el joven fuese a remitirse a sus decisiones. Después de todo, ahora eran iguales y Colin tenía muchos más recursos que él.

—Si hay supervivientes, tenemos que decirles lo que le ha pasado al príncipe. Debían de estar esperándolo.

—Muy bien, pero ¿qué me dices de Crane?

Intercambiaron una mirada que transmitía lo que ninguno de ellos había dicho en voz alta a lo largo de los días que habían pasado desde que Arnaud apareciera en la cabaña del bosque. El interés de Crane por los supervivientes (sobre todo aquellos que estaban sanos) no era altruista. Empezaba a tener sentido que todos aquellos a los que Crane daba trabajo fuesen inmunes. Era evidente que Arnaud podía oler la diferencia y, fuese lo que fuese el hombre, Nico estaba seguro de que Crane lo había reconocido; de que él también era lo mismo.

Palideció al pensar en los dos hombres muertos que había cerca del carruaje. ¿Era posible que Crane le hubiese hecho algo tan horrible a una joven amable como Elisabeth? Pensó en el puñado de huéspedes que habían alojado; en cómo habían pasado unos días en la mansión y, después, habían continuado sus viajes. Solo que ahora estaba seguro de que no había sido así. Tal vez estuviesen enterrados en los propios terrenos de Crane. Quizá Colin y él habían enterrado algunos de aquellos cadáveres con sus propias manos sin haberlos reconocido.

Recordó cómo Crane le había tocado la muñeca cuando lo había encontrado aquel día en los bosques y, de pronto, supo que no había estado buscándole el pulso.

—No podemos conducir a esa gente a su muerte —dijo al fin—. Tenemos que advertirles.

—¿Advertirles de qué?

Branson había conseguido limpiarse un poco, aunque todavía tenía fragmentos de vómito congelado pegados al abrigo.

—De nada —contestó Nico rápidamente.

O bien Branson estaba demasiado sumido en su propia miseria como para sumar dos más dos o no le importaba lo que fueran Arnaud y Crane. El joven quería hacerse con la mansión Crane y, una vez que estuviera al mando, había pocas razones para creer que haría algo para proteger al resto de los trabajadores. Y si bien Branson tal vez no fuese capaz de cometer un asesinato, Nico no se fiaba de que no fuese a sacrificar hordas de inocentes si eso significaba conseguir lo que quería. Para alguien como él, el fin siempre justificaba los medios si él

salía ganando algo.

—Deberíamos enterrar a estos hombres y seguir nuestro camino.

Branson soltó un bufido.

—El suelo está congelado y no tenemos palas.

—Da lo mismo; no podemos dejarlos así. —Nico se dirigió hacia la cabeza del príncipe muerto y le pasó las manos por debajo de los brazos—. Tú agárralo de los pies —le dijo a Colin. El cadáver estaba tan rígido que, mientras lo acercaban al carruaje, permaneció hecho un ovillo. Lo dejaron junto a los otros dos cuerpos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Branson como si, hasta ese momento, hubiese hecho algo útil.

—Mirad —dijo Colin mientras señalaba un arcón enorme de madera que iba atado a la parte trasera del carruaje—. Creo que, si estamos dispuestos a ser imaginativos, podríamos meter dentro tres cuerpos.

Branson estaba empezando a ponerse verde de nuevo.

—Ve a ver si puedes encontrar los caballos —le ordenó Nico—. Podrían seguir cerca.

Aliviado por no tener que ocuparse de los cadáveres, Branson se apresuró hacia los árboles mientras Colin sacaba su cuchillo y empezaba a serrar las cuerdas que mantenían el cofre atado a la parte trasera del carruaje. Cayó al suelo con un ruido pesado. Nico encontró una piedra grande y la estampó varias veces contra el cerrojo, que estaba frágil por el frío y se rompió al tercer golpe.

Dentro del cofre había tesoros que, en circunstancias ordinarias, habrían deslumbrado a los dos jóvenes: joyas, oro, túnicas elegantes, chaquetas bordadas, bombachos suaves y blancos y botas de cuero pulidas. Sin embargo, ellos iban buscando dos cosas: ropa de invierno y comida. De esto último no encontraron nada. Si habían portado algo de comida, alguien se la había llevado o, por el contrario, se la habían acabado. Sin embargo, sí encontraron unas capas de piel pesadas. Una era de elegante armiño blanco y la otra de marta cibelina negra. Se las pusieron y agradecieron su calidez de inmediato.

Mientras revisaban el resto de los contenidos del cofre, Colin dijo rápidamente una oración por el príncipe muerto. Justo cuando estaban metiendo dentro su cuerpo, Branson regresó del bosque con un caballo negro.

—¡Que me aspen! —dijo Colin—. Por fin has hecho algo útil para variar, Branson.

El susodicho lo fulminó con la mirada y se giró hacia Nico.

—Lo he encontrado entre los árboles, pero ni rastro del otro.

—Uno es mejor que nada —contestó él—. Gracias.

Branson contempló la pila de oro y joyas que había en el suelo y, después, volvió a mirar a Nico.

—¿Y mi capa?

—Me temo que solo había dos.

—Pero no temas —intervino Colin—, a ti te hemos guardado lo mejor.

Le lanzó una pesada bata de terciopelo que aterrizó justo sobre su pecho. El caballo se sobresaltó, pero Branson consiguió aferrar con fuerza las riendas. Miró el terciopelo verde arrugado con el ceño fruncido.

—¡Pero esto es una bata de mujer!

—Es mejor eso que nada —replicó Nico.

—Para ti es fácil decirlo.

Nico miró la capa de armiño. Estaba hecha para un rey, no para alguien como él. Sin embargo, estaba más calentito de lo que había estado en días, así que ni loco pensaba entregársela.

—Puedes quedarte con la mía si puedes meter al lacayo y al chófer en el cofre sin vomitar —dijo Colin.

Nico ahogó una carcajada. En su defensa, hay que decir que Branson ató al caballo a una rama cercana y le colocó la bata de mujer sobre el flanco.

—Muy bien —dijo mientras se subía las mangas. Se acercó al cuerpo mutilado del lacayo. Tenía la cabeza casi arrancada y el blanco de algunas vértebras resplandecía en medio de todo aquel carmesí. Branson ni siquiera había llegado hasta sus pies cuando se giró hacia un lado con una arcada y escupió un poco de bilis amarilla.

—Ha sido un noble intento —dijo Colin—. Más suerte la próxima vez.

Branson se limpió la mano con la parte trasera de la manga.

—Uno de estos días, todo volverá a la normalidad y no serás más que un plebeyo. Entonces, seré el heredero legal de Crane y encontraré una jovencita elegante con la que casarme. Después de haberme salido con la mía con Abby, claro está.

Nico comenzó a replicar, pero Colin sacudió la cabeza.

—A día de hoy, lo único que distingue a un caballero de un plebeyo es su conducta. Abby ha presenciado lo suficiente de la tuya como para tomar sus propias decisiones.

Colin regresó a su tarea, pero Nico vio cómo Branson le lanzaba a la espalda una mirada fulminante. Reconoció bastante bien la mirada de un hombre al que le quedaba poco que perder y la desesperación de alguien dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conservarlo.

CAPÍTULO 11

La mañana del baile de máscaras para celebrar su cumpleaños, Seraphina se despertó sobresaltada. Las margaritas de ganchillo salieron volando de su cama como pétalos de cerezo en la brisa. Le costó un instante reconocer que eran las del vestido de Jocelyn que ella misma había alterado la noche anterior. Había quitado casi dos tercios de las flores con ayuda de unas tijeras de coser y había dejado solo las que acentuaban el pecho y las caderas. Había escondido la capota bajo la cama y a la máscara le había quitado todas las margaritas salvo una que se encontraba sobre la sien derecha. La abeja había seguido a la capota debajo de la cama. Con una aguja e hilo, había hecho pliegues y ajustes sutiles hasta que, al final, había quitado dos de las enaguas de encaje que hacían que el vestido resultase tan voluminoso y pasado de moda.

Se dio cuenta de que había llegado el día. Aquel día al fin contemplarían la salida del sol.

Seraphina se vistió rápidamente e hizo una mueca al sentir la piedra fría en los pies mientras bajaba a saltos las escaleras. Se puso las zapatillas y fue corriendo hasta los aposentos de las princesas. Rose y Nina, con la mirada gruñona y adormilada, estaban sentadas en sus tocadores mientras sus doncellas se afanaban en torno a ellas.

—No entiendo por qué tanto revuelo —masculló Rose—. No es más que la salida del sol.

—Algo que hace cuatro años que no ves —le recordó Seraphina—. Y si no os dais prisa, nos lo vamos a perder.

Al final, tras mucha parafernalia, consideraron que estaban presentables para estar en compañía de otras personas y se abrieron paso juntas por el castillo.

Las decoraciones que el rey había escogido para el baile de cumpleaños de su hija eran cuando menos extrañas. Siete salas aparentemente aleatorias estaban cubiertas de sedas de diferentes colores: azul cobalto, un morado tan oscuro como la piel de una berenjena, un verde bosque profundo, naranja caléndula, blanco nieve y una tonalidad de violeta que a Seraphina le hizo pensar en el crepúsculo. La última sala era el propio gran salón, que estaba envuelto de lujoso terciopelo negro. El aroma de los lirios de agua negros y las rosas color burdeos inundaba el aire. No tenía ni idea de dónde habían salido, pero no podía negar que tenían una belleza extraña. El reloj de ébano se alzaba al fondo del salón oscuro como un centinela que contaba los minutos hasta las tres en punto.

Aunque había antorchas iluminándolo todo, estaba tan oscuro que le costó un instante encontrar al rey, que se encontraba rodeado por nobles ansiosos que albergaban la esperanza de poder contemplar el amanecer en primera fila. Sin embargo, otros se habían quedado

rezagados y era evidente que no estaban tan emocionados por lo que pudieran descubrir cuando quitaran los maderos.

—Ah, ¡ahí estás! Feliz cumpleaños, Genny —dijo el rey cuando Seraphina llegó a su lado.

—Gracias, padre.

—Debo admitir que no sé por qué tienes tantas ganas de ver salir el sol. Sobre todo cuando he dedicado tanto esfuerzo a escoger la decoración… —Hizo un gesto hacia el muro de cortinas negras que ocultaban las ventanas selladas.

—Lo sé, pero significa mucho para mí —contestó ella con una dulce sonrisa.

Cuando él le ofreció la mejilla, se inclinó para darle un beso mientras se daba un pellizco en la parte inferior de la muñeca. El hombre la contempló con adoración.

—Muy bien, querida. ¿Guardias?

El rey hizo un gesto para que sus hombres dieran un paso al frente. Corrieron las cortinas negras y dejaron a la vista los pesados tablones de madera que habían clavado a los marcos de las ventanas tanto tiempo atrás. Empuñando unas patas de cabra, los hombres se pusieron manos a la obra.

Pasaron varios minutos antes de que hubieran terminado y un silencio colectivo se apoderó de la muchedumbre. Por un instante, tan solo vieron el reflejo de sus rostros pálidos y de las antorchas sobre el cristal, que se había resquebrajado en varios puntos. Entonces, todos ahogaron un grito al unísono. Seraphina se quedó sin aire cuando el sol asomó por encima de los muros del castillo, tan cálido y amarillo como la mantequilla recién batida. Los ojos se le llenaron de lágrimas y pestañeó para desprenderse de ellas, ya que no quería perderse ni un solo instante. No se dio cuenta de que Greymont estaba a su lado hasta que le habló.

—Lo había olvidado —dijo él en un susurro—. Lo había olvidado por completo.

Se quedaron el uno al lado del otro, observando cómo el amanecer inundaba el patio y ahuyentaba los restos de la noche. La hierba se estaba volviendo marrón ante la llegada del invierno, pero bajo el sol temprano de la mañana, parecía dorada. La yema anaranjada del astro se separó de la parte superior del muro demasiado rápido. Terminó en cuestión de minutos y, cuando se hubo acabado, la mano de Greymont encontró la de Seraphina entre los pliegues de su falda. Aquella mano era cálida y firme, y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas una vez más.

No se trataba de un gesto romántico; era una expresión física de la conexión emocional que acababan de compartir: dos personas contemplando el amanecer por primera vez en casi cuatro años. Sin

embargo, mientras las lágrimas se le secaban y el sol proseguía con su ascensión, Seraphina se dio cuenta de que él le estaba acariciando el dorso de la mano con el pulgar y se apartó.

Se giró y vio a los nobles revoloteando de un lado a otro, inquietos. Entonces, se fijó en el rey, que estaba unos pocos pasos por detrás de ella. Tenía los labios fruncidos hasta formar una línea firme y blanca y el resto del rostro teñido de un color escarlata.

Por un instante estuvo segura de que había visto a Greymont tocándola y ya tenía una explicación formándosele en la punta de la lengua. Sin embargo, entonces se dio cuenta de que estaba mirando más allá de ella a un esqueleto que estaba desparramado sobre la hierba con una piedra en la mano extendida.

«Ay, Dios». Había cometido un error terrible. Estaba acostumbrada a las vistas que había desde su torre de los campos que había más allá de los muros pero, desde allí, el rey no podía ver que el mundo era un lugar seguro. Lo único que podía ver era lo que yacía entre Eldridge Hall y el muro que los separaba de la libertad: un patio repleto de esqueletos y basura flanqueado por los patíbulos que se habían construido para los desertores.

De pronto, deseó poder volver a tomar la mano de Greymont. Él le había prometido apoyarla sin importar lo que dijera su padre, pero se había esfumado de su lado tan rápido como había aparecido.

—¡Volved a colocar los tablones de inmediato! —bramó el rey mientras la saliva le salía despedida de los labios—. ¡Colgaré por traición a quienquiera que los haya quitado!

Los guardias se removieron, incómodos, pues no querían hacerse responsables de haber quitado los maderos.

Como si le hubieran dado la entrada, Giselle, que apenas unos minutos atrás había estado notablemente ausente, se materializó junto a su padre.

—¿No os acordáis, padre? Este era el deseo de cumpleaños de Imogen. —Entornó un poco los ojos cuando se encontró con la mirada de Seraphina—. Habéis hecho todo esto por ella.

—¿Por qué? ¿Por qué quería algo así? —preguntó él mientras miraba a su hija mayor pestañeando como un corderito perdido.

—Porque me recuerda a madre —contestó ella de forma abrupta con el pulso latiéndole con fuerza en los oídos. Si no usaba las palabras perfectas, no tenía ni idea de lo que podría llegar a hacer el rey—. Después de todo, «Aurora» significa «amanecer».

Observó los ojos del rey con atención, temiendo que regresara aquella violenta claridad, pero permanecieron nublados y confusos.

—Mi Aurora… Sí, le encantaba ver la salida del sol.

Mientras Giselle acompañaba fuera al rey, los guardias se apresuraron a retirarse y los nobles, aliviados, comenzaron a dirigirse

al comedor para desayunar.

Conforme el salón se vaciaba, Seraphina reprimió las lágrimas mientras seguía buscando a Greymont. Él le había prometido que otras personas también querían aquello, que le ayudarían a convencer al rey de que había llegado el momento de abandonar Eldridge. Sin embargo, nadie se había puesto de su parte y mucho menos él mismo.

Su porquería de plan tonto y patético había fracasado estrepitosamente. Lo único que había conseguido era recordarle a todo el mundo lo mal que se habían puesto las cosas después de que el rey sellara las ventanas y lo cerca que habían estado de que asaltaran el castillo. El banquete de aquella noche sería una falsa confirmación de que, allí, las cosas iban bien. Nunca jamás iban a marcharse.

¿Querría el propio Greymont marcharse ahora? Si no era así, estaba condenada. Desde luego, no podía contar con que llegara algún mítico príncipe para salvarla. Sin duda, el príncipe de Pilmand había sido parte de los delirios del rey.

Al ver su angustia, Jocelyn la tomó del brazo y, con cuidado, le dio unas palmaditas. Seraphina permitió que la condujera hasta el comedor. El rey había insistido en que guardaran la mayoría de la comida para la cena, por lo que el desayuno fue especialmente escaso. Las gachas estaban tan claras que casi parecían agua y los filetes de carne curada eran tan finos que casi parecían un pergamino. Incluso el propio rey estaba demacrado de un modo en el que no se había fijado antes. Lo observó comer y se preguntó si el hecho de que sus mejillas parecieran más hundidas serían solo imaginaciones suyas. Mientras comía un trozo de pan duro, el movimiento de la articulación de su mandíbula la mantuvo fascinada.

Todavía estaba agitada por el absoluto desastre que había sido su regalo de cumpleaños pero, al menos, el rey parecía haberse olvidado de ello. Giselle estaba sentada muy cerca de él mientras le susurraba palabras de consuelo al oído.

Seraphina se sobresaltó cuando alguien se aclaró la garganta a su lado. Greymont había tomado asiento.

—¿Qué os ha pasado antes? —le susurró con la esperanza de que tuviera alguna explicación para el hecho de que la hubiera abandonado.

Él permaneció mirando al frente.

—Me ha parecido que no me queríais allí.

—¿Por qué? —siseó ella.

—Me habéis soltado la mano. He supuesto que era por vuestro…

—¿Mi qué?

Clavó los ojos en ella.

—Vuestro compromiso con el príncipe de Pilmand.

Un sudor frío recorrió la espalda de Seraphina. Había supuesto que

nadie más sabía lo de su compromiso. A la única persona a la que se lo había contado había sido Jocelyn.

—¿Quién os lo ha contado?

—¿Acaso importa? Pensaba que era mentira pero, cuando me habéis soltado la mano delante del rey, he empezado a cuestionármelo todo. Tal vez no os conozca en absoluto.

Examinó su perfil e intentó determinar si Greymont estaba triste por aquellas noticias o tan solo decepcionado de que se hubiera frustrado su gran plan. La deseaba y, tal vez, sintiera que la necesitaba, pero no creía que la amara.

—¿De verdad pensáis que ese príncipe existe? —insistió—. Acabamos de presenciar el colapso absoluto de mi padre ante la realidad de lo que hay más allá de estos muros. Incluso aunque hubiera conseguido comunicarse con Pilmand, jamás habría dejado entrar a un desconocido. —Greymont refunfuñó de forma evasiva—. Me habéis decepcionado —dijo ella tras un instante. Tal vez fuese de ayuda apelar a su vanidad—. No creí que fuerais el tipo de hombre que se rinde con tanta facilidad.

Él la miró por el rabillo del ojo.

—No lo soy; no cuando se trata de algo por lo que merece la pena luchar.

—¿Y acaso no merece la pena luchar por mí? —murmuró.

Cuando sus ojos se encontraron y encendieron algo en el vientre de Seraphina, los labios de él se curvaron en una de sus sonrisas altivas.

—Sí, princesa, creo que sí merece la pena.

Soltó el aire en silencio y sintió cómo parte del miedo la abandonaba. No todo estaba perdido y ni siquiera la había visto todavía con su vestido de cumpleaños. Alzó la barbilla y cuadró los hombros, tal como le habían enseñado. Después de aquella noche, no solo pensaría que merecía la pena luchar por ella. Lo sabría.



El baile comenzaría justo antes de que se pusiera el sol pero, hasta entonces, Seraphina tenía que quedarse en su habitación con sus hermanas y sus damas de compañía. Ahora, ya no quedaba ninguna

gran sorpresa, pues ya había visto todas las decoraciones y, aunque eran un poco raras, encajaban bien con la locura de todo aquel asunto. Había una tensión innegable en el aire y ni siquiera ella pudo evitar sentir cierta emoción cuando se reunió con sus hermanas.

—¡Feliz cumpleaños, Imogen! —dijo Rose cuando Seraphina entró en la habitación. Estaba sentada y vestida con la camisa interior y el corsé mientras su doncella le recogía el pelo formando grandes tirabuzones. Sobre el tocador había una pila de rosas de seda—. Las de verdad se están marchitando —comentó la princesa con un mohín—. Pero estas se verán igual de bonitas, ¿no te parece?

—Por supuesto —contestó Seraphina mientras se unía a Jocelyn en el sofá.

Su dama de compañía estaba leyendo pero, cuando se sentó con ella, dejó el libro a un lado. El vestido de la joven todavía estaba sobre el maniquí y parecía mucho más a la moda gracias a las modificaciones de Seraphina. Nina, que iba ataviada con la camisola, el corsé y una bata de seda, estaba contemplando su rostro en un espejo de mano. Una costurera se estaba encargando de su vestido.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Seraphina mientras señalaba el vestido con un gesto de la cabeza.

—He perdido tanto peso en la última semana que tienen que arreglarlo —contestó la princesa con el ceño fruncido—. Os juro que se me ha encogido el pecho.

Jocelyn esbozó una sonrisa de complicidad.

—Planea recibir una oferta de matrimonio hoy y, al parecer, todo su futuro depende del tamaño de su pecho.

—Dudo que lord Basilton vaya a darse cuenta —dijo Rose.

—Entonces es que no has estado prestando atención a nuestras interacciones. —Nina se apretó un poco más el corsé—. Tan apenas me mira por encima del cuello; lo cual es una pena. —Se lanzó un beso a sí misma a través del espejo.

Lord Basilton era rico o, al menos, lo había sido en el pasado. Era bastante apuesto y no tan arrogante como algunos otros nobles. Pero, si el rey Stuart había escogido a un príncipe para su hija pequeña, jamás iba a permitir que Nina, la heredera al trono, se casara con un simple duque. Seraphina no sentía que fuese asunto suyo recordárselo y, de todos modos, dado que estaba tan contenta, tampoco tenía el ánimo para decírselo.

—Deberíamos empezar a arreglarnos —le dijo Jocelyn con un gesto serio—. Solo quedan tres horas para tu gran entrada.

Seraphina se rio pero, obediente, se encaminó hacia su tocador, en el que la estaba esperando una doncella con pinceles y cosméticos. Cuando terminó de peinarle la melena, sacó un cuenco con horquillas adornadas con perlas, diamantes y aterciopeladas plumas blancas que

dispuso artísticamente. En último lugar, le colocó sobre la cabeza el halo de oro que le había regalado el rey.

El vestido era bastante fácil de poner, pues era de un estilo que no requería embutirse en él o que le abrocharan tantos botones como el de Nina. Esperaría hasta el último minuto para ponerse las alas, ya que pesaban bastante y harían que le resultase imposible sentarse.

Al fin, el reloj marcó las tres en punto y las jóvenes terminaron de arreglarse. Seraphina haría su aparición en lo alto de la escalinata que conducía a la sala blanca, donde el rey y el resto de lores y damas estarían esperando. Mientras Jocelyn le ataba los lazos dorados de la máscara, se echó un último vistazo en el espejo y dio un respingo.

Tras su reflejo, un retrato de la verdadera Imogen la observaba con mirada triste. Volvió la vista hacia sí misma y, durante un momento inquietante, fue como si estuviera viendo el fantasma de la princesa Imogen.

¿Qué vería el rey cuando la observara bajar las escaleras? ¿A su hija como un ángel celestial con el halo sobre el pelo cobrizo y las alas extendidas tras los brazos esbeltos y pálidos? ¿O a una simple chica judía disfrazada que necesitaba desesperadamente una buena comida?

Tanto si llegaba el príncipe como si escapaba con lord Greymont, ¿cuánto tiempo podría mantener aquella fachada fuera de Eldridge Hall? Había vivido casi cuatro años como un fraude. ¿Acaso pretendía morir también como uno?

Sus hermanas comenzaron el descenso y dejaron a Seraphina sola en lo alto de la escalinata. Estaba oculta entre las sombras del pasillo pero, desde allí, podía verlo todo. La sala blanca era un salón de baile con suelos de madera pulida y candelabros que colgaban de un techo que había sido pintado como si fueran el paraíso: un cielo azul, remolinos de nubes blancas y querubines sonrosados arrastrando guirnaldas de flores. Desde donde estaba, la estancia casi parecía demasiado brillante.

Abrió la boca de par en par al darse cuenta de que, en algún momento de las últimas horas, habían quitado los maderos de todas las ventanas.

No tenía sentido; no después de la reacción del rey aquella mañana. Sin embargo, no se lo estaba imaginando. La luz del sol de media tarde inundaba la estancia y, aunque aquella luz de inicios de invierno era preciosa, los lores y las damas eran una imagen perturbadora. Qué demacrados estaban todos… Qué pálidos y frágiles… Lord Greymont, que estaba cerca del rey, estaba más que delgado: parecía enfermo. Sus hermanas, que de normal parecían tan vivarachas, estaban amarillentas y tenían unas extremidades tan delgadas como las ramas de un abedul.

Sintió como si le hubieran quitado el velo de los ojos. ¿Cuántas

cosas habían permanecido ocultas por las sombras todos aquellos años?

Un escalofrío le recorrió la columna mientras alguien hacía sonar un gong, lo cual señalaba su llegada e indicaba a todos los reunidos que era la hora de ponerse las máscaras.

Aferrándose a la balaustrada con la mano derecha, Seraphina bajó las escaleras con toda la lentitud y la dignidad que fue capaz de reunir. No se había dado cuenta de lo débil que estaba hasta ese momento en el que cientos de ojos en cientos de rostros alzados se posaron sobre ella. Intentó no detenerse demasiado a mirar a cada individuo. Le ayudaba que todo el mundo llevase máscara y que, desde allí, no pudiera reconocer a la mayoría. Sin embargo, sí distinguió algunos gestos: una mujer con el labio superior torcido en lo que parecía una mueca de disgusto; un hombre de mirada lasciva que había cambiado tanto que, al principio, Seraphina no lo reconoció como Pottington, el otrora apuesto caballero al que, apenas unas semanas atrás, lord Greymont había estado lanzando miradas de envidia; y el rey, cuyos ojos brillaban a causa de las lágrimas.

Cientos de hombres y mujeres, cientos de opiniones y expectativas diferentes, una infinidad de sueños y pesadillas…

Todos esperándola a ella.

CAPÍTULO 12

Los hombres llegaron a Eldridge Hall justo después del amanecer del quinto día de su viaje. Habían avanzado más rápido gracias a los caballos. Colin y Nico habían montado al semental

y Branson, que era el más delgado de los tres, había montado a *Locket*, cuya pata estaba sanando bien. Las últimas noches, el tiempo se había vuelto aún más duro, pero las capas de pieles les ayudaban. Nico incluso había dejado que Branson tomara prestada la suya en un par de ocasiones, pues prefería pasar frío a escuchar sus quejas.

Montaron el campamento en el bosque que había frente a los muros del castillo. No se habían molestado en intentar entrar por las verjas pues, desde allí, podían ver que las habían soldado para cerrarlas y eran demasiado altas como para trepar por ellas. Sin embargo, si quedaba alguien vivo en Eldridge, es que había alguna manera de entrar.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Colin mientras desempaquetaban las bolsas.

Con las manos entumecidas, Nico intentaba con torpeza encender un fuego.

—¿Por qué das siempre por sentado que tengo un plan? —le preguntó por encima del hombro mientras se preguntaba si «esperar a que alguien nos encuentre» satisfaría al otro joven.

—Porque siempre lo tienes. No podemos entrar al castillo a la fuerza sin más. Tenemos que suponer que tienen formas de mantener a la gente alejada.

—Dudo que nadie lo haya intentado en años —dijo Branson—. Si ahí dentro hay alguien vivo, lo más posible es que estén débiles y muertos de hambre. Y, probablemente, desesperados por tener algo de compañía.

—¿Cómo consigues hacer que todo suene siniestro? —preguntó Colin—. Si quisieran compañía, habrían salido.

—No si están solos y asustados.

Al final, una chispa prendió y Nico atizó las llamas hasta que consiguió un fuego decente. Entonces, fue a ocuparse de los caballos (Colin había llamado «*Wolfbait*», «presa de lobos», al semental negro, pero Nico lo había cambiado rápidamente por «*Wolfgang*» para no herir los sentimientos del animal) y se abrió paso hasta el borde del bosque para poder ver mejor el castillo.

Se descubrió a sí mismo buscando la torre que Crane había mencionado. Ahí; tenía que ser esa: una cosa alta y delgaducha que parecía a punto de derrumbarse en cualquier momento. Si quedaba alguien vivo en el castillo, ¿qué hacían ahí arriba? Estaba demasiado lejos para comprobar si las ventanas estaban cubiertas por tablones tal como había dicho su señor.

Estudió el resto del castillo, impresionado por su tremendo tamaño. Los muros tenían casi seis metros de altura, por lo que eran imposibles de trepar. No era de extrañar que el rey se hubiese encerrado allí. Era una verdadera fortaleza. Mientras permanecieran encerrados, no había ninguna posibilidad de que la plaga los alcanzase a él o a su familia. Se estremeció al pensarlo. En las circunstancias adecuadas, todo podía convertirse en una jaula, incluso un castillo.

—Deberíamos separarnos —dijo cuando regreso al campamento y encontró a Branson tumbado en su petate y a Colin intentando hervir agua para el té—. El castillo es enorme y cubriremos más terreno si nos dividimos.

—Yo me quedo con los caballos —se ofreció Branson—. No querríamos que se los comiera un lobo.

Nico y Colin se miraron y pusieron los ojos en blanco.

—Asegúrate de que no se apague el fuego —dijo Nico. Sabía que, de todos modos, el joven no habría sido de ninguna ayuda.

Con cuidado, Colin y Nico se abrieron paso a campo abierto hasta los muros del castillo. Cuando llegaron allí, recorrieron el perímetro en busca de alguna manera de entrar. De vez en cuando, Colin intentaba trepar usando alguna grieta prometedora o alguna piedra de forma extraña como punto de apoyo, pero nunca conseguía subir más de tres metros.

Habían rodeado el primer muro y se dirigían al lado oeste del castillo cuando Colin levantó una mano. Nico oyó las voces un momento después. Se apretaron contra el muro porque no tenían ningún sitio en el que esconderse. Se trataba de un hombre y una mujer que hablaban en voz baja, aunque no en susurros. El hombre dijo algo que hizo reír a la mujer. No fue la risa de alguien que intentara ocultarse. Colin señaló hacia el frente y comenzó a desplazarse pegado a la pared. Nico lo siguió, agachado e intentando no respirar demasiado fuerte. Por suerte, había un saliente en la pared y pudieron esconderse tras él. Colin asomó la cabeza lo suficiente como para poder ver. Era tan alto que Nico no tenía que agacharse para poder ver por debajo de él.

—No me puedo creer que el chef nos haya pedido más cisnes —dijo la mujer—. Como si no fuera lo bastante difícil conseguir cinco.

—La princesa Imogen tiene que disponer de cisnes para el festín de su cumpleaños —replicó el hombre en tono de burla—. ¿Crees que se darán cuenta de que esto son gansos?

—Qué va —contestó la mujer—. Esa gente son como buitres con un animal muerto siempre que tienen carne fresca.

Al fin, aparecieron a la vista. Se acercaban a Colin y Nico desde el bosque y ambos llevaban sacos grandes cargados sobre el hombro.

Ver a dos personas caminando y hablando como si todo fuese

normal removió algo en las entrañas de Nico y, durante un momento de confusión, fue como si hubiera regresado a su antigua vida. Entonces, Colin lo empujó más al fondo del recoveco en el que se habían escondido y aquel momento se esfumó.

—Quiere impresionar al príncipe pilmandiano —dijo el hombre—. Como si fuera a poder llegar hasta aquí. La realeza no tiene ni idea de cómo están los caminos con todos esos lobos que bajan de las montañas.

—Esta será la última vez —dijo la mujer con un ruido de burla—. No pienso volver al castillo después del baile de máscaras de esta noche. Ahora que la plaga se ha esfumado y ya hemos establecido el comercio, me da igual si esos lores y damas con sus caras bonitas acaban pudriéndose. Sobre todo la princesa Imogen. ¿Qué tipo de persona exige celebrar un baile cuando la mayor parte del reino ha muerto por la enfermedad o la hambruna?

—Si no se pudren aquí, se pudrirán en el infierno; eso seguro —contestó el hombre.

La cháchara se fue perdiendo conforme aquellas personas desaparecían. Nico y Colin esperaron varios minutos antes de salir de su escondite y dirigirse hacia el lugar al que se habían encaminado los sirvientes. Como era de esperar, encontraron una apertura estrecha. Era como si alguien hubiese quitado las piedras una a una. Desde lejos, ni siquiera la hubieran visto. Colin entró con facilidad, pero Nico tuvo que ponerse de lado y contener la respiración para evitar rozar las paredes.

De inmediato, Colin salió corriendo hasta agacharse tras un carromato volcado. Nico lo siguió de cerca. Los sirvientes estaban atravesando el enorme espacio abierto que separaba los muros del castillo de la propia fortaleza. Era un edificio vetusto, de al menos varios cientos de años de antigüedad y, comparado con la mansión Crane, parecía casi primitivo.

Mientras Nico contemplaba los alrededores, una sensación de pavor se apoderó de él. Aquí y allá habían colgado carteles pintados a mano que advertían a la gente de que dieran la vuelta, ya que el castillo había sufrido la plaga. Mentiras, sin duda alguna; poco más que una medida desesperada para mantener a la gente alejada. Charlando, los sirvientes caminaron hasta más allá de los carteles y ni siquiera se inmutaron cuando pasaron por delante de los patíbulos de los que colgaban varios esqueletos. De aquellas formas que se mecían al viento todavía colgaban retales de ropa andrajosa.

Más allá de los sirvientes, toda la zona estaba desierta. En comparación, la mansión Crane desbordaba vida. Allí no crecía nada y no había signos de que alguien saliera nunca del castillo. Sin embargo, los sirvientes habían hablado de «esa gente», lo que significaba que

Eldridge Hall no estaba desierto en absoluto.

Y que lord Crane tenía razón.

—¿Has oído lo que ha dicho el hombre? —le susurró a Colin. Contemplaron cómo los sirvientes desaparecían tras una puerta modesta. ¿De verdad podía ser tan sencillo?

—¿Qué parte?

—Han dicho algo sobre establecer el comercio, lo que significa que hay supervivientes en algún otro lugar. Las cosas de verdad están volviendo a la normalidad.

—¿Y qué opinas de lo de los lobos?

—Deben de haber visto señales de depredadores, pero no me ha parecido que hubiesen comprendido lo que habían visto de verdad.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Colin—. ¿Deberíamos seguirlos?

—No lo creo. Por lo que han dicho, nos sobrepasarían en número con bastante diferencia. —Una oleada de odio puro recorrió a Nico. Pensar que, durante todo aquel tiempo, el rey había estado sano y salvo, siendo el centro de atención de un puñado de lores y damas que comían cisne y celebraban bailes mientras el reino yacía bajo un manto de muerte y decadencia… Esperaba que alguien le arrebatara el trono, incluso aunque fuera Crane, que no era más monstruo de lo que lo era el rey Stuart—. Pero esta noche van a celebrar un baile de máscaras y están esperando a un príncipe que nosotros sabemos que nunca va a llegar.

Colin arqueó una ceja.

—Entonces, ¿qué sugieres? ¿Que uno de nosotros se cuele en el baile?

—Sabemos cómo entrar. Una vez que estemos dentro, podemos valorar la situación.

—¿Los dos? —Colin soltó una carcajada—. Tal vez tu puedas pasar por un príncipe, pero yo jamás podría.

—Bien; entonces, traeré a Branson conmigo.

—¿Y qué hay de lo de contárselo al señor?

Por muy indignado que se sintiera con el rey, la princesa y todos los que estaban dentro de ese castillo, la idea de contarle a su señor que había posibles inmaculados atrapados en un único lugar hizo que el estómago le diera un vuelco.

—Creo que deberíamos esperar hasta saber con qué estamos lidiando.

Un crujido captó la atención de Nico, por lo que se giró hacia el lugar por el que habían atravesado el muro. Sin embargo, no había nadie allí.

—Me quedaré con los caballos y me mantendré vigilante, pero, una vez que estéis dentro, no podré ayudaros —dijo Colin—. Vamos a

necesitar una historia porque, en cuanto te oigan hablar, van a saber que no eres un forastero.

—Entonces, intentaré no hablar. Al menos, hasta que no sea indispensable.

Sabía muy poco sobre Pilmand más allá de que estaba al norte y que sus principales exportaciones eran las pieles, lo que ayudaba a explicar lo de las capas.

—Bien, pero ¿qué vamos a hacer con lo del disfraz?

Nico echó un vistazo en torno al patio. Cerca del patíbulo había una pila de trastos que parecía prometedora. Después de todo, tenían que tirar en algún sitio la basura del castillo.

Mientras rebuscaban entre los diferentes cachivaches que habían sido descartados, encontraron bastantes vestidos de mujer andrajosos, zapatos viejos con las suelas desgastadas y un millar de pañuelos manchados. Con los materiales adecuados, podrían haber confeccionado una máscara con algunos retales, pero no tenían ni hilo ni aguja. Además, más allá de para cerrar heridas, Nico no tenía experiencia como costurero.

Suspiró.

—Esto es inútil. Tengo la capa de pieles del príncipe y eso tendrá que ser suficiente.

—Tienes que interpretar el papel de un príncipe y necesitas mezclarte con los demás —dijo Colin—. Desde luego, no puedes ir vestido así. —Apuntó con un dedo la túnica y los bombachos sucios que llevaba puestos.

—Creo que Branson tomó algo de la ropa del príncipe que había en el baúl. Podemos vestirnos con ella.

Se sentó en el borde de una carretilla y se recostó, apoyándose en los codos. Estaba agotado por el viaje. Ahora mismo, la idea de fingir ser un príncipe le parecía imposible. Para hacer sitio, apartó a un lado lo que parecía una lona oscura y se quedó petrificado.

Al principio, pensó que se trataba de un cráneo de pájaro enorme y estuvo a punto de levantarse de un salto. Pero, entonces, sincronizó el cerebro con los ojos y se rio. Bajo lo que de hecho era un impermeable, yacía una máscara de cuero marrón con una nariz alargada y en forma de pico con dos agujeros para los ojos. Era la máscara de un médico de la plaga.

Mientras sostenía la máscara en alto, Colin se unió a él. Ambos se estremecieron al contemplarla. Unos años atrás, su presencia habría significado una muerte inminente. Todos los médicos habían muerto o huido a los pocos meses del comienzo de la plaga, pero tal vez hubiesen mantenido uno cerca en caso de que la enfermedad consiguiera abrirse paso hasta el castillo.

—Si apareces con eso, definitivamente te matarán —dijo Colin.

—Tendremos que camuflarla un poco; pintarla de negro con brea o algo así. —Volvió a alzar la vista hacia el castillo, preguntándose qué encontraría en su interior—. Será mejor que volvamos antes de que nos descubra alguien.

Colin lo siguió a través del agujero en el muro y ambos se apresuraron a atravesar el campo hasta su campamento. De vez en cuando, Nico echaba la vista atrás para mirar la torre en la que Crane había visto la vela. ¿Quién estaba allí arriba? Sin duda, algún pobre sirviente que estaba atrapado por un rey egoísta y sus hijas malcriadas. Al día siguiente buscaría a esa persona y, de algún modo, la rescataría.

—¡Mierda!

Nico se giró hacia el campamento. O lo que quedaba del mismo. No había ni rastro del semental ni de Branson. La capa de armiño blanco había desaparecido junto con las mantas que habían metido en un árbol hueco. Lo único que quedaban era un par de pantalones del príncipe y la capa de marta cibelina que Colin había colgado en lo alto del árbol, fuera del alcance de Branson.

Recordó el crujido que había oído dentro de los muros del castillo. Branson debía de haberlos seguido y haber escuchado su conversación. Lo que significaba que sabía que había gente viva en Eldridge Hall y que Nico estaba planeando entrar. Aquella era la oportunidad del joven para demostrar la lealtad a su señor y ganarse un puesto en la mansión Crane para el resto de su vida. Dirigió la mirada al bosque mientras el estómago se le caía a los pies.

—Ha ido a contárselo a Crane.

CAPÍTULO 13

Al fin, Seraphina llegó al último escalón y la muchedumbre estalló en aplausos. Rodeada por una sala de máscaras lisas y sin rasgos, se sentía extrañamente expuesta y se acercó a toda prisa al rey, que la abrazó con tanta fuerza que sus alas estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio.

Él iba vestido como un rey, pero en una versión antigua, ataviado con una capa larga de armiño con ribetes de pelo negro y una corona dorada exagerada. La máscara de porcelana blanca le cubría el rostro completo.

—Feliz cumpleaños, mi preciosa hija. ¿Cómo te sientes al cumplir veinte años, Genny?

Seraphina nunca se había sentido tan sola como en ese momento. Todo lo que acababa de decir formaba parte de la hermosa mentira que había permitido que construyeran a su alrededor desde que había abandonado a su familia. Sí, se la habían llevado, pero ella tendría que haberse negado; tendría que haber muerto intentando escapar y regresar con su familia sin importar lo que dijera el rabino. Incluso aunque solo hubiera conseguido pasar un día más con las personas a las que quería, habría merecido la pena.

Alguien le tendió una copa de vino espumoso. El rey tenía la cabeza ladeada y, de algún modo, el gesto de la máscara inexpresiva parecía expectante, por lo que sintió que no tenía más opción que beber. Ni siquiera era lo bastante fuerte como para negarse a un sorbo de vino.

«Lo convertiré en un juego —se dijo a sí misma—. Daré un trago cada vez que alguien me desee un feliz cumpleaños».

En algún lugar comenzó a sonar música y alguien le tomó de la mano y la hizo girar sobre sí misma. Alzó la vista y se encontró con un hombre que llevaba una máscara blanca con volutas doradas. Aquel tipo de máscaras para bailes siempre le habían parecido las más inquietante por cómo la zona de debajo de la nariz sobresalía hacia delante como si fuera una pala, pero era práctica: la persona que la portaba podía ocultar su identidad y seguir comiendo y bebiendo con libertad.

—¿Qué se supone que sois, lord Greymont? —preguntó mientras contemplaba su elaborado disfraz negro y rojo—. Parecéis un demonio.

—No sé quién es ese tal lord Greymont, pero espero que sea bueno con la espada, pues pretendo enfrentarme a cualquier hombre que intente bailar con el ángel que tengo entre mis brazos.

Seraphina no pudo evitar reírse.

—Ambos sabemos que no soy ningún angelito.

Mientras se dirigían hacia la ventana dando vueltas, él le pasó los

dedos por el borde de la máscara, allí donde se encontraba con sus pómulos.

—Feliz cumpleaños.

Cuando vio su reflejo en el cristal descubierto, se quedó sin aliento: un ángel girando entre los brazos de un demonio; la *Danza macabra* personificada. Eran la Vida y la Muerte, separadas apenas por un latido. Tan apenas se reconocía a sí misma tras la máscara.

Cuando pasaron bailando frente a un sirviente que sostenía una bandeja de copas de cristal, tomó una y se la bebió de un trago.

Conforme la velada se adentraba en la noche, fue pasando de un acompañante enmascarado a otro, siempre dando vueltas, bebiendo y riendo. Ya no era Imogen o Seraphina, sino una chica totalmente diferente, una cuyas alas eran pesadas pero cuyos pies eran más ligeros que el aire. Los caballeros tenían la suficiente experiencia como para que no importara que ella no conociera los pasos: la llevaban por toda la habitación como si fuese tan liviana como una paloma. Alzó la vista hacia el techo y unos querubines le devolvieron la mirada desde el Jardín del Edén. Le habían enseñado que todo lo que ocurría en esta vida le sería explicado en la siguiente, que todas las penurias que la gente soportaba en el mundo, cobrarían sentido en el más allá. Sin embargo, eso había sido antes de que llegara la plaga y pusiera todo patas arriba. Ahora, se preguntaba qué podría aprender tras la muerte que fuera a ayudarla a comprender a un Dios que permitía tanto sufrimiento.

Cuando el cielo del exterior comenzó a oscurecer, notó que tenía que aferrarse a los brazos de su pareja para permanecer erguida. Se fijó en la ropa oscura y se dio cuenta de que Greymont había vuelto a encontrarla.

—Deberíais comer algo —le dijo él conforme la música disminuía el ritmo hasta detenerse. Los músicos iban a tomarse un descanso—. Todavía no han anunciado la cena, pero hay pan en alguna parte. Puedo traeros un poco si queréis.

—Estoy bien —contestó mientras se empujaba la máscara hacia la frente—. Dejadme ver vuestro rostro.

Él chasqueó la lengua.

—Eso estropearía la ilusión.

La visión se le nubló y lo convirtió en un demonio de dos cabezas.

—Por favor, lord Greymont.

—Solo si dejáis de llamarme «lord Greymont». Me llamo Henry —susurró.

Ella sonrió y asintió.

—De acuerdo, Henry.

Él se quitó la máscara y sacudió la melena.

—¿Contenta?

—Eres verdaderamente apuesto, Henry —masculló, a pesar de que le costó hilar las palabras más esfuerzo del necesario.

Él sonrió.

—¿Y te das cuenta ahora?

Estaba a punto de contestar con algún comentario mordaz cuando notó que la agarraban del brazo con cuidado pero con firmeza.

—Venid, alteza. Tenéis que descansar. —Jocelyn la alejó de Henry con una mirada cómplice. Cuando pasaron junto a un sirviente, Seraphina se estiró para tomar otra copa de vino espumoso, pero su dama de compañía se la apartó—. Ya basta —dijo mientras volvía a colocarle la máscara—. Si sigues a ese ritmo, vas a enfermar. —La condujo hasta una alcoba que había en uno de los pasillos y donde tenían un poco de privacidad—. Déjame que te ayude con las alas.

No se había dado cuenta de lo pesadas que eran en realidad hasta que se las quitaron. Sentía un dolor sordo en la parte baja de la espalda y uno más agudo en los hombros, donde los lazos se le habían clavado en la piel. Jocelyn dejó las alas en el suelo, junto a sus pies.

—Bebe esto —le ordenó mientras le tendía un vaso de agua.

Seraphina bebió obedientemente. Los asistentes a la fiesta habían abandonado el salón de baile blanco y se habían esparcido por las salas de diferentes colores. Desde donde estaban sentadas, podía ver el salón morado en el que Nina estaba bailando con su caballero. Se preguntó si ya le habría pedido matrimonio. No vio a Rose por ninguna parte, pero estaba segura de que estaría en algún sitio bailando o haciendo cualquier cosa que le permitiera girar con su vestido rosa. Atisbó fugazmente a Giselle mientras pasaba de los brazos de un posible pretendiente a los de otro, aunque no podía imaginársela dignándose a casarse con uno de los hombres presentes.

—Ha sido idea suya, ¿sabes? —dijo Jocelyn mientras señalaba a Giselle—. Lo de quitar todos los maderos de las ventanas.

Seraphina dio un respingo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Creo que, después de lo que hemos presenciado esta mañana, tenía la esperanza de que el rey se volviera contra ti. Ya sabes cómo es. Odia que se monte tanto escándalo en tu nombre.

Antes, Giselle había sido la que le había recordado al monarca que la idea del amanecer había sido suya. Pero ¿por qué querría manipular la mente frágil del rey ahora cuando todos aquellos años había hecho todo lo posible por protegerla, sobre todo con todo lo que tenía que ver con ella? ¿Era posible que Giselle quisiera salir de Eldridge Hall al fin?

—¿Te ha pedido matrimonio lord Greymont? —le preguntó Jocelyn, interrumpiendo sus pensamientos.

Le costó un momento centrar el rostro de su amiga.

—¿Disculpa? —dijo con un hipido.

—En los últimos tiempos, has estado pasando mucho tiempo con él y pareces mucho más feliz. Supuse que se avecinaba una proposición, si es que no ha ocurrido todavía.

Seraphina vació el vaso de agua y se lo devolvió a su dama de compañía.

—No, claro que no. ¿De verdad crees que no te lo habría contado si me hubiera hecho una proposición?

Jocelyn bajó la vista a su regazo, donde estaba jugueteando con una de las margaritas de ganchillo.

—Últimamente no hemos hablado tanto.

—No seas tonta; hablamos todos los días.

Jocelyn se bajó la máscara.

—Me refiero al mundo más allá de Eldridge. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Hace semanas que no mencionas a tu familia.

Seraphina se desató la máscara también, dejando a la vista las lágrimas que tenía en los ojos y que en los últimos tiempos parecían surgirle con tanta facilidad.

—Cada vez que los menciono, me acuerdo de lo mucho que los echo de menos y de lo malvada que soy por haberlos abandonado. —Cuando su amiga empezó a protestar, alzó la mano—. Sé que vas a decir que no tenía elección…

—Porque no la tenías. —Jocelyn le limpió las lágrimas de las mejillas con un pañuelo—. Por favor, intenta no llorar. Es tu cumpleaños.

—Pero no lo es, Joc. Tú más que nadie sabes que no es así.

—Lo sé. —Se aferró a su mano a pesar de que no la miraba a los ojos—. Si estás decidida a marcharte, sé cómo hacerlo. Creo que ahora es seguro o, al menos, más seguro de lo que solía ser. —Se mordió el labio como si no estuviera segura de si debía continuar o no.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Seraphina.

—No quiero que me odies.

—Jamás podría odiarte, Jocelyn.

Al fin, alzó la vista con las pestañas húmedas por las lágrimas.

—Hay una manera de salir del castillo. Hay una puerta en las paredes de la fortaleza y un agujero en los muros que rodean el castillo. Me lo dijo uno de los sirvientes. Me debía un favor.

Por un instante, Seraphina se preguntó cuánto tiempo hacía que Jocelyn lo sabía, pero decidió que no importaba. Lo cierto era que, antes de ese momento, no había sido lo bastante valiente como para marcharse. Tal vez había necesitado que Greymont avivase sus esperanzas y el rey las frustrara después para crecerse ante las circunstancias.

—Lo sé —dijo—. Yo misma lo he descubierto hace poco.

Jocelyn pestañeó.

—Entonces, ¿qué haces aquí todavía? ¿Por qué no te has marchado?

Seraphina respiró hondo.

—Vas a pensar que soy una tonta, pero había trazado un plan.

Su amiga arqueó una ceja.

—¿Un plan?

—Involucraba a Henry.

Jocelyn arqueó la otra ceja hasta que se unió a su compañera.

—Ah, ¿así que ahora es «Henry»?

Seraphina puso los ojos en blanco.

—Lord Greymont tiene un barco y una isla. Había pensado que, si podía hacer que se enamorara de mí, aceptaría alejarme de Eldridge Hall después de que todos hubiéramos contemplado el amanecer y hubiéramos comprobado que era seguro marcharse.

Jocelyn permaneció en silencio un buen rato.

—¿Ibas a marcharte con lord Greymont?

Seraphina suspiró.

—Temía no poder hacerlo sola. No sé lo que me espera ahí fuera pero, con cada día que pasa, resulta más evidente que el rey nunca me va a dejar marchar. Lo de esta mañana ha sido la prueba definitiva.

—Pero no habrías estado sola; me habrías tenido a mí.

Le sorprendió la vulnerabilidad del tono de voz de su amiga.

—Siempre me dices lo afortunadas que somos por estar aquí. Supuse que no querrías marcharte.

Una única lágrima rodó por el rostro de Jocelyn. Era la primera vez que la veía llorar.

—Eres la única familia que me queda.

Seraphina posó la mano sobre la de la otra chica con el corazón henchido de gratitud por tener una persona en Eldridge Hall que la aceptaba tal como era.

—Claro que puedes venir conmigo. Ahí fuera, sería un desastre si estuviera sola. Además, creo que se puede decir que no hay ningún príncipe de Pilmand que vaya a venir a salvarnos.

Hizo una pausa cuando una pareja pasó caminando junto a ellas con las cabezas tan juntas que casi se tocaban mientras se susurraban algo el uno al otro. Tras las máscaras, Seraphina podía notar sus miradas sentenciosas.

Jocelyn la rodeó con un brazo y ella le apoyó la cabeza sobre el hombro delgado.

—Tienes razón. Ahí fuera serías un desastre —dijo la joven con una carcajada—. Ni siquiera puedes arreglarte el pelo sola.

Seraphina jadeó, fingiendo ofenderse.

—Claro que puedo. —Sonrió para sí misma—. Es solo que me gusta más cuando me lo arreglas tú.

—Entonces, ¿está decidido? ¿Nos marcharemos juntas, pase lo que pase?

Seraphina asintió mientras reprimía un bostezo. Se quedaron sentadas en silencio tanto tiempo que no estaba del todo segura de no haberse quedado dormida. Se incorporó y se frotó los ojos cansados con las manos.

—¿Te importaría traerme algo de té, Joc? Te prometo que no beberé más vino esta noche sin importar cuántas personas me deseen un feliz cumpleaños.

—¿Así que ese era el juego al que estabas jugando?

Seraphina se rio de forma irónica.

—Entre otros muchos.

Jocelyn asintió y se puso en pie.

—¿Quieres que te ayude con las alas?

Pasó las manos por las plumas y frunció el ceño.

—No; pesan demasiado. Además, el rey parecía estar siguiéndome el ritmo con las copas de vino. Dudo que ahora mismo vaya a darse cuenta.

—Muy bien. ¿Crees que puedes aguantar unos minutos sin meterte en problemas?

—Lo haré lo mejor que pueda.

Esperó a que Jocelyn se hubiera marchado para ponerse en pie. El rato que había pasado sentada parecía haberle sentado bien. Tenía la cabeza más despejada, aunque la luz tenue hacía que sintiera como si estuviera flotando mientras recorría el pasillo. Sin duda, pronto los llamarían para cenar. La comida le sentaría bien. La comida y un poco de té negro bien fuerte.

No se dio cuenta de que se estaba dirigiendo hacia el gran salón hasta que no escuchó las campanas del reloj, anunciando lo que supuso que serían las diez en punto. Había perdido la noción del tiempo. La única luz iluminaba aquella estancia de medianoche procedía de la luna creciente que se encontraba al otro lado de la ventana abierta y que bañaba a Seraphina de plata. Por supuesto, allí no había nadie. Era un misterio por qué el rey se había molestado siquiera en decorar la sala.

El aire silbaba a través de la cerradura del reloj y Seraphina podría haber jurado que olía un atisbo de podredumbre en la brisa. Tal vez solo fueran las flores que decoraban el salón, que ya empezaban a marchitarse en sus jarrones de porcelana negra. Esa era la belleza de la oscuridad: ensombrecía lo que no debía verse. A la luz de la luna, la muerte podía disfrazarse de sueño.

Volvió a girarse hacia la entrada del gran salón, donde el leve

destello de una vela la llamaba de vuelta hacia el pasillo y la promesa del té caliente de Jocelyn que, sin duda, ya estaría buscándola.

Justo cuando estaba a punto de marcharse, oyó el sonido suave de unos arañazos a su espalda. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Estaba a apenas unos pasos del pasillo. Podía oír las risas de la fiesta acercándose a ella y sentir el calor de los cuerpos que había en las otras habitaciones. En algún lugar resonó la campanilla de la cena, invitando a todos al festín. Sin embargo, algo hizo que se diera la vuelta.

Al principio, no lo vio. Estaba frente al reloj, tan oscuro que era casi indistinguible. Entonces, la luz de la luna se reflejó contra el borde de algo alargado y curvado, como un pico. Era un cuervo enorme, como si el pájaro que había sobre el reloj hubiera crecido hasta convertirse en un gigante y hubiera bajado de su posadero. Sus plumas negras eran gruesas y grasientas y la miraba sin pestañear con aquellos ojos negros y brillantes.

Regresó a ella el recuerdo de un duro invierno en el que un cuervo solía acercarse a su ventana todas las mañanas para picotear el cristal. Cuando se despertaba, solía golpear la ventana, pero el animal no le tenía miedo. Seguía golpeando el cristal con su pico grueso, mirándola con la cabeza ladeada y emitiendo un sonido terrible con la garganta. «Déjame entrar —parecía decirle—. Déjame entrar o yo mismo romperé el cristal».

Ahogó un grito y se dio la vuelta, pero los pies se le enredaron con la falda fina y blanca. Lo siguiente que supo fue que estaba cayendo.

CAPÍTULO 14

Nico atravesó los muros del castillo en torno al crepúsculo tras asegurarse de que no había sirvientes entrando y saliendo. Conforme el sol comenzaba su descenso hacia el horizonte, se arrastró hasta el interior del reloj y esperó allí, sudando bajo la capa, sintiendo un picor debajo de la máscara y observando a través de la cerradura de la puerta. En t

odo el tiempo que estuvo esperando, nadie entró en el gran salón, aunque podía comprender por qué.

Alguien había colocado cortinas negras sobre todas las ventanas. Flores negras llenaban jarrones de ébano y lanzaban un olor dulce y pútrido en dirección al reloj. Había oído leyendas de hombres que eran enterrados en vida y, ahora, no podía evitar imaginarse sus últimos momentos y el terror causado por aquella oscuridad impenetrable. Cada hora, el reloj marcaba las tres, lo que le desorientó especialmente, y los carrillones enormes parecían sacudirle todo el cuerpo. Le hubiera gustado poder echar un vistazo a los engranajes, ya que la relojería siempre le había fascinado, pero estaba demasiado oscuro como para ver algo más allá de su propio pico.

Al final, cuando estaba empezando a quedarse dormido, el reloj había vuelto a sonar y lo había asustado hasta casi darle un infarto. Estaba a punto de salir de su escondrijo (que le den a las grandes entradas) cuando vio que alguien entraba en la estancia.

Por un instante breve y confuso creyó que había muerto dentro del reloj. ¿De qué otro modo podía explicar la presencia del ángel que se alzaba ante él? Bajo la luz de la luna, parecía resplandecer con aquel vestido blanco y sencillo y la piel casi tan pálida como la tela. Llevaba el pelo rizado y medio recogido en torno a un halo dorado mientras el resto le caía en tirabuzones resplandecientes hasta casi la cintura. Nico nunca antes había visto a ningún miembro de la familia real, pero había oído hablar del famoso cabello cobrizo de la princesa Imogen. Quería odiarla, pero era el ser más hermoso que había visto en toda su vida.

Casi tan rápido como había aparecido, vio que la habitación estaba vacía y se dio la vuelta para marcharse. Parecía un poco inestable y perdida y antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, Nico abrió la puerta del reloj. Al hacerlo, emitió un sonido horrible parecido a un arañazo y se encogió cuando la muchacha se dio la vuelta hacia él. Le costó un instante darse cuenta del miedo que se había apoderado de su rostro. ¡Pues claro que estaba asustada! En la oscuridad, debía parecer un monstruo. Estaba a punto de acercarse a ella cuando ahogó un grito y se giró. Los pies se le enredaron en la falda y se derrumbó casi a cámara lenta. Para cuando su cabeza golpeó el suelo de mármol, Nico ya había llegado a su lado.

Y estaba inconsciente.

Tan solo habían pasado unas horas desde que habían regresado al campamento abandonado en el que Colin había maldecido a Branson de formas tan creativas que, en otras circunstancias, Nico se habría sentido impresionado.

—Mira, esto no cambia nada —había dicho mientras se unía a Colin junto al fuego que Branson ni siquiera se había molestado en apagar—. Es cierto que no hemos tenido ocasión de evaluar la situación antes de ir a buscar a Crane, pero Branson no tiene ni idea de cómo orientarse. En todo caso, tenemos suerte de habernos librado de él. Dudo muy mucho que consiga siquiera regresar a la mansión.

—Se ha llevado a *Wolfbait* —había gruñido Colin con la barbilla enterrada en las profundidades del cuello de su abrigo. Tal vez, lo que lo había enfurecido más que tener un caballo menos hubiese sido que Branson se había llevado la capa blanca. Eso los había dejado tan solo con la capa negra que habían acordado que Nico necesitaría para su disfraz.

—No teníamos ningún caballo cuando comenzamos el viaje, así que no estamos peor que antes. Además, no me gustaba la forma en que *Wolfbait* miraba a *Locket* —había añadido con una sonrisa.

Colin le había fulminado con la mirada durante un instante antes de volver a arrebujarse en su abrigo.

—¿Y si llega a casa? Entonces, ¿qué?

—Son cuatro días a caballo para un jinete experimentado, cosa que Branson no es. Y, después, otros cuatro o cinco días de vuelta. ¡Sin duda podemos trazar un plan con todo ese tiempo!

Sin embargo, en el gran salón, mientras Nico se quitaba la máscara que habían cubierto con una mezcla de barro oscuro y carbón de la hoguera, supo que su exiguo plan no iba a funcionar. Bajo la capa, que tras días a caballo se estaba poniendo tan andrajosa que empezaba a parecer un montón de plumas, jamás lo confundirían por alguien de la realeza. Tocó uno de los pies descalzos de la princesa con una mano áspera por el trabajo y la apartó de golpe. Lo tenía tan frío como el hielo. ¿Dónde demonios tenía los zapatos? Le echó la capa por encima y le dio golpecitos en las mejillas con delicadeza.

Había pasado las horas que había permanecido dentro del reloj imaginando hordas de gente asustada ante las que soltaría una diatriba elocuente y contundente sobre lo que había ocurrido más allá de los muros del castillo en los últimos cuatro años. Les hablaría de cómo había contemplado a toda su familia desangrarse hasta morir, de cómo había pasado años enterrando los cadáveres de los muertos, de cómo la gente que no había sucumbido a la plaga había muerto de hambre y de cómo los vándalos y saqueadores habían destruido hogares por todo el país.

En su lugar, se inclinó y susurró.
—¿Hola? ¿Estáis bien? Por favor, no tengáis miedo.
Por un instante temió que estuviera muerta, pero se acercó más a ella y sintió un pequeño soplo de aire caliente contra el rostro. Debería salir corriendo a buscar ayuda, pero ¿qué explicación podría dar? Durante la caída, el halo se le había descolocado, así que, con cuidado, le quitó las horquillas que quedaban y lo dejó a un lado para comprobar si llevaba algún bulto en la cabeza. Sorprendentemente, no llevaba ninguno, pero podía oler el aroma del vino en su aliento. Era probable que estuviera más borracha que herida.
Se quitó el abrigo, se lo colocó debajo de la cabeza y se puso en pie. Era mucho más pequeña de lo que habría imaginado; no solo por su estatura, sino porque estaba delgada, como si no comiera lo suficiente. Tenía la piel pálida, lo cual resaltaba las pocas pecas que tenía repartidas por la nariz. Sus pestañas resultaban largas y oscuras sobre sus mejillas. Una cicatriz delgada y pequeña le recorría la mandíbula en el lado izquierdo del rostro. «¿Cómo se hace una cicatriz así una princesa?».
Movió uno de los dedos. Nico le tomó la mano y le dio la vuelta para poder comprobar si tenía pulso, pero tenía que quitarle uno de los guantes para poder hacerlo. Lo apartó con cuidado y contuvo la respiración al ver los moratones que llevaba en la zona. Parecía como si alguien la hubiera agarrado o la hubiera intentado retener. ¿De verdad era posible que aquella fuera la princesa Imogen, la chica mimada y egoísta que habían descrito los sirvientes?
Le miró la otra muñeca y comprobó que allí tampoco tenía ninguna marca reveladora. Aunque, claro, allí nadie habría estado expuesto a la plaga. Sería imposible saber quiénes eran inmaculados y quiénes eran inmunes.
Estaba examinándole el resto del cuerpo (o lo poco que podía ver de él) en busca de más heridas cuando, de pronto, tuvo la sensación de que le estaban observando. Se giró hacia la cabeza de ella y vio que tenía los ojos abiertos. Eran los ojos más tristes que hubiera visto jamás: muy abiertos, un poco curvados hacia abajo y enmarcados por largas pestañas.
—¿Quién sois? —preguntó ella.
Y Nico, el tonto que una vez se había creído poeta, descubrió que se había quedado sin palabras.

CAPÍTULO 15

Seraphina llevaba despierta varios minutos, pero no había abierto los ojos por miedo a lo que pudiera ocurrir si lo hacía. Le parecía más seguro fingir que estaba inconsciente. Así, tal vez él se aburriera y se marchara.

Sin embargo, entonces, el desconocido le había tomado la muñeca y le había quitado el guante con tanta delicadeza y le había tocado la moradura que llevaba allí con la yema de los dedos con tanta suavidad para no hacerle daño que ya no tuvo miedo. Se encontraba en la situación más vulnerable en la que se podía encontrar una persona y, aun así, no había intentado hacer nada malvado. En todo caso, se había mostrado sorprendentemente considerado, ya que la había cubierto con su capa y le había colocado el abrigo bajo la cabeza.

La cuestión era: ¿quién demonios era? Cuando lo había visto al principio, había creído que era un monstruo, una bestia cuervo gigante y descomunal. Sin embargo, ahora podía ver que no era más que una máscara de la plaga cubierta de barro (algunos pegotes habían caído en el pelo del joven y llevaba manchas de hollín en el rostro) y una capa de piel. No se parecía en nada a un príncipe pero, después de todo, había hecho un viaje largo para llegar hasta allí. A saber a qué horrores había tenido que enfrentarse… Porque tenía que ser el príncipe, ¿no? ¿A quién si no se le ocurriría ir hasta allí?

Cuando él empezó a examinarle el resto del cuerpo, alzó la cabeza y abrió los ojos de par en par.

—¿Quién sois? —Rebuscó en su mente el nombre del príncipe de Pilmand—. ¿Príncipe Martin?

Él se quedó mirándola, inexpresivo. Por un instante, se preguntó si hablaba inglés. ¿Qué lenguaje hablaban en Pilmand? ¿Pilmando? ¿Pilmandiano? ¿Se esperaba de ella que pasara el resto de su vida con alguien con quien no podía hablar?

Al fin, él se aclaró la garganta y le tendió una mano.

—Siento haberos asustado. ¿Podéis poneros en pie?

—Creo que sí.

Tomó su mano y permitió que la ayudara a levantarse porque todavía se sentía un poco mareada por el vino y la caída. Esperó a que dijera algo, pero él se limitó a mirar nervioso en torno a la estancia. Parecía terriblemente inseguro para ser un príncipe.

—Soy la princesa Imogen —dijo. Al hacer una reverencia, se dio cuenta de que no llevaba puesto el halo y se agachó para recogerlo—. ¿Dónde está vuestro séquito?

—Me temo que hemos sufrido un terrible accidente. Nos han asaltado los lobos. Todos los demás murieron.

Ella ahogó un grito y se llevó una mano a la boca.

—¡Eso es horrible! ¿Tan atrevidos se han vuelto los animales en

estos años?

—Desde luego. Los bosques ya no son tan seguros como solían serlo. El mundo ha cambiado mucho en vuestra ausencia, alteza.

No se parecía en nada a cómo se lo había imaginado, pero bajo el hollín y la ropa manchada, podía ver que era apuesto y que tenía unos ojos oscuros e inteligentes, una mandíbula definida y la complexión sana de alguien que había pasado tiempo al aire libre.

—Debéis de estar agotado. Venid a ver al rey. Se sentirá muy complacido al descubrir que estáis aquí. Habíamos perdido toda la esperanza de que fuerais a llegar.

—No puedo presentarme así ante el rey —contestó él mientras señalaba su ropa—. Y si mi disfraz hace que las damas se desmayen, probablemente también debería hacer algo al respecto.

Ella se rio.

—No me he desmayado. Me he asustado, pero ha sido el vino lo que ha causado la caída.

—Casi lo había olvidado. Estáis de celebración… Feliz cumpleaños, alteza.

Lo miró a los ojos marrones hasta que apartó la vista.

—Gracias. —Se dio cuenta de que todavía tenían las manos entrelazadas, así que se soltó de su agarre y terminó de orientarse. El salón ya no le parecía tan aterrador—. Venid conmigo; os buscaré un disfraz y una máscara en condiciones. Después, podemos presentaros al rey.

La siguió hasta sus aposentos de princesa y lo dejó en una habitación repleta de copas de vino a medio beber, enaguas abandonadas y un grupo de *chaise longues*. Regresó unos minutos después con ropa limpia y lo encontró rebuscando en el pequeño plato de cristal que tenía lleno de botones desparejados.

—Veo que habéis encontrado mi colección de botones —dijo. Dejó el montón de ropa en uno de los sofás y se acercó hasta él—. Son una tontería; lo sé.

Extendió la mano y él le colocó en la palma un botón pequeño de madera que había estado examinando. Bajo la luz de las velas, los moratones que llevaba en la muñeca eran de un color verde llamativo, pero ya no tenía sentido cubrírselos cuando él ya se los había visto.

—¿De dónde son? —le preguntó él, señalando los botones.

Sin embargo, ella le estaba mirando fijamente la mano.

—Estáis sangrando.

—No es nada. Solo es un rasguño que me he hecho con un clavo que había en una de las ventanas. Entiendo que estaban cubiertas con tablones de madera.

—Hasta hoy.

Se acercó a una cómoda y abrió uno de los cajones. Un momento

después, regresó con él con un pañuelo elegantemente bordado a mano. Se lo colocó sobre la herida y él la observó con la boca un poco abierta. Era probable que supusiera que una princesa debía de ser remilgada. Cuando se sintió satisfecha y el sangrado se hubo detenido, metió el pañuelo en el agua de una jofaina y le limpió los restos de sangre.

—He encontrado ropa para que os podáis vestir.

Hizo un gesto en dirección a la pila de ropa doblada. Sobre ella había una máscara en condiciones de porcelana negra, aunque era una con una nariz alargada que recordaba a su máscara de doctor de la plaga.

—Gracias —dijo él mientras tomaba la máscara y le daba vueltas con las manos—. ¿Cómo habéis conseguido sobrevivir dentro del castillo durante tanto tiempo, alteza?

Seraphina se sentó en uno de los sofás. Si había alguna forma de contestar sin hacer que todos ellos parecieran crueles y egoístas, la desconocía.

—Mi padre recolectó suministros de todos sus súbditos y, después, selló las puertas.

—¿Y los súbditos? ¿Qué fue de ellos?

Ella sacudió la cabeza y bajó la vista mientras las imágenes de sus padres y Dalia le inundaban la cabeza.

—Imagino que sufrieron enormemente.

Él permaneció en silencio un largo rato.

—Sí, imagino que sí.

Ante las implicaciones de su tono de voz, a Seraphina se le encendieron las mejillas mientras la culpabilidad, la vergüenza y una actitud defensiva se acumulaban en su interior. No pudo morderse la lengua lo bastante rápido.

—Las cosas no son lo que parecen en Eldridge Hall, príncipe Martin. Os ruego que lo recordéis.

Él dio un respingo.

—¿Es eso una amenaza, alteza?

—Es una advertencia.

—Entonces, princesa, debo advertiros de que, fuera del castillo, las cosas tampoco son lo que parecen. El mundo ha cambiado muchísimo desde que os encerrasteis entre estos muros.

Ella se puso en pie y alzó la barbilla a pesar de la vergüenza que todavía la asaltaba.

—Por favor, cambiaos y os llevaré ante el rey. Estará impaciente por conoceros y yo estoy ansiosa por meterme algo en el estómago que no sea vino espumoso. Creo que van a servir cisne.



Seraphina creía saber cómo era el tacto de las manos de un noble: tan fino como sus zapatos de cuero y suave como la mantequilla. Sin embargo, el desconocido tenía las manos ásperas y con callos y la piel oscurecida allí donde la había rozado el sol. Conforme se acercaban al comedor, él se tensó a su lado. Le colocó una mano sobre el antebrazo a modo de consuelo y sintió que, bajo la camisa, tenía buen músculo. Fuera como hubiese sido la vida en Pilmand en los últimos años, había sido muy diferente a la que habían llevado en Eldridge Hall. Tal vez la nobleza de Pilmand no temía a un poco de trabajo duro.

Deseó haberle preguntado más sobre el mundo exterior, pero eso tendría que esperar hasta que el rey estuviera arropado en su cama. Tal vez hubiera estado dispuesto a invitar a un desconocido al castillo para que se casara con su hija favorita, pero eso no significaba que estuviera listo para escuchar las noticias sobre los lobos que devoraban hombres y el sufrimiento que acontecía fuera de los muros del castillo. Si, en su mundo de fantasía, la plaga no había existido nunca, el propio príncipe Martin tendría que andarse con cuidado. Se sentía agradecida de haber recuperado la lucidez para cuando el príncipe la había encontrado (o de que la caída se la hubiera devuelto de golpe). Si se hubieran cruzado en otro momento, antes de que hubiera vuelto a estar sobria, le habría contado todo lo que hubiera querido saber, incluidos sus propios secretos.

Cuando entraron en la sala, el sonido de la cubertería y el murmullo de las charlas se interrumpió mientras todos se paraban a mirarlos. Seraphina sonrió resplandeciente y se dirigió directamente hacia el rey.

—Mirad, padre. He encontrado mi sorpresa de cumpleaños. El príncipe Martin ha llegado hasta nosotros. Es un auténtico milagro.

Podía sentir los ojos del príncipe posados en ella, pero no tenía ni idea de en qué estaba pensando. El rey se puso en pie y el joven hizo una reverencia.

—Majestad —dijo mientras se incorporaba—, es un placer conoceros al fin.

—¡Príncipe Martin! ¡Estamos encantados de recibiros! —contestó mientras lo atrapaba en un abrazo—. Por favor, sentaos. Debéis hablarnos de vuestro viaje. Empezábamos a pensar que no llegaríais. —El rey Stuart señaló dos asientos vacíos que habían reservado a su lado para su hija y el príncipe—. Por favor, sentaos.

—Me temo que el viaje no ha sido placentero —dijo el joven—. Fuimos atacados por una manada de lobos y el resto de mi séquito murió. Tal como ha dicho la princesa Imogen, es un milagro que haya conseguido llegar.

Seraphina tomó aliento y observó al rey con detenimiento para ver cómo reaccionaba a semejantes noticias, pero él se limitó a asentir.

—Bueno, ciertamente nos alegramos de que consiguierais llegar. Hemos celebrado este baile de máscaras tanto para vos como para mi querida Genny. Me alegra mucho que ella haya sido la primera en encontraros. Estoy seguro de que estáis tan encantado con ella como el resto de nosotros.

Él la miró por el rabillo del ojo.

—Oh, sí, majestad. Es encantadora, desde luego.

Había algo en su tono de voz que le sonó poco sincero aunque, como siempre, el rey no pareció darse cuenta. Se giró hacia el otro lado, donde estaba sentado Henry.

—Dejadme que os presente al príncipe Martin —dijo—. Príncipe Martin, este es lord Greymont.

Henry inclinó la cabeza, pero tan apenas pudo ocultar la mueca que le torció los labios. Seraphina casi sintió lástima por él después de haberle dado esperanzas. Sin embargo, no había nada definitivo todavía. No estaba segura de que el príncipe fuera a querer casarse con ella una vez que la conociera mejor. Era evidente que no aprobaba el comportamiento de la corte, aunque no podía culparlo por ello.

—Por favor, príncipe Martin, habladnos de Pilmand. Había oído que, debido al clima, vuestro pueblo era pálido y de cabello claro. —Henry contempló el cabello oscuro del desconocido de forma enfática.

—Como ocurre en Goslind, la apariencia de nuestra gente varía. Decidme, ¿habéis estudiado mucho Pilmand?

—No más que cualquier otro país.

El príncipe Martin sonrió.

—Ah, ya veo… Eso explica vuestra confusión.

—Me malinterpretáis. He estudiado la historia y geografía de nuestro continente bastante a fondo. Han pasado cuatro años en los que no hemos disfrutado de muchas diversiones. Más allá de la compañía de la que disfrutamos en el castillo, por supuesto —añadió Henry mientras le dedicaba a Seraphina una sonrisa de suficiencia.

Los labios del príncipe se curvaron en un gesto de desdén apenas

disimulado.

—Disculpadme pero, últimamente, la diversión no ha estado en lo más alto de mi lista de prioridades.

Seraphina había estado disfrutando de ver a los hombres actuando de forma pretenciosa mientras comía las delicias que le llevaban los sirvientes, pero no le gustó la insinuación de Henry de que, para él, no era más que una actividad recreativa. Se aclaró la garganta de forma audible.

Henry se calmó un poco y se giró de nuevo hacia el príncipe.

—Me preguntaba si podríais contarnos más sobre cómo está el mundo fuera de los muros del castillo, príncipe Martin.

Seraphina quería darle una patada por debajo de la mesa y dirigió una mirada significativa al rey pero, por suerte, estaba dando cabezadas. El príncipe la miró fijamente con sus ojos oscuros y, por algún motivo, ella se sonrojó. Sus palabras y sus miradas eran más francas que ningunas de las que había experimentado en el castillo, incluyendo las de Henry.

—Podemos hablar de eso en otro momento. Después de todo, es el cumpleaños de la princesa Imogen. Deberíamos estar de celebración.

El rey se animó de golpe.

—¡Celebrar! ¡Sí! Venid, regresemos al salón de baile un rato. Mi hija solo cumple veinte años una vez.

Seraphina estuvo a punto de reírse ante la ironía de la situación. Había perdido la máscara y hacía rato que se había olvidado de las alas, pero tomó el brazo del príncipe y lo acompañó hasta el salón blanco. Se alegró de que no se hubiera puesto su propia máscara. Cada vez que la veía, recordaba el momento en el que lo había encontrado en el gran salón y se estremecía.

«¿Por qué no ha entrado por la puerta principal?», se preguntó. La mayoría de los hombres habrían aparecido esperando un séquito que los recibiera a su llegada. Además, era un príncipe. ¿Por qué se había colado en medio de la noche como un ladrón? A menos que también tuviera miedo de ellos. Tal vez había querido tener la posibilidad de estudiarlos antes de mostrarse ante ellos.

Le sorprendía que hubiera encontrado siquiera la puerta del reloj. ¿Acaso era muy evidente desde el exterior de la fortaleza? Si ese era el caso, tenían suerte de que nadie más se hubiera colado en el castillo a lo largo de aquellos años.

—Decidme, princesa Imogen —le dijo él mientras ocupaban su lugar en la pista de baile—, ¿cómo es ser la hija favorita del rey?

Dirigió la mirada a Giselle, que se estaba preparando para bailar con su padre. La joven estaba fulminándola con la mirada y ni siquiera se estaba molestando en ocultar su desagrado. Seraphina arqueó una ceja.

—¿Cómo sabéis que soy su favorita?

—Por los rumores.

—¿Os llegaron hasta Pilmand? No tenía ni idea de que fuera tan famosa.

Apoyó la mano sobre el hombro del príncipe y, una vez más, notó con cierta sorpresa que era mucho más grande que Henry, que siempre le había parecido tan sólido y fuerte. Su transformación, al igual que la de todos ellos, había sido lenta.

Miró en torno a la estancia y encontró a Nina riéndose de algo que lord Basilton le había susurrado al oído. Rose estaba reunida con sus acompañantes, sin duda cotilleando.

—Mis hermanas son felices siempre y cuando el rey también lo sea —dijo al fin.

—¿Y qué hay de vos? —le preguntó el desconocido, mirándola a los ojos—. ¿Sois feliz?

Seraphina pestañeó. En cuatro años, ni una sola persona le había preguntado si era feliz. Pensar que podría ser feliz en unas circunstancias como las suyas era una noción ridícula. Recordó el dedo de él sobre su muñeca amoratada y se preguntó qué había pensado de todo aquello; qué había pensado de una chica mimada que estaba celebrando una fiesta de cumpleaños ridículamente fastuosa mientras el mundo se pudría en el exterior.

Henry la observó desde el otro lado de la habitación con unos ojos demasiado grandes para aquel rostro demasiado delgado y Seraphina se preguntó si se reconocería a sí misma si se pusiera al lado de la chica que había sido cuatro años atrás, la última vez que había sido feliz.

—¿Por qué no iba a ser feliz? —le preguntó al príncipe Martin mientras los músicos comenzaban a tocar—. Soy una princesa.

CAPÍTULO 16

La princesa Imogen tenía el cabello tan largo que, cuando Nico le colocó la mano sobre la cintura estrecha, le hizo cosquillas. Desde ahí, podía verle la parte superior de la cabeza, donde las raíces de su melena eran de un tono rubio dorado. Debía de tratarse de un efecto de la luz del candelabro reflejándose en su coronilla. Recordó el cabello resplandeciente de Elisabeth cuando lo había abrazado y se tragó la bilis que sentía en la garganta. Casi se estremeció al pensar en lo indefensa que estaba toda aquella gente ante tipos como Crane o Arnaud.

—El rey parece muy feliz esta noche. Desde luego, no lo conocía, pero se rumorea que tiene cierto temperamento.

—El rey es… impredecible —contestó ella, escogiendo las palabras con cuidado—. Ninguno de nosotros se atreve a mencionar la plaga en su presencia. Tenéis suerte de que hoy esté de buen humor. —Alzó el rostro hacia él—. Decidme, príncipe Martin, ¿nos marcharemos a Pilmand de inmediato? Ansío experimentar el mundo exterior.

Tragó saliva. Cuando había decidido suplantar a un príncipe muerto, no había pensado en nada más allá de colarse en el castillo y advertir a sus habitantes. Y, ahora, ¿tenía que llevarse a la joven a Pilmand? ¿Cómo iba a conseguirlo? Cada vez le parecía más probable que hubiesen invitado al príncipe Martin como pretendiente de la princesa Imogen. En tal caso, era bastante desafortunado que hubiese acabado agenciándose un enterrador en su lugar.

«Evasivas —pensó—. Dale largas y distráela. Si le dices quién eres ahora, acabarás muerto y sin haber advertido a nadie sobre Crane».

—Eso depende, princesa Imogen. Supongo que querréis casaros antes.

Una sonrisa taimada curvó los labios suaves de la joven.

—Estáis ansioso por experimentar lo que os ofrece el interior del castillo, ¿no es así, alteza?

Él miró en torno a la sala con el rostro en llamas. Era imposible que le estuviera sugiriendo lo que creía que estaba sugiriendo. Una docena de nobles enmascarados los observaba. Por muy delgados y pálidos que estuvieran, había algo amenazador en ellos, ataviados como estaban con sus mejores galas. Era como un salón lleno de fantasmas. Los despreciaba por su ignorancia voluntaria, por sus inútiles manos perfectamente cuidadas y por sus cursilerías de seda, pero permitir que murieran no traería de vuelta a toda la gente buena que había muerto a causa de la plaga. Tan solo serviría para añadir más sufrimiento a un mundo que ya se ahogaba en la pena.

El rey, que había aguantado la mitad de una canción antes de regresar a su trono, también los observaba tras su máscara blanca. La música estaba llegando a su fin, pero era reacio a dejar marchar a la

princesa Imogen. Por muy mimada que pudiera estar, parecía una apuesta más segura que el resto de ellos.

—Habéis dicho que unos lobos atacaron a vuestro séquito —dijo Imogen, evitando que tuviera que contestar mientras le lanzaba otra prueba igual de peligrosa—. ¿Cómo consiguieron sobrepasaros? Sin duda portabais armas con las que defenderos.

—Me temo que no esperábamos algo así. Los lobos… pilmandianos están mucho más interesados en los caribús que en los hombres.

Esperaba sonar convincente y pensó en lo que lo que habían dicho los sirvientes que habían visto fuera del castillo sobre los depredadores. Ellos eran las personas con las que necesitaba hablar en realidad.

—Por favor, habladme más de Pilmand; si va a ser mi nuevo hogar, me gustaría saber qué debo esperar.

—Hace frío —contestó Nico, que empezaba a sudar bajo aquella túnica elegante—. Excepto durante los veranos, que son cortos.

—¿Y qué me decís de la plaga? ¿Cómo le fue a vuestro pueblo?

Nico tragó saliva.

—Hemos sido afortunados. La mori roja no terminó de llegar tan al norte —contestó mientras pensaba en el auténtico príncipe y su séquito. Le habían parecido bien alimentados, no muertos de hambre como la gente de allí. Imaginó que Pilmand habría recibido las noticias de la plaga con tiempo suficiente para cerrar sus fronteras, aunque eran meras conjeturas.

—¿Cómo se puso mi padre en contacto con vos? No sabía que había estado comunicándose con gente de fuera del castillo todo este tiempo.

Nico se libró del interrogatorio de la princesa cuando el baile llegó a su fin. Se detuvo, le dedicó una reverencia e hizo una mueca cuando una gota de sudor le rodó por la barbilla. Tenía que salir de aquella situación antes de que arruinara su tapadera.

—Acabo de darme cuenta de lo cansado que estoy —dijo mientras los músicos comenzaban a tocar un vals—. ¿Me llevaríais…? ¿Podríais mostrarme mis aposentos?

La princesa abrió los ojos de par en par y él se dio cuenta de lo que acababa de pedirle. Sin embargo, antes de que pudiera disculparse, lord Greymont apareció a su lado.

—Me complacerá mucho acompañaros —dijo el caballero—. Ha sido una noche muy larga para la princesa.

—Lo ha sido para todos —contestó ella mientras inclinaba la cabeza. Sus ojos marrones y tristes encontraron los de Nico, que se vio incapaz de reconciliar los moratones, la cicatriz, los pies descalzos y el cuerpo delgado con la chica que había oído describir a los sirvientes en el exterior del castillo—. Buenas noches, alteza.

Durante un instante, se quedó con la mente en blanco. Sin perder un segundo, la princesa le tendió la muñeca. Él se la tomó y le dio un beso rápido en el dorso.

—Buenas noches, princesa. —Se dio la vuelta y se inclinó ante el rey con la boca tan seca como una gasa—. Majestad.

—¡Buenas noches, príncipe Martin! Mañana conoceréis mejor a mi Genny. Jugaremos al ajedrez. Pero, quedad advertido: soy un adversario formidable.

Antes de que Nico pudiera contestar, lord Greymont lo agarró con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Seguidme.

De todas las personas que podrían haberse ofrecido a ayudarle, lord Greymont era la última que él hubiera escogido. Era evidente que estaba celoso, aunque debía de haber sabido de la existencia del príncipe Martin. Tal vez había creído que no aparecería y que él mismo podría casarse con la princesa. ¿Y por qué no? El príncipe auténtico estaba muerto y era evidente que Nico no se iba a casar con ella. Pero, claro, no podía contarle al noble nada de todo aquello.

—Parece que vuestro viaje ha sido horroroso —le dijo mientras recorrían un pasillo y pasaban por delante de otras salas coloridas—. Debéis de estar agradecido de haber llegado aquí y encontrar a una novia tan hermosa esperándoos.

A Nico no le gustó el tono posesivo que había en la voz del joven.

—Es hermosa, sí. Y es evidente que también es muy querida.

—Os referís al rey —replicó Greymont con énfasis.

Nico dejó que el silencio contestara por él.

—Lo que sí me pregunto es qué clase de persona exige un baile de máscaras tan elaborado cuando hay tanta gente muriendo de hambre.

Al oír aquello, lord Greymont giró sobre sus talones y le clavó un dedo en el pecho. Era evidente que había metido el dedo en la llaga y se sintió agradecido ante el hecho de que, probablemente, pesaría unos diez kilos más que aquel hombre.

—No la conocéis en absoluto.

—¿Y vos sí? —replicó Nico con un tono neutral a pesar de que lo que quería decir no lo era en absoluto.

—Si insinuáis que ha ocurrido algo inapropiado entre Imo… —Lord Greymont se detuvo de forma abrupta—. Entre la princesa y yo, os equivocáis. Le tengo cariño, sí, pero como todos nosotros.

Nico sabía que al menos eso era mentira. Había visto cómo la hermana mediana, Giselle, fulminaba a Imogen con la mirada y la forma en que algunos nobles murmuraban cada vez que la princesa pasaba delante de ellos.

Greymont se detuvo frente a una habitación y abrió la puerta.

—Supongo que esto será lo bastante bueno para vos, alteza.

Nico asomó la cabeza. La habitación era mucho más grande que cualquiera de las de la mansión Crane y tenía una cama grande con dosel cubierta por un lujoso edredón que prácticamente le rogaba que se zambullera en él.

—Estará bien; gracias.

—Si eso es todo, dejaré que descanséis.

El noble parecía haber recuperado parte de su compostura, aunque pronunció aquellas palabras con los dientes apretados.

—Muchas gracias por vuestra amabilidad, lord Greymont. Espero con ansias conoceros mejor tanto a vos como a la princesa.

El joven le dedicó una reverencia rápida y superficial y desapareció por el pasillo. En cuanto se hubo marchado, Nico cerró la puerta y le echó el cerrojo. Una parte de él quería lanzarse a la cama. De algún modo, lo había conseguido. Sin embargo, otra parte de él estaba aterrorizada. Estaba atrapado dentro del castillo, sin amigos, sin una forma de comunicarse con Colin y sin una verdadera manera de salir de aquella. Si desaparecía, sin duda alguien se daría cuenta.

Se desvistió y se acomodó en la que sin duda era la cama más cómoda en la que había dormido jamás. Pensó en Colin, que estaría allí afuera en medio del frío y la oscuridad, y deseó que estuviera allí también. Pero Imogen tal vez no hubiera confiado en él si no hubiera estado solo. Tal como estaban las cosas, si continuaba haciéndole preguntas, su historia se haría añicos. Sobre todo si tenía a lord Greymont vigilándolo como un halcón.

El silencio era desconcertante. Hacía años que Nico no dormía solo en una habitación. Los ruidos nocturnos del bosque eran mejores que aquel silencio. Dio vueltas en la cama mientras sus pensamientos volvían una y otra vez a Crane. Calculaba que disponían de aproximadamente una semana antes de que llegara pero, al final, tendría que contárselo al rey. De alguna manera. ¿Y qué podría decirle sin revelarle su verdadera identidad o, lo que era peor, sin parecer que estaba loco? Crane no era más que un hombre contra cientos y, hasta el momento, lo único que sabía con certeza era que había matado a Elisabeth, aunque tenía fuertes sospechas de que también había matado a otras personas.

De todos modos, lo que sospechaba era que había matado a otros inmaculados. Al igual que él mismo o que todos los que vivían en la mansión Crane, los inmunes del castillo, si es que había alguno, estarían a salvo. Al menos por el momento, a los habitantes de Eldridge Hall les iba mejor que a cualquiera que Nico se hubiera encontrado fuera del castillo.

Envuelto con el suave edredón como un bebé, pensó en los aposentos de Imogen con su tocador con espejo y sus *chaise longues* y en el festín que se estaba celebrando en el comedor. Allí había una

ilusión tentadora de seguridad, pero no era más que eso: una ilusión; una mentira hermosa y muy elaborada. Si él hubiera tenido la oportunidad de ocultarse allí mientras el mundo a su alrededor se hacía trizas y se derrumbaba, ¿habría sido lo bastante valiente como para marcharse? Muy en el fondo, sabía que la respuesta era que no. Ni siquiera había salido de los terrenos de Crane hasta entonces a pesar de que ningún gobernante engañado lo tenía preso.

En algún momento, tendría que contarle a Imogen y a los demás la verdad sobre el mundo más allá de los muros del castillo y que, aunque desde luego era posible que la plaga hubiese sido erradicada, había otros peligros al acecho. Peligros como Arnaud, Crane y solo Dios sabía qué más.

No había cisnes en Eldridge Hall; tan solo patos que serían presa fácil.

CAPÍTULO 17

Cuando Henry se marchó con el príncipe, Seraphina concedió v

arios bailes más a otros hombres antes de darle las gracias al rey por la fiesta y excusarse. Henry no había regresado, pero tenía la sensación de que era mejor que no volviera a verlo aquella noche. Los celos que sentía por el príncipe Martin eran evidentes, si bien injustos. Era imposible que el príncipe hubiera sabido en lo que se estaba metiendo y ella solo conocía su existencia desde hacía unos días.

Subió las escaleras hasta su habitación diminuta y una parte de ella deseó que el príncipe pudiera ver dónde dormía en realidad, ya que sabía que pensaba que era una niña demasiado mimada. Su presencia le hacía sentirse culpable por cosas que era consciente que no había elegido, pero a las que no se había esforzado lo suficiente por negarse. Aunque él viera las formas en las que se castigaba a sí misma y aunque eso la hiciera menos odiosa a sus ojos, tenía que seguir viviendo con su propia conciencia. Además, deshacerse de su tapadera no la ayudaría a salir de allí. Por el momento, tenía que seguir siendo la princesa malcriada.

Se quitó el vestido blanco y el resto de horquillas enjoyadas. Ahora que todas las ventanas del castillo estaban abiertas, la que había en su torre no le parecía tan especial, pero se acercó a ella de todos modos. Al principio, le pareció que estaba teniendo alucinaciones cuando vio la pequeña luz amarilla cerca de los árboles. Pero no; definitivamente estaba allí: una hoguera de campamento.

La preocupación le atenazó el estómago, que ya tenía revuelto por el vino. El príncipe había dicho que su séquito estaba muerto; que estaba solo. Entonces, ¿quién estaba acampando más allá de los muros del castillo? ¿Algún otro desconocido? Ahora que las ventanas estaban abiertas y que al parecer había una forma fácil de descubrir de entrar al castillo, ¿estaban de pronto expuestos a cualquiera que pudiera desear entrar?

Tan apenas había tenido tiempo de hablar con Jocelyn tras descubrir al príncipe y la joven la había acribillado a preguntas sobre él para las que Seraphina no había tenido respuestas. Ahora, un atisbo de duda se le había colado bajo la piel. Según el príncipe, la plaga se había acabado, pero eso no significaba que todos sus supervivientes fueran honorables o que, si se guiaba por la actitud del príncipe, fueran a ser amables con aquellos que habían esperado a que pasara la enfermedad dentro de los muros del castillo con una relativa comodidad.

Por la mañana, bajó a desayunar y descubrió que el príncipe ya estaba allí, vestido con un conjunto de ropa limpia que debía de haberle dado algún sirviente.

Cuando se sentó junto a Henry, él se inclinó hacia ella con una

mirada inescrutable.

—Buenos días, princesa.

Ella inclinó la cabeza.

—Lord Greymont.

—Confío en que hayáis dormido bien.

—Tan bien como se podía esperar. Me temo que anoche bebí demasiado.

Él sonrió débilmente. Tenía ojeras y llevaba el cabello despeinado, por lo que Seraphina se preguntó si habría dormido algo. Con una punzada, recordó el beso que habían compartido en la bodega. Después, mir al príncipe, que la estaba observando con un gesto de curiosidad.

—Buenos días, príncipe Martin.

Él asintió.

—Alteza.

—Genny —dijo el rey de pronto—, ¿por qué no le muestras el castillo al príncipe Martin? Estoy seguro de que le encantaría que le hicieras una visita.

—¿Yo, padre? —preguntó ella con suavidad. Recordó el fuego que había visto la noche anterior en el bosque y sintió un atisbo de duda. Aquel príncipe no parecía peligroso, pero ella mejor que nadie sabía que no había que fiarse de las apariencias de la gente.

—Por supuesto, querida —dijo el rey—. No podrás casarte con él si ni siquiera puedes enseñarle la armería.

Se puso en pie, indicándole al príncipe Martín que tenía que seguirla. Mientras salían de la habitación, pudo sentir los ojos de Henry posados en ella.

Caminaron en silencio hasta la librería, seguidos unos pocos pasos por detrás por Jocelyn. Al menos no estarían solos por completo y la biblioteca, que no había sido decorada para el baile de máscaras, seguía siendo la misma sala cálida y acogedora de siempre.

El príncipe dio una vuelta lentamente, dibujando un círculo y maravillándose ante todas las estanterías llenas de libros. Aquello le recordó a Seraphina la primera vez que ella misma había entrado en aquella estancia. Recordaba haber pensado que Dalia no la creería si le dijera que todos aquellos libros eran únicos y que todos y cada uno de los que abría estaban repletos de palabras sobre cualquier tema bajo la luz del sol y más allá: historia, ciencia, filosofía y arte. A veces, la cantidad de información que había en el mundo resultaba abrumadora.

Él sacó un libro de una de las estanterías cercanas y empezó a ojearlo. Le pareció oír que jadeaba mientras pasaba las páginas.

—Qué afortunada sois de tener acceso a todo esto.

Deseaba poder explicarle lo que aquella sala representaba para

ella. Si no hubiera ido a Eldridge, jamás habría tenido la oportunidad de leer por mero placer en lugar de por necesidad. Lo único bueno de su vida en aquel lugar era su educación.

—Pero vos debéis de tener una biblioteca similar en Pilmand, ¿no es así?

Él se aclaró la garganta.

—Por supuesto. Es solo que, últimamente, no he tenido demasiado tiempo para leer.

No podía resistirse a lanzarle pullas, ¿verdad? Se sentó en un sofá de cuero y le hizo un gesto para que se sentara en uno de los sillones que había frente a ella. Alguien debía de haberle preparado un baño, pues tenía el pelo, que le llegaba casi hasta los hombros, limpio y peinado. Además, se había afeitado la barba de una semana que había llevado en la mandíbula prominente. Ahora parecía más joven, probablemente solo un poco más mayor de lo que era ella en realidad. Tenía la postura erguida que esperaría de un príncipe, pero tenía los ojos brillantes e ingenuos, tan diferentes de la mirada entornada y altiva de los hombres como Henry.

Jugueteó con uno de los lazos que llevaba en la muñeca mientras recordaba cómo le había tocado en aquel punto. Una vez más, se descubrió deseando poder contarle la verdad sobre quién era. En los últimos años, no se había sentido juzgada por los nobles del castillo, pues todos eran cómplices de la misma mentira. Sin embargo, estaba claro que el príncipe Martin no había abandonado a su gente ante la muerte, por lo que su inocencia hacía que su propia culpabilidad le resultara todavía más dolorosa.

—¿Cómo es en realidad el mundo fuera del castillo, príncipe Martin? Más allá de los lobos que devoran hombres y contra los que, evidentemente, tendremos que armarnos, ¿qué más podemos esperar?

Él se recostó en un sillón como si fuera a contarle una historia.

—Muy bien, princesa. Os lo contaré. Por favor, cerrad los ojos.

Ella soltó un bufido.

—¿Qué?

—Cerrad los ojos. No podréis haceros a la idea por completo si estáis contemplando la enorme biblioteca de un castillo. —Sonrió y él mismo cerró los ojos y, una vez que estuvo segura de que los iba a mantener cerrados, Seraphina hizo lo mismo—. Ahora, imaginad el mundo tal como era antes de la plaga. Eso debería resultaros relativamente fácil, dado que no habéis salido del castillo desde entonces.

Bajo los párpados, Seraphina puso los ojos en blanco.

—Sí, eso ya lo habíamos dejado claro.

—Bien. Ahora imaginad los campos de vuestros súbditos en barbecho, cadáveres pudriéndose y todos los animales domésticos

sacrificados tiempo atrás para conseguir comida. Imaginaos un mundo sin gente o con muy poca. Todos los pueblos han quedado abandonados y las ciudades están incluso peor.

—¿Por qué? —preguntó a pesar del nudo que se le estaba formando en la garganta.

—Porque los supervivientes luchan entre sí por cualquier resto que quede. Sin nadie que las cuide, las infraestructuras se están desplomando. Las alcantarillas… —Se aclaró la garganta—. Bueno, eso lo dejo a vuestra imaginación.

Quería preguntarle por los judíos, pero no podía hacerlo; y no solo porque le asustara demasiado la respuesta. En su mente visualizó a su madre, a su padre y a Dalia como los cadáveres que el príncipe le había pedido que imaginara. Imaginó su propia casa, antaño cálida bajo la luz de las velas, vacía y cubierta de maleza.

—¿Sobrevive alguien? —preguntó en voz baja.

—Sí; hay gente que es inmune a la mori roja. Nadie entiende por qué, pero sobreviven. Presencian cosas horribles y devastadoras, pero viven. Aunque la vida no ha vuelto a ser igual, desde luego. Todo el mundo ha perdido a alguien y ese trauma deja una marca imborrable. La alegría parece egoísta e inmerecida, por lo que la gente la reprime y se guarda los pensamientos oscuros para sí mismos, ya que todos tienen suficientes penas propias.

Por cómo hablaba, parecía como si, de algún modo, hubiera experimentado aquellas cosas. Sin embargo, la plaga no había llegado a Pilmand. ¿Había visto todo aquello en su viaje hasta allí? Puede que ella no hubiera presenciado cómo todo se venía abajo, pero conocía la pérdida y el trauma. Sabía lo que era sentirse culpable por cada emoción positiva. Se había sentido así todos y cada uno de los días de los últimos cuatro años porque, aunque nadie le había hablado jamás en voz alta sobre aquellas cosas con tanta franqueza, había sido consciente de que el mundo exterior había estado ardiendo y de que era probable que su familia también.

El rey no solo había invitado a un príncipe a Eldridge Hall. Había invitado a la verdad. Y al igual que ocurría con la muerte, no había manera de escapar de ella.

—Aunque, al final, los humanos son notablemente adaptables —continuó él—. Con el tiempo, la gente que se estaba escondiendo comienza a salir. Se encuentran los unos a los otros. Unos pocos afortunados tal vez encuentren a sus seres queridos vivos.

De pronto, dejó de hablar y Seraphina abrió los ojos, pestañeando. El príncipe la estaba mirando con el ceño fruncido. Ella se secó las lágrimas con un pañuelo y le indicó que continuara con un gesto de la cabeza.

—Eh… —Parecía estar teniendo una pelea consigo mismo y, por

un instante, Seraphina creyó que iba a revelarle algo personal. Sin embargo, se enderezó con la mandíbula apretada—. Estos últimos años habéis estado viviendo una fantasía, princesa Imogen. Sé que no es lo que queréis oír, pero es la verdad. Vuestro padre le ha costado la vida a miles de personas. Vos les habéis costado la vida.

La miró a los ojos y no había ni rastro del hombre que la había encontrado desmayada en el suelo del gran salón. Ya no había misericordia o compasión; tan solo resentimiento.

Podría haber aceptado su desaprobación o incluso podría haberla ignorado. Sin embargo, sus palabras removieron su propio resentimiento. Aquella «fantasía» no había sido una elección propia. Si alguien se hubiera molestado en preguntarle, ella habría escogido los horrores de la realidad e incluso su propia muerte antes que aquello.

Alzó la barbilla y se obligó a no apartar la mirada.

—Decidme, príncipe Martin, ¿qué habéis hecho vos para ayudar?

CAPÍTULO 18

Por un instante, Nico se había planteado contarle a la princesa Imogen la verdad. Por muy mimada que pudiera estar, a juzgar por las lágrimas en sus ojos, al menos era capaz de mostrar compasión. ¿Cuántos años había tenido cuando había comenzado la plaga? ¿Dieciséis? No había sido una niña, pero tampoco una adulta, y no era culpa suya que jamás hubiera sufrido penurias. Antes de la plaga, él tampoco las había sufrido.

Al mismo tiempo, ella no había presenciado los cadáveres o la devastación; no había perdido a la gente a la que amaba. La amargura que sentía hacia una mujer con la que se suponía que debería querer casarse estaba empezando a filtrarse a través de su fachada y ella se había puesto a la defensiva, tal como él mismo acababa de hacer. Si debía continuar interpretando su papel, tenía que comportarse como un príncipe que había pasado los últimos cuatro años bien alejado de la mori roja, no como un enterrador que había estado en las trincheras. No estaba siendo lo bastante cuidadoso. Deseó que Colin estuviera allí para darle ánimos. Incluso Branson habría interpretado mejor el papel.

Decidió cambiar de tema de conversación.

—¿Sabéis si alguien del castillo tiene inmunidad?

Ella se tranquilizó un poco ante su tono.

—¿Os referís a la inmunidad de sangre? No lo sé. La plaga no había llegado al ba… No había llegado aquí cuando el rey cerró las puertas.

—Ya veo. Por lo que sabemos, aquí no hay nadie inmune.

—O tal vez lo seamos todos. No sé cómo podríamos saber ninguna de las dos cosas. Decidme: ¿cómo podemos estar seguros de que la plaga se ha acabado de verdad si toda la gente que hay ahí fuera son inmunes? Si, como señaláis, algunos de los que estamos en el castillo no tenemos inmunidad, ¿cómo podemos saber que es seguro salir?

—Me habéis malentendido. Todos aquellos que se topan con la plaga mueren a menos que sean inmunes. Sin embargo, también hay inmaculados; gente que nunca ha tenido ningún contacto con la enfermedad, ya sea porque han estado aislados como en vuestro caso o porque nunca llegó a sus tierras, tal como le ha ocurrido a mi pueblo. Ahora mismo, ahí fuera hay inmaculados viviendo su vida, sanos y salvos. La plaga se ha acabado.

—Inmaculados… —dijo la palabra como si nunca antes la hubiera escuchado—. Gente aislada como los que estamos en Eldridge. —Por un instante, pareció muy lejos de allí pero, entonces, pestañeó y se sentó un poco más erguida—. Entonces, si ahí fuera están esos llamados «inmaculados», no hay motivos para seguir encerrados en el castillo.

Pero sí que los había. Debería hablarle de Crane. Disponía como mucho de una semana antes de que el monstruo se abalanzara sobre el castillo. Sin embargo, en cuanto revelara que había suplantado a un príncipe muerto no solo para poder tener acceso al castillo, sino a ella, perdería su confianza por completo. Ahora mismo, era extremadamente frágil y necesitaba su ayuda para poder persuadir al resto del castillo de que estaban en peligro.

—¿De verdad creéis que vuestro padre dejará que se marche todo el mundo? —le dijo, esquivando su pregunta—. Parece bastante contento aquí dentro. Todo el mundo lo parece. Vos misma habéis dicho que no tolera ninguna mención a la plaga.

Ella se miró las manos y jugueteó con los lazos que llevaba en torno a las muñecas. Volvió a pensar en los moratones que llevaba ahí. ¿Se los había hecho lord Greymont? ¿O había sido el rey?

—No le gustará la idea.

—Pero él también querrá marcharse una vez que sepa que la plaga ha terminado, ¿no es así?

—No pretendo saber lo que piensa el rey. —Tragó saliva y alzó la mirada hacia Nico—. Pero, cuando os marchéis, me marcharé con vos si me lleváis. Me casaré con vos.

Por segunda vez desde que se había encontrado con ella, se quedó sin palabras. ¿Por qué una chica que vivía con cierto lujo y relativa seguridad estaría dispuesta a casarse y marcharse con un completo desconocido? Pensara lo que pensase de Nico (y, desde luego, por el momento no parecía demasiado enamorada, aunque tampoco es que la culpara), parecía tener una peor opinión de su vida en Eldridge. Sin embargo, con moraduras o sin ellas, no había forma de que pudiera entender cómo eran las cosas en el exterior del castillo. Como era obvio, no iba a casarse con ella, pero eso no significaba que quisiera abandonarlos allí a todos para que murieran a manos de un monstruo.

—¿No creéis que necesitáis algo más de tiempo para tomar esa decisión? Tan apenas me conocéis.

—Estaba planeando marcharme de Eldridge Hall después de mi cumpleaños de todos modos. —Alzó la barbilla como para desafiar su incredulidad—. Estoy decidida a irme, incluso aunque tenga que hacerlo sola.

Era evidente que su situación era más complicada de lo que él podía ver. Pero no importaban cuáles fueran sus motivos para marcharse: no sobreviviría sola ahí fuera. Nico sacudió la cabeza con insistencia.

—No, princesa; no podéis hacer eso.

—¿Por qué no?

—Ya os lo he dicho: hay lobos y ladrones; no es seguro.

Ella frunció los labios.

—Si es lo bastante seguro para el resto de personas que no tienen la suerte de estar encerradas en el castillo, será lo bastante seguro para mí. Después de todo, tal como habéis señalado con tanta franqueza, ya tengo suficiente sangre en las manos. Quedarme solo serviría para mancillarme todavía más.

Nico se pasó las manos por el pelo y se sorprendió cuando sus dedos no se toparon con ningún nudo. Hacía años que no estaba tan limpio.

—No puedo garantizar vuestra seguridad más allá de estos muros.

—Voy a marcharme de un modo u otro; ya sea con vos, con lord Greymont o sola.

La idea de que Imogen se encontrara a merced de Arnaud o Crane, que no se detendrían ante nada para ponerle las manos encima a alguien como ella, hizo que el estómago le diera un vuelco de repugnancia. Por mucho que desaprobara al rey Stuart y su corte, jamás podría vivir con la conciencia tranquila si fracasaba en proteger a otro inocente más.

Además, en el castillo había cientos de personas inocentes. Sería un error salvarla a ella y abandonar a todos los demás. Al menos tenía que contarle la verdad al monarca. Después de eso, sería cosa suya decidir qué hacer con ella.

—Os llevaré conmigo, princesa Imogen, pero todavía no. ¿Podéis aguantar unos pocos días más?

Ella lo observó durante un instante, pero no podía leerle el pensamiento. Parte de él deseaba que se marchara con lord Greymont y alejara de él la decisión. No iba a abandonarla, pero todavía lo intimidaba la perspectiva de ser responsable de la vida de otra persona. Le complacía tratar una uña rota o un tobillo torcido, pero nunca había hecho nada más serio que eso. Cuando se trataba de los miembros de su familia, les había fallado a todos de manera terrible. Sobre todo a su madre. Todavía recordaba cómo se había aferrado a él mientras se moría, rogándole piedad.

«¿Quiero siquiera seguir siendo médico?», se preguntó. Si era así, tendría que asumir la responsabilidad de la vida de otras personas; de muchas personas si se le daba medianamente bien su trabajo. No podías curar una plaga si no estabas dispuesto a enfrentarte a su devastación. Y tampoco podías salvar una vida si, para empezar, nunca había estado en peligro.

Imogen parecía haber tomado al fin una decisión y asintió.

—He esperado casi cuatro años —dijo—. Supongo que un par de días más no me matarán.



Por mucho que odiara admitirlo, Nico estaba empezando a comprender por qué lord Greymont no se había marchado de Eldridge Hall; por qué no lo había hecho nadie. Trataban a Nico como el príncipe que el rey creía que era. No tenía tumbas que cavar ni plata que pulir. Las hermanas de Imogen lo adulaban hasta un límite tan ridículo que casi deseaba que Branson estuviera allí para presenciarlo. Se sentía terriblemente culpable al saber que Colin estaba congelándose en el bosque, pero hasta entonces, tan apenas había dispuesto de un momento para sí mismo, por lo que informar a su amigo estaba resultando ser más difícil de lo que había imaginado.

Imogen, que siempre se mostraba como una princesa arrogante y distante, se quedaba sentada con una sonrisa irónica mientras sus hermanas coqueteaban con él. En una ocasión, cuando la princesa Nina había insistido en jugar a las cartas con él, Nico, impotente, había mirado a Imogen. Ella se había reído y le había susurrado al oído: «No os preocupéis, príncipe Martin. Nina no muerde… demasiado». A Nico se le habían teñido de un tono escarlata hasta las puntas de las orejas y la princesa se había reído hasta soltar un bufido, lo que le había granjeado las miradas reprobatorias de todos los demás presentes en la sala. Por otro lado, a él le había parecido casi… adorable.

Sin embargo, en otras ocasiones la encontraba insufrible. Como cuando se reía demasiado fuerte con las bromas de lord Greymont o cuando daba palmas con las manos como una niña cada vez que su padre la alababa. Y, aunque obedecía al rey Stuart cada vez que le pedía que pasara tiempo con él, el comportamiento que mostraba en su presencia era extraño. Cuando estaban los dos solos (junto con Jocelyn, ya que la princesa Imogen no parecía ir a ninguna parte sin ella), relajaba su postura e incluso él tenía que admitir que lo desarmaba con la amabilidad con la que trataba a su dama de compañía. Sin embargo, en cuanto entraba otro sirviente, se sentaba erguida, alzaba la barbilla y empezaba a exigir cosas sin mirar a la pobre persona a los ojos.

Durante su tercer día completo en Eldridge, Nico e Imogen se encontraban jugando al ajedrez mientras el rey y sus asistentes los observaban. Por suerte, lo mejor que se podía decir de ambos era que eran jugadores competentes y la partida no duró demasiado.

—Genny, ¿por qué no cantas algo para el príncipe Martin? —preguntó el monarca—. Debería conocer tus mejores cualidades.

Imogen agachó la cabeza y se abrió paso hasta el pianoforte donde Rose, una belleza de cabello dorado con una mirada algo perdida, había estado tocando suavemente.

Nico se giró para contemplar cómo las hermanas escogían una canción. Rose tocaba bien, tal como se esperaba de una mujer de su linaje, pero era de Imogen de quien no podía apartar la mirada. Al principio, su voz era suave y trémula, pero tenía una dulzura que, junto con la tristeza de sus ojos, removió algo en su interior.

La canción hablaba sobre unos jóvenes amantes que habían sido separados por sus familias. La princesa cantó sobre rosas marchitas y noches de oscura desesperación con los ojos brillantes por las lágrimas, como si ella fuera la chica protagonista.

Justo antes de terminar la canción, sus ojos se encontraron y el nudo que se la había estado formando en la garganta se volvió casi doloroso. Nico no había llorado en años, no desde que su madre había muerto, pero si hubiera estado solo, tal vez lo hubiera hecho.

Las últimas notas de la canción eran tan melancólicas como la letra, que decía algo sobre «para no ser vistos jamás» y Nico se dio cuenta de que incluso el rey tenía los ojos húmedos.

Cuando Imogen terminó, hizo una reverencia ante su padre y regresó a su sitio junto a Nico. Nina ocupó su lugar y mientras ella y Rose comenzaban a interpretar una canción más alegre para animar el ambiente sombrío, se inclinó hacia ella.

—Ha sido encantador —murmuró.

Ella curvó los labios en una pequeña sonrisa.

—Me alegro de que penséis así.

—¿Por qué habéis escogido esa canción? —le preguntó tras un breve silencio.

Ella soltó un suspiro y se giró para mirarlo a la cara como si no tuviera interés en conversar con él.

—Era la favorita de mi madre.

—Ah, sí, la reina. He oído que era una gran belleza.

Un gesto extraño atravesó las facciones de la princesa, pero fue tan breve que Nico no fue capaz de interpretarlo.

—Sí; creo que sí lo era. —De pronto, un gato se subió sobre la joven. Ambos se sobresaltaron y ella soltó una carcajada de sorpresa—. ¡*Fig*, de verdad! —dijo mientras el gato negro se hacía un ovillo en su regazo—. Me vas a llenar de pelos. —Sin embargo, a pesar de su

fingida molestia, acarició la cabeza de animal y le rascó tras las orejas mientras él ronroneaba complacido. Giró el rostro hacia Nico—. ¿Os gustan los gatos, príncipe Martin?

—Mi madre era alérgica a ellos, así que el único que teníamos vivía en el establo. —Sonrió—. Para ser sincero, me gustan más los perros.

—Cuando era pequeña, teníamos un perro. Se llamaba…

Se detuvo de forma tan abrupta que Nico se preguntó si el gato la había arañado, pero el animal seguía ronroneando con alegría sobre su regazo.

—¿Y bien? —insistió él.

—Disculpadme —dijo la princesa mientras dejaba al gato en el suelo—. No me encuentro muy bien.

No la vio el resto del día, lo que al fin le brindó la oportunidad de explorar el castillo por su cuenta y asegurarse de que no hubiera ninguna otra entrada que no conociera. Al fin había llegado su oportunidad de hablar con Colin. Durante la cena (la princesa seguía notablemente ausente) decidió que tendría que escabullirse del castillo en medio de la noche para informar de lo que había descubierto y rezar para ser capaz de volver a entrar sin que lo pillaran.

Cuando todo el mundo se hubo marchado a la cama y los pasillos se hubieron quedado en silencio, salió de su habitación con una sola vela y se abrió paso hasta el gran salón. El reloj infernal hizo sonar sus tres campanadas y estuvo a punto de hacer que le diera un infarto del susto. Aun así, consiguió salir sin ningún percance. Respiró hondo el aire fresco de la noche y, por primera vez, se dio cuenta de lo sofocante que resultaba el castillo a pesar de su tamaño descomunal. Era una noche fría, casi gélida, y deseó no encontrarse el cadáver congelado de Colin cuando llegase.

Aliviado, encontró a su amigo durmiendo junto a los rescoldos de un fuego moribundo. Con suavidad, lo sacudió para que se despertara. Él se incorporó sobresaltado.

—¡Maldita sea, Nico, me has dado un susto de muerte!

—Lo siento —contestó él mientras se sentaba en el suelo junto a él.

—Pensaba que estabas muerto. Llevas fuera cuatro noches extremadamente frías.

Dios santo, ¿de verdad había pasado tanto tiempo? Mañana tendría que hablarle al rey sobre Crane. No podía esperar. Y, aun así, la idea de contárselo lo aterraba.

—No he podido salir durante el día. Estoy bajo demasiada vigilancia.

—Entonces, ¿lo has conseguido? —preguntó Colin con los ojos muy abiertos, maravillado—. ¿Se han tragado todo ese cuento del príncipe?

Nico se rio ante lo imposible que resultaba.

—Supongo que sí. El único problema es que creen que estoy solo. Les dije que unos lobos habían atacado a mi séquito, así que no tenía manera de colarte dentro.

Colin se quitó un poco de hojarasca del pelo.

—Yo he estado bien. Ayer salí a cazar y atrapé un conejo. Pero está empezando a hacer mucho frío y, a estas alturas, Branson ya habrá llegado a la mansión Crane.

—Lo sé; es solo que todavía no sé cómo decirles a todos que están en peligro. —Soltó un largo suspiro—. Para ser sincero, no sé si están en peligro por Crane. El castillo está bien fortificado. Si cerramos la puerta del reloj, no podrá entrar. Tal vez lo mejor para todos sería que se quedaran escondidos.

—Me inclinaría a darte la razón si no hubiera pillado a Arnaud merodeando por el campamento mientras tú estabas por ahí jugando a ser príncipe.

—¿Qué?

El estómago le dio un vuelco de miedo involuntario al recordar los ojos inyectados en sangre del hombre.

—En realidad, no le he visto —le explicó Colin—, pero anoche le oí. Creo que quería que supiera que estaba ahí.

—¿Cómo puedes estar seguro de que era Arnaud?

—Supongo que solo es un presentimiento, pero no puedo evitar pensar que hay más como ellos, Nico. Y todas las personas que no sean inmunes están en peligro. Ya viste lo que pasó cuando intentamos matarlo.

—Nada —asintió él—. No dejo de buscar una explicación científica, pero…

—Creo que tan solo tendrás que aceptar que, tal vez, esta vez no la haya.

Nico asintió aunque, en su interior, todavía estaba seguro de que había una enfermedad subyacente que, junto con todas las demás plagas, era la causante de aquello. Porque, si no era así, no podía haber una cura y se negaba a vivir en un mundo semejante.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? —preguntó al fin—. No me parece justo estar ahí dentro comiendo como un rey y durmiendo en una nube mientras tú estás aquí fuera.

—Estoy bien —le aseguró Colin y, una vez más, Nico se sintió agradecido de tener un amigo tan amistoso y de trato tan fácil—. Aunque, tal vez, la próxima vez que vengas, podrías traerme algo de esa comida digna de reyes.

—¡Ay! Eso me recuerda… —Se llevó la mano al bolsillo y sacó un panecillo tierno y un poco de mantequilla—. No es mucho, pero espero que te sirva hasta que pueda regresar.

Colin sonrió y tomó la comida.

—Supongo que no tienes algo de *whisky* real para acompañarlo, ¿no?

Nico se rio. Se sentía más liviano de lo que se había sentido en días.

—También te lo traeré la próxima vez.

CAPÍTULO 19

Durante los primeros días de la visita del príncipe Martin, Seraphina consiguió mantener su papel de Imogen bastante bien, si es que se le permitía decirlo. Fingió que le parecía interesante, aunque no demasiado interesante, y fingió que le parecía apuesto, aunque no demasiado apuesto. Si era sincera, ninguna de las dos cosas le resultó demasiado difícil. Por su parte, Henry actuó apropiadamente celoso, aunque tal vez no estuviese actuando. Y sus hermanas, que deberían de haber estado encantadas de que fuese a marcharse pronto, también parecieron estar adecuadamente celosas.

Tan solo se había equivocado en una ocasión, cuando había estado a punto de revelar el nombre del perro de su infancia, *Gittel*. Jamás habría podido explicar cómo una princesa gentil tenía una mascota con un nombre yidis. Aun así, el príncipe Martin había parecido lo bastante embelesado con su actuación de canto como para tener la esperanza de que fuera con eso con lo que se hubiera quedado de su conversación.

La cuarta noche, cuando se sirvió la cena y las porciones fueron visiblemente más pequeñas de lo que habían sido después del baile de máscaras, Seraphina miró al príncipe para ver si se había dado cuenta y descubrió que él ya la estaba mirando. Ambos pestañearon y apartaron la mirada. A Seraphina se le encendieron las mejillas por la vergüenza. Henry, que estaba sentado a su lado, frunció los labios, pero no dijo nada.

Al fin habían quitado la decoración de la fiesta y el castillo volvía a estar tan «normal» como siempre. El rey Stuart parecía más cansado de lo que había estado antes del baile, pero aquello era algo de esperar. Era evidente que tantas emociones lo habían dejado agotado.

Durante su visita de mediodía, Seraphina estaba en los aposentos del rey, jugando la partida de ajedrez más larga del mundo, cuando le puso las manos sobre las suyas.

—Genny, ahora que has tenido tiempo de conocer al príncipe Martin, quiero saber qué opinas de él.

Tenía las manos suaves, secas y tan delicadas como las de una muchacha joven. Nunca había hecho ningún trabajo físico y ni siquiera había ido nunca a la guerra. Había heredado un reino próspero de manos de un padre curtido por las batallas y, hasta la llegada de la mori roja, jamás se había enfrentado a ninguna adversidad.

—Me gusta —dijo ella.

Sin embargo, en su interior, todavía no había decidido del todo cómo se sentía al respecto. Era evidente que era inteligente y divertido de un modo casi accidental, pero no era ocurrente o coqueto como Henry. Era sincero, atento y un poco tímido. De hecho, costaba

imaginárselo dirigiendo un reino por muy pequeño que fuera. Le había preguntado a Jocelyn qué opinaba de él, pero ella se había mostrado extrañamente callada al respecto. Supuso que era porque la joven estaba siendo protectora con ella. Aun así, imaginó que no tenía por qué gustarle; tan solo tenía que confiar en que las mantendría a salvo a ella y a su dama de compañía cuando se marcharan de Eldridge Hall.

Los ojos del rey se iluminaron.

—¡Maravilloso! Una boda será lo mejor. Tendremos otro festín que planear. Tal vez otro baile de máscaras. Esta vez, con bufones…

Perdió el hilo de lo que estaba diciendo y Seraphina no estuvo muy segura de si estaba recordando que ambos bufones de la corte habían ido a la horca tras haber intentado escapar en los primeros tiempos de la plaga.

Se mordió el labio para evitar soltar un gemido. Lo último que podían permitirse era otro baile. ¿Acaso el rey no había notado lo escasas que habían vuelto a ser sus comidas?

—Yo estaba pensando en una ceremonia pequeña y sencilla, padre. Así, será más romántico.

Siempre se había imaginado casándose frente a un rabino bajo una jupá preciosa y rodeada por su familia y amigos. Dalia la ayudaría con el pelo. Por supuesto, también había planeado casarse con alguien a quien amara, pero había abandonado aquel sueño mucho tiempo atrás.

—Mmmmm… Pequeña y sencilla —dijo en tono pensativo, como si las propias palabras le resultaran desconocidas—. Supongo que, si eso es lo que prefieres… Pero al menos debes llevar un vestido exquisito.

—Me preguntaba si podría ponerme el de madre.

Por supuesto, Seraphina nunca había conocido a la reina, pero no tenía tiempo de esperar a que le confeccionaran algún vestido elaborado. El príncipe Martin la había persuadido para que le diera unos pocos días más, pero había regresado a la bodega en medio de la noche y había descubierto que estaba tan vacía como antes del baile y, en aquella ocasión, no creía que nadie fuese a rellenarla. Se había dado cuenta de que su doncella habitual había sido sustituida por una chica que tan apenas tendría los trece años.

—Oh; es una idea encantadora. Eres una joven muy considerada, Genny. —Le dio una palmadita en la mano y movió su reina a una posición tan obviamente peligrosa que Seraphina se preguntó si no habría estado perdiendo a posta todo aquel tiempo solo para ver si los que le rodeaban le dejarían seguir ganando—. Bien —dijo antes de dar un trago a su vaso de agua—, ¿por qué no vas a contarle los planes al príncipe Martin? Un mes debería ser suficiente para planificar una boda.

¿Un mes?

—Pero, padre, eso es demasiado tiempo. Yo estaba pensando en, tal vez, una semana.

Él soltó una risita.

—Vaya, sí que estás ansiosa… Muy bien; cualquier cosa con tal de hacerte feliz.

Seraphina aguantó el suspiro de alivio que quería soltar. Había comida suficiente para aguantar hasta entonces. Tenía que haberla.

—Gracias, padre.

Él sonrió.

—No hay de qué, querida. Después, podrás ponerte manos a la obra para darme nietos.

Seraphina se rio.

—El príncipe y yo primero tendremos que llegar a Pilmand, padre.

La sonrisa del rey se desdibujó.

—¿Pilmand? ¿Habías pensado en pasar allí la luna de miel?

Se alegró de estar sentada, ya que, de pronto, pareció como si la habitación estuviera inclinada hacia un lado.

—Tendré que mudarme allí, padre. El príncipe Martin tendrá que regresar si ha de gobernar su propio reino.

Al rey comenzó a temblarle uno de los ojos acuosos, lo cual era una advertencia que hizo que a Seraphina se le helara la sangre. Nunca había llegado a comprender la mente de aquel hombre y no estaba muy segura de que alguien lo hiciera. En general, era agradable y tranquilo siempre y cuando todo lo que le rodeaba funcionase tal como él quería, algo en lo que todos se habían vuelto expertos a la hora de predecir. Pero en cuanto había algo que no encajaba, su temperamento surgía en forma de lo que, en el caso de un niño pequeño, se consideraría una pataleta. En un rey, era algo absolutamente terrorífico. Se preguntó si de verdad estaba loco o si solo era manipulador y cruel.

—¿Padre? —insistió, tomándole la mano—. Vendré a visitaros de continuo —dijo.

De pronto, el rey se puso en pie y tiró el tablero de ajedrez de la mesa con un rugido.

—¡Mentirosa! —gritó—. ¡Niña desagradecida y egoísta! ¡Guardias! ¡Quitadla de mi vista!

Seraphina ahogó un grito y se pegó contra la pared, aunque el arrebato del rey lo había reducido a un anciano tembloroso. Doncellas y guardias entraron corriendo con la confusión y la alarma reflejada en los rostros.

—Ha sufrido un ataque —consiguió decir ella—. No se encuentra bien. Necesita acostarse.

Una doncella asintió y se acercó al rey a toda prisa justo cuando la

princesa Giselle entraba en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber. Sus ojos encontraron a Seraphina enseguida—. ¿Qué le has dicho?

—Na… Nada —tartamudeó—. Estábamos jugando al ajedrez y…

—Largo —espetó la otra joven—. Márchate, sucia judía.

Siseó aquella palabra lo bastante suave como para que nadie más la oyera, pero Seraphina se sintió como si le hubiera dado una bofetada. Giselle se apresuró a acercarse a su padre mientras de sus labios iban cayendo tonterías y naderías como si el monarca fuese un niño pequeño. Ella se marchó antes de que la ira de la princesa pudiera resurgir.

Salió corriendo por el pasillo y pasó junto al médico y otros sirvientes que tan apenas la miraron, como si ellos también supieran quién era en realidad, como si los ecos del susurro cruel de Giselle la estuvieran siguiendo por el pasillo. Para cuando llegó a los aposentos de las princesas, el cuerpo entero se le sacudía con temblores. Se derrumbó sobre la *chaise longue* más cercana.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jocelyn, que entró a toda prisa desde otra habitación—. He oído gritos.

—Es el rey —consiguió decir ella.

—Cielo santo —replicó su dama de compañía mientras se arrodillaba y la tomaba de las manos—. Parece como si hubieras visto un fantasma. ¿Qué ha pasado?

Le contó lo que había dicho el rey y, después, mencionó las palabras aún más crueles de Giselle. Siempre había sabido que la princesa era antisemita, pero hacía años que no se había atrevido a exponer sus pensamientos en voz alta por si delataba a Seraphina.

—Me odia —susurró—. Fue ella la que me trajo aquí y me arruinó la vida y, aun así, me odia.

—Giselle odia a todo el mundo —dijo Jocelyn con tono amable—, incluida ella misma. Pero nadie se merece que lo traten así. Sobre todo tú.

—¿Es eso lo que Nina y Rose piensan de mí? ¿Han estado fingiendo todo este tiempo?

La otra joven sacudió la cabeza.

—Tal vez en algún momento te consideraron inferior a ellas, pero han llegado a quererte. Como muchas otras personas.

Seraphina tan apenas escuchó las palabras de su amiga.

—«Muchas otras personas»… Solo porque no saben quién o qué soy. —Se rio con amargura—. ¿En qué estaba pensando? ¿De verdad creía que el rey me dejaría marcharme aunque fuera con un príncipe? Claro que no me dejará. Voy a morir aquí dentro. Todos vamos a morir aquí dentro.

Jocelyn sacudió la cabeza.

—No digas eso; todavía tenemos una manera de escapar.

Seraphina se enjugó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—Incluso aunque me casara con el príncipe Martin en secreto y consintiera en sacarnos de aquí, está solo y no tiene ni armas ni guardias. No creo que sea capaz de protegernos.

Su amiga se quedó en silencio un instante, pensativa.

—Eso no es cierto. Ha estado ahí fuera y sabe lo que puede esperar. Puede montar e incluso puede que sepa conducir un carruaje.

Seraphina volvió a hundirse en el sofá.

—Pero ¿podemos confiar en él? ¿Y si descubre quién soy? No sabe que no nos queda comida, que el rey está completamente loco o que yo soy una… judía —susurró con el mismo tono de odio y desagrado que Giselle.

Ser una judía rodeada por gentiles era algo para lo que nunca se había preparado más allá de breves excursiones fuera del barrio judío en la ciudad. Entre sus amigos y familiares se limitaba a ser ella misma. El judaísmo afectaba a todos los aspectos de su vida, pero no era algo que hubiera tenido que explicar o defender.

La triste ironía era que no había ninguna diferencia inherente entre los judíos y los gentiles. Si la hubiera habido, la habrían descubierto tiempo atrás. ¿Cómo era posible que Giselle no lo viera después de tantos años?

—Cálmate —dijo Jocelyn mientras le acariciaba el pelo—. No va a descubrir que no eres una princesa; no hasta que no estemos muy lejos de Eldridge.

—Y después ¿qué? ¿Dónde iremos?

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

—El momento va a llegar antes de lo que crees. Antes del ataque del rey, habíamos acordado celebrar la boda dentro de una semana. Estoy decidida a que se cumpla para que tú y yo podamos marcharnos. La comida casi ha desaparecido y los sirvientes se están marchando. El rey no está bien y, si le pasa algo, a saber qué me hará Giselle. Tenemos que salir de aquí, Joc. Antes de que sea demasiado tarde.



Seraphina se despertó pronto y con unos débiles rayos de sol colándose por su ventana. Se quedó tumbada un instante, pues no deseaba que el día comenzara todavía. Tal vez todo desapareciera si esperaba el tiempo suficiente.

Al final, se arrastró fuera de la cama y se mojó el rostro con agua fría. Se deshizo la trenza y dejó que el cabello le cayera por los hombros. Estaba empezando a tenerlo tan largo que era una molestia y, además, la henna estaba empezando a desaparecer y dejando a la vista cada vez más su rubio natural. Pronto, tendrían que volver a aplicar el tinte. Se pasó los dedos por la cicatriz que tenía en la mandíbula. Sabía que el príncipe se la había visto aquella primera noche, pues no dejaba de posar los ojos en ella de manera inconsciente.

Se imaginó contándole al joven la historia de cómo se la había hecho. Tal vez consiguiera tocarle la fibra caballeresca y que deseara protegerla. Sin embargo, estaba cansada de tener que depender de los hombres para poder hacer lo que deseaba poder hacer ella misma. Si fuese más grande y más fuerte… Si no la hubieran criado toda su vida para ser dócil y contenerse… Si hubiera nacido como hombre… Si no fuera una…

Interrumpió sus pensamientos volviendo a mojarse la cara con agua helada. Desear ser otra persona no era de mucha más ayuda que desear que alguien la salvara.

Había conseguido saltarse la cena de la noche anterior, pero no podía esconderse en su torre para siempre. Y, aunque sabía que el ataque del rey del día anterior había sido serio, le sorprendió descubrir que seguía en la cama.

—No se encuentra bien —fue todo lo que le dijo Giselle con una mirada que podría matar a un hombre—. Gracias a ti.

El príncipe Martin, ajeno a lo que había ocurrido, se sentó junto a ella con una sonrisa dubitativa.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó mientras un sirviente dejaba una pasta diminuta en el plato de Seraphina. Estaba a punto de

tomarla cuando se dio cuenta de que la corteza hojaldrada estaba repleta de moho gris. Hizo una mueca y el sirviente, que todavía no se había apartado, ahogó un grito de horror y rápidamente quitó aquel ofensivo dulce.

Sin embargo, un momento después se oyó otro grito ahogado seguido de un gruñido de disgusto. De pronto, los sirvientes no daban abasto con tantas pastas mohosas. Eso era lo que conseguían por haber acaparado la comida para un estúpido baile cuando podrían haber hecho que la harina durara meses.

—Gracias a Dios que el rey no está presente —murmuró Seraphina más para sí misma que para nadie más.

—¿De verdad esta es la primera vez en cuatro años que os sirven comida mohosa? —le preguntó el príncipe.

Ella asintió y esperó a que el sirviente le pusiera algo de fruta en el plato. Era fresca, pero la porción era tan pequeña que casi le dio la risa.

—Creo que el chef me está poniendo a dieta —dijo él mientras le servían una única salchicha con una floritura.

—¿Es esta la primera vez en cuatro años que os sirven una comida escasa? —le preguntó ella, incapaz de ocultar el tono ácido de su voz. Dejó que sus ojos se detuvieran en los de él para ver si captaba lo que le había querido decir, pero él se aclaró la garganta y tomó los cubiertos, incapaz de mirarla a los ojos o, al menos, mostrándose reticente—. Ayer hablé con el rey —continuó—. Se ha establecido la boda para el viernes.

No sabía si aquello seguía siendo verdad, pero la noche anterior había decidido que no iba a esperar a que el monarca tomara una decisión. Por su bien y por el de Jocelyn.

El príncipe se atragantó con un bocado de la salchicha hasta que uno de los sirvientes se adelantó y le dio una palmada con fuerza en la espalda.

—¿El viernes? —consiguió decir al fin con los ojos húmedos.

—Me pedisteis unos cuantos días. Ahí tenéis.

—Unos cuantos días pare decidir —siseó él—; no para casarnos.

Ella dibujó una sonrisa beatífica y se inclinó más hacia él.

—Por si no os habéis dado cuenta, no disponemos del lujo de poder esperar. —En aquella ocasión, él miro a su alrededor y vio el resto de platos vacíos—. Si esperamos mucho más, esto se va a convertir en una dieta de sopa de col.

Él dio un largo trago a su vino aguado.

—Ya veo.

—No estoy muy segura de eso.

Seraphina estaba mirando fijamente su plato, pero pudo sentir los ojos del príncipe en ella. Él se acercó más.

—Entonces, ¿por qué no me lo mostráis?

CAPÍTULO 20

Nico siguió a Imogen y a Jocelyn en su «paseo» por el castillo después del desayuno, evitando la dura mirada de Greymont. Al parecer, las raciones escasas y las pastas mohosas eran un indicativo de una grave falta de provisiones en el castillo. Ahora, la princesa lo estaba llevando a la bodega para que, al parecer, lo pudiera comprobar con sus propios ojos.

Fuera como fuese, sabía que tenía que hablarle al rey Stuart sobre Crane y Arnaud. Además, iba a tener que hacerlo pronto, antes de que acabara casado con la joven.

—¿Cuánto personal trabaja en Eldridge? —preguntó mientras seguían recorriendo pasillos largos y pasando frente a puertas cerradas que, a pesar de no poder asomarse a contemplar su interior, desprendían un aire de abandono.

—En cierto momento, teníamos más de un centenar —dijo Jocelyn —. Ahora mismo tenemos cincuenta o así, aunque la cantidad no deja de reducirse.

Cincuenta personas para un castillo de ese tamaño era una cantidad que, lamentablemente, resultaba insuficiente. Gracias a la noche del baile, calculaba que allí residían al menos quinientos nobles. Era un milagro que pudieran alimentar a la gente siquiera. De algún modo, los nobles se vestían de manera inmaculada todos los días, por lo que suponía que debía de haber los suficientes sirvientes como para llevar a cabo las tareas generales como la limpieza y la colada, pero se preguntó si alguno de ellos tenía que estar arreglándoselas por su cuenta por primera vez. Se imaginó a lord Greymont zurciéndose sus propios calcetines y soltó una risita para sí mismo.

—Aquí es —dijo Imogen mientras se detenía frente a la bodega.

Nico se dio cuenta de que había un candado enorme en la puerta, pero la joven consiguió abrirlo con una horquilla y un par de hábiles giros de la muñeca. No tuvo tiempo de preguntarle cómo había aprendido una princesa a forzar cerrojos antes de que la gravedad de su situación lo asaltara.

—¿Dónde están todas las cosas? —preguntó—. ¿Nos lo comimos todo durante el baile?

—Eso parece —dijo Imogen con un resoplido—. Así que, ahora, podéis ver que quedarnos aquí no es una opción y que, cuando os marchéis, tendréis que llevarnos a Jocelyn y a mí con vos.

Nico soltó un bufido burlón.

—¿Y qué pasa con el resto de personas que viven aquí? ¿Qué van a comer?

—Eso no es asunto mío —replicó ella antes de que su dama de compañía le pusiera una mano sobre el brazo con suavidad.

—Lo que quiere decir la princesa es que no podemos hacer nada por una cantidad tan grande de personas. La mayoría de los lores y damas que están aquí tienen tierras propias a las que pueden regresar.

—Puede que eso sea cierto, pero me apuesto algo a que nunca antes han viajado sin ayuda, por lo que serían extremadamente vulnerables.

Imogen dio un paso hacia él.

—No dejáis de decir eso —dijo. Cuando alzó la vista, entrecerró los ojos—. Aun así, lo único que nos habéis dicho hasta ahora es que no hay nada peor que lobos y ladrones.

—Y algunos rufianes también —gruñó él.

—Sin embargo, parece que no tenemos más opción que enfrentarnos a las posibilidades del exterior. Es eso o morirnos de hambre.

—No lo entiendo —dijo Nico mientras sacudía la cabeza—. Los sirvientes que trajeron la comida para el baile dijeron algo sobre el comercio…

—¿Hablasteis con los sirvientes? —preguntó la princesa con las cejas arqueadas.

—No, no —masculló él—. Los oí mientras intentábamos entrar.

—¿«Intentábamos»? —Imogen frunció las cejas de forma amenazadora mientras daba otro paso hacia él, lo cual la dejó a tan solo unos palmos de él.

—Eh… Esto… —Nico podía sentir que las mejillas se le estaban sonrojando como si fueran manzanas—. El plural mayestático —dijo, encogiéndose ante su propio patético intento de mentir.

Ella clavó los ojos marrones en los suyos.

—Nunca antes habíais usado el plural mayestático.

—Tal vez sí lo haya hecho —replicó, intentando imitar su tono de voz.

—Recuerdo todo lo que habéis dicho…

Se interrumpió cuando Nico arqueó una ceja y una sonrisa coqueta se apoderó de su cara. En ese momento, fue ella la que se sonrojó, lo que le resultó bastante gratificante.

De pronto, Jocelyn se metió entre ambos e hizo que Nico se tambaleara hacia atrás. Por un instante se había olvidado de que no estaban solos.

—Princesa, es hora de que visitéis al rey. Deberíais ir antes de que os echen en falta —dijo su amiga.

—Pero…

—Ya os perdisteis la de anoche. La gente se dará cuenta si no vais ya. Yo puedo acompañar al príncipe Martin a sus aposentos.

Imogen miró a Nico y, por un instante, pensó que se iba a negar pero, al parecer, decidió que el rey era más importante que aquella

conversación.

—Muy bien. Jocelyn, por favor, venid a hablar conmigo cuando hayáis terminado.

Mientras Imogen desaparecía y los dejaba solos en la entrada de la bodega, Jocelyn dibujó una sonrisa forzada. En un instante cambió toda su actitud y, de pronto, Nico deseó que hubiera seguido a la princesa.

—Antes he mentido —dijo en tono grave y contundente—. Nos quedan menos de treinta sirvientes. Después del baile de máscaras solo se han quedado los que trabajan en la cocina y algunas doncellas que no tenían familia fuera del castillo.

—¿Y la princesa lo sabe? —preguntó Nico.

—No en toda su magnitud. Hago todo lo que puedo por protegerla pero… —La joven sacudió la cabeza—. La situación se está volviendo desesperada, alteza. Pronto, tendremos que marcharnos y la princesa Imogen necesitará algo más de… protección que los demás.

Nico tuvo que esforzarse por no poner los ojos en blanco.

—Dejadme adivinar… ¿Por su delicada constitución?

Jocelyn tensó los hombros.

—Ha tenido que soportar muchas más cosas de las que podéis imaginar.

Él hizo un ruido de burla.

—¿Cómo? Ha pasado toda la vida siendo mimada y cuidado, viendo todos sus caprichos cumplidos.

—Igual que vos —dijo Jocelyn—. Ya que sois un príncipe y todo eso.

Le miró a los ojos y, de pronto, un escalofrío le recorrió el cuerpo. Dios bendito; lo sabía.

—Cierto —consiguió decir—. Igual que yo.

Sin previo aviso, Jocelyn lo agarró del brazo y tiró de él hacia la bodega. De la nada sacó un cuchillo y lo empuñó con la habilidad de una dama de compañía que nunca había hecho nada más que cortarse su propia carne suave como la mantequilla. Aun así, la mirada que había en sus ojos fue suficiente para animarlo a levantar las manos. Antes de que pudiera decir nada, ella dio un paso al frente.

—¡Escúcheme, impostor! Sé que no es quien dice ser. No sé qué quiere de la princesa, pero puedo asegurarle que no podrá acercarte a menos de tres metros de ella sin que yo le esté vigilando o sin que esté ahí para protegerla. —Pareció acordarse del cuchillo que tenía en la mano y lo sacudió a escasos centímetros de su cara para dar énfasis a sus palabras—. Es la mejor persona que he conocido jamás y, por desgracia, necesita su ayuda.

Nico esperó a que tomara aire antes de poner una mano sobre la de ella con cuidado y bajar el cuchillo. No se resistió y, entonces, supo

que nunca había estado en peligro realmente. El cuchillo era tan romo que ni siquiera habría cortado una zanahoria cocida, y mucho menos la carne.

—No hay necesidad de ponernos violentos —dijo—. Ya le he dicho a la princesa Imogen que la sacaría de aquí, pero no puedo abandonar a todos los demás como si nada.

—No los estaría abandonando. Tienen las mismas oportunidades ahí fuera que todo el mundo. Tienen acceso a armas. Estoy segura de que algunos de los pocos guardias que quedan estarían dispuestos a escoltarlos a cambio de terrenos. Pero el rey no va a abandonar Eldridge. Ni siquiera aunque vuelva a mejorar.

—¿Tan enfermo está? —preguntó. Había oído murmullos acerca del monarca sufriendo un ataque el día anterior. Además, no se había presentado para el desayuno pero, antes de eso, había estado bien.

Jocelyn asintió.

—Ha empeorado de forma repentina. Además, es muy posesivo con respecto a Imogen. No dejará que se marche sola.

—¿Y la dejará marcharse conmigo?

—¿Voluntariamente? Lo dudo. Pero, como prometido de la princesa, le será difícil detenerle. Sobre todo una vez que estén casados.

Nico se pasó las manos por el pelo y se derrumbó contra una estantería vacía. No quería revelar la verdad. No sin un plan. No sin Colin. Pero Crane podría aparecer por allí cualquier día y, en unos pocos más, podrían morir de hambre. Era ahora o nunca.

—Teníais razón, Jocelyn. No soy… No soy quien dije que era. —La joven no pareció sorprendida por sus palabras, así que continuó—. Me llamo Nicodemus Mott. Soy el tercer hijo de un carnicero. Toda mi familia murió de la trisanguinaria. Un lord que vive a más o menos una semana de aquí a pie me acogió. Vio una luz en la torre del castillo y le pidió a tres de sus sirvientes que vinieran a investigar.

Mientras procesaba sus palabras, la joven permaneció en silencio un instante.

—Ya veo. Y ¿dónde está ahora ese lord?

—Es probable que de camino.

—¿Y usted lo está esperando?

—No exactamente. —Nico comenzó a dar vueltas por la bodega sin estar muy seguro de cómo explicar nada de todo aquello—. Vine aquí para advertiros de sus planes.

—¿Y cuáles son sus planes?

«Dejaros sin sangre», pensó. Estuvo a punto de reírse de lo absurdo que resultaba.

—No son… No son honorables. Creo que la gente de aquí podría estar en peligro.

—¿Trae un ejército consigo?

—No; nada por el estilo.

—Entonces no consigo entender cuánto daño podría hacernos un solo hombre.

Nico estalló, incapaz de mantener la compostura por más tiempo.

—¡Claro que no! ¡Nadie lo entiende! Pero eso es porque no habéis visto a Crane. Tampoco habéis visto a Arnaud y todo lo que aguantó. No habéis visto de lo que es capaz.

Jocelyn le apoyó las manos en los hombros para detenerlo. No se había dado cuenta de que estaba dando vueltas de nuevo.

—¿De qué está hablando, señor Mott? ¿Qué es lo que ha visto?

Nico sabía que era ahora o nunca. Incluso aunque pensara que estaba loco; incluso aunque decirlo en voz alta fuese como aceptar que, en realidad, tal vez lo estaba.

Nico observó los ojos amables de Jocelyn, suspiró y le contó todo.

CAPÍTULO 21

Jocelyn y Seraphina estaban sentadas en la torre de esta última, ya que era el único lugar en el que podían hablar de forma privada sin preocuparse de que Nina o Rose las oyeran. La cama parecía incluso más diminuta con dos personas en ella. Seraphina se preguntó por qué no se había sorprendido más cuando Jocelyn le había explicado quién era en realidad el príncipe Martin (un aspirant

e a médico convertido en enterrador, por muy improbable que pareciera) pero comenzó a darse cuenta de que, probablemente, el hombre que había conocido al principio en el gran salón era su verdadero ser. No era de extrañar que pensara que era una mimada y una egoísta después de todo lo que había tenido que vivir.

—Bueno; sin duda, esto cambia las cosas. Debería decirle quién soy de verdad —dijo ella cuando Jocelyn hubo terminado—. Puede que así esté más dispuesto a llevarnos con él.

—Tal vez. Pero esa decisión tienes que tomarla tú, no yo. Ahora mismo, hasta donde él sabe, sigues siendo la princesa Imogen.

Seraphina asintió, se puso en pie y se acercó a la pequeña ventana. Podía distinguir la hoguera entre los árboles. Pertenecía al amigo del señor Mott, Colin Chambers. O eso le había contado a Jocelyn. Dentro del castillo, nadie más podría verlo por encima de los altos muros. Esa era la ventaja de vivir en una torre de vigilancia.

Estaba a punto de girarse hacia su amiga cuando algo captó su atención bajo la luz de la luna.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿El qué? —Jocelyn se puso en pie y se colocó a su lado. Una figura oscura estaba atravesando el terreno enorme que se abría entre los muros del castillo y el bosque—. No tengo ni idea.

Jocelyn dijo aquello justo cuando Seraphina exclamó:

—¡Ahí hay otro!

—Creo que son personas —comentó su amiga.

—A esa conclusión había llegado, pero ¿quiénes son?

Era difícil distinguirlos bajo la luz de la luna. Sin embargo, conforme se acercaban, Seraphina pudo distinguir más detalles. El hombre que iba al frente tenía la piel oscura e iba vestido con ropa de trabajo. El que iba detrás de él era pálido de un modo antinatural y llevaba ropa que parecía desgarrada y hecha girones.

—Creo que ese debe de ser Colin —dijo Jocelyn.

—Entonces, ¿quién es el otro hombre? —Cuando su amiga no respondió, Seraphina se giró para mirarla. Se había puesto blanca como el papel y tenía los ojos tan redondos como las monedas de chocolate de Janucá—. ¿Jocelyn? ¿Qué ocurre?

—Hay una parte de la historia del señor Mott que no te he contado —contestó con un tono de voz extraño—. No sabía si creérmela yo

misma.

—¿El qué?

Colin casi había llegado al muro, pero el hombre que iba detrás de él le estaba ganando terreno. ¿Era algún loco de los bosques que estaba intentando robar al amigo del señor Mott? Jocelyn le había dicho que Colin iba armado, ¿por qué no le disparaba sin más?

—No hay tiempo para explicaciones —dijo la otra joven mientras se apartaba de la ventana de forma abrupta—. Voy a buscar al señor Mott. Tú quédate aquí con la puerta atrancada. No salgas a menos que me oigas a mí al otro lado.

—Por el amor de Dios, ¿de qué hablas? —preguntó Seraphina, pero su amiga ya había salido por la puerta y estaba bajando las escaleras a una velocidad alarmante—. ¡Vas a hacerte daño! —exclamó, pero Jocelyn ya había desaparecido.

Suspiró. Estaba agradecida de que su dama de compañía hubiese conseguido sacarle la verdad al señor Mott, pero estaba guardándose cierta información que parecía bastante relevante en aquel momento concreto. Regresó junto a la ventana y miró hacia fuera. Ya no podía ver a Colin, que debía de saber lo de la puerta del reloj. Si el hombre loco lo había visto, sin duda lo seguiría. Ese debía de ser el motivo de que Jocelyn estuviera preocupada. Sin embargo, todavía quedaban algunos guardias en Eldridge y, a esas alturas, ya los habría alertado. Puede que tan solo quedaran un puñado, pero estaban bien entrenados. Lo sabía porque habían disparado a todos los que habían intentado asaltar los muros cuando el rey acababa de cerrar las puertas del castillo. Recordaba cómo se había escondido en su habitación con Jocelyn y sus hermanas cuando aquello había ocurrido. Rose había gimoteado mientras Jocelyn le acariciaba el cabello y Giselle se había sentado en un rincón con el rostro pétreo, fingiendo que no tenía miedo. Nina había seguido bordando y ni siquiera se había inmutado con el ruido de los disparos. Tenía tanto aplomo (y, a diferencia de Giselle, era tan valiente) que a veces la sacaba de sus casillas. Seraphina no había llorado pero, desde luego, tampoco se había sentido cómoda. ¿Y si sus padres estaban entre las personas que intentaban entrar? Su padre era un erudito de voz suave, pero todavía podía oír los gritos de su madre mientras el carruaje real se alejaba de su hogar. Podría haber intentado llegar hasta su hija, especialmente si se habían estado muriendo de hambre y no habían tenido nada que perder.

Sus pensamientos regresaron a Dalia. En aquel momento, mientras quienquiera que fuera esa persona que tanto temía Jocelyn se acercaba al castillo y el verdadero príncipe Martin y su séquito yacían en el bosque desgarrados por los lobos, supo que su amiga de la infancia nunca había estado allí en realidad, contemplando la torre de

Seraphina todas las noches desde los árboles. Todo aquel tiempo había sido una ilusión. Hombres locos, lobos que devoraban humanos… Ninguna jovencita podría sobrevivir ahí fuera ella sola; no durante tantos años. Su soledad y lo mucho que echaba de menos su hogar le habían hecho ver lo que quería ver.

Tomó una de las margaritas de ganchillo que había sido sacrificada con las tijeras de coser antes del baile. Hubo un tiempo en el que hubiera hecho casi cualquier cosa por poder tener algo tan elegante como aquel adorno tonto. Lo hizo girar entre los dedos y pensó en el platito de botones que había en su tocador, aquel en el que se había fijado el señor Mott durante su primera noche en el castillo. Eran los botones de la ropa que había llevado puesta el día que la habían llevado a Eldridge.

En su primer día allí, Giselle había hecho que los guardias la llevaran por la entrada para los sirvientes. Le habían quitado la ropa interior en la habitación de una de las doncellas y la habían frotado hasta que había acabado con la piel en carne viva, como si la princesa hubiera creído que podían borrar quién era de verdad a base de limpiarla. La habían embutido en su primer corsé y habían comentado su aspecto como si hubiese sido ganado. Jamás se había sentido menos humana de lo que se había sentido en aquel momento.

Tras unos instantes de sentirse mal por la niña que había sido, soltó la margarita y se acercó a la puerta. No era propio de ella quedarse de brazos cruzados mientras podría estar pasando cualquier cosa. El señor Mott al fin había prometido llevárselas de Eldridge Hall. Ni siquiera tenía que casarse con él. Sin embargo, el hombre loco podría arruinarlo todo.

Hizo una excepción a su regla de no llevar zapatos y se puso unas zapatillas antes de bajar los fríos peldaños de piedra. Si tenía que salir corriendo, no quería tener que ir descalza.

No había hombres o mujeres gritando tal como haba temido. Echó un vistazo a las estancias reales que había al final de las escaleras. Nina, Giselle y Rose estaban jugando a las cartas con sus damas de compañía y tan apenas alzaron la cabeza cuando Seraphina asomó la cabeza. Todo estaba tal como debía estar.

Sin decir nada, se escabulló hasta el gran salón. El silencio resultaba inquietante. ¿Dónde estaba Jocelyn? ¿Dónde estaban los guardias?

Al fin, cuando casi había llegado al salón, oyó unos gritos amortiguados y el ruido de una refriega. Corrió hasta allí, temiendo que Jocelyn estuviera en problemas, y se quedó petrificada en la entrada. El señor Mott y su amigo Colin aguantaban la puerta del reloj cerrada con todas sus fuerzas, pero al otro lado había algo empujando contra ellos y parecía estar ganando.

¿Dónde demonios estaba su amiga? Seraphina no estaba muy segura de cuánta ayuda podría ofrecerles si lo que necesitaban era fuerza bruta. Atravesó el salón corriendo hasta una pared decorada con armas y alcanzó la espada más cercana. Era tan pesada que, cuando la sacó, estuvo a punto de caerse, pero consiguió arrastrarla hasta la otra punta de la estancia.

—Tomad —le dijo al señor Mott.

Él se giró, sobresaltado.

—¿Qué hacéis aquí?

—Ayudaros —gruñó mientras le colocaba a la fuerza en la mano el pomo de la espada.

En cuanto él se dio la vuelta para tomar el arma, el hombre que estaba al otro lado del reloj superó a Colin, que salió disparado hacia atrás y cayó sobre el suelo de mármol.

—¡Corred! —gritó el joven, pero Seraphina estaba demasiado aterrorizada como para moverse.

El hombre que se encontraba en la entrada del reloj debía de haber sido apuesto en el pasado, pero estaba preternaturalmente pálido y el cabello le caía en rizos despeinados en torno al rostro demacrado. Aunque tenía el pecho agitado, no había ni rastro de sudor en su frente. Llevaba la ropa sucia y desgarrada, pero eran prendas dignas de un aristócrata. Por un terrible momento, Seraphina pensó que tenía la plaga sangrienta.

El hombre levantó la cabeza de golpe y la miró fijamente. Tenía la parte blanca de los ojos inyectada en sangre, pero sus iris eran casi negros. Hinchó las fosas nasales y sonrió, lo cual dejó a la vista unos dientes demasiado largos.

—Oh, chicos… Me lo habíais estado ocultando…

Seraphina dio un paso atrás y, de pronto, Jocelyn estaba tras ella, empuñando lo que parecía un cuchillo de mantequilla.

—¿Dónde estabas? —siseó Seraphina.

—Buscando ayuda —le contestó ella en un susurro.

Por suerte, el señor Mott se colocó frente a ellas, apuntando la espada al pecho del hombre.

—No te muevas —dijo con un tono de voz notablemente firme dadas las circunstancias.

—Venga ya, muchacho. No puedes negarle a un hombre moribundo una última cena. Ya me habéis negado una.

A Seraphina se le congeló la sangre en las venas. El hombre no había apartado la vista de ella y tenía la terrible sensación de que, cuando decía «cena», se refería a ella.

—¡Marchaos! —les gritó Colin a ella y a Jocelyn por encima del hombro mientras se colocaba junto a Nico.

Seraphina comenzó a retroceder. Iría a buscar a los guardias y ellos

se encargarían de aquella horrible criatura.

El señor Mott dio un paso al frente con la espada, intentando sacar al hombre por el reloj. Sin embargo, él se mantuvo firme hasta que tuvo la hoja a apenas unos centímetros de la cintura. Seraphina gritó cuando el desconocido tomo el arma con las manos desnudas y se la clavó a sí mismo. A este lado del umbral, el señor Mott se quedó atónito hasta que estuvo nariz con nariz con el hombre y con la empuñadura de la espalda presionada contra el vientre.

—No puedes matarme así, muchacho —ronroneó el hombre.

El joven se tambaleó hacia atrás, soltó la espada y escudó a Seraphina y Jocelyn con su cuerpo. Fue una idea noble pero inútil. El hombre seguía en pie y no había nada que le impidiera entrar en el castillo, así que ¿por qué no lo había hecho?

Se pasó la lengua por los labios mientras seguía recorriendo a Seraphina con los ojos.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que saboreé a una doncella. El chófer y el lacayo aplacaron mi hambre durante un tiempo, pero no hay nada como la sangre impoluta.

La bilis hizo que a Seraphina le ardiera la parte posterior de la garganta. Jocelyn le había dicho que el señor Mott había encontrado al séquito muerto del verdadero príncipe Martin en el bosque mientras iban de camino a Eldridge (por eso, cuando se habían conocido en esa misma habitación, había sabido que podía hacerse pasar por él). Sin embargo, no le había contado cómo habían muerto, tan solo que, después de todo, había sido cosa de los lobos. Otro grito se estaba formando en su interior junto con una sensación acuosa en las extremidades que hacía que quisiera salir corriendo y desmayarse al mismo tiempo. Con un esfuerzo de coordinación, dio la espalda a los hombres, agarró la mano de Jocelyn y echó a correr.

Un instante después, acabó entre los brazos de Henry, que la colocó a un costado sin apartar los ojos del desconocido.

—¿Quién sois? —preguntó. Pasó la vista del hombre al señor Mott y, después, hizo un gesto con la cabeza hacia Colin—. ¿Y él?

—Me llamo Adrien Arnaud y he seguido a estos dos hasta aquí —dijo el desconocido señalando a Colin y al señor Mott.

—¿Desde dónde?

—Desde el bosque, por supuesto. Son vagabundos.

Henry bajó la vista hacia Seraphina.

—¿Qué demonios está pasando?

—Os lo explicaremos más tarde —dijo el señor Mott—. Ahora mismo, tan solo tenéis que saber que este hombre quiere matar a la princesa.

Henry resopló mientras miraba alternativamente a todos los presentes.

—¿Os habéis vuelto todos locos?

—Mirad —dijo Seraphina mientras señalaba la herida abierta en el vientre del hombre. La espada se había caído y había arrastrado consigo parte de las entrañas del desconocido, pero no había ni rastro de sangre—. El príncipe Martin lo ha atacado para protegerme, pero él ni se ha inmutado.

Henry pareció comprender al fin lo absurdo de la situación y el rostro se le tiñó un poco de verde. Seraphina pudo notar cómo tragaba saliva.

—Señor, he de pediros que os marchéis.

Arnaud se rio con un sonido profundo y gutural que no cuadraba con su apariencia.

—Bueno, he recorrido un largo camino para disfrutar de una cena caliente. No tiene que ser esta —dijo mientras miraba a Seraphina—; una moza de cocina serviría igual de bien a mis propósitos.

—¡Santo cielo, señor! ¿Qué clase de monstruo sois?

El hombre sonrió y comenzó a tararear. Al principio, lo hizo tan bajito que no se podía distinguir la melodía. Sin embargo, conforme continuaba, empezó a hacerlo con más fuerza hasta que Seraphina casi podía oír a los niños de su barrio cantando la canción.

El viejo rey Stuart se ha vuelto loco, pues espera no estar muerto dentro de poco.

Cerrad las ventanas y las puertas atrancad, pues a por ricos y pobres la plaga vendrá.

Si sueñas con seguir vivo, hay tres maneras de conseguirlo:

Cruza el mar con su oleaje, reza por tener inmunidad de sangre.

O muere primero, luego renace y de los hombres vivos bebe la sangre.

No era un monstruo en absoluto. Era un hombre o, al menos, lo había sido en el pasado, pero ahora estaba allí para beberse su sangre. Sintió que se le aflojaban las rodillas y se agarró a Henry. El señor Mott volvió la vista hacia ella y, en sus ojos, Seraphina vio la verdad que él había sabido todo el tiempo. Por eso se había mostrado reacio a abandonar Eldridge. Por eso no quería que ella se marchara. Por eso no quería que nadie lo hiciera. Aquella era la parte que Jocelyn también había sabido y no había querido contarle.

Fuera quien fuese Arnaud, estaba claro que no podían matarlo con espadas o balas. Tenían que mantenerlo fuera del castillo.

Se apartó de Henry y se obligó a enderezar la espalda y alzar la barbilla.

—Soy la princesa Imogen, cuarta hija del rey Stuart y os exijo que os marchéis de inmediato de Eldridge Hall para nunca regresar.

El hombre tuvo la osadía de poner los ojos en blanco.

—La princesa lo ha dejado muy claro —dijo el señor Mott mientras se colocaba a su lado—. Deberíais marcharos ahora, antes de que

lleguen los guardias.

Colin también se colocó a su lado. Era tan alto que tuvo que torcer el cuello para poder verle el rostro. Podía sentir a Henry respirando con fuerza a su espalda.

Por un instante, temió que Arnaud fuera a abalanzarse sobre ella. A pesar de la herida en el vientre, no parecía estar en peores condiciones. Fuera lo que fuese, era fuerte. Aunque, tal vez, no fuese más fuerte que tres hombres sanos.

—Os sugeriría que cerraseis muy bien la puerta —dijo al fin—. No soy el único que caza en estos bosques y, cuando se esparza la noticia de que aquí hay un castillo lleno de inmaculados, me apuesto algo a que los demás también vendrán. —Posó la mirada en Seraphina una última vez—. Yo podría haber hecho que fuese una experiencia agradable para vos, princesa. Podría haber logrado que la muerte fuese una dulce liberación. Dudo que los demás vayan a ser tan generosos.

Tras decir aquello, se dio la vuelta, salió por el reloj y desapareció en medio de la noche.

CAPÍTULO 22

Nico se quedó en el exterior de los aposentos de Imogen, caminando de un lado a otro del pasillo mientras ella le explicaba todo a lord Greymont. Desde luego, había más cosas que tenía que contarle, pero aquel lord había estado dispuesto a despellejarlo e Imogen eran la única que podía calmarlo. Colin estaba en la habitación de Nico, escondiéndose hasta que pudieran decidir qué hacer con él.

Al otro lado de la puerta, lord Greymont estaba alzando la voz pero, u

n instante después, oyó la de Imogen, tan aguda y furiosa como la del caballero y supo que no había nada que él pudiera decir para enmendar la situación. Recordó cómo ella se había aferrado a lord Greymont en busca de apoyo en el gran salón y sintió una sensación desconocida de ardor en el pecho. Aquello parecía una pelea de enamorados, por lo que tenía que mantenerse al margen.

Al fin se abrió la puerta y apareció el joven noble.

—¿Va todo bien? —le preguntó Nico.

—¿Que si «va todo bien»? —Le clavó un dedo en el pecho—. Debería matarle por poner a la princesa en peligro de este modo. Por ponernos en peligro a todos.

—Estoy intentando ayudaros —contestó él mientras le apartaba el dedo de un manotazo—. Hace semanas que sospechaba lo que era Arnaud, pero no estaba seguro. Y si hubiera aparecido aquí como yo mismo y hubiera alegado que hay monstruos chupasangres deambulando por el bosque, ¿creéis que alguien me habría creído?

El noble lo fulminó con la mirada un instante y, después, se calmó un poco, resignado.

—No, claro que no. Pero ¿qué se supone que vamos a hacer ahora? El rey Stuart no se va a creer nada de esto.

—¿Ni siquiera si se lo contáis vos?

—Por favor, sería más probable que creyera al mítico príncipe Martin que a mí. Además, contarle la verdad no va a hacer que quiera abandonar Eldridge. En todo caso, pensará que es una razón más para que nos quedemos, y no podemos hacer eso.

—Porque no queda comida —añadió Nico en tono sombrío.

—Ni trabajadores. Cuando Jocelyn me ha dicho lo que estaba pasando, he ido a buscar a los guardias y me he dado cuenta que tan solo quedaban media docena. Todos se han negado a ayudar. El pánico se apoderará de este lugar en cuanto se conozca la noticia.

Nico asintió.

—Realmente, estamos entre la espada y la pared. La buena noticia es que Arnaud parecía incapaz de entrar al castillo.

—¿Qué quiere decir?

—En aquel momento, no le di demasiada importancia, pero todo ha cobrado sentido esta noche. Arnaud vino a la mansión Crane hace quince días y el señor de la casa me prohibió invitarlo a entrar. Cuando Colin y yo pasamos la noche en una cabaña abandonada de camino hacia aquí, nos amenazó desde el exterior, pero nunca llegó a entrar a pesar de que podría haberlo hecho con facilidad. Y, esta noche, incluso después de que yo me haya quedado desarmado, no ha llegado a atravesar el umbral del reloj. Por algún motivo, creo que, sencillamente, no podía hacerlo sin permiso. Y, de algún modo, Crane lo sabía.

—Entonces, ¿cree que Crane tampoco sería capaz de entrar?

Se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Por ahora, tan solo tenemos que asegurarnos de que nadie más intente marcharse.

Greymont asintió.

—Sobornaré a los guardias para que vigilen el reloj. Eso debería ser suficiente para el resto de la noche. Voy a retirarme a mis aposentos para pensar. No deje que nadie vea a su amigo Colin hasta que se me haya ocurrido un plan.

—Entendido.

Lord Greymont se dio la vuelta y se alejó por el pasillo, dejando a Nico frente a la puerta de Imogen. Todo el mundo estaba dormido excepto Jocelyn, que estaba en una pequeña alcoba adyacente por cuestiones de decoro. Nico contempló la puerta un instante, suspiró y se dirigió hacia su propia habitación. Apenas unos pasos después, se dio la vuelta y entró en la habitación de la princesa.

Estaba sentada en el tocador, rebuscando en el platito de botones viejos. Parecían algo que pertenecería a una sirvienta en lugar de a una princesa y, por un instante, se preguntó si se había equivocado con respecto a ella todo aquel tiempo. Sin embargo, en cuanto lo vio, se incorporó, su postura se volvió rígida y alzó la barbilla en un ángulo altanero. Teniendo en cuenta todo lo que acababan de presenciar, parecía curiosamente tranquila.

—¿Sí?

—Quería asegurarme de que estabais bien —dijo él. Recordó las cosas repugnantes que había dicho Adrien Arnaud y tuvo problemas para evitar que se le sonrojaran las mejillas. Ninguna joven debería oír semejante forma de hablar.

—Estoy bien —contestó ella—. Bueno, todo lo bien que cabría esperar. Siéntese, por favor.

Nico se acomodó en una de las *chaise longues* y ella se giró sobre el asiento de su tocador para tenerlo de frente. Todavía iba vestida con su traje de noche rosa, pero se había quitado las zapatillas. Los pies desnudos le asomaban por debajo del dobladillo. Debió de pillarlo

mirando porque volvió a esconderlos bajo la falda y las mejillas se le tiñeron del mismo tono rosa que el vestido.

—Jocelyn os ha hablado de mí —dijo él al fin—; de quién soy y por qué vine aquí.

—Me ha contado una parte, aunque se le olvidó mencionar al señor Arnaud.

Nico hizo una mueca y bajó la mirada.

—Supongo que hay cierta verdad en aquello de «ver para creer».

Ella se rio con una suave bocanada de aire.

—Supongo que sí.

—Lord Greymont me ha dicho que va a trazar un plan.

—¿De verdad? Bueno, me sorprendería mucho que así fuera. No es que el hombre sea exactamente un estratega. Aquí, nadie lo es.

—Sin duda, el rey…

—El rey es el menos estratega de todos ellos. Nunca ha ido a la guerra ni se ha tenido que enfrentar a penurias.

A Nico le sorprendió oírla hablar de su propio padre de una manera tan fría.

—Pero debe de haber recibido instrucción; todos los reyes la reciben…

—Tal vez; pero Giselle hará que me corten la cabeza si descubre lo que hemos traído a Eldridge. Tendremos que resolver este problema por nuestra cuenta.

La idea lo asaltó de forma tan repentina que se puso en pie de un salto e hizo que Imogen se sobresaltara.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—No es nada.

—Sí es algo. Se le forma una arruga entre las cejas cuando tiene una idea.

Nico hizo una pausa, sorprendido de que se hubiera fijado.

—Puede que tenga algo… Arnaud ha dicho que no podíamos matarlo apuñalándolo, pero sí ha dicho que se estaba muriendo.

—Cierto. Entonces, ¿cree que es posible matarlo?

Nico asintió.

—Sí; y creo que tengo una idea de cómo hacerlo, pero solo hay una manera de poner a prueba mi teoría.

—¿Cómo?

Tragó saliva, temeroso de lo que estaba a punto de sugerir.

—Abandonando Eldridge Hall.



Nico buscaba una casaca limpia en su armario mientras Colin se estiraba en la enorme cama de plumas con un suspiro.

—Supongo que no tienes nada de comer por ahí, ¿no?

Nico apareció con una camisa blanca y se la tiró a su amigo. Por la mañana, tendría que pedirle a lord Greymont que buscara unos pantalones que pudieran valerle a alguien con la constitución de espantapájaros de Colin.

—Te traeré algo después del desayuno, suponiendo que quede algo de comer. Temo que alguien me pille si voy por ahí merodeando.

El otro joven se quitó la casaca sucia y la lanzó a una esquina.

—Gracias —le dijo mientras se ponía la ropa limpia.

—¿Qué demonios ha pasado ahí fuera? —preguntó Nico al fin mientras intentaba evitar que la frustración se le notara en la voz—. Pensaba que ibas a esperar a que fuera yo.

—¡Así era! Créeme, no tenía intención de venir corriendo al castillo. —Suspiró y se recostó sobre un montón de almohadones—. Arnaud seguía husmeando por el campamento, pero nunca se dejaba ver y, además, yo sabía que no iba detrás de mí. Al final, me he aburrido y he decidido emprender mi propia cacería. He supuesto que tal vez pudiera descubrir algo de utilidad. Lo he encontrado sin problemas. Estaba subido a un árbol como si fuera un maldito búho y con los ojos abiertos de par en par. He pensado que se abalanzaría sobre mí y me atacaría, pero ni siquiera se ha inmutado. Ha sido como si estuviera dormido con los ojos abiertos. —Con un escalofrío, Nico pensó que ese debía de ser el motivo por el que tenía los ojos tan rojos —. Entonces, he oído voces, como si se estuviera acercando gente, y me he escondido detrás de un árbol. Los que pasaban por allí eran dos sirvientes del castillo cargados con unos fardos enormes. Uno de ellos ha dicho que nunca llegaron a saber nada de las dos últimas personas que se habían escapado y que, con el tiempo, se habían dado cuenta de que les había pasado algo. Hablaban de que en el bosque había un extraño depredador que dejaba a sus víctimas sin sangre. Entonces, han dicho que habían dejado la puerta de entrada al castillo sin cerrar

para poder regresar si lo necesitaban. Cuando he alzado la vista hacia Arnaud, me estaba mirando con una horrible sonrisa en la cara. En ese momento he sido consciente de que había sabido dónde estaba la puerta todo este tiempo y que solo había estado esperando a tener una oportunidad. He salido corriendo. He pensado que vendría detrás de mí pero, entonces, he oído los gritos… Creo que ha matado a los sirvientes antes de perseguirme hasta el castillo. Sabía que si no llegaba antes que él, estabais todos condenados.

A pesar de que Colin había tenido ventaja, Arnaud casi lo había alcanzado. Nico dudaba que el hombre se hubiese alejado mucho aquella noche, sabiendo que, con el tiempo, tendría otra oportunidad de entrar al castillo o alguna otra persona saldría a través del reloj. Recordó la manera en que había contemplado a Imogen como si fuera un animal que hubiese acorralado a su presa. Era el mismo modo en el que Crane había mirado a la pobre Elisabeth. Intentó no imaginar cómo debían de haber sido sus últimos momentos. Tal vez lo hubiese hecho con cuidado, tal como había dicho Arnaud, pero algo le decía que su señor disfrutaba de la caza.

—Tenemos que salir ahí fuera y encargarnos de Arnaud antes de que llegue Crane, Colin. Branson sabe cómo entrar y Arnaud ha dicho algo sobre «otros». No sé cuántos de esos renacidos habrá, pero no harían falta demasiados para superarnos. Mientras tanto, creo que uno de nosotros debería hacer guardia frente al reloj a todas horas para asegurarnos de que, si Arnaud vuelve a intentar entrar dentro de poco, no tenga la suerte de llegar cuando haya en el gran salón algún sirviente o algún noble incauto. Al no advertir de la situación al resto del castillo, es solo cuestión de tiempo que alguien lo invite a entrar sin darse cuenta.

—Pero ¿cómo vamos a matarlo? Las balas y las espadas no funcionan, Nico.

—Hay leyendas sobre criaturas así, de muertos vivientes que beben la sangre de los vivos.

—Eso son cuentos de fantasmas —replicó Colin—. Esto es la vida real.

—Créeme, nadie lo sabe mejor que yo.

Su amigo alzó las manos en un gesto de desesperación cuando se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Muy bien, ¿y cómo se ocupan de esos muertos vivientes en tus leyendas?

Nico se sintió como un tonto por solo pensarlo, pero ¿qué otra opción tenían?

—Atravesando el corazón de las criaturas con una estaca mientras duermen o cortándoles la cabeza. —Se pasó los dedos por la garganta para dar más énfasis a su afirmación.

—Cortarles la cabeza… —dijo Colin en voz baja—. Para eso nos va a hacer falta un cuchillo muy grande.

—O una espada.

—Nunca he empuñado una espada, Nico.

—Bueno, ¡yo tampoco! ¿Crees que me pasé la infancia practicando el manejo de la espada con mis hermanos?

La voz de Colin alcanzó el mismo tono que la de Nico.

—¡Yo qué sé! Pero yo no puedo decapitar a alguien. No creo que sea capaz.

Nico se acomodó en el suelo, junto a la cama.

—Yo vi a mi padre descuartizar a innumerables animales. Creo que, llegado el caso, podría hacerlo.

—¿Y quieres que salgamos ahí fuera a buscar a Arnaud?

Nico se encogió de hombros.

—Tenemos que poner a prueba la teoría antes de que sea demasiado tarde.

Colin se removió en la cama, como si no pudiera encontrar una postura cómoda sobre aquel colchón tan suave.

—¿Por qué no les contamos a todos los que están aquí dentro lo que se avecina y que ellos decidan cómo proceder?

—Para empezar, no hay un «nosotros». El rey no puede saber que estás aquí. Y, además, nos arriesgamos a que cunda el pánico si se descubre la noticia. Sin embargo, si podemos matar a Arnaud de forma definitiva, podremos matar a los otros.

Los ojos de Colin asomaron por encima del borde del colchón.

—Estás decidido a hacer esto, ¿verdad?

—Claro que sí. Le fallé a mi familia. Le fallé a Elisabeth. No puedo fallarles a todos los demás. —Apretó la mandíbula para deshacerse del recuerdo de las últimas palabras de su madre—. No lo haré.

CAPÍTULO 23

Aquella noche, Seraphina durmió en los aposentos de las princesas c

on Jocelyn tumbada a su lado en la cama por primera vez en años. Ninguna de las dos se había mostrado demasiado predispuesta a estar sola y, además, tenían que hablar. De pronto, sus planes para marcharse con el señor Mott (o solas, lo cual ahora era incluso más imposible de imaginar) habían quedado descartados. Sin embargo, si bien marcharse de inmediato ya no era una opción, seguían sin tener una solución para el problema también acuciante de la falta de comida en el castillo. Sus opciones eran horribles en un sentido casi cómico: no comer o que se las comieran.

Al final, Jocelyn se quedó dormida y Seraphina permaneció despierta, pensando. Arnaud no había mostrado interés en Jocelyn o Greymont por lo que, según las reglas que le había explicado el señor

Mott, debían de ser inmunes. Y, dado su evidente deseo por beber su sangre, ahora sabía que ella no lo era. Sin embargo, la idea de esconderse en el castillo hasta morirse de hambre poco a poco era tan insostenible como la alternativa de Arnaud. Para cuando se quedó dormida, ya había tomado una decisión: era hora de actuar. No podía seguir esperando a que otra persona lo hiciera por ella. Sencillamente, no sabía qué acciones debería emprender.

El escaso desayuno de la mañana siguiente consistió en gachas y fruta seca. Los nobles intercambiaron miradas y, como el rey no estaba presente para reprenderles, unos pocos incluso se quejaron en voz alta. Seraphina sintió como si todo estuviera a punto de estallar, pero no tenía ni idea de cuál sería la situación cuando aquello ocurriera.

—El rey quiere veros —le dijo Giselle cuando pasó junto a su silla tras terminar de desayunar. La princesa había sido muy cuidadosa todos aquellos años pero, ahora, mostraba su desdén de forma abierta. Unos cuantos de los nobles la miraron, sin duda tras haberse dado cuenta del hecho de que no lo había llamado «padre».

Por un lado, Seraphina no tenía ganas de visitar a un hombre que, la última vez que lo había visto, la había despachado de una manera tan violenta. Sin embargo, había pasado los últimos cuatro años siendo dos personas diferentes y, en el fondo, sabía que el rey también lo había hecho. De vez en cuando, la Seraphina real había emergido tras la máscara de Imogen. Se dijo a sí misma que al rey le había pasado lo mismo. La locura se había apoderado de él, pero no era su verdadera esencia.

El rey estaba durmiendo, así que se sentó con cuidado en el borde de la cama y esperó. Al fin, él pareció sentir su presencia entre sueños y abrió los ojos con un parpadeo. Por un instante, Seraphina se sintió aterrada ante la idea de encontrarse con el rey tal como lo había visto el día anterior. O, lo que era peor, que fuera él el que la viera como la había visto entonces: una desconocida irreconocible y desagradecida.

Sin embargo, aquella mañana tenía la mirada plácida y la voz suave y amable.

—Genny; les he dicho a tus hermanas que no te preocuparan.

—No estaba preocupada, padre; tan solo quería ver cómo os encontrabais.

Él sonrió y Seraphina sintió algo que se parecía al verdadero afecto estrujándole las costillas.

—Como puedes ver, querida, estoy bien. —Se esforzó para incorporarse un poco sobre los almohadones—. ¿Qué tal el desayuno?

No podía decirle la verdad, ¿de qué serviría?

—Delicioso como siempre. Os hemos echado de menos.

—Podré salir de la cama muy pronto. Es solo una pequeña

indigestión; nada serio.

Sin embargo, ella no estaba tan segura. Parecía más delgado y pálido que de costumbre y tenía arrugas de dolor en torno a los ojos. ¿Era posible que el ataque del otro día le hubiese causado semejante debilidad? ¿O es que alguna enfermedad se había colado en el castillo?

—¿Cómo van los preparativos de la boda? —le preguntó él.

Ella pestañeó. Casi se había olvidado de que habían decidido celebrar la boda. Con todo lo que había ocurrido desde entonces, era algo que ya no importaba. El príncipe Martin estaba muerto y casarse con su imitador no la salvaría. Sin embargo, el hombre parecía tan esperanzado que le mintió de todos modos.

—Todo va como la seda —le dijo mientras le daba un beso en la frente e intentaba no hacer una mueca ante el olor de la enfermedad.

Jocelyn la estaba esperando fuera de los aposentos del rey.

—El señor Mott y lord Greymont nos han pedido que nos reunamos con ellos en la biblioteca —le susurró mientras recorrían el pasillo.

Seraphina inclinó la cabeza ante un guardia que tenía los párpados pesados por el sueño. Henry había dicho que se habían negado a ayudar la noche anterior, por lo que se preguntó por qué se quedaban en el castillo después de todo.

Cuando llegaron hasta la puerta, ambos hombres estaban hablando y Seraphina se detuvo un instante para estudiarlos. El contraste era sorprendente. Henry era el más apuesto de los dos, al menos según los estándares convencionales entre la nobleza, pero el señor Mott resplandecía, lleno de salud y vitalidad. La melena larga se le rizaba en torno al cuello de la camisa y tenía la piel bronceada por el sol. Se había acostumbrado a la ropa elegante de la nobleza y a su manera sofisticada de hablar, pero nunca le habían parecido especialmente atractivas. El señor Mott, a pesar de su desdén hacia Imogen, era el tipo de hombre por el que se habría sentido atraída en su vida pasada. Tampoco es que importara. Era probable que él no se dignara a hablarle en cuanto descubriera el fraude que era.

El señor Mott se aclaró la garganta y Seraphina se dio cuenta de que lo había estado mirando fijamente. Henry la contemplaba con un gesto extraño. Bajó la vista para ocultar el sonrojo y se acercó a la estantería más cercana, fingiendo estar buscando algo.

—¿Cómo se encuentra el rey? —preguntó el noble.

—No está bien —contestó ella, dándoles todavía la espalda—. Me temo que tiene algo serio, aunque dice que solo es indigestión.

El señor Mott se aclaró la garganta.

—Tengo cierta preparación médica. Podría echarle un vistazo si creéis que podría ser de ayuda.

Seraphina se giró hacia él.

—¿Lo haría? Tenemos un médico en el castillo, pero prefiere los métodos… anticuados.

Sanguijuelas, sangrías y brebajes que sedaban al paciente hasta dejarlo inconsciente. El médico del barrio judío siempre le había parecido más práctico y científico, pero suponía que, al final, había dado igual. Según el señor Mott, nadie se había recuperado de la trisanguinaria.

—No pretendo tener el tipo de conocimientos que tiene un médico de verdad, pero he aprendido unas cuantas cosas con los años. Me encargaba de la gente de la mansión Crane.

—Estoy segura de que el rey agradecería su ayuda.

Henry le hizo un gesto para que se uniera ellos. Era evidente que le preocupaban más los problemas en los que estaban metidos ellos que los del rey.

—Jocelyn —dijo Seraphina—, venid a sentaros con nosotros. Forma parte de esto tanto como nosotros —añadió antes de que Henry pudiera poner alguna objeción.

—Muy bien; el señor Mott y yo lo hemos estado discutiendo y nos marcharemos a medianoche para buscar a Arnaud. El señor Chambers cree que puede rastrearlo con bastante facilidad y el señor Mott cree que ha descubierto una manera de… —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. De acabar con sus correrías.

Seraphina no pudo evitar soltar una risa burlona ante la descripción tan delicada que había hecho lord Greymont.

—Muy bien. ¿Y dónde vamos a reunirnos?

Henry sacudió la cabeza.

—Me habéis malinterpretado, princesa. Vos no os uniréis a nosotros. Es demasiado peligroso.

Ya había imaginado algo así, pero estaba decidida.

—Quiero ayudar.

El noble suavizó su tono hasta convertirlo en un arrullo condescendiente.

—Vamos, querida; sabéis que, ahí fuera, tan solo seríais un lastre. Mott está de acuerdo conmigo.

En favor del joven hay que decir que alzó la vista con el rostro enrojecido.

—Yo no he dicho eso.

Henry soltó una risita falta de gracia.

—Venga ya, Mott, sed serio.

Seraphina se puso en pie con el rostro encendido por la indignación.

—Soy una princesa y tomo mis propias decisiones.

Jocelyn estiró el brazo hacia ella.

—Tal vez lord Greymont tenga razón.

Ella le lanzó una mirada mordaz, pero Henry cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, exasperado.

—Estáis actuando como una niña. Mott, decidle que está siendo ridícula.

El señor Mott los miró alternativamente y, al fin, posó la vista en ella.

—Estoy de acuerdo en que estaríais más segura aquí, en el castillo —dijo—, pero sois una mujer adulta capaz de tomar sus propias decisiones. —Se volvió hacia Henry—. La decisión le corresponde a la princesa Imogen.

El noble abrió los ojos y lo miró con incredulidad.

—No habla en serio. ¿Qué es esto? ¿Algún tipo de plan para conseguir que le otorgue su…?

—¡Lord Greymont! —Seraphina lo miró, atónita—. Eso es del todo inapropiado.

—Iba a decir «favor» —masculló, aunque todos sabían que era mentira.

Seraphina miró al señor Mott, que parecía desear que se lo tragara la tierra.

—Creo que debería marcharme.

—De eso nada —contestó ella. Mientras retrocedía, lo agarró de la manga—. ¿Acaso le ha dado a lord Greymont algún motivo para pensar que entre nosotros ha ocurrido algo inapropiado?

—¡Por supuesto que no! ¡Nunca pretendería…!

—Voy a dejar algo muy claro —dijo ella con un tono de voz mucho más tranquilo de lo que ella misma se sentía—. Entre los cuatro, soy la única a la que escuchará el rey. Solo yo tengo acceso a sus carruajes, sus caballos y sus guardias. Si creéis que dejarme fuera de vuestros planes va a aumentar vuestras posibilidades de sobrevivir, estáis terriblemente equivocados. —Después, se giró hacia Mott y bajó la voz hasta convertirla en un susurro que solo él pudiera oír—. Y si usted cree que, en algún momento, le voy a dejar acercaros a mis… «favores», también está terriblemente equivocado. —Le lanzó una última mirada furiosa a Henry y empezó a salir de la habitación—. Vamos, Jocelyn. Os veré a ambos a medianoche, cuando esté a punto de sonar el reloj.

—¿Acaso no recordáis cómo os miraba Arnaud? —le dijo Henry—. Quiere comeros, por el amor de Dios.

Se detuvo, giró sobre sus talones y le dedicó una sonrisa heladora.

—Entonces, consideradme vuestro cebo.

CAPÍTULO 24

Nico había conseguido convencer a un sirviente de que el desayuno no había sido suficiente, aunque había odiado parecer un príncipe mimado. Más tarde aquella mañana, después de la desastrosa

reunión con Imogen, le enviaron una bandeja a su habitación. Todavía le ardía el rostro por las cosas que ella le había dicho.

Cuando le hubo contado todo, Colin se rio.

—Tengo que reconocerle el mérito: tiene agallas para ser una princesa.

Nico gruñó y volvió a dejarse caer sobre la cama. Faltaban horas hasta que tuvieran que reunirse junto al reloj y, aunque creía que la idea de que Imogen se uniera a ellos era una soberana idiotez, sentía cierto respeto reticente por su valor. Ella había sido la única que había pensado en tomar una espada en el gran salón y estaba dispuesta a enfrentarse a Arnaud a pesar de ser consciente de que ella era la única a la que quería. Volvió a pensar en el cuello de encaje de Elisabeth bajo la cama de Crane y le recorrió una oleada de ira. Había algo terriblemente carnal en la forma en la que miraban a sus presas.

Un golpe en la puerta los sobresaltó a ambos.

—¿Quién es? —preguntó Nico. Para entonces, Nico ya se estaba metiendo en el armario.

—Greymont. —La respuesta sonó amortiguada.

Colin estiró las piernas dobladas y Nico se acercó a abrir la puerta.

—Creía que íbamos a reunirnos a medianoche —dijo mientras lord Greymont entraba en la habitación. Iba vestido de negro y con botas adecuadas para la caza.

—Tenemos que marcharnos ya; antes de que la princesa se dé cuenta de que nos hemos ido.

—¿Cómo?

Greymont se cruzó de brazos.

—No me diga que de verdad pensaba que iba a permitir que viniera con nosotros. Es una niña. Ahí fuera, conseguirá que la maten a ella y a nosotros también.

Colin se dispuso a tomar su abrigo, pero Nico se quedó donde estaba.

—Estoy de acuerdo en que es peligroso traerla, pero no me parece bien engañarla. Cree que vamos a reunirnos a medianoche y es entonces cuando pretendo ir.

—Odio decirlo, pero su señoría tiene razón —dijo Colin—. Si todo va bien, encontraremos a Arnaud, le cortaremos la cabeza y volveremos a cruzar el reloj antes de que la princesa se dé cuenta. —Sacudió la cabeza con una carcajada seca—. Eso es algo que nunca pensé que fuese a decir.

—¿Y qué hay de lo de usarla como cebo, tal como sugirió ella misma? —preguntó Nico—. No era mala idea. De hecho, es una maldita pasada.

—Puede que para usted no sea más que cebo —dijo Greymont—, pero, antes de que apareciera, estaba prácticamente comprometido en

matrimonio con ella.

Nico se dio cuenta de que no había dicho que amase a Imogen, tan solo que estaban prometidos.

—No es un simple cebo para mí; es un ser humano y por eso no me parece bien mentirle.

—Como quiera, Mott. Nos vamos.

Colin se encogió de hombros con un gesto de disculpa, pero era evidente que pretendía seguir a lord Greymont y Nico no podía quedarse atrás mientras iban a enfrentarse a Arnaud. Dividido entre el respeto que sentía por Imogen y el no querer dejar que su amigo se enfrentara sin él a Arnaud, dudó.

Al final, ganó la lealtad. Además, deseaba que la princesa acabase herida tan poco como lord Greymont. Sacó del armario el abrigo más pesado que tenía y se acercó rápidamente al escritorio, donde garabateó una nota para la joven en la que le explicaba dónde habían ido.

Para cuando llegó al piso inferior, los otros dos ya habían atravesado el reloj. Tomó una espada pequeña de la pared, metió la nota para Imogen en un recoveco que había bajo la puerta superior del reloj y se adentró en la noche tras los otros.



Llevaban dando vueltas por el bosque lo que parecían horas, aunque Nico estaba seguro de que todavía no era medianoche. Habían encontrado el antiguo campamento de Colin con bastante facilidad y el joven estaba siguiendo a través de los árboles lo que parecían rastros de Arnaud. Sin embargo, Nico estaba empezando a preguntarse si no estaría solo fingiendo saber lo que hacía. Lord Greymont estaba mascullando obscenidades en voz baja y él tenía el brazo derecho entumecido por sujetar la espada.

—Esto es ridículo —dijo el noble al fin—. Nunca vamos a encontrarlo en la oscuridad. Deberíamos volver mañana, durante el día, cuando de verdad tengamos una posibilidad de encontrarlo.

—Pensaba que habíamos decidido que tendríamos más suerte por la noche —comentó Colin, que tenía la voz tan tensa por la frustración

como Greymont.

—Tú no puedes opinar. Esto es culpa tuya. Si no hubieras conducido a ese loco hasta el castillo para empezar, no estaríamos aquí.

—Ya sabía cómo entrar. Si hubiese llegado antes que yo, podría haberle pedido a algún habitante del castillo ajeno a la situación que lo dejara entrar y eso os habría puesto a todos en peligro. Por no mencionar que, con eso de que ya está muerto, tiene una clara ventaja sobre mí y necesitaba ponerme a salvo. No tenía opción.

—Esto no es culpa de nadie —intervino Nico—. Estamos ante una situación horrible y todos tenemos que mantener la cabeza despejada para no hacer ninguna estupidez.

—Estamos dando caza a un hombre muerto en medio de la noche —dijo Greymont—. Creo que ese barco ha zarpado.

De pronto, Colin se quedó quieto y se llevó un dedo a los labios.

—Mirad —susurró mientras señalaba un montículo que había más adelante. Les hizo un gesto para que lo siguieran. Se arrastraron con lentitud hacia delante, ya que ninguno de ellos quería ser el que pisara una ramita y revelara su posición. Conforme se acercaban, la postura de Colin se relajó un poco—. Tan solo es un ciervo —dijo—. O lo que queda de él.

Greymont bajó la vista hacia los restos del animal muerto y retrocedió de inmediato.

—Le han desgarrado la garganta y las… —Se llevó el puño a la boca—. Y las vísceras.

Nico contuvo la respiración y se agachó junto al cadáver.

—Específicamente la aorta y el hígado —comentó—. Es donde más sangre hay.

—Se ha hecho con algo más que la sangre. —Colin señaló las ancas del animal, que habían quedado hechas trizas—. ¿Cómo es posible que un ser humano haga algo así?

—No es posible —contestó Nico—. No tenemos los dientes diseñados para eso. Ni los estómagos. Pero no creo que podamos llamar «humano» a lo que quiera que sea Arnaud. Se ha convertido en algo diferente. Ha renacido, tal como dice la canción.

—Sé que piensas que lord Crane es uno de ellos, pero todavía no puedo creerlo —dijo Colin—. Ha sido bueno con nosotros. Es un caballero. No le desgarraría el cuello a una mujer ni se comería su hígado. —Se detuvo, se giró hacia un lado y vomitó—. Lo siento.

—Es perfectamente comprensible —replicó Greymont, que también se estaba poniendo de un color bastante verdoso.

Nico tocó la cabeza del ciervo. Estaba caliente y de los restos todavía emergía vapor.

—Ha matado al animal hace poco, lo que significa que no puede

estar lejos de aquí. En marcha, antes de que llegue la medianoche y cierta persona se dé cuenta de que no estamos.

Al menos, ahora tenían un rastro que seguir. Había sangre que se alejaba del cadáver en dirección al bosque. Unos minutos después, encontraron un charco junto a una roca. La sangre se estaba coagulando con el frío, pero parecía que Arnaud se había parado allí, con toda probabilidad para comerse el hígado.

—Estamos cerca —susurró Nico—. Vamos.

Todos alzaron las espadas y siguieron hacia delante con todos los sentidos en alerta ahora que al fin estaban haciendo algún progreso. Nico podía oír cómo la sangre le latía contra los oídos. Si no conseguía acercarse lo suficiente a Arnaud como para cortarle la cabeza o si se había equivocado con todo aquello, todos podían estar en grave peligro. Sin embargo, había prometido proteger a Imogen aunque ella no quisiera que lo hiciera. No iba a volver a decepcionar a todo el mundo una vez más. Especialmente a sí mismo.

CAPÍTULO 25

Poco antes de la medianoche, Seraphina se cambió y se puso los pantalones y la casaca que le había quitado a un joven sirviente, se calzó los zapatos con suela de cuero y se recogió la melena en una la

rga trenza que le caía por la espalda. Deseó tener unas botas como los hombres, pero aquello tendría que servirle. Se sentía culpable por mentir a Jocelyn, que le había hecho prometer que no los seguiría. Sin embargo, aquello era algo que tenía que hacer por sí misma. Su amiga la perdonaría en cuanto Arnaud estuviera muerto. Mientras se abría paso por las escaleras, se maravilló ante lo liberadores que eran los pantalones y tomó nota mental de buscar más para cuando llegase el momento de marcharse definitivamente de Eldridge.

Justo cuando llegó al salón, el reloj estaba marcando las tres en punto, es decir, la medianoche. Los hombres no debían de haber bajado todavía. Dio vueltas de un lado a otro durante un par de minutos, acompasando sus pasos con el tic-tac del reloj. Tenía miedo de Arnaud, pero se sentía bien al tomar cartas en el asunto en lugar de esperar a que algo malo ocurriese. Además, iba a salir del castillo por primera vez. Casi podía saborear con la lengua el aire nocturno.

Cuando hubieron pasado cinco minutos, empezó a preocuparle que hubieran detenido a los jóvenes. Lo que estaban haciendo era arriesgado y tres hombres no se moverían de forma tan sigilosa como ella. Sin embargo, cuando pasó frente a la pared de las armas, algo llamó su atención: faltaban varias espadas.

—Mierda —maldijo mientras regresaba corriendo hasta el reloj. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había una tarjeta blanca y pequeña encajada en una repisa que había en el cuerpo ornamentado del reloj. La sacó y la abrió.

Princesa Imogen:

He intentado convencer a lord Greymont de esperaros, pero ha insistido en partir antes. Sé que estaréis furiosa, pero espero que nos perdonéis. Tan solo quiere que estéis a salvo.

Yo también.

Nicodemus Mott

«¡Mierda, mierda, mierda!». Seraphina pataleó y sacudió los brazos de la forma más silenciosa posible. ¿Cómo osaban marcharse sin ella? Aunque estuviera en peligro, ¿acaso aquella decisión no le correspondía a ella?

No. Al menos no en opinión de Henry. Y lo cierto era que, en parte, la culpa era suya. A lo largo del último mes se había limitado a actuar como una coqueta, a flirtear y a participar en sus jueguecitos insípidos. Había usado sus encantos femeninos en beneficio propio, aplacándolo o coaccionándolo según lo que le resultara más conveniente en cada momento.

En cuanto al señor Mott, era evidente que no creía que fuese tan capaz de decidir por sí misma como había asegurado. Por supuesto, no podía dejar que los otros dos se enfrentaran al peligro sin él; eso no hubiera sido nada caballeroso. Sin duda, tenían la esperanza de regresar antes de que ella se hubiera dado cuenta ya que, en tal caso, podrían decirle que no tenía de qué preocuparse, que la habían protegido tal como correspondía a unos caballeros.

Bueno, pues no habían regresado todavía y ella pensaba salir de Eldridge les gustase o no. Después de todo, no estaban allí para detenerla.



Encontró el campamento de Colin rápidamente y se adentró en el bosque que había tras él. ¿Por qué no había salido años atrás? Si se hubiese esforzado más, si hubiese tenido más recursos, se habría fijado en la puerta del reloj. A lo largo de los últimos cuatro años, había concebido el mundo exterior como algo aterrador, pero el cielo era enorme y estaba lleno de estrellas y el suelo bajo los pies le resultaba mucho más suave que los suelos de piedra de Eldridge. Casi deseaba poder quitarse los zapatos y enterrar los dedos en la tierra.

Se había planteado llevar una de las espadas con ella, pero sabía que no habría llegado demasiado lejos arrastrándola tras de sí por el bosque. En su lugar, se había hecho con un pequeño cuchillo decorativo que había encontrado en la pared. No iba a cortarle la cabeza a nadie con él, pero le otorgaría algo de tiempo si llegaba a toparse a solas con Arnaud. Aunque aquello le parecía poco probable. El bosque estaba tranquilo y en calma y no le resultaba tan aciago como había imaginado. Además, a aquellas alturas, era probable que estuviera lejos, aterrorizando a alguna otra persona.

Se golpeó un dedo con una roca y soltó una maldición. ¿Cómo habían podido hacerle aquello los jóvenes? Tanto el señor Mott como Henry habían acordado alejarla de Eldridge. ¿Acaso pensaban que sería fácil lanzarse a lo desconocido? ¿Habían planeado hacer todo ellos solos? No era como si, con excepción de Jocelyn, fuesen a tener sirvientes. Y, en cuanto abandonasen Eldridge, ella tampoco formaría

parte de la servidumbre: sería una igual. Todos lo serían.

Sin embargo, tal vez aquello no fuese realista. Ella tenía la idea de que, de algún modo, el mundo estaba comenzando de cero, pero tenía que tener en cuenta la situación del señor Mott. Él había pasado de una vida de ciertos lujos antes de la plaga a ser enterrador y lacayo. ¿Quién sería ella ahí fuera? Desde luego, no la princesa Imogen. Sin embargo, tampoco podía volver a ser Seraphina. Ni siquiera aunque consiguiera encontrar a su familia con vida.

—¿*Madame*?

Seraphina se giró hacia la voz. No veía a nadie entre los árboles, pero sabía que no se lo había imaginado.

—¿Quién anda ahí?

La pregunta solo obtuvo silencio como respuesta. En algún lugar distante, una lechuza ululó. Sacó el cuchillo de su funda esmaltada y lo sostuvo frente a ella.

—Sois una cosita encantadora… —dijo la voz—. Pero ¿cómo os dejan a solas? —Chasqueó la lengua—. Algunos hombres son tan despreocupados… Si fueseis mía, nunca os perdería de vista.

Si gritaba, era probable que los hombres la oyeran. Si echaba a correr, tal vez fuese capaz de escapar de Arnaud dada la gravedad de sus heridas. Sin duda, eso era lo que esperaba; lo que quería de ella. Era la dama en apuros, la criatura frágil y sumisa que huía del villano sin pensar en lo que tenía por delante.

«Esta noche, no», pensó con amargura. Se había acabado lo de esperar a que alguien la salvara.

—No va a hacerme daño, señor Arnaud —dijo en dirección a la oscuridad—. Va a abandonar estos bosques antes de que lleguen los demás y hagan lo que deberían haber hecho en el castillo.

Su única respuesta fue una carcajada suave, tan profunda y resonante que la sintió en el pecho. Era extrañamente seductora, pero se recordó a sí misma a quién pertenecía: un hombre moribundo con varios agujeros de bala y una herida de puñalada en el abdomen. La carcajada era un farol; tenía que serlo.

Sintió en el cuello un soplo de aire tan frío y rancio como una tumba.

—Gritaré —susurró, consciente de que era una mentira, pues todo el aire parecía haberle abandonado los pulmones en una ráfaga de absoluto terror.

Una mano se cerró sobre su hombro y la voz que un momento antes había sonado distante, le susurró al oído:

—Silencio, querida; es demasiado tarde para eso.

CAPÍTULO 26

Cuando encontraron a Arnaud, estaba sentado en un tronco caído, al borde de un pequeño claro y con el rostro y las manos empapados en sangre. Se la lamía los dedos de forma ruidosa, como si fuera un niño saboreando los restos de un cuenco de pudín.

Nico sintió un vuelco en el estómago, pero alzó la espada y, con un gesto, les indicó a lord Greymont y a Colin que iba a escabullirse a su espalda. Arnaud estaba tan absorto en su comida que ni siquiera se había fijado en ellos.

Mientras él se colocaba tras un árbol, cerca de Arnaud, Greymont y Colin entraron al claro. La criatura los miró de forma casi perezosa, como si los hubiera estado esperando.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Siento comer en vuestra presencia cuando no tengo nada que ofreceros, pero algo me dice que, aunque lo hiciera, no lo aceptaríais.

Greymont hizo una mueca de disgusto.

—Es repugnante. Le hacemos un favor al matarle.

—¿Matarme? —Arnaud sonrió—. Venga, creo que ya hemos dejado claro que eso no va a ocurrir. ¿Dónde está la princesa, eh? ¿La habéis dejado atrás con el otro joven? No ha sido una buena decisión por vuestra parte —le dijo a lord Greymont—. Vi cómo la miraba. Aunque vi cómo luchaba y no era nada del otro mundo, pero…

Aquel parecía tan buen momento como cualquier otro para que Nico pusiera a prueba su teoría. Dio un paso al frente y, con todas sus fuerzas, dibujó un arco con la espada. Un instante antes de que el filo hiciese contacto, Arnaud captó la dirección de la mirada de lord Greymont y giró la cabeza hacia Nico. Resultó que todas las horas cavando tumbas le habían venido bien tanto a su fuerza como a su puntería. La espada atravesó el cuello de la criatura de forma limpia. Un momento después, la cabeza se derrumbó hacia el suelo y cayó a la tierra con el rostro hacia arriba. Tenía la boca abierta en medio de una frase. Ni siquiera había tenido tiempo de gritar.

—¡Santo cielo, Mott! —exclamó el noble—. Podría habernos avisado de algún modo.

—No seáis tonto —dijo Colin mientras se inclinaba sobre la cabeza cortada. No se movía, lo que parecía una buena señal. El cuerpo decapitado se derrumbó poco a poco sobre el tronco. Tan apenas había sangre en la herida del cuello.

—Ha funcionado —susurró Nico mientras bajaba la espada—. No me puedo creer que haya funcionado de verdad.

Greymont abrió los ojos de par en par.

—¿Qué quiere decir con que no puede creer que haya funcionado?

—Era una teoría. Hasta donde sabía, la espada podría haberse quedado encajada en algún punto de su carne. Podría haberse puesto

en pie y haber bailado una jiga. Para ser sincero, no me sorprendería que lo hiciera sin cabeza. —Se secó el sudor de la frente.

Colin hizo una mueca.

—Deberíamos enterrar el cuerpo.

—No me opondría a que le atravesáramos el corazón con una estaca. Solo por si acaso —añadió Nico.

—Pensaba que eras un hombre de ciencia y razón —comentó Colin con una risa nerviosa.

—Acabo de decapitar a un muerto viviente. En las últimas semanas me he vuelto mucho más abierto de mente.

—¿Con qué vamos a cavar? —preguntó Greymont, que parecía muy incómodo. Se sacudió un poco de suciedad de su abrigo de terciopelo y, cuando se dio cuenta de que se trataba de sangre, tuvo una arcada.

Nico se miró las manos mientras las flexionaba. Lo había hecho; lo había hecho de verdad. Y eso significaba que podía matar a Crane. Podía vengar a Elisabeth. Podía salvar a los habitantes de Eldridge Hall.

Colin dio una patada a la tierra.

—El suelo está sólido como una roca. No podremos cavar sin una pala. Tendremos que volver al castillo a buscar una.

—Enterremos al menos la cabeza —sugirió Nico—. La espada nos servirá.

Se puso manos a la obra, cavando un agujero de un metro de profundidad mientras los otros dos arrastraban el cuerpo decapitado lo bastante lejos como para que no fuera capaz de reunirse con su parte perdida. Cuando terminaron de enterrar la cabeza, Nico alzó la espada y atravesó con ella el pecho de Arnaud. El cuerpo se retorció, probablemente por la fuerza del arma, y Greymont soltó un chillido. Nico tan apenas pudo contener la sonrisa de suficiencia.

Sintiéndose satisfechos por el logro, atravesaron los bosques en dirección al castillo. Si más renacidos decidían atacar Eldridge Hall, al menos tenían una defensa. Y si el rey Stuart se negaba a evacuar, no estarían abandonando a las personas en una situación vulnerable del todo. Sin una guardia en condiciones, podría resultar difícil que se defendieran a sí mismos, pero Nico había conseguido hacerlo. Pensó que, con la suficiente preparación, alguien como Greymont también podría hacerlo.

Las piernas largas de Colin lo habían llevado por delante y Nico se encontró caminando a la par que el joven noble. En un tiempo pasado, tal vez habrían sido amigos. Era cierto que, probablemente, Greymont no se hubiera relacionado con el hijo de un carnicero, independientemente de quién hubiese sido su madre y de que, a nivel de rango, fuesen iguales. Sin embargo, los últimos cuatro años habían

cambiado tanto a Nico que tan apenas era capaz de recordar al niño que había sido.

—Gracias por vuestra ayuda, Greymont. Siento no haber sido sincero antes, pero, de verdad, no sabía qué hacer.

Él lo miró por el rabillo del ojo.

—Lo entiendo. En el castillo, muchos intentamos imaginar la vida fuera de Eldridge Hall, pero en lo único en lo que pensábamos era en la muerte y la destrucción. La idea de que hubiera auténticos monstruos aquí fuera… Bueno, dudo que incluso el más fantasioso entre nosotros hubiera podido imaginar algo así.

—No, no creo que lo hubieran hecho. —Nico meditó un instante y decidió seguir insistiendo. Puede que ahora supieran cómo encargarse de Crane, pero eso seguía sin responder la pregunta de qué harían cuando se quedaran sin comida—. Supongo que pronto abandonaréis el castillo —se aventuró a decir.

—Supongo que tendré que hacerlo.

—¿Tenéis tierras a las que regresar?

—En teoría, sí.

—¿Y familia?

—No lo sé.

Nico se aclaró la garganta.

—¿Y qué me decís de la princesa Imogen?

En ese momento, Greymont se detuvo y se giró hacia él.

—¿Qué pasa con ella?

—Bueno, si no me equivoco, estáis… ¿enamorados? Imagino que querréis casaros con ella ahora que nada se interpone en vuestro camino.

—¿Cuándo dice «nada» se refiere al mismísimo rey? —Soltó una carcajada amarga—. Tal vez lo habría hecho si el «príncipe Martin» no hubiese llegado justo a tiempo.

—Lo lamento; no pretendía causaros problemas.

—No me los ha causado; al menos no en el sentido en el que está pensando. Ella cree que tengo acceso a un barco. Eso es lo único que quiere de mí: transporte. Mi padre era el dueño de una lujosa nave antes de la plaga, pero no tengo ni idea de dónde está y, sin nadie que lo navegue, no nos serviría de nada. Seamos sinceros: si quisiéramos, cualquiera de nosotros podría conseguir un barco. Es probable que en el puerto haya decenas de ellos sin nadie que los reclame.

Nico asintió. En realidad, nunca había pensado en abandonar Goslind. ¿A dónde iría? Sin embargo, suponía que para Imogen, que no había sido consciente de que la plaga había acabado y que tal vez hubiera creído que necesitaría alejarse del rey Stuart, un hombre con un barco habría resultado muy atractivo.

—¿Le habéis contado a ella algo de esto? —preguntó.

—No, claro que no. Nuestro primer paso era salir de Eldridge. Ella fue la que descubrió la puerta del reloj. Para ser sinceros, no sé cómo yo no me di cuenta.

—¿Y ahora?

—Ahora no sé lo que haré. Al menos sabemos que se puede matar a los monstruos. Si la plaga ha terminado de verdad y podemos empezar a recolectar nuestra propia comida, me siento menos tentado de abandonar Eldridge que antes.

Nico podía entenderlo. Ahora que el único enemigo que conocía la entrada secreta al castillo estaba muerto (suponiendo que Arnaud no se lo hubiese contado a nadie), estaban relativamente seguros en el castillo. Al menos hasta que Branson y Crane regresaran. Aunque Arnaud había asegurado que había otros como él en las inmediaciones, no habían encontrado evidencias de ello en el bosque.

—¿Y qué hará usted? —preguntó Greymont.

—No lo he decidido.

—Me ha preguntado por la princesa Imogen. ¿Por qué?

Nico dio gracias de la oscuridad, que le ayudó a ocultar su vergüenza.

—Me pidió que la sacara de Eldridge antes de saber lo de Arnaud. Pero si estáis enamorado de ella…

—¿Enamorado de ella? —Greymont sacudió la cabeza—. La princesa Imogen es hermosa, desde luego, y supongo que, en otro mundo, podría haber llegado a amarla. Sin embargo, la única persona en la que he pensado estos últimos años es mi hermana. Se marchó al extranjero justo antes de que la plaga llegara a Eldridge y, una vez que el rey cerró las puertas del castillo, no tuve manera de ponerme en contacto con ella. Al menos, no que yo supiera.

—¿Creéis que sigue viva? —preguntó Nico.

—Solo me queda mantener la esperanza. Hasta donde sé, podría haber vuelto a casa a estas alturas. Las tierras de nuestra familia están a tan solo dos días de aquí. Cuando salgamos de Eldridge, mi plan es ir a buscarla allí.

Sabía que no era asunto suyo, pero no pudo evitar preguntar.

—¿Y qué pensabais hacer con la princesa? Si no la amáis y pensabais marcharos de Eldridge Hall de todos modos…

—Es la hija favorita del rey, Mott. Si me casaba con ella, mientras hubiera estado protegida, yo también lo habría estado.

—¿Y ahora?

Greymont se pasó las manos por el pelo.

—El rey está enfermo. Si muere, la reina titular será la princesa Nina, pero la que gobernará será la princesa Giselle, que odia a Imogen. Siempre la ha odiado. Me temo que, después de todo, ahora no es momento de atarme a ella.

Nico sintió una oleada de tristeza por la princesa. Sí, había estado muy dispuesta a casarse con el «príncipe Martin», lo cual significaba que su lealtad hacia lord Greymont tampoco había sido especialmente sólida, pero debía de haber creído que el noble sentía algo por ella. Sin duda, él lo había pensado.

—En cualquier caso, si Elisabeth sigue viva, me quedaré con ella.

Nico sintió un escalofrío en la nuca al oír aquel nombre.

—¿Elisabeth?

—Mi hermana.

—¿Habéis dicho que vuestra familia vive cerca?

—Sí. ¿No me ha escuchado?

Nico tragó saliva.

—Lo siento. Es solo que una joven llamada Elisabeth estuvo en la mansión Crane hace unas semanas. Dijo que iba a buscar a su familia, que vivía cerca del castillo. Dijo que tenía un hermano en Eldridge Hall.

El rostro de Greymont se iluminó, esperanzado.

—¿Dónde está?

—Es probable que se trate de una dama diferente —replicó Nico.

Cuando llegaron al claro cerca del linde del bosque en el que Colin y Nico habían montado el campamento, Greymont se detuvo. Colin se giró para mirarlos.

—¿Va todo bien?

—Solo necesitamos un momento —contestó Nico.

—¿Dijo su apellido? —preguntó el noble—. ¿Qué aspecto tenía?

Nico la describió a regañadientes.

—Pelo castaño y piel aceitunada. Tenía los ojos grandes y marrones. Era menuda y su apellido era «Talbot».

—¡Esa es Elisabeth! «Talbot» era el apellido de soltera de nuestra madre. ¿A dónde fue tras abandonar la mansión?

De pronto, Nico deseó estar en alguna otra parte. Incluso la furia de Imogen hubiese sido mejor que aquello. Se planteó mentir para evitarle a Greymont el sufrimiento. No sabía con certeza lo que le había ocurrido a Elisabeth, así que, en realidad, no sería una mentira.

—Lord Crane la acompañó a buscar a su familia. Nos dijo que la había dejado con su padre.

Una sonrisa de alivio surcó el rostro del noble.

—Entonces, ¿están vivos? ¿Elisabeth está en casa?

Nico se miró los pies. Si la hubiese ayudado cuando se lo había pedido, tal vez hubiese seguido con vida. Tal vez hubiese llegado a Eldridge y se hubiese reunido con Greymont. La culpabilidad que sentía era tan pesada como la mirada de su padre cada una de las veces que lo había decepcionado. Miró a Colin, que estaba a unos metros de él y supo que no podía mentir.

—No creo que llegara a su destino.

—¿Por qué? ¿Qué podría haber ocurrido?

—Crane es como Arnaud —dijo en voz baja—. Elisabeth era una inmaculada. Regresó sin ella, asegurando que la había llevado a casa. Sin embargo, cuando regresó, llevaba sangre en la camisa y vi uno de los vestidos de la joven bajo su cama. Después, encontramos a *Locket*, su yegua, en los bosques. Crane aseguró que el animal no quería atravesar el agua y que tuvieron que abandonarla, pero…

—A mi hermana le encantaba esa yegua. —Bajo la luz de la luna, el rostro del joven estaba pálido—. ¿Qué quiere decir, Mott?

Nico sintió el escozor de las lágrimas en los ojos. No había permitido que su imaginación se desbocara tanto pero, tras haber visto al ciervo, era imposible no hacerlo. Había sufrido una muerte horrible; la misma que Arnaud había planeado para Imogen.

—Lo siento mucho. —Se inclinó hacia delante para tomar el brazo del noble, pero él se dio la vuelta y vomitó con unas arcadas tan grandes que cayó de rodillas.

—Dios mío —gimió—. No puede ser verdad. Por favor, dígame que no es verdad.

—Nos dijo que tenía un hermano aquí —dijo Nico con gentileza—, pero jamás imaginé que seríais vos.

—Dios mío… —susurró Colin. Se acercó para darle al noble una palmadita en la espalda, pero este se deshizo de él.

—Déjame en paz.

Greymont salió del bosque dando trompicones y limpiándose los labios con la manga.

—¿Deberíamos ir tras él? —preguntó Colin.

Nico sacudió la cabeza.

—Démosle algo de tiempo. Sabe cómo volver.

Su amigo asintió y ambos se quedaron en silencio un instante.

—Deberíamos buscar una pala. Yo puedo encargarme de Arnaud si quieres hablar con la princesa. No estará muy contenta cuando se entere de lo que has hecho.

Nico hizo una mueca.

—No; me imagino que no.

Atravesaron el campo que había hasta el muro del castillo, que se alzaba sobre ellos hasta una altura imponente. Costaba pensar que, durante los últimos cuatro años, las personas que se encontraban en su interior habían seguido con sus vidas como si nada hubiera cambiado. Ya había pasado el tiempo suficiente con Imogen como para detectar el rastro de cierta conciencia pero, aun así, se había quedado. Había bailado, cantado y bebido vino mientras Elisabeth, que sin duda había estado tan protegida como la princesa antes de la plaga, se había enfrentado a la naturaleza para buscar a su familia.

Nico estaba a punto de atravesar el agujero de la pared cuando vio a Greymont inclinándose sobre alguien y con la espada apuntando la cabeza de un hombre. Colin y él intercambiaron una mirada y se acercaron corriendo.

—Dice que le conoce. —Greymont tenía los ojos inyectados en sangre tras haber vomitado y los tendones del cuello hinchados por la furia.

De pronto, cuando el hombre giró su rostro hacia Nico, comprendió por qué. Reconocería aquella sonrisa ladina en cualquier parte.

—¿Cómo demonios has regresado tan rápido, Branson?

—Entonces, sí que le conoce —dijo Greymont.

Colin asintió.

—Dejad que se levante. No puede defenderse ni contra una mosca.

Nico esperaba que Branson hiciera una mueca pero, en su lugar, curvó los labios en una sonrisa que hizo que, intranquilo, se le erizara la piel.

—Es imposible que, a estas alturas, hayas ido hasta la mansión Crane y hayas regresado. ¿Dónde está lord Crane?

La sonrisa del joven se ensanchó hasta dibujar aquel gesto lascivo que tanto despreciaba.

—Me encontré con él a medio camino de la mansión. Ya había salido para venir a buscarnos. Con los caballos y los conocimientos que nuestro señor tiene del bosque, no tardamos nada en volver hasta aquí.

Nico le arrebató a Colin la espada de la mano y la presionó contra el cuello artero de Branson.

—¿Dónde está? —espetó.

—Ya está en el castillo. —Se puso en pie con lentitud, pero Nico mantuvo la espada en la nuez de su garganta—. El zorro está en el gallinero —dijo en un tono de voz atiplado y cantarín—. Y creo que ya ha encontrado una gallinita para sí mismo.

«La princesa Imogen». Nico se dio la vuelta y pasó corriendo por el hueco del muro con Colin y Greymont pisándole los talones. Abrió de golpe la puerta del reloj y se lanzó hacia dentro con el corazón palpitándole en las orejas. Se dijo a sí mismo que podía tratarse de una sirvienta; que podría tratarse de cualquiera. Sin embargo, en cuanto entró en el gran salón, se quedó petrificado. Imogen estaba sentada en una silla con las muñecas y los pies atados con cuerda. Situado tras ella, Crane tenía las manos apoyadas en sus hombros. Le habían quitado la chaqueta y llevaba la casaca arrugada allí donde los dedos del hombre se le clavaban en la piel. Se inclinó para decirle algo al oído y ella dio un respingo. Incluso en la oscuridad, podía ver el color que teñía los labios y las mejillas de aquel ser. Nico supuso que

se había alimentado recientemente aunque, al menos, no había sido con la princesa, que estaba aterrorizada pero de una pieza. La muchacha pasó la vista de Greymont a Nico.

«Lo siento», dijo, dibujando las palabras con los labios.

Nico sacudió la cabeza con suavidad. Debería ser él el que pidiera disculpas. Tendría que haber sabido que los seguiría. Si hubieran permanecido juntos, aquello no habría ocurrido. A su lado, Greymont temblaba de miedo, de ira o, tal vez, de ambas cosas. Colin tenía la espada levantada frente a él, aunque era evidente que, con Imogen entre ellos, no podía hacerle nada a Crane.

El hombre, con los ojos brillantes en la oscuridad, observaba a Nico. Sin bajar la mirada, echó la cabeza de la princesa hacia un lado y le acarició el cuello con la nariz. Inhaló con fuerza y se estremeció con éxtasis.

—¿Recuerdas lo que te dije en mi estudio, Mott? Te dije que la primera era la más especial y que dudaba que alguna vez fuese a encontrar a alguna que igualara a mi mujer —Nico sintió un arrebato de ira. Crane había matado y devorado a su propia esposa—. Me equivocaba, Mott. —El hombre sonrió ante el gesto de terror de Nico y pasó los labios por la cicatriz de Imogen, que ya no parecía asustada, sino furiosa—. Creo que he encontrado a su igual y voy a saborear cada instante de su muerte.

CAPÍTULO 27

Mientras sentía el aliento del hombre en el cuello, en lo único que podía pensar Seraphina era en cómo iba a matarlo en cuanto quedase libre. Al principio, había creído que se trataba de Arnaud. Al menos, hasta que le había preguntado si conocía al señor Mott y al señor Chambers. Le había arrebatado el cuchillo de las manos con facilidad y se lo habí

a posado en la garganta tal como había hecho el ladrón cuando había sido una niña. Odiaba la facilidad con la que había sucumbido ante él, pero no tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones y hacer que la mataran en una pelea hubiera sido algo prematuro.

No había tenido que mostrarle el camino hasta el castillo, pues ya disponía de dicha información gracias al otro hombre, que debía de ser el tercer sirviente que Nico había mencionado al contarle la verdad a Jocelyn. Todavía no le había dicho que era una princesa, pues no sabía si aquella sería una información que le fuese a servir de ayuda o a dañarla. No le había dicho nada; tan solo le había permitido que la arrastrara hasta el castillo. Y, después, él la había obligado a invitarlo a entrar.

Tras atarla, se había inclinado y le había susurrado al oído su identidad pero, para entonces, ya había supuesto que se trataba de Crane, el señor de Nico. Le había dicho que acababa de matar a una doncella que había visto abandonar el castillo aquel día. Incluso tras haberse atiborrado de sangre humana, podía sentir la cantidad de control que necesitaba para resistirse a ella, sobre todo cuando le posaba los labios sobre la piel.

Se resistió a su agarre férreo, pero el hombre era extrañamente fuerte.

—Suéltala —dijo Mott—. Es una princesa, por el amor de Dios.

Crane soltó una carcajada.

—¿Qué haría una princesa en el bosque en medio de la noche, vestida como un hombre? Eres un mentiroso terrible, Mott. Siempre demasiado sincero para tu propio bien. Pensaba que te había dicho que las mujeres siempre van detrás del villano. Quieren al hombre peligroso y cruel; no al erudito o al enfermero.

Teniendo en cuenta lo furioso que parecía, Henry consiguió mantener la voz calmada.

—La princesa Imogen es la hija pequeña del rey Stuart y, si le toca un solo pelo de la cabeza, hará que claven la suya en una estaca antes de que se acabe la noche.

—Si el rey Stuart le tiene tanto cariño, ¿qué hacía en el bosque ella solita?

—Buena pregunta —murmuró el noble mientras giraba el rostro hacia ella. No pudo evitar sentirse humillada. Él había intentado

prevenir aquello y ella había caído en la trampa de Crane. Sin embargo, por lo que Mott le había contado a Jocelyn, no debería haber llegado tan pronto.

—¿Es eso cierto? —preguntó Crane mientras le inclinaba la cabeza para poder mirarla a los ojos—. ¿Eres una princesita a la que le gusta jugar en el bosque?

—Soy una princesa —contestó—, pero ni soy una niña pequeña ni estaba jugando.

—¿No? Entonces, ¿qué estabas haciendo?

—Estaba cazando monstruos.

Crane sonrió. Si lo hubiera conocido en otras circunstancias, Seraphina habría pensado que era apuesto. Era fuerte pero grácil y su piel resplandecía en la oscuridad. Sus labios tenían un seductor tono rojizo, como si acabara de comerse un cuenco de fresas. Dios, cómo odiaba las fresas.

—Si es una princesa, podrá demostrármelo por la mañana —dijo Crane—. Por ahora, creo que todos deberíamos descansar un poco. Mott, ¿por qué no me muestras tus aposentos? Dormiré allí.

—Sabes que no puedo hacerlo —contestó él.

—¿El qué?

—Dejar que te quedes aquí.

—¿«Dejarme»? No olvides quién te ha dado comida y cobijo todos estos años. Estarías muerto y sin enterrar si no fuese por mí.

Seraphina podía sentir la ira de Crane en la forma en la que le agarraba los hombros. ¿Cómo era posible que, en todo aquel tiempo, Mott no se hubiera dado cuenta de lo cruel que era el señor para el que trabajaba? ¿Tan bien se le había dado ocultarlo? ¿De verdad creía Mott que, a aquellas alturas, sería capaz de evitar que el hombre hiciera cualquier cosa? Estaba en el castillo. No habían avisado al rey Stuart sobre los renacidos y ver a Crane era del todo diferente a ver a Arnaud. Crane parecía mucho más sano que cualquiera de los habitantes de Eldridge Hall. ¿Quién iba a creer que estaba muerto?

Sin embargo, si no pensaba comérsela de inmediato, ¿qué planeaba hacer allí? Si el rey no creía a Mott ahora, sin duda lo creería cuando la hubieran matado. Además, Crane debía de ser consciente de que, si bien podría ser capaz de acabar con tres o cuatro hombres, no podría acabar con todos los hombres del castillo.

Nico parecía estar haciéndose las mismas preguntas. Le había aparecido un pliegue entre las cejas y se estaba mordiendo los labios con insistencia. «Por favor, espero que esté esbozando un plan», pensó.

—Vos, señor —dijo Crane mientras se giraba hacia Henry—, parecéis un joven inteligente; uno que sabe cómo sacar el mayor provecho de una situación difícil; uno que no va a tirar todo lo bueno a la basura solo para hacerse el héroe frente a una chica guapa.

Henry pasó la vista entre Seraphina y Crane y ella sintió cómo el estómago le daba un vuelco. La criatura tenía razón. Henry era el tipo de hombre que se ponía a sí mismo por delante de todo. Sin duda, había conseguido sacar el mayor provecho de su situación en Eldridge Hall y había estado a punto de prometerse con la hija favorita del rey. Ya no estaba convencida de que fuese a elegirla a ella si se trataba de su vida frente a la de él. ¿Cómo había podido ser tan tonta? Se había dicho a sí misma que era un juego, se había pellizcado las muñecas hasta que se le habían puesto moradas y se había convencido a sí misma de que estaba usando a Henry tanto como él la estaba usando a ella. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que no era así en absoluto. En contra de su buen juicio, había confiado en él y, ahora, iba a pagar el precio.

—¿Qué es lo que quiere, lord Crane? —preguntó Henry—. Hemos visto de lo que son capaces los de su tipo. Sabía lo que estaba haciendo cuando convenció a sus hombres de que investigaran Eldridge Hall para, claramente, acceder a su interior.

Henry tenía razón. Crane no era Arnaud: quería la sangre de Seraphina, sí, pero era lo bastante calculador como para pensar en su siguiente comida y en la que iría después de esa. Ahora, tenía todo un castillo lleno de posibles víctimas a su disposición.

Cuando pasó junto a la joven, Crane le acarició la mejilla de forma posesiva.

—Mis planes son asunto mío, señor. Lo único que pido es una habitación en la que pasar la noche. Mañana podéis presentarme al rey; él podrá decidir qué hacer conmigo.

Henry alzó la barbilla.

—En tal caso, he de pedirle amablemente que desate a la princesa Imogen. Si sus intenciones son tan inocentes, no puede tener motivos para tratarla de este modo.

Crane levantó las manos y se encogió de hombros.

—No podéis culparme por confundirla con una sirvienta. No estoy acostumbrado a ver damas vestidas con pantalones. O diciendo palabrotas como si fueran un marinero.

—Debería tener cuidado al desatarme, señor —gruñó ella—; me temo que mis modales son tan poco delicados como mi forma de hablar.

Crane se giró hacia ella y sonrió con los ojos oscuros resplandecientes.

—Oh, sí; más tarde vamos a pasárnoslo muy bien —murmuró. Después, volvió a mirar a los hombres—. No puedo renunciar a mi rehén con tanta facilidad. Me temo que la princesa tendrá que quedarse conmigo esta noche. De lo contrario, ¿qué os impide lanzarme a los guardias mientras duermo?

Tanto Henry como Nico habían comenzado a protestar cuando Colin dio un paso al frente.

—Señor, yo haré guardia ante su habitación esta noche. Me aseguraré de que nadie le haga daño. Tiene mi palabra.

Crane lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué impedirá que tú permitas que tus amigos me maten? ¿Cómo puedo estar seguro de que me vas a proteger?

—Prométame la mansión Crane.

Seraphina miró a Colin, sorprendida. No conocía a aquel hombre, pero jamás habría esperado que fuese tan desleal hacia Mott. Sin embargo, Nico permaneció en silencio, contemplándolo con el ceño fruncido.

Crane lo meditó un instante.

—Ya se la he prometido a Branson.

—Ambos sabemos que no va a dejarle nada. Prométamela a mí y me aseguraré de que no sufra ningún daño esta noche.

Tras un largo instante, el hombre asintió, lo que arrancó a Branson un gemido de protesta.

—Muy bien. Mott puede venir a buscarnos por la mañana y, después, podemos ir todos juntos a hacerle una visita al rey.

Seraphina observó en silencio cómo Henry escoltaba a Crane y Colin hasta una de las habitaciones de invitados. Justo cuando estaban a punto de salir del gran salón, Colin se giró y asintió con la cabeza en dirección a Mott, que le devolvió el gesto. Se dio cuenta de que el joven no estaba haciendo aquello para proteger a Crane, sino para proteger a sus amigos de él. Al ofrecerse como guardia, la había salvado. Jamás traicionaría a su compañero por una casa, por muy esplendorosa que fuera.

—En marcha; vamos a llevaros a vuestros aposentos.

Mott desató las cuerdas con las que Seraphina tenía atadas las muñecas y las apartó con la misma ternura que había usado cuando había comprobado si tenía pulso la noche del baile de máscaras. Ella se las frotó un instante e hizo una mueca cuando las manos le rozaron la piel ya amoratada.

El joven la escoltó hasta su dormitorio sin hacer preguntas y ella se sintió agradecida. Aunque caminaron en silencio, esperaba que él la regañara por su estupidez en cualquier momento. Y se lo merecería. Toda la justa ira que había sentido hacia aquellos hombres por haberla dejado atrás había desaparecido en cuanto se había dado cuenta del peligro en el que los había puesto.

—¿Señor Mott?

Él bajó la mirada hacia ella.

—¿Sí, princesa Imogen?

Estaba intentando formular algún tipo de disculpa cuando se abrió

la puerta. En el umbral de la misma, con el rostro rojo y las manos en las caderas, estaba una Jocelyn claramente iracunda.

—¿Dónde demonios estabais?



—Podrían haberos matado —dijo Jocelyn cuando Seraphina terminó de darle explicaciones. Al parecer, estaba más preocupada por ella que por el hecho de que tuvieran a un monstruo que devoraba hombres en el castillo—. ¿Cómo habéis podido ir vos sola? Os habría acompañado.

—Lo sé —contestó con suavidad—; pero nunca os pondría en peligro.

Jocelyn frunció los labios hasta que formaron una línea pálida.

—Entonces, entendéis con exactitud cómo me siento.

Seraphina asintió y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tenéis razón; lo siento. De ahora en adelante, haremos esto juntas.

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo. —Se frotó los hombros allí donde Crane la había agarrado y se giró hacia Mott—. Dígame al menos que han acabado con Arnaud.

Él suspiró.

—Es lo único bueno que hemos sacado de esta noche. La decapitación ha funcionado.

—Entonces, ¿también funcionará con Crane?

—Eso creo, sí.

Seraphina respiró hondo por lo que le pareció la primera vez en horas.

—Gracias a Dios.

Tan apenas había tiempo de volver a tomar aire cuando la puerta se abrió de golpe y Henry entró en la habitación sin tan siquiera una inclinación de cabeza.

—¿Cómo habéis podido? —preguntó en voz baja mientras se acercaba a ella con grandes zancadas—. ¿Cómo se os ocurre vestiros de hombre y salir corriendo al bosque sola? ¿Os habéis vuelto loca?

—Se suponía que teníais que esperarme —contestó. Sin embargo, la mirada de desprecio que le lanzó a las piernas hizo que se sonrojara de vergüenza.

Para su sorpresa, Mott se colocó frente a Greymont y le colocó una mano tranquilizadora en el hombro.

—Lord Greymont, por favor. La princesa Imogen ha vivido una terrible experiencia. Ahora mismo, no tiene sentido recriminarle nada a nadie. Tenemos que pensar qué hacer con Crane. No es seguro que esté aquí, incluso aunque Colin lo esté vigilando. ¿Os dais cuenta de cuánta gente vulnerable hay en el castillo?

Henry se pasó las manos por el pelo, respiró hondo y se apartó de Mott.

—Tan solo tenemos que asegurarnos de hablar con el rey Stuart primero, antes de que Crane se presente ante él.

—Pero ¿cuál es su objetivo? —preguntó el otro joven mientras comenzaba a dar vueltas por la habitación?—. El hombre no es idiota; sabe que no puede empezar a matar a gente sin más. Se desataría la histeria colectiva y podría matar como mucho a media docena de personas antes de que los demás escaparan.

—Podría hacernos prisioneros y comernos de uno en uno —dijo Seraphina, que se estremeció ante aquella idea.

—Es posible; pero creo que quiere algo más que eso. Creo que quiere poder; poder de verdad. Y el rey podría entregárselo.

—Sobre todo si cree que su hija favorita está en peligro —comentó Jocelyn.

Henry sacudió la cabeza.

—Deberíamos marcharnos. Esta misma noche, mientras todavía podamos.

—No podemos dejar a todo el mundo aquí —replicó Seraphina mientras lo miraba, boquiabierta. Una cosa había sido esperar que la gente encontrara comida por sí misma, pero no decirles que había un monstruo entre ellos era impensable.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido para evitar esto y hemos fracasado —dijo Henry—. Crane está dentro.

Mott soltó el aire con fuerza, frustrado.

—Y también Branson. Hasta donde sabemos, habrá ido a buscar refuerzos. No tiene ni idea de lo que ha traído hasta este lugar. Con Crane en el castillo, bien podríamos haber dejado entrar la mismísima trisanguinaria.

Henry gruñó, sacudió la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—¿Dónde vais? —preguntó Seraphina.

—A hablar con el rey. No podemos esperar a mañana.

—Muy bien; iré con vos.

Henry frunció el ceño y bajó la voz.

—Antes, he hablado con la princesa Giselle. Al parecer, el rey sigue enfadado por lo que quiera que sea que ha pasado entre ambos. Creo que será mejor que vaya yo solo.

Aquellas palabras atravesaron a Seraphina de un modo extrañamente doloroso. El rey ya se había enfadado con ella en ocasiones anteriores, pero nunca le había guardado rencor. En cuanto se le había pasado el episodio que lo había asaltado, ella había vuelto a ser su hija favorita.

—¿Estáis seguro?

—Estoy seguro. Descansad —añadió antes de hacerle un gesto con la cabeza a Mott y salir por la puerta.

Seraphina sentía el cansancio hasta en los huesos, pero todavía no estaba lista del todo para meterse en la cama.

—Señor Mott, ¿nos dejaría un momento a solas a Jocelyn y a mí?

Él asintió.

—Por supuesto. Yo también debería dormir un poco.

—¿Puede esperar, por favor? Hay algo de lo que me gustaría hablar.

Él frunció el ceño, pero volvió a asentir con la cabeza y salió sin hacer preguntas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jocelyn en cuanto estuvieron a solas—. ¿Ha ocurrido algo más?

Ella sacudió la cabeza.

—No; no es eso. Es solo que… creo que debería contarle a Mott la verdad sobre quién soy en realidad.

Jocelyn la contempló durante un instante.

—¿Estás segura?

Seraphina suspiró y se frotó de forma inconsciente las muñecas que llevaba en carne viva.

—Estoy cansada de mentir, Joc; cansada de fingir. Mañana… Bueno, no sabemos lo que ocurrirá mañana, pero no creo que vaya a ser placentero. Y si voy a morir… —Su amiga se dispuso a interrumpirla, pero ella continuó—. Quiero morir siendo yo.

Jocelyn permaneció en silencio un momento largo.

—Entonces, muy bien; podemos contárselo juntas.

Ella sacudió la cabeza y le besó el dorso de la mano.

—Lamento lo que te he hecho pasar esta noche, pero necesitas descansar. Crane no sabe que duermo en la torre; tiene menos motivos para buscarme allí que aquí. Además, Mott puede montar guardia.

—¿Estás segura? Todavía no le conocemos realmente. ¿Cómo podemos saber que podemos fiarnos de él?

—Creo que, ahora, sí que le conozco. —Se puso en pie y colocó una mano sobre el hombro de su amiga—. Te prometo que, pase lo que pase, nos marcharemos juntas de este lugar. Tan solo necesito que

confíes en mí.

Tras un instante, la joven asintió.

—Confío en ti.

CAPÍTULO 28

Aunque le pesaban los párpados por el cansancio y sentía el cuerpo débil y tembloroso ahora que la adrenalina había desaparecido de su sistema, Nico esperó en el pasillo que había frente a la habitación de la princesa Imogen, tal como ella le había pedido. Cuando la joven apareció al fin, lo sorprendió al pedirle que la acompañara.

Él pestañeó, confuso.

—¿A dónde, alteza? Necesitáis dormir.

—Así es, pero aquí no es donde duermo, señor Mott.

Un rubor le subió por el cuello ante la mera imagen de ella en la cama, sobre todo tras la insinuación que Greymont le había hecho antes.

—¿Sabe Jocelyn que estáis a solas con un desconocido, princesa?

Ella arqueó una ceja.

—¿De verdad seguimos siendo desconocidos, Nicodemus Mott?

—Por favor, llamadme «Nico». La única persona que me llamaba «Nicodemus» alguna vez era mi padre, y no lo hacía de forma amable.

—Muy bien, Nico, hay algo que me gustaría mostrarte.

Frunció el ceño, pero la siguió mientras se acercaba hasta una escalera estrecha.

—¿Qué es esto? —preguntó. Sin embargo, ella empezó a subir, por lo que sintió que no tenía más opción que seguirla. Cuando llegaron a su habitación, la princesa mantuvo la puerta abierta para él, como si no tuviera ninguna duda de que iba a entrar. Se paró en el umbral, incapaz de morderse la lengua un minuto más—. No lo entiendo —dijo—. Esta es la torre en la que Crane vio a una sirvienta con una vela… —Se interrumpió cuando comenzó a comprender—. ¿Dormís aquí?

La princesa asintió y le hizo un gesto para que entrara. Cuando dudó, ella se echó a reír.

—No te preocupes; no voy a aprovecharme de ti.

Podía sentir la sangre encendiéndole las mejillas, pero no tenía esperanza de poder esconderlo en aquel espacio tan pequeño.

—Toma asiento —dijo ella. Nico miró en torno a la habitación en busca de una silla y la forma en la que ella se rio ante su confusión lo dejó perplejo—. Me temo que tendrás que sentarte en la cama.

Él sacudió la cabeza en un gesto de mortificada diversión.

—Ya estoy escandalizado.

—Seguro que esta no es la primera vez que entras en la habitación de una mujer, Nico.

—Es la única vez que he entrado en la habitación de una princesa —contestó tras aclararse la garganta para ocultar el temblor de su voz.

Ella se sentó en la cama y alzó la vista hacia él.

—Entonces, tal vez te sea de ayuda saber que no soy una princesa.

Confuso, la observó durante un instante, seguro de que debía de haber oído mal.

—Disculpadme; debo de estar más cansado de lo que creía. Creo que no os he oído bien…

Ella sonrió.

—Has oído bien. No soy más princesa de Goslind de lo que tú eres príncipe de Pilmand.

Nico se sentó casi sin pretenderlo.

—No lo entiendo…

—Entonces, déjame que te lo explique.

Le contó todo: cómo las princesas la habían apartado de su familia, cómo la habían obligado a fingir ser Imogen durante casi cuatro años y cómo Giselle la despreciaba. Con cada palabra, los ojos se le abrían más y más y sus emociones pasaron de la sorpresa al horror, la empatía y la ira. Para cuando hubo terminado, la joven tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque consiguió evitar derramarlas. Él se quedó en silencio varios minutos, intentando procesar sus palabras.

—¿Y la auténtica princesa Imogen?

—Se vio expuesta a la plaga durante un viaje —contestó ella—. Giselle temía que la noticia de su muerte fuese demasiado para el rey, así que salió en busca de alguien que se pareciera a ella. Yo fui la desafortunada.

Él asintió con lentitud.

—Ya veo… ¿Y el resto de la corte?

—Se creen la mentira. O, al menos, fingen creerla. Aquí dentro hay un equilibrio muy delicado entre vivir con el miedo a lo que nos espera al otro lado de los muros del castillo y saber lo que habita en el interior. Creo que todos nos volvimos tan buenos en fingir que todo iba bien para mantener feliz al rey que, en algún momento, comenzamos a creerlo. Pero necesito saber qué le pasó a mi familia y al resto de la comunidad… —Contuvo la respiración un momento—. El resto de la comunidad judía.

Por la forma en la que lo dijo, Nico supo que se estaba preparando para algún tipo de ataque, insulto o, cuando menos, repulsión. Sin embargo, lo único que sintió por ella fue compasión. Aquella pobre chica había estado en el infierno.

—Ojalá pudiera darte respuestas. No he estado en Esmoor desde que se desató la plaga. Lo único que sé es que hubo… pogromos.

Qué palabra tan pequeña para semejante aberración indescriptible. Masacrar judíos por puro odio, ignorancia y prejuicio… Hizo una pausa un instante y, después, se puso en pie con rapidez.

—¡He sido un tonto! —dijo mientras se daba un golpe en la frente —. No me puedo creer la forma en la que te he tratado todo este tiempo. Debes de haber pensado que era un imbécil arrogante, egoísta

y cabezota. —A ella se le escapó un resoplido de risa. Él levantó la mirada y sintió un extraño alivio ante el hecho de que no le estuviera gritando que estaba de acuerdo—. Tendría que haberlo adivinado en ese momento —dijo, incapaz de evitar sonreír—; cuando te reíste con un resoplido. Nunca antes me había imaginado a una princesa haciendo eso.

—Realmente, soy la peor de las princesas —admitió—. Me maravilla haber conseguido engañarte como a un tonto.

—«Tonto» es la palabra clave —replicó él con una carcajada.

En ese momento sintió que estaban estableciendo una auténtica conexión humana, lo que le recordó por qué se había mostrado tan reticente a admitir la verdad sobre Crane tanto a Colin como a sí mismo, por qué no había acompañado a Elisabeth a los bosques cuando se lo había pedido, por qué no podía deshacerse de la idea de Crane y por qué no podía aceptar la de Elisabeth. Le aterraba estar solo y no volver a sentir aquel tipo de conexión nunca más.

—Admito que tengo un motivo oculto para pedirte que vinieras aquí —dijo al fin—. Necesito descansar, pero no quería poner a Jocelyn en peligro al quedarme con ella. ¿Dormirías aquí esta noche? En el rincón hay un colchón de paja adicional —añadió. Estaba apoyado contra la pared y estaba cubierto por una vieja manta gris de un tono tan apagado que se fundía con la piedra.

—Claro que voy a quedarme —dijo cuando recuperó sus facultades —. Es lo mínimo que puedo hacer tras todo el peligro en el que te he puesto.

—Teniendo en cuenta que he sido yo la que ha dejado entrar a Crane al castillo, creo que estamos en paz.

Nico la contempló un instante mientras revivía todas las cosas horribles que había dicho en los últimos días y lo sentencioso que se había mostrado al acusarla de quedarse plácidamente sentada mientras otros sufrían.

—Lo siento mu…

Se dio cuenta de que ella había empezado a quitarse las medias, así que se dio la vuelta hacia la ventana. Intentó imaginarla allí arriba cada noche, preparándose para dormir bajo la luz de una única vela, ajena por completo al hecho de que Crane estaba esperando abajo como un lobo cuya presa está subida a un árbol.

—Ya puedes mirar —dijo ella a sus espaldas.

Se dio la vuelta con lentitud, intentando prepararse mentalmente, y, aun así, se quedó sin aire al verla. Por mucho que se hubiera sentido molesto en los últimos días por sus privilegios, seguía siendo la cosa más hermosa que hubiese visto jamás. Los labios de ella se curvaron en una sonrisa.

—Gracias por acompañarme.

Él bajó la vista a los pies.

—Podrías habérselo perdido a lord Greymont.

—¿Habrías preferido eso?

Alzó la mirada hacia ella.

—¿Y tú?

Se quedó callada un momento, contemplándolo. Intentó verse a sí mismo a través de sus ojos y fracasó. No había sido más que una carga para su padre y un motivo de burla para sus hermanos. La única persona que de verdad lo había querido había muerto entre sus brazos y, desde entonces, se había dedicado a satisfacer los deseos de un loco solo por tener compañía.

Sin embargo, se recordó a sí mismo que ella tampoco era quien parecía ser; que también había hecho cosas que la avergonzaban para sobrevivir. ¿Quién no lo había hecho en aquellos últimos cuatro años?

Su mirada triste se suavizó y se sentó en la cama.

—No; me alegro de que seas tú el que está aquí en lugar de Greymont.

—¿Por qué?

—Porque él jamás podría entender lo que he vivido. Incluso aunque le contara la verdad. Tal vez especialmente si le contara la verdad.

—¿No crees que fueras a importarle si supiera quién eres?

Ella sacudió la cabeza.

—Exacto, Nico; no lo creo.

No había tenido la intención de contárselo, pero Nico pensó que merecía saber la verdad.

—Me ha dicho que tenía la esperanza de encontrar a su hermana cuando se marchara de aquí.

Su rostro estaba pálido bajo la luz de una simple vela.

—¿Su hermana?

Le explicó lo que había descubierto aquella noche y cómo Crane había matado a Elisabeth. No le contó que la muerte de la joven había sido parte del motivo por el que había acudido a Eldridge. Le avergonzaba demasiado admitir que le había fallado.

Ella se quedó sentada de forma impasible durante varios minutos, dándole vueltas a sus palabras.

—Pobre Henry. Ha debido de ser muy duro descubrir eso.

Nico asintió.

—Lo ha sido. Es evidente que la quería mucho.

Ella suspiró y se removió.

—Ya que estamos con el ánimo de hacer confesiones, lo cierto es que yo también estaba usando a Henry. Pensaba que podría sacarme de aquí. Eso era lo único que quería. Después pensé que, tal vez, podría irme sola, que no necesitaba la ayuda de nadie. —Se rio con

amargura—. Sin embargo, tan solo he conseguido alejarme dos kilómetros del castillo antes de que me hayan secuestrado.

—Eso no ha sido culpa tuya…

—Crane no se parece a Arnaud —prosiguió Seraphina, que estaba perdida en sus recuerdos del monstruo—. Parece sano y viril.

—Arnaud también tenía ese aspecto antes de que Crane le disparara. Y de que Branson lo enterrara. Y de que yo lo apuñalara.

Ella hizo una mueca.

—Ya veo. Pero ¿cómo han llegado a ser así? ¿Cómo se convierte un hombre mortal en inmortal?

—Creo que debe de ser alguna cepa de la enfermedad o, tal vez, alguna mutación. Como en el caso de los inmunes, que es evidente que tienen algo en la sangre que los protege de la plaga. Creíamos que todos los que contraían la plaga morían y casi estábamos en lo cierto. Pero es evidente que hay algunas excepciones y esas excepciones, sea por el motivo que sea… vuelven. —Soltó el aire. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo cansado que estaba.

—Por el amor de Dios, vuelve a sentarte —dijo ella mientras le hacía hueco en la cama—. Hace rato que hemos sobrepasado los límites del decoro, ¿no crees? —Pudo sentir un nuevo rubor que le reptaba por el cuello y apartó la vista, pero ella le dio un golpecito con el hombro—. Creo que tus sonrojos son adorables. La mayoría de los hombres no muestra sus emociones tal como lo haces tú.

—Algo que mi padre nunca dejó de señalarme. —La miró de reojo, avergonzado—. Pensaba que ser emotivo no era masculino; que los sentimientos eran algo que quedaba estrictamente en los dominios femeninos.

—Eso es ridículo. ¿Por qué deberían las mujeres sentir las cosas con más fuerza que los hombres?

—Quizá no con más fuerza, pero sí de manera diferente. Yo estaba muy unido a mi madre y mis hermanos mayores siempre fueron más fuertes y con más tendencia a la violencia que yo. A mí me gustaba ayudar a mi madre con los asuntos domésticos, juguetear con los relojes y ayudar a cuidar a cualquiera que lo necesitara. Incluso mi interés por la medicina lo irritaba.

—Se sentía amenazado por tu inteligencia y tu ambición.

Nico se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, pero había algo en sus palabras que le hicieron sentir cierta calidez. Más allá de su madre, nunca antes nadie le había defendido.

—Nunca lo había visto así, pero supongo que podrías tener razón. La familia de mi madre nunca le dejó olvidar que era inferior a ellos.

—Yo misma entiendo un poco de eso —dijo ella.

Claro; era una judía en medio de un castillo lleno de gentiles. No podía imaginarse lo difícil que debía de haber sido dejar atrás no solo

su hogar y su familia, sino también sus creencias y tradiciones.

—Lamento lo que has tenido que vivir y el papel que yo he interpretado en todo ello.

—Yo también lo siento.

Soltó un bostezo que tan apenas fue capaz de cubrir con la mano. Captó un destello de su muñeca, que ahora estaba en carne viva además de amoratada y, sin pensarlo, se inclinó para tomársela.

—Si me lo permites, creo que puedo ayudarte con esto.

Ella dudó un instante antes de permitir que le tomara el brazo con la mano y le diera la vuelta para colocárselo con la palma hacia arriba.

Tenía unas muñecas tan finas como las de una muchacha de trece años, no de una de casi dieciocho, pero todavía podía ver restos de callos en sus manos de cargar agua desde un pozo.

—Mañana conseguiré algo de miel y unas gasas para cubrírtelas. Eso debería ayudar a curar las quemaduras de las cuerdas. En cuanto a los moratones…

—No se curarán por sí solos —contestó ella—. No a menos que deje de causármelos.

Alzó la vista hacia ella y el corazón se le encogió ante el dolor que vio en sus ojos.

—¿Te los has hecho tú?

Ella respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—Sí.

No le preguntó por qué ya que, de pronto, lo supo. Era por el mismo motivo por el que dormía en aquella torre helada; el mismo motivo por el que lloraba cuando le describía el mundo fuera del castillo y el mismo motivo por el que sabía que Henry nunca la entendería. La culpa del superviviente era el precio a pagar por vivir y, a veces, el coste era demasiado alto.

Lentamente, sin apartar la vista de ella, Nico se llevó la muñeca a los labios y le depositó el más suave de los besos sobre la delicada piel de la zona. Un pequeño escalofrío la atravesó, pero no intentó apartarse de él en ningún momento. Hizo lo mismo con la otra muñeca y, después, se la dejó con cuidado sobre el regazo.

—Te perdono —dijo. Después, cerró los ojos mientras ella susurraba las palabras que había necesitado escuchar los últimos cuatro años.

—Yo también te perdono.

CAPÍTULO 29

Cuando Seraphina se despertó, la habitación seguía a oscuras. Algo la había perturb

ado mientras dormía; tal vez un sueño o un ruido. Se incorporó y pestañeó, tratando de acostumbrar los ojos. Nico seguía allí, frente a la puerta, tumbado bocabajo en el colchón de paja, pero pareció notar que estaba despierta y se incorporó un instante después.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—No estoy segura. Me ha parecido oír algo.

Él se puso en pie, se metió la camisa por dentro de los pantalones y se estiró para alcanzar las botas.

—Iré a comprobarlo.

—¡No! —siseó ella—. Por favor; no quiero que te marches.

Faltaban una o dos horas para el amanecer y le pareció que podía verle las mejillas sonrosadas incluso en la oscuridad. Descubrió que encontraba un placer perverso en hacer que se sonrojara. Casi era demasiado fácil.

—De acuerdo. —Volvió a sentarse en el colchón pero, de todos modos, se puso las botas—. Solo por si acaso —le dijo con una sonrisa tranquilizadora.

Seraphina volvió a acomodarse bajo la manta. El pulso ya le había vuelto a la normalidad. Había algo reconfortante en la presencia de Nico; una sensación de protección que hacía que se sintiera segura. Incluso cuando le había desagradado como Imogen, había sido consciente de que no dejaría que le pasara nada. Ahora ya no había ningún ardid de por medio, y eso hacía que le resultase más fácil confiar en él.

Apoyó la cabeza en el almohadón, girada hacia el joven, que estaba sentado con la espalda apoyada en la puerta. Se observaron el uno al otro, ambos con sonrisitas introspectivas en el rostro, y sintió cómo se le encendían las mejillas bajo su mirada. Recordó sentir sus labios sobre las muñecas y cómo la delicadeza de su tacto le había resultado más sanadora que cualquier bálsamo. No se había dado cuenta de lo mucho que había necesitado la absolución hasta que la había sentido.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de rasguños al otro lado de la puerta. Nico se puso en pie de inmediato con el cuchillo en la mano. Seraphina se levantó de un salto, se puso la bata sobre los hombros y se apresuró a acercarse a él. Contempló con horror cómo el pomo de la puerta giraba hasta el tope de la cerradura y volvía a su posición lentamente.

Soltó un suspiro de alivio. Se trataba de una puerta endeble, pero nadie iba a romperla. El pomo volvió a girar, esta vez con más fuerza, y la persona que estaba al otro lado lo sacudió sobre los goznes.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Nico mientras se colocaba entre Seraphina y la puerta.

—¿Es usted, Mott? —susurró alguien.

Nico soltó el aire de forma ruidosa.

—Greymont.

Abrió la puerta y dejó pasar a Henry. Tenía ojeras y parecía más que un poco molesto por encontrar a Nico en la habitación.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó al joven mientras pasaba a su lado—. Esto me parece sumamente inapropiado.

—Está protegiéndome. ¿Has hablado con el rey?

Henry se pasó las manos por el pelo y empezó a dar vueltas por aquella pequeña habitación.

—No; estaba demasiado enfermo como para recibir visitas. Al menos, según Giselle. —Miró a los ojos a Seraphina—. No deja entrar a nadie, Imogen. Tengo la sensación de que oculta algo.

Ella suspiró y volvió a sentarse en la cama, frustrada y cansada hasta los huesos.

—No me sorprendería, pero no tenemos tiempo para sus juegos. Tenemos que ver al rey al despuntar el alba, pase lo que pase.

Henry asintió.

—Estoy de acuerdo. Debería descansar un poco. —Miró a Nico fijamente—. Todos deberíamos descansar.

A favor de Nico hay que decir que tan apenas asintió con la cabeza y le abrió la puerta al noble, que le lanzó una última mirada a Seraphina antes de marcharse.

—Es posesivo contigo —dijo él cuando Greymont se hubo marchado. Había un atisbo de celos en su voz que hizo que el corazón se le derritiera un poco por los bordes.

—Es posesivo con la princesa Imogen —le corrigió—, no conmigo.

—No me has dicho tu nombre real. —Debió de parecer sorprendida, porque rectificó de inmediato—. No es que tengas que decírmelo; solo he pensado que…

Ni siquiera Jocelyn se atrevía a llamarla por su nombre verdadero. Hacía tanto tiempo que no oía a nadie decirlo que, a esas alturas, se sentía extrañamente posesiva con él; como si fuera el último vestigio de su vida anterior y, al revelarlo, estuviera también renunciando a aquello.

Sin embargo, si Dios estaba de su parte, se marcharían pronto, y no pensaba portar el nombre de Imogen al otro lado de aquellos muros. Y si morían… Bueno, tampoco pensaba llevarse el nombre de Imogen a la tumba. Respiró hondo y soltó el aire poco a poco.

—Mi nombre real es «Seraphina». Seraphina Blum.

—«Seraphina»… —repitió Nico en voz baja, como si lo estuviera probando. Debió decidir que encajaba con ella porque sonrió.

El resto del corazón se le ablandó como si fuera metal derretido tan cálido que podía sentirlo en los pies descalzos.

—Vuelve a decir eso, por favor.

Él arqueó una ceja.

—¿«Seraphina»?

—Sí —susurró—. Hacía tanto tiempo que nadie me llamaba así…

Una sombra de tristeza atravesó los ojos de él.

—¿Sabes lo que significa?

—Mi madre dijo algo sobre los ángeles.

—Los «serafines» eran ángeles, sí. Pero el origen del nombre significa «los ardientes».

Dejó que aquellas palabras se asentaran en su interior un instante. En el pasado, había ardido, pero aquella llama se había extinguido en los últimos cuatro años y, aunque había sentido una chispa cuando había salido sola del castillo, tenía miedo de permitir que volviera a prender. Después de todo, casi había conseguido que la mataran.

—Te pega —dijo Nico cuando ella no respondió.

—¿Tú crees? —preguntó mientras lo miraba a los ojos justo a tiempo de ver cómo se sonrojaba.

Él asintió mientras se apartaba la tela de la camisa del cuello con un tirón.

—Las cosas tienden a caldearse en tu presencia.

Ella sonrió ante aquello y volvió a meterse bajo la cubierta. Nico también debía de tener frío, pero volvió a sentarse frente a la puerta sin una sola palabra de queja. Seraphina era consciente de que no iba a volver a dormirse. Ya casi había amanecido y necesitaban presentarse ante el rey antes que Crane. Sin embargo, parte de ella deseaba poder quedarse acurrucada en la cama para siempre con Nico vigilándola desde la puerta, el estómago cálido y lleno de mariposas y recordando por primera vez en muchos años lo que era sentirse segura.



Cuando al fin amaneció, se vistieron rápidamente y bajaron al piso inferior. El castillo estaba tranquilo de un modo casi inquietante hasta

que empezaron a acercarse a los aposentos del rey. El sonido de alguien llorando llegó hasta ellos y se apresuraron en aquella dirección hasta encontrar a una doncella sollozando en el pasillo. Un momento después apareció Nina, que tenía el rostro pálido y afligido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Seraphina mientras agarraba a su hermana por los hombros. El terror le recorrió el cuerpo al pensar que llegaban demasiado tarde, que Crane ya había causado estragos en el castillo.

—Padre se está muriendo —contestó la otra llorando. El cuerpo se le sacudía con los sollozos—. No sé cómo ha enfermado tanto tan rápido, pero el médico dice que es probable que no llegue al final del día.

Por encima del hombro, Seraphina miró a Nico a los ojos.

—¿Saben qué es lo que le ocurre? —preguntó.

—No están seguros —contestó ella intentando recuperar la calma —. Voy a buscar a Giselle y a Rose.

No había esperado que la mitad del castillo ya estuviera despierto. No tenía ni idea de si las princesas eran inmunes o no y, con Crane en la fortaleza, parecía una estupidez permitir que fueran por ahí sin guardias.

—El príncipe Martin tiene cierta experiencia con la medicina — dijo Seraphina con la voz más calmada y tranquilizadora de la que fue capaz—. Tal vez pueda ver al rey unos minutos. Mientras tanto, ¿por qué no regresas a tu habitación y te quedas con Rose? No hay necesidad de hacer que se aflija antes de tiempo.

Nina asintió como si lo único que hubiera deseado era alguien que le dijera qué hacer.

—Es una buena idea. —Se giró hacia Nico—. Gracias, príncipe Martin. Es una suerte teneros aquí.

—¿Dónde está Giselle ahora mismo? —preguntó ella.

—Al fin se ha ido a la cama para dormir un poco. Ha pasado toda la noche en vela con padre.

Seraphina asintió y condujo a Nico por el pasillo hasta la habitación del rey. Una sirvienta, que tenía la nariz roja de tanto llorar, les dejó pasar.

Entró con cuidado al dormitorio del monarca, que estaba iluminado por velas. Alguien había encendido incienso para ahogar el olor de la enfermedad. El rey estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados, pero no estaba del todo dormido y se removía intranquilo.

—Padre —dijo Seraphina mientras se acercaba a él—. ¿Qué ocurre? Nina me ha dicho que no os encontráis bien.

Al oír su voz, el hombre abrió los ojos e intentó sonreír, aunque se dio cuenta de que le resultaba doloroso.

—No me encuentro mal, niña, tan solo un poco cansado.

A pesar de su locura y su crueldad, Seraphina no pudo evitar la oleada de afecto que la asaltó. No había podido estar ahí para sus propios padres pero, mientras acariciaba el pelo del rey, se dijo a sí misma que lo hacía por ellos. Y tal vez, aunque solo un poco, por sí misma. Quizá pudiera encontrar la forma de pasar página con una despedida aunque no fuese la que ella deseaba.

Nico entró en la habitación y se colocó tras ella, mirando al rey por encima de su hombro.

—Majestad —dijo mientras hacía una reverencia al rey Stuart—, lamento oír que no os encontráis bien.

El hombre hizo un breve intento de esforzarse por incorporarse y, después, volvió a derrumbarse sobre su almohada.

—Sobre todo es el estómago.

—¿Habéis vomitado?

El rey Stuart miró a Seraphina.

—Preferiría no discutir tales asuntos frente a Genny.

—Por supuesto. —Nico se giró hacia ella—. ¿Me esperas en el pasillo? —le susurró.

Ella asintió y salió de la habitación, agradecida por el aire fresco. En ese momento, como si fuera un recuerdo, le llegó a los oídos el estruendo distante del reloj marcando las tres.

Mientras esperaba, le pareció que habían transcurrido décadas y, conforme pasaban los minutos, empezó a apoderarse de ella una sensación horrible. ¿Dónde estaba Henry? ¿Seguía Colin vigilando a Crane? Tendrían que haber ido a comprobarlo antes de ir a ver al rey. Ni siquiera había ido a ver cómo estaba Jocelyn.

Estaba dándose la vuelta para marcharse cuando la puerta de acceso a los aposentos del rey se abrió en silencio. Nico apareció con el ceño más fruncido de lo habitual.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—El rey está mucho peor de lo que imaginaba.

—¿Es la mori roja?

—No, gracias a Dios no se trata de eso. No estoy seguro de qué es lo que le aqueja, pero tengo una idea. Tengo que comprobar la bodega y la cocina. Pero, antes, tenemos que ver si todo va bien con Crane. Estará furioso si no le dejamos salir, pero no podemos llevarlo ante el rey ahora mismo. ¿Sabes llegar hasta los aposentos de los invitados?

Seraphina asintió.

—Por aquí.

Mientras caminaban, comenzó a darse cuenta de cuánto peligro corrían si el rey llegaba a morir. Nina sería reina y heredaría un desastre absoluto del que, ahora mismo, no era consciente. Los nobles no tendrían motivos para quedarse en cuanto se dieran cuenta de que se habían quedado sin comida, lo que significaba que necesitaban

advertir a todos los habitantes del castillo sobre el renacido mientras mantenían a Crane encerrado y lejos de ellos.

—¿Dónde habéis estado? —les preguntó Colin cuando lo encontraron junto con Henry frente a una puerta cerrada.

—Visitando al rey —les explicó Nico—. Está gravemente enfermo. El médico cree que es posible que no pase de hoy y yo me inclino a darle la razón. Quiere sangrarlo, pero me temo que eso lo mataría. ¿Ha dicho Crane algo?

—Está tan callado como los muertos —dijo Colin—. No se ha movido en toda la noche.

Nico asintió.

—Bien; tengo que visitar la bodega y las cocinas.

—¿Para qué? —le preguntó su amigo.

—Tan solo estoy siguiendo una corazonada. ¿Podéis Greymont y tú quedaros hasta que regresemos?

Ambos hombres asintieron.

—¡Princesa Imogen! ¡Gracias a Dios que estáis bien! —Cuando Seraphina se dio la vuelta, se encontró con Jocelyn, que se acercaba corriendo y jadeando hacia ella—. Estaba preocupadísima.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella mientras le tomaba las manos—. ¿Hay alguien herido?

—Se trata de Rose. Nina y yo no la encontramos por ninguna parte. La vi anoche antes de que se fuera a la cama. Parecía estar bien. He pensado que tal vez hubiese ido a… —Bajó la voz y le susurró al oído—. He pensado que tal vez hubiese ido a visitar a algún caballero.

—¿Estás segura de que no es así?

—He preguntado a los sospechosos habituales, pero nadie la ha visto.

Seraphina se giró hacia Colin.

—¿Estás seguro de que Crane no ha salido durante la noche?

—He estado despierto todo el tiempo. Le habría visto. Además, tengo la llave.

—Podemos buscar a Rose de camino a la cocina —le dijo Seraphina a Jocelyn. Se giró hacia Henry y Colin y posó la vista de manera enfática sobre la espada que el noble llevaba pegada a la cadera—. Volveremos tan pronto como podamos. Hagáis lo que hagáis, no dejéis que Crane salga de esta habitación.

CAPÍTULO 30

Nico miraba a sus espaldas de vez en cuando para asegurarse de que las mujeres estaban bien. La idea de que Crane hubiera hecho daño a Rose, que era tan delicada como la flor que le daba el nombre, hací

a que se retorciera de preocupación. Sin embargo, confiaba en que Colin no se hubiese quedado dormido y hubiese mentido al respecto. Además, tampoco había motivos para que Crane saltase desde una ventana o intentase escaparse de cualquier otra manera. Todo lo que quería estaba dentro de Eldridge Hall.

Seraphina tenía el ceño fruncido de preocupación y él intentó mantener el gesto tranquilo y calmado. Ella necesitaba que fuese fuerte, no que entrase en pánico. La noche anterior había estado dando vueltas en el colchón de paja, reviviendo todas las cosas horribles que le había dicho y, lo que tal vez fuese peor, el olor de su piel cuando le había besado las muñecas. Después, había imaginado cómo sería besarla de verdad, lo cual había demostrado ser nada más que un ejercicio fútil de deseo, especialmente cuando ella había exhalado con suavidad en medio del sueño.

Teniendo en cuenta los síntomas del rey, que incluían dolor de estómago y vómitos, Nico tenía una gran sospecha sobre qué era lo que lo aquejaba, pero no quería hacer acusaciones hasta no estar seguro. Un envenenamiento no solo implicaría a alguien cercano al rey, sino que significaría que tan apenas había esperanzas de que se recuperara.

Cuando llegaron a la bodega, todos se detuvieron en el umbral. Allí no había nada. Todo, hasta la última miga, había desaparecido al fin.

Nico se dirigió hacia uno de los rincones de la estancia y miró uno de los estantes. Tal como había sospechado, había un polvo blanco espolvoreado por la pared.

—¿Qué es? —preguntó Seraphina.

—Arsénico. Es un veneno para matar a las ratas.

—Sé lo que es el arsénico —dijo ella—, pero me sorprende que fuese necesario con todos los gatos. No he visto una rata desde antes de la plaga.

Nico sintió un vuelco en el estómago todavía peor. Mientras había vivido en la mansión Crane, gracias a la extensa biblioteca del señor, había estudiado los venenos. El arsénico era conocido como «el rey de los venenos» por un buen motivo: a lo largo de la historia se había usado para deshacerse de innumerables gobernantes, ya que no tenía ni olor ni sabor y era fácil de administrar.

—Tenemos que registrar la cocina. ¿Alguna idea de dónde vive el chef?

—La cocina también está vacía —dijo Jocelyn a su típica manera

sincera y directa—. Casi no nos queda nada de comida o de servidumbre. Parece que una gran cantidad de ellos se han marchado durante la noche y se han llevado toda la comida que quedaba. Pero puedo llevaros al ala de la servidumbre, que es donde vive el chef.

Caminaron durante un tiempo hasta un ala lejana del castillo en la que la gente de rango más bajo vivía en aposentos más antiguos y decorados con menor riqueza.

Nico llamó a la puerta del chef. Se dio cuenta del frío y el aire que hacía en aquella zona, lo cual explicaba por qué la nobleza no vivía allí. Tras varios minutos, el chef apareció. Tenía aspecto de acabar de despertarse de una siesta y no parecía complacido de ver a Nico.

—¿Qué queréis? —preguntó con un acento muy marcado que no pudo situar.

—Soy el príncipe Martin, el prometido de la princesa Imogen. Me preguntaba si podíamos hacerte unas cuantas preguntas.

El hombre, que parecía menos demacrado que los nobles, se limitó a resoplar. Nico miró por encima del hombro a Seraphina, que asintió y dio un paso al frente.

—Buenos días, chef.

Al ver a la joven y darse cuenta al fin de la gravedad de la situación, el hombre inclinó la cabeza.

—Buenos días, alteza.

Ella alzó la barbilla de aquel modo que Nico había creído que le resultaba tan natural. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que se estaba metiendo en el papel como un actor en medio de una obra de teatro.

—Necesito saber qué es lo que ha estado comiendo mi padre últimamente. Como tal vez hayas oído, está bastante enfermo.

El chef siguió de pie en la parte interior del umbral que conducía a sus aposentos, cambiando su cuerpo de posición como si quisiera impedir que vieran la habitación.

—Lo he oído, sí; un problema de estómago.

—Eso es; de ahí las preguntas sobre su dieta.

El hombre miró con rapidez a Nico y después a Seraphina.

—Los últimos días tan solo ha estado bebiendo caldo. No consigue tomar nada más sin vomitar.

—¿Y quién prepara el caldo?

—Yo mismo; preparo todas las comidas del rey.

Seraphina sonrió de forma magnánima.

—Excelente. Siempre ha sido un gran admirador de tus habilidades, igual que el resto de nosotros. ¿Te importaría decirme qué lleva el caldo?

—Principalmente huesos de pollo y verduras. Y condimentos, por supuesto.

Nico estuvo tentado de sacarse la botella de arsénico de los pantalones, pero temía que el chef dejara de contestar en cuanto se diera cuenta de que sabían que era culpable.

—¿Qué condimentos? —preguntó—. Nos gustaría inspeccionarlos para asegurarnos de que no hay nada rancio. Los síntomas del rey se limitan sobre todo al estómago, lo que me lleva a pensar que la causa es algo que está comiendo.

—¿Sois médico? —preguntó el hombre mientras miraba a Nico con suspicacia.

—Lo es —intervino Seraphina antes de que él mismo pudiera responder.

Tras aquello, el chef evitó mirarlo.

—El médico ha dicho que el rey está enfermo porque es mayor. A día de hoy, todo el mundo tiene mala salud.

—Y aun así, tú pareces robusto —comentó Nico mientras lanzaba una mirada a la barriga del hombre, que se pegaba a su túnica. De algún modo, había conseguido ganar peso mientras todos los demás morían de hambre.

—Siempre he sido un hombre grande; no tomo raciones extra de comida, si eso es lo que está insinuando. De todos modos, ahora mismo estoy ocupado. Discúlpenme.

El chef cerró la puerta de forma abrupta, lo que hizo que Nico se tambaleara hacia atrás y chocara con Seraphina.

—Eso no ha sido de gran ayuda —dijo Jocelyn a su espalda—. ¿Y ahora qué?

Nico cruzó los brazos sobre el pecho.

—Oh, hemos pillado a nuestro hombre. Y creo que sé quién es su cómplice.



—¿No deberíamos estar buscando a Rose? —preguntó Jocelyn mientras Nico las conducía de nuevo por el pasillo.

—Esto solo nos llevará unos minutos.

Se escondieron en un rincón y él se llevó los dedos a los labios. Allí había pocos faroles, por lo que el pasillo estaba oscuro y hacía mucho

aire. De pronto, Nico tuvo la sensación de que Eldridge Hall estaba tan lleno de secretos y escándalos como de salas y dormitorios. Cientos de personas implicaban cientos de mentiras. Todos mentían, incluso Seraphina. Incluso él mismo. Y estaba seguro de que el chef también tenía su parte.

Tal como había esperado, la puerta de la habitación del cocinero se abrió varios minutos después. De ella salió una figura que iba envuelta en una capa de terciopelo color borgoña que había visto colgada cerca de la puerta de la habitación. La mujer miró a ambos lados antes de darles la espalda y comenzar a recorrer el pasillo a toda prisa. Después de que doblara la primera esquina, Nico les hizo un gesto con la mano a Jocelyn y Seraphina para que avanzaran. La siguieron tan rápido y en silencio como fueron capaces.

La mujer los alejó de aquella vieja ala hacia los aposentos reales. Al principio, Nico temió que se dirigiera a la habitación del rey, pero pasó por delante. Extendió la mano para detener a Jocelyn y Seraphina. Sabía hacia dónde se dirigía la mujer y allí había sirvientes que sin duda se darían cuenta de que los tres iban siguiéndola.

—¿Qué ocurre? —susurró Seraphina. Su aliento le hizo cosquillas en la nuca y le encendió las mejillas, lo que, sin duda, era algo que no necesitaba en ese momento.

—Sé a dónde ha ido, pero me temo que solo deberíamos seguirla hasta aquí.

—¿Seguir a quién? —preguntó Seraphina.

—A la princesa Giselle.

—¿Giselle? —espetó la muchacha. Nico le posó un dedo sobre los labios para que bajara la voz—. ¿Cómo lo sabes? —susurró ella.

—He reconocido la capa —contestó él—. Y, sin duda, es la más… rellenita de tus hermanas.

—Dios mío —dijo Jocelyn mientras se llevaba una mano a la boca —. Sabía que era cruel, pero siempre ha sido tan protectora con el rey…

—¿De verdad? —preguntó Seraphina—. ¿O acaso todo este tiempo tan solo se ha estado protegiendo a sí misma?

—El chef es idiota si piensa que va a ganar algo al ayudarla —dijo Jocelyn—. No va a mejorar su posición, ya que ella ni siquiera es la siguiente en la línea de sucesión al trono.

De pronto, Jocelyn y Seraphina intercambiaron una mirada de miedo.

—Nina —dijeron al unísono.

—Voy yo —dijo Jocelyn—. Vosotros dos deberíais encontrar a Rose y aseguraros de que todo va bien con lord Crane.

—No quiero que vayas tú sola —comentó Seraphina—. No es seguro.

—Tendré cuidado. —La dama de compañía le dio un beso en la mejilla—. Solo… prométemelo…

Nico no estaba seguro de a qué se refería, pero era evidente que Seraphina sí.

—Te lo prometo.

—Dile a la princesa Nina que tenemos que reunir a todo el castillo —dijo Nico—. Todo el mundo tiene que saber lo del rey, la comida y Crane.

Cuando Jocelyn se hubo marchado, se giró hacia Seraphina.

—Y, después, tenemos que alejarnos de Eldridge Hall todo lo rápido que nos sea posible.

CAPÍTULO 31

La habitación de Crane estaba vacía. La única cosa fuera de lugar era un trozo de tela roja que había sido atado rápidamente en torno a un viejo clavo que había frente a la ventana.

—Llevaba horas sin oír a Crane —les explicó Colin—. He supuesto que estaría dormido pero, conforme avanzaba la mañana, me he preocupado. Henry y yo nos hemos colado dentro, pero esto es todo lo que hemos encontrado.

Seraphina miró a ambos hombres intentando no entrar en pánico. Todavía no habían encontrado a Rose.

—¿Qué significa la tela roja?

—Es algún tipo de señal —comentó Henry—. Tiene que serlo.

—¿Para Branson? —preguntó Nico.

—No sé para quién más podría ser —respondió Colin—. Lo siento. No he abandonado la puerta en toda la noche.

—No pasa nada —comenzó a decir Seraphina, pero Jocelyn la interrumpió.

—Tiene a Rose. Lo sé.

Con el estómago dándole un vuelco ante las palabras de su amiga, Seraphina regresó a los aposentos del rey. Se sintió aliviada al ver que los dos guardias que había allí no habían abandonado su puesto.

—No dejéis entrar a nadie que no sea el médico —les dijo—. Y, pase lo que pase, no dejéis que la princesa Giselle le dé nada de comer. Si regresa a estos aposentos, detenedla y mandadnos llamar de inmediato.

Los guardias, que habían sido entrenados para no mostrar gesto alguno, miraron a Nico en busca de confirmación. Ella soltó un resoplido de exasperación y se alejó antes de poder decir algo poco principesco.

Al menos, Jocelyn había encontrado a Nina. Estaba con lord Basilton, que le había pedido matrimonio la noche anterior. Habían enviado a los sirvientes para reunir a todos los lores y damas en el gran salón a las tres de la tarde, hora real. Entonces, al menos tendrían a todo el mundo en el mismo lugar y, si Dios quería, controlado.

—¿Cómo ha podido salir si la puerta estaba cerrada desde fuera? —preguntó Seraphina mientras se acercaba a la ventana para arrancar el trozo de tela. Si era una señal, tan solo podía significar que allí fuera había alguien con quien Crane se estaba comunicando. Parecía probable que se tratase de Branson, pero también era posible que hubiese otros. Miró por la ventana. Era imposible que Crane hubiese trepado fuera. Estaban a varios pisos de altura y los muros del castillo estaban muy escarpados. Tal vez un hombre renacido no tuviera que preocuparse por los huesos rotos, pero el polvo del alfeizar estaba

intacto.

—Tiene que haber algún pasadizo secreto —dijo Jocelyn en voz baja.

Todos se dieron la vuelta para mirarla.

—¿Un qué? —preguntó Seraphina.

—Los primeros reyes construyeron pasadizos entre las habitaciones, especialmente entre aquellas de las personas de alto rango. Eso permitía que el rey pudiera visitar a quien quisiera y cuando quisiera.

Por el rabillo del ojo, Seraphina se dio cuenta de que Nico se estaba sonrojando.

—¿Cómo sabes eso?

—Por otro sirviente. Nunca había oído que los hubiera en las estancias de los invitados, pero supongo que es posible.

Seraphina arqueó una ceja, pero no le preguntó nada más a su amiga. Tenía la clara sensación de que la propia Jocelyn había utilizado los pasadizos y no tenía sentido avergonzarla. ¿A quién habría visitado? ¿A la persona que le había hablado de la puerta del reloj?

—¿Significa eso que la habitación de Crane conecta de forma directa con la del rey? —preguntó Nico con brusquedad.

—Es posible —contestó la dama de compañía.

Él sacudió la cabeza.

—¿Cómo podría saberlo él?

—No es algo raro en los castillos; sobre todo en aquellos que son tan antiguos como este. Suele haber un mecanismo de apertura escondido en alguna parte.

Henry se dirigió a las paredes y comenzó a presionar ladrillos aleatorios. Sacó varios libros de una estantería y después se detuvo ante un tapiz que colgaba de la pared.

—Es probable que esté aquí detrás.

Apartó el tapiz de forma dramática y frunció el ceño ante la pared desnuda que había detrás.

—¿Y aquí? —preguntó Seraphina mientras levantaba una de las esquinas de una elegante alfombra tejida. La apartó varios centímetros y asintió. En efecto, habían construido una trampilla en el suelo.

—Bien hecho —dijo Nico mientras se agachaba junto a ella—. Ahora, la cuestión es si deberíamos ir a buscar a Crane o si deberíamos quedarnos aquí hasta que la princesa Nina haya tenido la posibilidad de reunir a todo el mundo.

—Vamos a tener que separarnos una vez más. —Henry volvió a la ventana y miró fuera—. Creo que las mujeres deberían quedarse aquí conmigo. Chambers y tú sois los que mejor conocéis a Crane y, si no estoy presente en la reunión, se notará mi ausencia.

Seraphina comenzó a protestar, pues no echarían en falta a Henry más que al príncipe Martin, pero Nico asintió.

—Por mucho que odie marcharme, estoy de acuerdo contigo.

—No puedes bajar ahí abajo —dijo Seraphina en voz muy baja para que los demás no la oyeran—. Es demasiado peligroso.

El ceño serio de Nico se suavizó.

—Lord Greymont tiene razón. Si podemos encontrar a Crane y matarlo, hará que la noticia de la enfermedad del rey resulte menos aterradora para todos. La princesa Nina explicará la falta de alimentos, pero podremos enviar sirvientes a buscar más. Debería permitirse que cualquiera que quiera marcharse de Eldridge Hall lo haga con la advertencia de que hay peligros más allá de los muros del castillo y que la gente está más segura si se queda aquí.

—Ten cuidado ahí fuera y date prisa en volver —dijo Henry mientras le tendía su espada a Nico—. Esperemos que no la necesites.

Seraphina apartó la alfombra y levantó la trampilla.

—Nico —dijo mientras él comenzaba a bajar la empinada escalera que conducía hacia abajo.

Él se detuvo y alzó la vista hacia ella.

—¿Sí?

—No hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo?

Él sonrió.

—Lo prometo si tú me prometes lo mismo.

Ella asintió y observó cómo desaparecía por el suelo. Cuando lo hizo, se sintió extrañamente abandonada.

En cuanto Colin hubo desaparecido, Henry bajó la trampilla y extendió la mano hacia el cerrojo que la dejaría cerrada desde aquel lado.

—¿Qué haces? —preguntó Seraphina mientras se disponía a detenerlo.

Él la miró.

—No queremos que Crane regrese por aquí.

—Pero podrías estar encerrando a Nico y a Colin con él.

—Pueden cuidar de sí mismos. Mi objetivo es protegeros a Jocelyn y a ti y eso exactamente es lo que pienso hacer. —Deslizó el cerrojo hasta que estuvo en posición—. En marcha. Tenemos que buscar a Rose.

Jocelyn y Seraphina intercambiaron una mirada mientras seguían a Henry fuera de la habitación. Se le hizo un nudo en el estómago mientras echaba un último vistazo por encima del hombro y cerraba la puerta tras de sí.

—Deberíamos ir primero a tu habitación solo en caso de que Rose haya ido allí a buscarnos —le dijo Jocelyn—. Y empaquetaremos cualquier pertenencia que quieras que nos llevemos con nosotras.

Seraphina le estrechó la mano. Pasara lo que pasara, estaban juntas en aquello.

—Henry, monta guardia frente a mis aposentos mientras Jocelyn y yo nos preparamos.

Al menos, no le discutió aquello.

—Muy bien; pero daos prisa. Son casi las tres y me gustaría localizar a Rose antes de la reunión.

En su habitación, Seraphina utilizó su capa más cálida para meter un fardo de ropa que incluía los pantalones y la túnica que había llevado en el bosque. Se quitó el vestido de muselina y se puso uno sencillo de lana que no solo era más abrigado, sino menos propenso a romperse. Después, se cambió las zapatillas por la opción más sensata de los zapatos de cuero.

—Toma —dijo mientras le lanzaba un vestido similar a Jocelyn—. Este será mejor para el bosque. Escapar no nos servirá de nada si nos morimos de frío la primera noche.

Jocelyn asintió y comenzó a cambiarse, pero desprendía una sensación de tristeza que Seraphina no creía que tuviera nada que ver con marcharse de Eldridge Hall.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mientras llenaba con rapidez un bolso de seda con sus joyas y pasadores más caros.

—¿Has pasado la noche con el señor Mott, verdad?

Seraphina suspiró.

—El señor Mott es un buen hombre. Y un caballero. No ha pasado nada entre nosotros, Jocelyn.

Ella bajó la vista.

—No quiero que te hagan daño; eso es todo.

Seraphina ató un nudo en el cordón de seda del bolso y lo colocó entre sus pertenencias. Quería a Jocelyn y sabía que ella también la quería.

—Ven aquí —dijo mientras abría los brazos para su amiga.

Se abrazaron durante un largo rato; lo bastante largo como para que Henry llamara a la puerta y les hablara con tono impaciente.

—¿Por qué os está costando tanto?

—Casi hemos terminado —contestó Seraphina mientras soltaba a su amiga—. Pase lo que pase entre yo y cualquier hombre, no cambiará mi amistad contigo.

Jocelyn se sorbió la nariz.

—Estoy asustada. No sé cuál será mi lugar una vez que nos marchemos de Eldridge. Durante casi cuatro años, he sido tu ayudante y compañera. Antes de eso, trabajaba para Imogen y, antes de eso, era la hija de mis padres. Nunca he sido independiente como tú. Nunca he estado sola.

Seraphina sacudió la cabeza.

—No era independiente antes de venir a Eldridge. Yo también era una niña. No conocía nada más allá de mi propia familia. Cuando vine aquí, estaba decidida a distanciarme de todo el mundo, a guardar mi corazón porque le pertenecía a las personas que había dejado atrás. Pero, poco a poco, tú te convertiste en mi amiga y no pude distanciarme del todo. Si no hubiera sido por ti, no habría sobrevivido a este sitio.

—Pero la parte más vergonzosa de mí misma teme que, una vez que nos marchemos, el señor Mott no vaya a alejarse de ti. Lo tendrás a él y ya no me necesitarás. Y la idea de no ser necesaria es aterradora.

Seraphina se quedó meditando sobre la confesión de Jocelyn un instante. Los últimos años, había estado tan centrada en las necesidades de aquellos que la rodeaban que nunca había pensado siquiera en cómo sería descubrirse libre de esas ataduras. El rey estaba desesperado por su amor y sus atenciones. Giselle, Nina y Rose necesitaban que fuese la hermana que habían perdido. Henry la había necesitado como un medio de escapar. Mientras tanto, ella nunca había creído que necesitase a nadie de Eldridge. Pero sí necesitaba a Jocelyn; ahora más que nunca. Le dio un beso en la frente y tiró de ella para que se pusiera en pie.

—Vamos; tenemos que encontrar a Rose. Ahora mismo, ella sí nos necesita.

CAPÍTULO 32

Colin y Nico llevaban bastante rato siguiendo la escalera hacia abajo cuando al fin llegó a su fin. Estaba tan oscuro que no podían ver nada y tenían que depender por completo de sus otros sentidos para abrirse paso. Nico recordó cómo, en una ocasión, Crane había hecho referencia a su excelente visión nocturna. Debía de ser un efecto secundario de lo que quiera que lo hubiese convertido en aquello o, tal vez, sencillamente formase parte de lo que era ahora tal como ocurre con los depredadores que tienen la habilidad de cazar durante la noche.

—No creo que esto conduzca a los aposentos del rey —dijo Colin mientras seguían caminando—. A estas alturas debemos estar bajo tierra.

—Estoy de acuerdo. Lo que significa que es probable que este túnel conduzca al exterior, así que… ¿cuál es nuestro plan para cuando lleguemos?

Su amigo se quedó callado un momento.

—Bueno, tenemos que matar a Crane, ¿no? Y a Branson si se da el caso.

Nico sintió ácido en el estómago al pensarlo. Despreciaba a Branson, pero matar a un hombre no era lo mismo que matar a un monstruo.

—De acuerdo.

Con el tiempo, pudieron sentir una ráfaga de aire frío que se acercaba a ellos por el túnel y, al final, unos haces torcidos de la luz del día atravesaron la oscuridad. El túnel acababa en un enrejado que daba a la parte trasera del castillo. Colin empujó los barrotes de metal y el enrejado se abrió de golpe sobre los goznes rotos. Aquella era una señal clara de que Crane había salido por allí.

Salieron a la luz del día con las espadas en alto, pero allí no había nadie. Siguieron con cautela el muro que rodeaba el castillo hasta que llegaron a la grieta por la que habían entrado. No había ni rastro de Crane o de Branson.

—No puedo evitar sentir que, en cuanto pongamos un pie fuera de estos muros, Crane tendrá ventaja —dijo Colin—. Es más fuerte que nosotros y, odio tener que decirlo, pero estoy bastante seguro de que también es más inteligente.

—Tienes razón en ambas cosas, pero no tenemos otra opción. Nos hemos quedado sin comida. No podemos quedarnos en Eldridge Hall y no podemos dejar que nadie se marche hasta que no sepamos que es seguro.

—Pero ¿qué pasa si nunca llega a ser seguro para los inmaculados? ¿Qué pasa si las cosas son así ahora: por un lado los inmunes y por otro los renacidos? Una vez que maten a todos los inmaculados, los

renacidos no tendrán nada que comer más que ciervos y ardillas y, tal vez, podamos matarlos de uno en uno. Pero ¿cómo podrían los inmaculados sobrevivir ahí fuera?

Nico sacudió la cabeza.

—No lo sé; supongo que aquellos que tenemos inmunidad tendremos que hacer todo lo que esté en nuestras manos para proteger a aquellos que no pueden defenderse por sí mismos.

Colin arqueó una ceja.

—¿Es posible que estés hablando de cierta chica de melena rojiza?

Nico todavía no le había hablado a su amigo de Seraphina. No le parecía que fuese asunto suyo revelar aquel secreto.

—La princesa Imogen tan apenas necesita mi ayuda.

Pero, mientras lo decía, supo que sí había pensado en ella. Tal vez no necesitase que la defendiera, pero solo Dios sabía que necesitaba a alguien que estuviera de su parte. Era evidente que Jocelyn era una amiga leal, pero ella tampoco sabía nada del mundo exterior.

O tal vez Nico tan solo quisiera creer que podría serle útil a alguien como Seraphina.

Finalmente, respiró hondo, alzó la espada y atravesó la grieta. Al otro lado del campo abierto, el bosque se alzaba oscuro y aciago.

Cruzaron el campo uno al lado del otro, abriéndose paso entre la hierba muerta en silencio. Nico no dejaba de pensar en Seraphina y en lo que estaba ocurriendo en el castillo. Le había preocupado que Greymont insistiera en quedarse con las damas, pero no había podido discutir su planteamiento y, además, todavía se sentía responsable por la presencia de Crane en la fortaleza.

Sabía que Seraphina podía cuidarse sola, pero cada vez que recordaba la promesa de su señor de matarla, no podía evitar que lo asaltara el miedo. Puede que Crane fuese un monstruo, pero era un monstruo que cumplía con su palabra.



Conforme se acercaban a los primeros árboles, Nico se llevó la espada al hombro, listo para atravesar cualquier cuello con el que pudiera toparse. Sin embargo, el bosque estaba tranquilo y solo se oía

el ruido ocasional de algún pájaro o alguna criatura pequeña removiéndose entre los arbustos.

Estaban entre las profundidades de los árboles cuando Nico sintió la presencia de algo diferente. Colin debía de haberlo sentido también, porque se quedó petrificado junto a él.

La chica se había acercado a ellos con tanto sigilo que no estaba seguro de cómo habían notado su presencia, más allá de por la forma en la que los estaba observando. Había algo en su mirada que hizo que se le erizara el vello. Sin embargo, bajó la espada cuando vio que no era más que una chica de unos trece o catorce años, ataviada con un vestido sucio. Tenía las mejillas manchadas de suciedad y llevaba el pelo largo y grasiento. Sin embargo, iba desarmada y era obvio que estaba asustada.

Nico dejó la espada en el suelo y le indicó a Colin con un gesto que hiciera lo mismo.

—¿Estás bien? —le preguntó a la chica—. ¿Te has perdido?

Ella sacudió la cabeza y respondió con una voz dulce y clara.

—Tan solo estaba buscando comida, señor. ¿Vienen del castillo?

Nico miró a su alrededor con el presentimiento de que debía de haber alguien más. Tal vez Crane hubiese estado usando a la chica como distracción. Sin embargo, el bosque estaba tranquilo; tanto que casi resultaba antinatural.

—Así es —contestó al fin—. Hemos venido a buscar a un hombre llamado Crane. ¿Lo has visto?

Asustada, la niña abrió los ojos de par en par como si reconociera el nombre, pero contestó:

—No, señor.

—¿Dónde está tu familia?

—Están todos muertos, señor.

Un escalofrío recorrió la columna de Nico.

—¿Vives sola aquí en el bosque?

La chica sacudió la cabeza.

—No; vivo en una casita que está justo allá. —Señaló hacia las profundidades del bosque—. ¿Quiere verla?

Nico se dijo a sí mismo que no era más que una niña. No había motivos para estar preocupado. Sin embargo, había algo en ella que lo asustaba. El hecho de que hubiera invitado a dos hombres desconocidos a que la siguieran no tenía sentido.

—Ahora mismo, no. ¿Cómo te llamas?

Se lamió los labios y miró hacia un lado con nerviosismo.

—Me llamo Dalia.

Nico sonrió para mostrarle que no pretendía hacerle daño.

—Yo soy Nico y este es mi amigo Colin. ¿Necesitas ayuda?

—No, señor; pero me preguntaba si podría decirme cómo entrar al

castillo.

A Nico se le pusieron los pelos de punta en la nuca y la piel de los brazos de gallina. Lanzó una mirada de preocupación a su amigo.

—¿Por qué quieres entrar al castillo?

—Estoy buscando a alguien —dijo la chica mientras pasaba la mirada entre ambos—. Se llama Seraphina.

CAPÍTULO 33

Seraphina, Jocelyn y Henry no encontraron ni rastro de Rose en sus aposentos, aunque tampoco es que hubieran esperado hacerlo. A continuación, fueron a la biblioteca, donde se habían reunido Nina, lord Basilton y un grupo considerable de lores y damas. Giselle, por el contrario, no estaba por ninguna parte.

—¿Entiendes lo que tienes que hacer, Nina? —preguntó Seraphina mientras se sentaba en un sofá a

su lado.

La princesa asintió. En su favor había que decir que se había tomado todo con el mismo estoicismo que cuando habían roto la ventana que había estado a su lado años atrás.

—Tengo que explicar que padre está enfermo y que nos hemos quedado sin comida. También debería advertir a todos de que, al otro lado del castillo, en el bosque, hay lobos y no es seguro salir a solas.

—Exacto —dijo Seraphina—. Nadie debería adentrarse solo en el bosque. Cualquiera que lo haga debe ir armado, preferiblemente tanto con espadas como con pistolas. Y cualquiera que desee quedarse tendrá que responsabilizarse de sí mismo. Los sirvientes que quedan son libres de marcharse si así lo desean. No podemos seguir esperando que se ocupen de nosotros cuando no queda comida aunque, teniendo en cuenta los peligros del exterior, pueden quedarse en el castillo.

La dama de compañía de Nina no se mostró tan impasible como la princesa. Parecía como si fuese a vomitar.

—No lo entiendo. ¿Qué ha pasado con toda la comida?

—Nos la hemos comido —dijo Nina—. Se ha acabado toda. Sabíamos que, con el tiempo, esto acabaría pasando. Es solo que no queríamos admitirlo.

La mujer retorció un pañuelo entre las manos temblorosas.

—¿Quién nos mantendrá a salvo? La mayoría de los guardias ya se han marchado.

—Lord Basilton nos protegerá —contestó Nina mientras lo buscaba con la mirada al otro lado de la habitación.

—Pero vais a ser reina. Vais a ser una reina sin nadie sobre quien reinar. ¿Adónde iremos?

—Shhh —dijo Nina mientras le acariciaba la cabeza—. El castillo sigue siendo seguro. Lleva aquí cientos de años y ha sobrevivido a guerras y asedios. Todo irá bien.

La dama pestañeó. Parecía algo más aliviada. Intentó dibujar una sonrisita; al parecer, descubrió que la prefería a las lágrimas y alisó el pañuelo.

Seraphina estrechó la mano de Jocelyn, pero permaneció en silencio. La idea de quedarse en Eldridge hacía que se mareara, pero no era su hogar. A diferencia de Nina, no había pasado toda su vida

allí. Además, Nina iba a ser reina. Tenía sentido que se quedara en el castillo.

Al fin, el reloj marcó las tres y el grupo de gente que se había reunido en la biblioteca comenzó a abrirse paso hacia el gran salón. Los murmullos sobre la enfermedad del rey corrían por todas partes, pero nadie había mencionado el asunto de la comida. Seraphina observó cómo Nina se ponía en pie con toda la dignidad que pudo aunar. Sin embargo, tenía los labios fruncidos en una línea sombría.

Cuando llegaron al salón, estaba más iluminado de lo que Seraphina lo hubiese visto jamás y, en ese momento, descubrió que, a plena luz del día, era una habitación como cualquier otra, solo que con un enorme reloj de obsidiana en un extremo. No iba a echar de menos Eldridge Hall. No iba a echar de menos a ninguna de las personas que había allí. Sin embargo, tampoco podía imaginar que acabara en ruinas. Esperaba que Nina fuese mejor reina de lo que ella o Giselle habían considerado.

La princesa caminó hasta el frente del salón y se aclaró la garganta.

—Buenas tardes. Me temo que no nos reunimos en las mejores circunstancias, pero debo hacer un anuncio importante. La mayoría sabéis que el rey está muy enfermo. No se está recuperando con tanta rapidez como habíamos esperado, pero sigo rezando para su plena recuperación, tal como deberíamos hacer todos. —Nina miró a Seraphina. Aquello no formaba parte del guion, pero no podía culparla por aferrarse a la esperanza—. Lo que puede que no sepáis es que Eldridge Hall se ha quedado al fin sin provisiones. —Tan solo hizo una pausa un instante, ignorando los jadeos y los gritos procedentes de la multitud que se había reunido. Un bebé lloró y una mujer lo arrulló—. Esto es una contingencia para la que todos deberíamos habernos preparado. Sé que os habéis percatado de nuestros números menguantes. Muchos sirvientes ya se han marchado sin permiso. —Aquello arrancó una serie de maldiciones y abucheos de algunas personas; probablemente otros sirvientes. Si Nina quería que alguien le fuese leal, aquella era la manera equivocada de abordarlo—. Por desgracia, parece que ahora todos tendremos que aprender a cuidarnos solos. Es cierto que hemos sido afortunados de sobrevivir tan bien como lo hemos hecho durante tanto tiempo. Tenemos que darle las gracias por eso a nuestro rey. Sin duda, muchos de nosotros habríamos fallecido si no hubiera sido por él.

»Os pido que, por favor, mantengáis la calma y toméis una decisión con respecto a cómo vais a proceder de ahora en adelante con todo el cuidado y la seriedad posibles. Una vez que os marchéis de Eldridge, no podréis regresar. He sido informada de que hay muchos peligros en los bosques, incluyendo lobos que devoran a seres humanos.

Mientras Nina procedía a explicar lo que habían comentado con respecto a las armas y las precauciones, por el rabillo del ojo, Seraphina se dio cuenta de que había un pequeño alboroto. Se estaba formando un tumulto entre la gente mientras alguien se abría paso a empujones.

Henry se dio cuenta a la vez que ella y se apresuró a acercarse a Nina como si fuera a protegerla, aferrando a un costado una espada nueva que había tomado de la armería. ¿Acaso Crane seguía allí? Seraphina se llevó una mano al cuchillo y con la otra buscó a Jocelyn.

Sin embargo, un momento después, la princesa Giselle apareció al frente de la muchedumbre, flanqueada por dos guardias: los mismos que habían vigilado la entrada a los aposentos del rey. Seraphina chirrió los dientes, frustrada. No habían sido capaces de encontrarla y ahora resultaba evidente que los guardias ni siquiera se habían planteado la orden que les había dado. Giselle debía de haberlos comprado. El chef, sin embargo, no estaba por ninguna parte.

—Giselle —dijo Nina con voz suave—, ¿ocurre algo?

La susodicha se colocó frente a su hermana, pero no se dirigió a ella.

—Me temo que traigo noticias tristes. El rey Stuart ha muerto tras nombrarme su heredera.

Nina se tambaleó como si la hubieran golpeado.

—¿Qué?

Giselle se inclinó hacia ella y le habló en voz baja.

—Vamos, hermana, deberías darme las gracias. Ambas sabemos que no puedes gobernar. —Después, se giró hacia la multitud—. Ahora, yo soy la reina y nadie va a salir de este castillo.

Seraphina no pudo contenerse más.

—No entiendes lo que…

Giselle le hizo un gesto a alguien de entre el gentío y otro guardia dio un paso al frente junto con el chef.

—Arrestad a esta impostora —dijo en un tono de voz que sonó lo bastante alto como para que todo el mundo la oyera—. Así es: esta chica no es mi hermana. Es una charlatana que asesinó a la princesa Imogen y ocupó su lugar.

—¡Imposible! —exclamó alguien.

—¿Cómo podríais confundir a vuestra propia hermana? —gritó otra persona.

Seraphina tan apenas los oyó. Llevaba el corsé demasiado apretado, la vista se le estaba nublando y el guardia casi estaba sobre ella.

—Magia negra —dijo Giselle. Ni siquiera tuvo que gritar, ya que ahora tenía la atención de todo el mundo—. Esta chica es una judía. Todos sabemos de lo que son capaces.

Seraphina pudo notar cómo los ojos de toda la sala se dirigían a ella. El agarre de Jocelyn se hizo más fuerte. Henry, que estaba a su otro lado, titubeó y ella se preparó para su reacción. Sin embargo, para su sorpresa, le rodeó la cintura con un brazo y la sostuvo.

—Tenemos que sacarte de aquí.

Giselle estaba a punto de darse la vuelta de nuevo hacia la multitud cuando algo golpeó la ventana que estaba tras ella con un fuerte crujido. El objeto cayó al suelo bajo una lluvia de cristal tintineante. Procedía del exterior del castillo.

Hubo más jadeos y gritos ahogados entre los reunidos y el bebé empezó a llorar de nuevo con un vigor renovado. Sin embargo, Nina, que permanecía notablemente imperturbable, se agachó y recogió el objeto: una piedra envuelta en tela.

—Lleva tu nombre —le dijo a Seraphina.

Henry tomó la piedra y la desenvolvió. Su rostro palideció antes de tendérsela a ella. De pronto, se sentía muy despierta.

«Os prometí algo de diversión, princesa Imogen. Ha llegado el momento de jugar».

Dobló el trozo de tela con el mensaje y se acercó a la ventana para mirar al patio. Todo parecía tan vacío y desierto como siempre pero, entonces, un movimiento junto al patíbulo captó su atención.

—Hay alguien ahí fuera —les dijo en voz baja a Jocelyn y a Henry.

—Dile a todo el mundo que vaya a sus habitaciones y que atranquen las puertas —le dijo él a Giselle.

La mirada de la joven se endureció de indignación.

—¿Y quién eres tú para decirle a la reina lo que tiene que hacer?

—No eres la reina —le respondió con un gruñido—. Puedes hacer lo que te digo o morir.

Por un instante, el gesto de Giselle titubeó.

—¿Qué?

—Mientras hablamos, hay monstruos en el exterior del castillo. Se están preparando para cazarte, desgarrarte la garganta y dejarte sin sangre.

La muchedumbre comenzó a moverse, inquieta, sin saber muy bien qué creer.

—Cuidado —dijo Seraphina en voz baja aunque con los ojos seguía estudiando el patio—. Ahí, junto al agujero que hay en el muro.

Un hombre con el cabello oscuro quedó a la vista. Lo más probable es que se tratase de Branson, el tipo que trabajaba para Crane. Hizo un gesto con el brazo y, un momento después, una persona que Seraphina no reconoció atravesó el muro. Después otra y otra más.

—Hay muchos más de los que pensábamos —le dijo a Henry por encima del hombro. Miró a Giselle que, al fin, parecía estar comprendiendo la seriedad de la situación, ya que se estaba quedando

sin sangre en el rostro—. Rápido; cierra tu puerta y no le abras a nadie.

Por un instante, Giselle la miró, pestañeando. Después, sacudió la cabeza como si quisiera despejarse y se giró hacia el gentío.

—¡Corred a vuestras habitaciones! ¡Atrancad las puertas!

Henry gritó a los tres guardias de Giselle.

—Este reloj conduce al exterior. Protegedlo con vuestras vidas. No dejéis que entre nadie. Si lo hacen, cortadles las cabezas. Y haríais bien en hacer caso de lo que os digo en esta ocasión. —Corrió hacia la pared de las armas y les hizo un gesto con la mano a los demás para que hicieran lo mismo—. ¡Hay más espadas en la armería! —gritó.

Otra piedra golpeó una ventana y rebotó. Una mujer gritó.

—Está comenzando —dijo Jocelyn con la voz hueca.

Seraphina se tragó la bilis que le había subido a la garganta. Aquello tan solo podía significar que Nico había fracasado. Crane seguía vivo y venía a por ella.

CAPÍTULO 34

—¿Quién es Seraphina? —le preguntó Colin a Nico, que estaba contemplando a la chica, preguntándose cómo conocía a Seraphina. Era evidente que debía de ser de antes de la plaga, pero ¿cuántos años habría tenido aquella muchacha en aquel momento? ¿Nueve? ¿Diez?

—La princesa Imogen es Seraphina —contestó Nico, lo que hizo que recibiera las miradas confusas tanto de su amigo como de la chica —. Las princesas la secuestraron para que suplantara a su hermana muerta. —Se giró hacia la niña—. ¿Eres familia suya?

Ella volvió a mirar hacia un lado.

—Yo no…

—No pasa nada —dijo Nico mientras se encorvaba un poco para mirarla a los ojos—. Está a salvo. Por ahora. ¿La conociste antes de la plaga? —La chica asintió, pero no dijo nada más. Nico se dio cuenta de que, si también era judía, tal vez tuviera demasiado miedo de decírselo—. Ya veo. ¿Estás segura de que no sabes quién es Crane?

—Es importante —insistió Colin—. Tienes que contárnoslo por el bien de Imo… de Seraphina.

En ese momento, los ojos empezaron a llenársele de lágrimas y Nico estuvo más seguro que nunca de que sabía más de lo que dejaba ver.

—Me prometió que, si le ayudaba, no le haría daño.

A Nico le dio un vuelco el estómago.

—¿Quién? ¿Crane?

Ella asintió mientras las lágrimas comenzaban a correrle por las mejillas.

—Lo siento. ¿Va a estar bien?

«Mierda». Así que ahora Crane estaba usando niños para conseguir sus objetivos. ¿Acaso podía caer más bajo?

—¿Con qué le has ayudado, Dalia?

—Me encontró una noche en el bosque cuando estaba… Me encontró y me dijo que era amigo de gente que estaba dentro del castillo y que tenía otros amigos que vivían cerca. Dijo que todos juntos iban a darle una sorpresa a los amigos que tenía dentro de la fortaleza, que tan solo necesitaba que fuera a avisar a los demás. Me mandó a buscarlos.

—¿Qué amigos? —preguntó Nico mientras el corazón comenzaba a martillearle contra el pecho.

—Amigos como lord Crane. Viven en una casa grande que no está muy lejos de aquí.

—¿De quién es la casa?

—No lo sé con exactitud. —Dalia se lamió los labios agrietados con nerviosismo—. No sois como lord Crane.

—¿Te refieres a que no somos… renacidos? —La chica asintió—.

No; somos inmunes. Sin embargo, Seraphina no lo es y por eso es tan importante que nos cuentes todo lo que necesitamos saber para evitar que Crane le haga daño.

—Pero él me prometió que mantendría a salvo a todas las damas del castillo.

—¡Te mintió!

Colin alzó las manos al aire, frustrado, y Dalia se puso histérica.

—Ya basta, Colin —gruñó Nico—. La estás asustando todavía más. —Atrajo a la chica entre sus brazos y la abrazó durante un instante—. Ahora todo va a ir bien. Vamos a ayudarte, pero tienes que decirnos lo que sabes. ¿Puedes hacerlo?

Al final, tras varios suspiros temblorosos, Dalia asintió.

—Creo que sí.

—Bien. Entonces, cuéntanoslo todo lo más rápido que puedas. Seraphina depende de ti.



Nico y Colin se sentaron en silencio, pensativos, asimilando todo lo que Dalia les había contado.

Crane había estado en contacto con otros renacidos. Era a ellos a quienes había estado escribiendo aquella tarde en el estudio en la que le había mostrado a Nico el retrato de su esposa. Y la casa de Elisabeth, en la que supuestamente la había dejado, seguía habitada, aunque no por su familia. Allí había un grupo de renacidos. Adrien Arnaud había estado con ellos durante un tiempo, pero era un bala perdida, un cazador descuidado que no siempre compartía con el grupo sus matanzas. Aunque podían sobrevivir a base de animales vivos, cuanto más tiempo pasaban sin sangre humana, más débiles se volvían.

Dalia estaba sentada en un tronco frente a ellos con el rostro pálido allí donde las lágrimas habían surcado la suciedad y la mugre.

—Mataron a toda mi familia en una masacre poco después de que se llevaran a Seraphina —les explicó—. Casi todos los judíos fueron asesinados excepto por los pocos que pudimos escapar. —Nico se esforzó por mantener un gesto tranquilo, pero en el interior bullía de

rabia. Cuántas muertes sin sentido entre tantas otras—. Corrí todo lo lejos que pude pero, tras unas pocas semanas, regresé en busca de supervivientes. Sabía que se habían llevado a Seraphina al castillo, pero no sabía por qué. Para entonces, todo estaba tapiado con maderos y pensé que estaría muerta o lo estaría pronto. Pero entonces vi la luz en la torre.

Cuando Nico se dio cuenta de lo que estaba diciendo, el corazón le dio un vuelco.

—¿Sabías que era Seraphina? —le preguntó.

Ella sacudió la cabeza, lo que hizo que el pelo enmarañado le cayera sobre los ojos.

—No; no estaba segura, pero no podía imaginar qué otra persona podría estar allí arriba si no era un prisionero. Así que vine todas las noches a la hora del ocaso solo para asegurarme de que seguía ahí. Al menos así, mientras siguiera viendo la luz, sabía que alguien seguía vivo.

—Era ella —dijo Nico, que todavía no podía creérselo—. Estaba allí. Puede que te viera.

Dalia resopló con los ojos resplandecientes de esperanza.

—Crane me encontró hace no mucho. Estaba viviendo sola en una casa abandonada y, al principio, pensé que había venido a matarme. Pero, entonces, me prometió que había otros como yo: judíos que habían escapado de los pogromos de otras ciudades —añadió rápidamente—. Así que me marché con él.

Nico suspiró.

—Colin tenía razón: te mintió. Está intentando entrar al castillo para tener acceso a los inmaculados que viven allí. —De forma inconsciente, su mirada se desvió a las muñecas de la chica, pero las mangas le cubrían la piel pálida—. Seraphina se alegrará mucho de saber que estás viva y bien.

Dalia se mordió el labio inferior, que llevaba en carne viva, con los dientes.

—Debió de preocuparse dado que dejé de venir.

—¿Dónde está lord Crane ahora? —preguntó Colin con más delicadeza esta vez.

—Ha ido al castillo —admitió Dalia—. Se ha llevado a sus amigos consigo. Ha dicho que iban a liberar a la gente, ya que el rey Stuart los tenía presos. Sabía que al menos eso era cierto gracias a los maderos de las ventanas y los cierres de las puertas.

—¿Cómo es que no los hemos visto? —le preguntó Nico a Colin—. ¿La habrá enviado Crane para distraernos?

—Se mueven de manera muy silenciosa cuando quieren —dijo Dalia—. ¿Me llevaréis con vosotros? Lord Crane me matará si descubre que os he contado todo esto.

—Crane no va a hacerte daño —le prometió Nico—. Y, sí, vendrás con nosotros. Pero, ahora mismo, tenemos que rescatar a Seraphina. ¿Ha salido todo el mundo de la casa en la que habéis estado viviendo?

—Todos menos el resto de los niños. Se suponía que yo debía quedarme con ellos, pero quería ser la primera en saludar a Seraphina cuando saliera.

Nico suspiró. Si había otros niños inmunes viviendo con Crane, eso lo complicaría todo.

—Quiero que regreses a la casa y nos esperes allí —dijo Nico—. Iremos a buscarte en cuanto tengamos a Seraphina. ¿Puedes indicarnos el camino?

Dalia asintió y les hizo el boceto de un mapa en la tierra. Cuando estuvieron seguros de que serían capaces de encontrar la casa, se despidieron y la chica se dirigió de vuelta al bosque.

—Si todos los renacidos se han reunido en Eldridge Hall, estamos ante una mala situación, Nico —dijo Colin.

—Lo sé; pero lo único que tenemos que hacer es llegar hasta Seraphina. Si no quieres volver a entrar, lo entiendo. Podrías esperarme aquí, en el bosque.

Colin se rio.

—Como si fuese a permitir que entraras ahí dentro solo.

Eran bien entrada la tarde y el sol se pondría en un par de horas. En la oscuridad, los renacidos tendrían una clara ventaja. Cómo deseaba haber llevado a Seraphina con ellos… Pero, dado que estaba atrapada en el castillo y él estaba allí fuera, iba a encontrar la manera de rescatarla tanto si le gustaba como si no.

CAPÍTULO 35

—¿Dónde vamos? —preguntó Joce

lyn mientras corrían por el castillo detrás de Henry. Marcharse no era una opción. A esas alturas, todo el castillo estaba rodeado. Al menos cincuenta personas habían atravesado el agujero del muro. Tenían que suponer que todos ellos eran renacidos.

—Tiene que ser algún sitio que pueda cerrarse desde el interior —dijo Seraphina—. Algún lugar con muebles pesados que podamos usar como barricada en la puerta. Y, preferiblemente, algún lugar con una ruta de escape alternativa.

—Podríamos volver a la habitación de Crane —dijo Henry por encima del hombro.

—Pero él sabe lo del túnel. Por lo que sabemos, intentarán entrar de ese modo.

—Qué bien que lo haya dejado cerrado, ¿no? —contestó él de forma engreída.

—¿Era eso necesario ahora?

—Si una habitación ha de tener una ruta de escape, es la del rey —dijo Jocelyn.

Henry se estremeció.

—Pero el cadáver del rey estará allí.

—Ni siquiera estamos seguros de que esté muerto —jadeó Seraphina—. No voy a creer nada de lo que diga Giselle hasta que no lo vea con mis propios ojos.

—¿Y si sí lo está? —insistió el noble.

—Entonces, toda la habitación del rey estará impregnada del olor de la muerte. Tal vez eso enmascare mi aroma. Jocelyn y tú parecéis tener inmunidad.

Doblaron la esquina del pasillo que conducía a los aposentos del monarca. La mayoría de la gente parecía haber regresado a sus propias habitaciones. Hombres y mujeres frenéticos que, probablemente, vivirían más lejos, en las profundidades del castillo, corrían por los pasillos comprobando las puertas y gritando de frustración cuando descubrían que ya estaban cerradas.

Por suerte, nadie había sido lo bastante descarado como para intentarlo en las estancias del rey a pesar de que los guardias las habían abandonado. El médico estaba dentro con la cabeza inclinada sobre el soberano. Cuando entraron, alzó la vista, ajeno a lo que estaba ocurriendo en otras partes del castillo.

Seraphina se quedó petrificada.

—¿Está…?

El hombre asintió y ella sintió un dolor hueco en el pecho. Se acercó con lentitud. No estaba segura de querer ver un cadáver, pero sentía que necesitaba pasar página.

Sobre aquella cama enorme, el rey Stuart parecía frágil e insustancial. Sin embargo, alguien le había cerrado los ojos y podía imaginarse que estaba durmiendo. De hecho, se dio cuenta de que aquella era la primera vez en semanas que lo veía sin arrugas de estrés en torno a los ojos. Debía de haber estado soportando un dolor constante. Tan solo esperaba que Giselle le hubiera permitido morir pensando que Seraphina era Imogen; que no hubiera intentado arrebatarle eso también.

Le dio un beso en la frente, tal como había hecho muchas veces, y le dio la espalda.

Mientras Henry y Seraphina comenzaban a obstruir la puerta, Jocelyn le explicó todo al médico. Cuando hubieron movido todos los muebles pesados que pudieron encontrar, Seraphina empezó a buscar una ruta de escape en la habitación. El médico estaba de acuerdo en que tenía que haber al menos una.

—Tendría que haber una manera de que el monarca y la familia real escaparan, probablemente a través de un túnel, en caso de que algún invasor atacara el castillo.

El doctor Lemin estaba buscando detrás de los libros, los cuadros y los tapices con Henry y Jocelyn. Seraphina apartó todas las alfombras del suelo pero, por el momento, no encontró nada.

Fue hasta la salita del rey, que seguía decorada de verde después del baile de máscaras de su cumpleaños. Tras la fiesta, nadie había vuelto a poner los tablones sobre las ventanas, pero en ese momento deseó que lo hubieran hecho. Se arrastró hasta el ventanal más grande y echó un vistazo desde detrás de la cortina. Abajo, la gente iba de un lado para otro, pero estaban a varios pisos de altura, por lo que sería imposible alcanzarlos sin una escalera muy larga.

Justo cuando iba a apartarse de allí, alguien entró en su campo de visión. Estaba lejos, pero era imposible confundir el pelo oscuro, la piel pálida y los labios carnosos de Crane. Se agachó demasiado tarde. Él le había sonreído y, ahora, sabía con exactitud dónde se encontraba.

Con el corazón palpitándole con fuerza, registró la habitación verde de arriba abajo en busca de una ruta de escape. Tenía que haber alguna en alguna parte. Al fin, mientras las lágrimas de pánico le inundaban los ojos, apartó una alfombra pequeña y dio un grito de alivio.

—¡La he encontrado! —gritó.

Los otros entraron corriendo en la habitación. Allí había una trampilla similar a la de la habitación de Crane.

—¿Nos marchamos ahora? —preguntó Henry.

Ella negó con la cabeza.

—Ahí fuera hay muchos y no sabemos adónde conduce esto. Creo

que deberíamos esperar aquí todo lo que podamos.



El médico, que era más un hombre de Dios que de ciencia, parecía incapaz de comprender el concepto de los renacidos que Henry le había explicado ya varias veces. Jocelyn pasaba de dar vueltas por la habitación a encargarse del aspecto de Seraphina. En aquel momento, eso era lo que menos le preocupaba, pero la distraía menos que los paseos de su amiga.

Un grito procedente del pasillo interrumpió el silencio y Seraphina se incorporó de golpe, olvidando que Jocelyn estaba en proceso de trenzarle el cabello, por lo que, con el movimiento repentino, estuvo a punto de perder un mechón del mismo.

—Ay, Dios… Están aquí —dijo Jocelyn—. ¿Qué hacemos?

Hubo otro grito y Seraphina se llevó la mano al cuchillo. En un rincón, el médico comenzó a rezar en voz baja.

La puerta se sacudió de manera tan repentina que todos dieron un respingo.

—Calma. La barricada aguantará —dijo Henry en voz baja.

La puerta volvió a sacudirse, pero no cedió. Estaba cerrada y atrancada. Haría falta un ariete para abrirla.

—Princesa —dijo una voz—, sé que estáis ahí dentro. Os he visto a través de la ventana.

Henry le lanzó una mirada furiosa por encima del hombro, pero incluso él se dio cuenta de que no era el momento para soltarle una reprimenda.

—¿Es Crane? —susurró.

—Así que el rey está muerto de verdad —continuó el renacido—. Qué lástima que no haya podido comérmelo, aunque estaba tan lleno de arsénico que dudo que hubiera resultado una comida satisfactoria.

Jocelyn comenzó a sollozar junto a Seraphina, que le pasó un brazo por los hombros.

—No pasa nada —susurró—. Todo va a salir bien.

—Todavía no he encontrado a las otras princesas, pero lo haré. Me he prometido a mí mismo que disfrutaría de una princesa antes de que

se acabara el día. —Seraphina suspiró de alivio. Al menos Rose y Nina seguían vivas. Se hizo un silencio. Después, la puerta volvió a sacudirse, esta vez con más fuerza—. Más os valdría dejarme entrar. De un modo u otro, vais a morir, y morirse de hambre no es una bonita forma de hacerlo. Yo haré que sea rápido. Os desgarraré primero la yugular para que os desangréis rápidamente.

—¿Es eso lo que le hiciste a Elisabeth? —dijo Henry con la voz tensa—. ¿Lo hiciste rápido?

Hubo otra pausa momentánea, como si Crane estuviera intentando recordar a qué víctima se estaba refiriendo Henry.

—¡Ah, sí, la señorita Elisabeth! Mencionó a un hermano, ahora que lo pienso. Lástima que estuviera escondiéndose en el castillo en lugar de protegiéndola.

Henry gimió de angustia y Jocelyn comenzó a llorar con más fuerza.

—Shhhh. —Seraphina chasqueó los dedos para llamar la atención del médico—. Tranquilízala, por favor.

El doctor Lemin pareció aliviado de tener algo que hacer más allá de rezar. Asintió y alejó a Jocelyn de allí.

—¿Quién más está ahí dentro con vos? Puedo oler a dos inmunes y puedo oler el miedo. Pero, bajo todo eso, puedo oleros a vos, princesa. Qué aroma tan encantador…

Seraphina sintió cómo le hervía la sangre, pero se aplacó. No iba a darle la satisfacción de sentir su propio miedo.

—Estás perdiendo el tiempo.

Otra larga pausa. Henry y ella intercambiaron una mirada preocupada, pero pasaron varios minutos sin que supieran nada más de Crane.

—¿Dónde ha ido? —preguntó.

—Tal vez te haya creído —contestó él. Se sentó en un sofá y se frotó las sienes—. No sé cuánto tiempo podré soportar esto.

Ella le tomó la mano y se la estrechó.

—¿Podemos hacernos una promesa el uno al otro? ¿Una que de verdad vayamos a mantener?

Él alzó la mirada hacia ella, escéptico.

—¿Qué promesa?

—Que nos marcharemos juntos de este sitio, sea como sea. Que, mientras sigamos con vida, no nos abandonaremos.

—Solo para que quede claro… —dijo él, ladeando la cabeza para mirarla a los ojos—. En realidad, no sé navegar.

Ella sonrió con ironía.

—Lo sé.

Henry se quedó callado un instante.

—He de admitir que sigues sorprendiéndome.

—¿Lo dices porque no soy Imogen? ¿O porque soy judía?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que por ambas.

—Déjame adivinar: soy la primera judía que conoces.

—Sí.

—¿Y qué esperabas? ¿Una nariz aguileña? ¿Un aroma nauseabundo? ¿Unas pezuñas hendidas?

Él hizo una mueca y Seraphina se preguntó si de verdad habría creído una propaganda tan ridícula sobre los judíos. Desde luego, no sería el primero.

—He sido un tonto, Seraphina, pero la cuestión es que las circunstancias de nuestro nacimiento no importan, ¿no? Puede que tú y yo procedamos de mundos diferentes, pero ambos estamos aquí, en este nuevo. —Ella asintió—. ¿Qué hacemos?

—Nos quedamos aquí. Mantenemos la calma. Y rezamos para que Nico esté viniendo a buscarnos —dijo mientras se recostaba sobre el sillón.

—¿Cómo sabes que no está muerto ya?

Ella cerró los ojos y suspiró.

—Lo sé; sin más.

Él volvió a acomodarse a su lado, posándose las manos sobre los muslos.

—Puede que no entienda qué ves en él, pero por el bien de todos, sin duda espero que tengas razón.

CAPÍTULO 36

Dalia había tenido razón con respecto a los renacidos. Se habían movido con tanto sigilo a través del bosque qu

e Nico y Colin no los habían oído pasar. Cuando se estaban acercando al castillo, un hombre salió corriendo y gritando del agujero del muro. Otro hombre lo seguía de cerca.

—¡Ayuda! —chilló el primero. Iba vestido de forma elegante mientras que el que iba tras él llevaba ropa sencilla con la tela vieja y raída.

Nico alzó la espada y echó a correr para interceptarlos, pero el renacido alcanzó a su presa antes que él. Lo tiró al suelo y, aunque el hombre llevaba un cuchillo con el que apuñaló a su atacante en repetidas ocasiones, no sirvió de nada. Para cuando Nico los alcanzó, tenía la garganta desgarrada y el renacido había enterrado el rostro en la enorme herida. Sin titubear y con toda su fuerza, Nico golpeó el cuello del muerto viviente con la espada. El renacido se derrumbó sobre su víctima y la cabeza decapitada siguió unida por los dientes a la carne del hombre muerto.

A su espalda, Colin tuvo una arcada.

—Cielo santo, Nico, ¿es esto a lo que vamos a enfrentarnos dentro del castillo?

—Eso me temo —contestó él mientras limpiaba la espada en la hierba—. Sobrepasan en número a los renacidos enormemente, pero a menos que la gente los decapite, podrán hacer mucho daño en poco tiempo. Vamos.

Atravesó el muro y corrió hacia la puerta del reloj, que habían arrancado de los goznes. En cuanto la atravesó, otro hombre lo atacó de inmediato.

—¡Soy yo, el príncipe Martin! —gritó Nico.

El noble, que iba desarmado, hizo una pausa y frunció el ceño.

—¿Qué hacíais fuera del castillo?

—Hemos ido a buscar ayuda —contestó Colin a su espalda.

—¿Quién sois vos? —preguntó el caballero.

Colin resopló, exasperado.

—Soy un amigo. Ahora, haceos con una espada.

El noble asintió y tomó una espada que yacía junto a una mujer a la que le habían desgarrado la garganta, justo como al hombre del exterior. Por desgracia, también la habían eviscerado, lo que hizo que Nico se acordara del ciervo del bosque. De inmediato, pensó en Seraphina.

La habitación de Crane era tan buen sitio para comenzar como cualquier otro, así que empezaron a abrirse paso por uno de los muchos pasillos del castillo. De camino, se encontraron con media docena de cadáveres, todos ellos humanos con las gargantas

desgarradas y los cuerpos drenados de sangre. Si los renacidos tuvieran algo de conocimiento, no matarían de forma tan indiscriminada. Allí había tantos inmaculados como para poder alimentarse durante meses y, aun así, estaban malgastando muchas vidas. Sin embargo, parecían estar sumidos en algún tipo de frenesí alimenticio.

Cuando doblaron una esquina, se encontraron con una mujer agarrada a las faldas de una doncella que había caído al suelo. Mostraba los dientes mientras intentaba morderle los tobillos y la muchacha golpeaba a su atacante con un cuchillo de carnicero. Aquella renacida parecía tener unos cuarenta años y el hecho de que le faltara un brazo no parecía estar ralentizándola.

Colin corrió hacia delante con la espada alzada y decapitó a la criatura mientras la doncella gritaba a pleno pulmón.

—¡Silencio! —dijo él mientras apartaba la cabeza decapitada de los tobillos de la joven con una patada—. Tan solo conseguirás atraer a más.

La joven se limpió el rostro manchado por las lágrimas con la manga y asintió mientras Colin la ayudaba a ponerse en pie.

—No sé dónde ir. Todas las habitaciones están ya cerradas. Los lores y las damas no dejan entrar a los sirvientes.

—Menuda sorpresa —replicó Colin, arrastrando las palabras—. Será mejor que te marches ya. Toma una espada si es que puedes encontrar una y a otras cuantas personas si es posible. Tendréis mejor suerte si sois muchos.

—¿Marcharme? ¿Quieres que salga de aquí? —preguntó ella mientras echaba un vistazo al lugar por el que habían venido.

Colin la sujetó por los hombres.

—Se ha acabado, ¿no lo ves? La mentira que habéis estado viviendo ha llegado a su fin. Ahora, todos tendréis que encontrar la manera de salir de aquí, tal como hemos hecho los demás.

La doncella lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿No puedo quedarme con vosotros?

—Estamos buscando a la princesa Imogen. Estarás mejor fuera —dijo Nico mientras pasaba a su lado. Colin se unió a él un instante después.

—Tendríamos que haberla traído con nosotros, Nico.

—No podemos salvar a todo el mundo; ya lo sabes.

—Lo sé.

Nico alzó una mano para ralentizar a su amigo. Juntos, echaron un vistazo al siguiente recodo. El pasillo que había frente a la biblioteca estaba cubierto de al menos una docena de cadáveres, pero las puertas de la biblioteca seguían cerradas. Aquella gente debía de haber intentado entrar y debían de haberlos matado al encontrar las puertas

cerradas.

—¿Los dejamos ahí o despejamos la biblioteca? —preguntó Colin.

—Creo que están más seguros donde están —contestó Nico. Entraron en el pasillo con cuidado y se acercaron a la pila de cuerpos —. ¿Hola? ¿Estáis todos bien ahí dentro?

—¡No vamos a salir! —respondió a gritos un hombre.

—Soy el príncipe Martin. Voy a intentar despejar el castillo. Volveré cuando sea seguro.

—Por favor, daos prisa, príncipe Martin.

Nico reconoció la voz de la princesa Nina de inmediato.

—¿Sois vos, alteza?

—¡Sí, soy yo! Aquí dentro estamos bien, pero algunas de las damas se han desmayado.

—¿Cuántos estáis ahí dentro?

—Soy lord Basilton —respondió un hombre—. He hecho un recuento y estamos cuarenta y tres personas.

—Bien. Quedaos aquí hasta que regrese.

—¿Habéis encontrado a Rose? —preguntó Nina.

—Lo siento. Tenía la esperanza de que estuviera con vos.

Nina comenzó a sollozar y pudieron oír cómo lord Basilton la consolaba.

—¿Qué hay de Jocelyn y la princesa Imogen? —preguntó la joven entre lágrimas.

—Las estamos buscando ahora.

—La princesa Imogen es inteligente. Habrá encontrado algún lugar en el que esconderse. Algún sitio en el que no vaya a quedarse atrapada como nosotros.

—Vamos —dijo Nico mientras pasaba por encima de los cadáveres que había apilados en el pasillo. Nina tenía razón. Seraphina no se permitiría acabar atrapada, lo que significaba que, en lugar de buscar dentro del castillo, tenían que encontrar hacia dónde conducían las rutas de escape.



Nico y Colin habían comprobado todas las puertas del perímetro

del castillo y cada parte del patio que pudiera ser una salida secreta. En el proceso, habían matado a siete renacidos y habían ayudado a varias personas a escapar, pero no había ni rastro de Crane o de Seraphina.

—Estaba muy seguro de que habría intentado escapar —dijo Nico.

—Tal vez se haya marchado ya. —Colin estaba sentado en el borde de la carreta en la que habían encontrado la máscara de médico de la plaga hacía lo que parecía una eternidad—. ¿Ahora qué? —preguntó —. No estoy seguro de que vaya a ser capaz de volver a entrar.

Nico estaba a punto de sentarse con él en la carreta cuando oyeron un grito procedente del castillo a través de la puerta del reloj. Se pusieron en pie antes siquiera de tener tiempo de cuestionar su propia decisión. Colin fue el primero en pasar por el reloj y Nico lo siguió casi de inmediato. Un renacido tenía a la princesa Giselle entre los brazos, acurrucada como si estuviera dormida. Cuando ellos entraron en la habitación, alzó la mirada.

El hombre era joven, más o menos de su edad. Tan solo tenía una gota de sangre en los labios, pero la parte delantera de su camisa estaba empapada.

—Lo siento mucho —dijo, y, a juzgar por el dolor en sus ojos, sus palabras eran sinceras.

Nico se acercó a él lentamente.

—Suéltala.

—No pretendía hacerlo. Lord Crane nos dijo que le entregáramos a la princesa. La he visto y es tan joven y hermosa… He pensado que podría salvarla pero, en su lugar…

Nico estiró los brazos hacia Giselle y el hombre entrecerró los ojos de forma codiciosa.

—Está muerta —dijo él cuando estuvo más cerca. La herida del cuello de la joven era tan grave que casi la había decapitado—. Y si Crane ve lo que has hecho, serás el siguiente.

Los ojos inyectados en sangre del hombre se llenaron de lágrimas mientras dejaba a regañadientes a Giselle en el suelo.

—Sabrá que ha sido un accidente. Jamás haría algo así a propósito.

—Crane no es un hombre indulgente —dijo Nico—. Lo sé porque solía trabajar para él.

—Pero estás… vivo.

Nico asintió.

—¿Cómo conociste a Crane?

—Vivía en una casa con otros hombres como yo y lord Crane conocía a nuestro líder.

—¿Y dónde está ahora vuestro líder? —preguntó Colin.

—Muerto. Lord Crane lo mató cuando vino. Nos habló de Eldridge Hall y de que había inmaculados viviendo aquí. Nos dijo que, si lo

seguíamos, nunca tendríamos que volver a sobrevivir a base de sangre de ciervo.

Nico miró a Colin por encima del hombre y, después, se giró hacia el hombre.

—Sea lo que sea que pretendiera, creo que eres capaz de darte cuenta de que, cuando esto acabe, no quedarán inmaculados. Sería mejor que no volvieras a casa.

—Pero ¿qué voy a hacer ahora? —El joven se puso en pie y dejó a Giselle echa un ovillo arrugado en el suelo—. No quiero ser así; soy una buena persona. Debe de haber alguna manera de solucionar esto.

—¿Quieres decir una cura?

El hombre asintió vigorosamente.

—Sí, una cura.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto Nico con amabilidad.

—Morrow. George Morrow. Era aprendiz de herrero antes de la plaga.

—¿Puedes contarme cómo te ocurrió esto?

George miró el cuerpo de la princesa, se estremeció y apartó la vista.

—No lo sé con exactitud. Me contagié de la plaga pocos días después de que muriera mi empleador. A esas alturas, no había nadie que cuidara de mí. Ya sabes, o habían huido o habían muerto. Estaba en la cama, sangrando por todas partes, convencido de que estaba muriendo. Y entonces, una mañana, me desperté. Todas mis úlceras habían sanado; era como si nunca hubiera estado enfermo.

Así que era Crane el que había contraído la plaga y, después, había matado a su esposa. Nico se odiaba a sí mismo por haber ayudado a semejante despojo humano. ¿Cómo había podido ser tan ignorante?

—¿Qué ocurrió después de eso? —preguntó.

—Fui en busca de más supervivientes. Mientras estaba enfermo, mi aldea había quedado totalmente abandonada. Encontré algo de comida, me refugié donde pude y, entonces, un día, descubrí que tenía hambre y sed de… sangre. No solo tenía hambre; estaba famélico, muriendo de hambre. Nunca había experimentado algo así. —George miró a Nico con el rostro sonrojado por la vergüenza—. Cacé una ardilla con mis propias manos y la dejé seca. Sin embargo, mi hambre no hizo más que empeorar…

—Ya basta —gruñó Colin, pero Nico le hizo un gesto con la mano para que se callara.

—Continúa —le dijo a George.

—Me encontré con un hombre en los bosques. De inmediato supe que era diferente; que era como yo. Me dijo que había un grupo de supervivientes que vivían en una casa de campo abandonada y que podía unirme a ellos. Entonces fue cuando conocí a los demás.

Nico se frotó la mandíbula. Tenía que estar hablando de Crane.

—¿Hay algún niño con vosotros? —preguntó, pensando en Dalia.

—No muchos. Son demasiado pequeños para cazar humanos, así que se alimentan de lo que les damos.

—Que Dios nos asista —suspiró Colin. Nico sintió un escalofrío que comenzó en la base de la columna y le llegó hasta la cabeza.

Tras varios instantes de silencio, George se estiró hacia Nico, que retrocedió de forma instintiva.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó.

Él sacudió la cabeza.

—Si existe una cura, no sé cuál podría ser.

—¿Quieres decir más allá de lo obvio? —dijo Colin en voz baja.

George se llevó una mano temblorosa al cuello.

—¿Te refieres a decapitarme?

—Eso me temo.

—Pero no quiero morir. Tan solo tengo veinte años.

—Y la princesa Giselle tan solo era unos pocos años más mayor que tú —dijo Colin—. La has asesinado y me apuesto algo a que no era la primera persona a la que has matado.

George pareció fijarse en sus espadas por primera vez y comenzó a apartarse.

—Lord Crane nos prometió que todo iría bien si le ayudábamos a asaltar el castillo. Esta gente ha podido vivir aquí con todo lujo mientras los demás teníamos que buscarnos la vida en el bosque. Ahora es nuestro turno.

El estómago de Nico dio un vuelco ante las palabras de George. Así que ese había sido el plan de Crane: asaltar el castillo y gobernar el país. Por eso quería a Giselle. Sin embargo, Nina era la heredera legítima a menos que su hermana hubiese dicho la verdad con respecto a que el rey la había nombrado su sucesora.

De cualquier modo, sabía que huir con Seraphina no era suficiente. Tenía que asegurarse de que Nina sobrevivía por el bien del reino. Si todas las herederas legítimas morían, cualquiera podría reclamar el trono, incluido alguien como Crane.

Lo que significaba que, por encima de todo, Crane tenía que morir.

CAPÍTULO 37

Seraphina estaba tan agotada que, a pesar del miedo, se había quedado dormida sobre el hombre de Henry. Cuando se despertó sobresaltada por una pesadilla, descubrió que él también estaba dormido. Se apartó de él con cuidado y fue a la sala verde. El médico roncaba en un sillón.

Jocelyn se levantó del diván y se acercó a ella.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—No lo sé; creo que me ha despertado el silencio.

Se acercó a la ventana con cautela y contempló el patio. Había cuerpos esparcidos por el suelo, algunos tumbados sobre charcos de sangre, y varios cadáveres decapitados. Se estremeció y se giró de nuevo hacia Jocelyn.

—Pronto oscurecerá de todos modos. Será mejor que pasemos la noche aquí.

El estómago de su amiga respondió con un rugido.

—Lo siento —dijo, avergonzada—. No he comido nada en todo el día.

—Yo tampoco. Todo podría estar cubierto de arsénico.

—Tienes razón. Bueno, no nos moriremos de hambre en un día. Tan solo tendremos que…

Ocurrió de forma tan repentina que casi fue imposible de procesar. Estaba de pie, dándole la espalda a la ventana y, de pronto, estaba rodeada de cristales hechos añicos. Jocelyn gritó. Seraphina fue a dar un paso al frente para alejarse de la ventana y se dio cuenta de que no podía. Bajó la vista al suelo. Una mano le rodeaba el tobillo. Lo siguiente que supo es que estaba cayendo.

Buscó con desesperación algo a lo que aferrarse. Jocelyn estaba a su lado con la mano extendida y el rostro convertido en una máscara de miedo. Sus dedos encontraron tela y se agarró a la cortina de terciopelo verde. La mano que le rodeaba el tobillo tiró con más fuerza.

—Vamos, princesa —dijo una voz. Bajó la vista y vio a un hombre aferrado al alfeizar de la ventana con las manos destrozadas por los cristales rotos que la estaba mirando con lascivia por debajo de las faldas—. Lord Crane quiere veros.

Pataleó con el pie libre mientras entrelazaba las manos con la cortina, pero estaba empezando a caer hacia atrás. Las cortinas no aguantarían.

—¡Suéltame!

Jocelyn le agarró la mano libre y empezó a tirar, pero el renacido era mucho más fuerte.

—¡Lord Greymont! —gritó su amiga.

Mientras se aferraba al alfeizar con un pie calzado, se miró el

brazo y vio que tenía varios rasguños, probablemente a causa del cristal roto. Ver la sangre hizo que la mirada se le nublara y su agarre de la cortina empezó a debilitarse. Sintió algo cálido en el tobillo y miró hacia abajo. El renacido le había mordido el músculo de la pantorrilla y estaba lamiendo con fervor la herida.

Empezó a perder el conocimiento y el cuerpo se le quedó flácido. Soltó la cortina y comenzó a caer hacia atrás cuando una mano le agarró la parte delantera del vestido y tiró de ella con tanta fuerza que el cuello se le fue hacia delante.

El renacido, que despertó sobresaltado de su frenesí alimenticio, ahogó un grito y, después, cayó hacia atrás por la escalera que había usado para escalar el muro. Henry soltó a Seraphina, que se tambaleó hasta caer en brazos de Jocelyn. La pantorrilla le ardía y, cuando miró hacia abajo, vio una herida abierta y sangrienta allí donde el renacido le había mordido y se había llevado con él un pedazo de sus medias.

El médico, que había estado contemplando todo con horror, se acercó a toda prisa con una venda y comenzó a vendarle la pierna.

—No pasa nada —dijo—. Es una herida superficial, aunque tendremos que esterilizarla más tarde.

Ella asintió, intentando no llorar. A su espalda, Henry soltó un gruñido y, cuando se giró, vio que estaba blandiendo la espada en dirección a la cabeza de otro hombre. Aquel era un ángulo raro para intentar decapitar a alguien y la criatura, aunque estaba herida, se dejó caer antes de que Greymont completara el proceso.

—Son demasiados —dijo mientras se asomaba por la ventana—. Al menos una docena.

—¿Está Crane con ellos? —preguntó Seraphina.

—No; no lo veo. Pero tenemos que salir de aquí. Salid por la trampilla; los retendré todo lo que pueda.

—¿No podemos empujar la escalera para apartarla del muro? —preguntó mientras Jocelyn y el médico corrían a abrir la trampilla.

—Puedo intentarlo. Te prometo que os seguiré enseguida.

—¡El hecho de que seas inmune no significa que no vayan a matarte! —le gritó Seraphina—. Ven con nosotros; no voy a dejarte aquí.

—Lo mínimo que puedo hacer es daros ventaja. —Le dio la espalda a la ventana el tiempo suficiente para mirarla a los ojos—. Por una vez, hazme caso. Márchate. Ya. No pienso morir hoy.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Bien.

Seraphina siguió a Jocelyn por la trampilla. El doctor Lemin fue tras ella mientras seguía mascullando oraciones para sí mismo. La pantorrilla le dolía, pero no tenía tiempo de preocuparse por algo así en ese momento. El túnel estaba oscuro como la boca del lobo, así que

extendió el brazo hacia la espalda de Jocelyn para que no acabaran separadas. Mientras caminaban, podía oír sonidos amortiguados por todas partes.

Parecía que llevaban una eternidad andando cuando oyeron un ruido tras ellos, como el de una puerta al cerrarse.

—¿Doctor? —Seraphina esperó a que respondiera, pero no hubo respuesta—. ¿Doctor Lemin? —volvió a decir con un tono de voz más alta. Nada todavía.

—¿Cuándo se ha quedado atrás? —preguntó Jocelyn con un tono de pánico en la voz.

—No tengo ni idea. Pensaba que seguía ahí. —Podía sentir el miedo arrastrándose por su garganta y respiró hondo—. No pasa nada. Es mayor y lento. Es probable que tan solo se haya detenido a descansar.

—Vamos a continuar —dijo su amiga.

Seraphina le tomó la mano y la condujo hacia delante. Aceleraron el paso de forma casi inconsciente. En su imaginación, podía sentir algo acercándose a ellas desde atrás. Empezó a trotar y, cada vez que apoyaba el pie, sentía cómo le palpitaba la pantorrilla. Iba arrastrando a Jocelyn tras ella. Cada vez iban más y más rápido. Al final, acabaron corriendo.

—Tengo que descansar —dijo su amiga tras varios minutos—. Soy más alta que tú y tener que agacharme mientras corremos es difícil.

Seraphina disminuyó el paso hasta detenerse y se llevó las manos a los muslos mientras recuperaba el aliento. Estaba permitiendo que su propia mente le hiciera creer que las estaban persiguiendo. Cuando el ritmo cardíaco se le estaba ralentizando y empezaba a respirar mejor, un ruido como de pasos resonó a lo lejos, al fondo del túnel.

—Debe de ser el doctor —dijo Jocelyn.

La niñita que había en su interior seguía imaginándose un monstruo en medio de la oscuridad. «¿Y qué pasa si no es él?», quería decir. Sin embargo, eso solo serviría para asustar a Jocelyn.

—¿Doctor? —preguntó con una voz más suave de lo que había pretendido—. ¿Es usted?

Los pasos se estaban acercando.

—¿Por qué no hemos traído una lámpara? —gimió su amiga.

—Vamos a seguir —dijo Seraphina, aunque no sirvió de nada. Ambas estaban clavadas al suelo, pues habían gastado toda su energía tras llevar tantas horas en un estado constante de miedo.

—¿Quién anda ahí? —chilló Jocelyn—. ¡Conteste!

Un momento después, alguien chocó con Seraphina e hizo que cayera sobre el suelo. Abrió la boca para gritar y sintió una mano sobre la boca. Estaba a punto de morder la mano cuando una voz le susurró al oído.

—Soy Henry. ¡Nos pisan los talones, así que ponte en pie y corre!

Seraphina se subió las faldas y echó a correr. Dejó de preocuparle lo que pudiera haber delante, pues era muy consciente de lo que venía detrás.

—Se han agolpado en la ventana —dijo Henry entre jadeos—. He luchado contra todos los que he podido.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Jocelyn con la respiración agitada.

—Lo he adelantado en el túnel. He intentado hacer que corriera, pero estaba demasiado cansado. Tan solo nos queda esperar que sea inmune.

Las palabras tan apenas habían salido de los labios del joven cuando escucharon un grito gutural procedente del fondo del túnel. Jocelyn ahogó un sollozo y Seraphina le clavó los dedos en el brazo.

—No pierdas aliento llorando. Podemos rezar por él más tarde.

—¡No sé cuánto más puedo seguir!

—¡No puede quedar demasiado! —dijo Henry—. Llevamos siglos corriendo.

Seraphina empezaba a sentir cómo le fallaban las piernas y las palpitaciones en la pantorrilla habían alcanzado un punto de dolor insoportable cuando Henry soltó un gruñido y ambas cayeron sobre él en un amasijo. El joven se puso en pie a trompicones y tanteó la pared que había aparecido de la nada frente a ellos.

—Es un callejón sin salida —dijo mientras ellas le ayudaban a tantear a su alrededor.

—No puede ser —dijo Jocelyn—. ¿Por qué un túnel procedente de los aposentos del rey conduciría a un callejón sin salida?

—Tal vez fuese una distracción y hayamos tomado el camino que no era. —Henry agarró a Seraphina de la muñeca—. He dejado atrás la espada; sabía que no podría correr con ella.

—No es un callejón sin salida —dijo—. Levantadme. —Él le buscó la pierna en la oscuridad y ella reprimió un grito cuando le rozó la herida—. La otra pierna.

Con Jocelyn sirviéndole de apoyo, Seraphina extendió ambas manos hacia arriba y empujó el techo. Sabía que tenía que haber una trampilla en alguna parte. Se negaba a creer que hubieran llegado tan lejos solo para morir.

Al fin, rozó una pequeña argolla metálica. Cuando lo rodeó con los dedos y tiró, la trampilla no cedió. Aunque los brazos le dolían por mantenerlos por encima de la cabeza, siguió tanteando y buscando a ciegas el cerrojo.

—Rápido —dijo Henry justo cuando el ruido de un altercado les llegó desde el túnel, cada vez más cerca de ellos.

—Lo tengo —dijo mientras agarraba el pestillo. Gracias a Dios, no

estaba atrancado. Lo abrió, volvió a agarrar la argolla metálica y tiró de ella hacia abajo. En la oscuridad, todos sintieron la ráfaga de aire fresco cuando la trampilla se abrió hacia ellos—. Empujadme.

Se agarró a los bordes de la portezuela y, juntos, Jocelyn y Henry la empujaron por el hueco. No se detuvo para recoger sus cosas. Estiró los brazos para alcanzar las manos de Jocelyn y tiró de ella con todas sus fuerzas mientras Henry la empujaba. Ambas se estiraron hacia él.

Un grito resonó en el túnel que conducía hacia ellos. Era difícil decidir lo lejos que había sonado.

—Rápido —gruñó mientras agarraba el brazo del joven y tiraba de él con todas sus fuerzas.

—Ya vienen —dijo él. Efectivamente, un débil resplandor empezó a titilar tras él en el túnel, cada vez más brillante—. ¡Tirad!

Seraphina tiró con tantas ganas que se cayó hacia atrás en medio de aquel pequeño espacio, pero fue suficiente. Henry superó a duras penas la distancia que le quedaba y Jocelyn estalló en sollozos de alivio.

—No tenemos tiempo de cerrar la portezuela —dijo él—. Tenemos que salir corriendo.

A su izquierda había un marco con la puerta arrancada de los goznes que daba al exterior. A su derecha vio un puntito de luz. Empujó con todas sus fuerzas y ahogó un grito cuando la puerta cedió y entró rodando en el gran salón. El túnel los había conducido al interior del reloj. Frente a ella, con la boca abierta por la sorpresa, la espada goteando sangre y el cuerpo de un joven renacido decapitado a sus pies, estaba Nico.

Jocelyn y Henry salieron tras ella del reloj y Seraphina sintió cómo se le aflojaba el cuerpo por el alivio.

—Estás vivo.

—Y tú estás sangrando —contestó él mientras se apartaba del renacido y se acercaba a ella.

Henry levantó una mano.

—No tenemos tiempo. Un grupo grande de renacidos viene tras nosotros.

Colin y Nico corrieron hasta el reloj y se quedaron contemplando su enorme marco de madera.

—Tendremos que volcarlo —dijo Seraphina—. Rápido.

Los cinco se apelotonaron en el lado izquierdo del reloj y empezaron a empujarlo, pero no sirvió de nada. No había manera de que fueran a ser capaces de volcarlo.

Seraphina miró la pared de las armas de la que colgaban varias hachas de guerra enormes. Corrió hasta ellas con Nico pisándole los talones. Eran tan pesadas que para quitar una de la pared tuvieron que hacerlo entre los dos. Colin y Henry agarraron otra. Nico era el más

fuerte, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para levantarla por encima de la cabeza y dejarla caer sobre la sólida cubierta de madera del reloj. Tan apenas le hizo un rasguño. Henry levantó la otra hacha y la dejó caer sobre la puerta del reloj, que estaba hueca y era más débil.

—Si podemos romper la base, la parte superior se derrumbará y cubrirá la trampilla —dijo.

Nico asintió y se colocó en un lateral, donde empezó a dar hachazos a la madera de inmediato. Colin encontró un hacha más pequeña e hizo lo mismo en el otro lado. Los segundos parecían pasar tan despacio que Seraphina estaba convencida de que un renacido saldría por la portezuela en cualquier momento, así que apartó la vista, pues temía acabar gritando de frustración.

Fue entonces cuando se fijó en el cadáver desecho y ensangrentado de Giselle que estaba en el suelo, cerca del renacido decapitado. Se acercó con lentitud al cuerpo con el sonido sordo de la madera al astillarse en los oídos. Aunque Giselle tenía la garganta desgarrada por completo, su rostro seguía siendo perfecto y sus enormes ojos verdes la miraban fijamente.

Al final, había sido más cruel de lo que podía describir con todas sus hermanas, pero nadie merecía morir de aquel modo. Se inclinó sobre ella y con cuidado le cerró los párpados.

De atrás le llegó el crujido de la madera, seguido de un enorme gruñido. Se dio la vuelta justo cuando el reloj sonó una, dos veces y se derrumbó sobre el suelo con tanta fuerza que sintió el suelo temblando bajo sus pies. El reloj de ébano yacía ante ellos hecho añicos y nunca más volvería a dar las tres.

CAPÍTULO 38

Durante un instante, Nico contempló la pila de madera negra y cristal mientras a sus pies resonaban gritos de furia amortiguados por los escombros.

—¿Cómo vamos a salir ahora? —preguntó Jocelyn.

Nico, Colin y Henry la miraron pestañeando, como si todavía no pudieran creer que hubieran destruido el reloj. Por desgracia, los escombros

también bloqueaban la salida al exterior.

—Saldremos por la puerta delantera —contestó Seraphina.

Rodeó el cuerpo de Giselle y atravesó el gran salón hasta la entrada principal del castillo. A pesar de la herida en la pierna, consiguió mantenerse erguida. Las enormes puertas de madera llevaban atrancadas casi cuatro años, pero habían sido diseñadas para evitar que la gente entrara, no que saliera. Henry y Nico pudieron abrir un agujero con las hachas lo bastante grande para que pudieran atravesarlo de uno en uno.

Era de noche pero, bajo la luz de la luna, Nico podía ver los cuerpos esparcidos por el patio.

—Necesitamos algún sitio libre de renacidos que podamos defender con facilidad —dijo.

Seraphina señaló al otro lado del patio.

—¿Qué os parece la caseta del guarda? Es lo bastante grande para todos nosotros y fácil de defender.

Nico asintió, agradecido de que alguien todavía tuviera el control de sus facultades. Ella dio un paso al frente y ahogó un grito cuando la pierna herida le falló. La alcanzó justo antes de que cayera sobre los escalones de piedra.

—En marcha —dijo mientras la levantaba. Entre sus brazos, pesaba menos que un niño pequeño—. Vamos a acomodarnos y le echaré un vistazo a tus heridas.

Ella asintió y se permitió apoyar la cabeza contra su pecho. De pronto, Nico sintió un ataque protector que hizo que quisiera aferrarla con fuerza.

Colin y Henry abrieron la puerta de la caseta del guarda, una estructura circular que reposaba contra el muro del castillo y que no se había usado en años. Dentro, había una cama pequeña, una mesa con dos sillas y un montón de paja en un rincón.

—Parece vacía —dijo Henry mientras atravesaba el umbral.

Un instante después, retrocedió con un cuchillo pegado al centro del pecho. Nico dio un paso al frente, pero Branson alzó la mano libre en su dirección.

—Ni un paso más, Mott.

Colin hizo una mueca y escupió a la tierra que había a los pies de

Branson.

—Maldito cabrón, hijo de la…

—Ya basta, Chambers. —Branson miró a Colin con desprecio. El grasiento pelo negro le caía sobre un ojo—. No puedo decir que me sorprenda verte aquí. Las cucarachas siempre consiguen capear el temporal.

Colin se rio.

—Mira quién fue a hablar… Mírate, escondido mientras hay gente inocente muriendo por tus acciones. Suelta el arma.

Branson, que tal vez se hubiera dado cuenta de que lo superaban en número y de que un cuchillo no le servía de nada, asintió.

—Bien, pero tenéis que prometerme que me dejaréis marchar ileso.

—Cobarde —gruñó Colin.

—¿Dónde vas a ir? —Le preguntó Nico. Si no hubiera estado sosteniendo a Seraphina, él mismo lo habría estrangulado.

—De vuelta con lord Crane.

Colin miró a Nico.

—¿Sabes dónde está?

Branson asintió.

—Le he visto marcharse.

Nico sintió cómo Seraphina se relajaba entre sus brazos, aliviada. Crane no estaba allí.

—Bien —dijo Nico—; corre a buscar a tu señor como el chucho que eres pero, tras esta noche, no prometo nada.

Branson se giró dibujando un círculo hasta que tuvo la espalda en dirección al agujero que había en el muro. Con una última sonrisa taimada, se dio la vuelta y salió corriendo hacia el hueco como si fueran a perseguirlo; como si fueran ellos los que careciesen de honor.

Henry volvió a entrar en la caseta del guarda, esperó un instante para asegurarse de que no había más intrusos e hizo un gesto a los demás para que lo siguieran. Una vez dentro, Nico dejó a Seraphina sobre la cama mientras Henry cerraba la puerta a sus espaldas. Había un farol con una vela y varias cerillas. Jocelyn lo encendió y la luz reveló lo mucho que Seraphina estaba sufriendo. Tenía el rostro contraído por el dolor y una película de sudor le cubría la frente. Sin embargo, no se había quejado en ningún momento.

Nico acercó más el farol y se arrodilló junto a ella. Le agarró el dobladillo de la falda y la miró en busca de permiso. Ella asintió y él se la levantó lo justo y necesario para ver la herida. El vendaje que le habían puesto a toda prisa estaba empapado de sangre, lo cual no era sorprendente teniendo en cuenta lo mucho que había corrido.

—¿Hay algún suministro aquí dentro? —le preguntó a Colin.

—Voy a mirar.

Mientras Colin y Henry rebuscaban en un baúl y varios armarios,

Nico le quitó el vendaje con delicadeza y con cuidado de no tocar cualquier coagulación que hubiera podido producirse. Distraído, se dio cuenta de que él mismo tenía las manos manchadas de sangre; probablemente, de haber decapitado al renacido. No eran las condiciones ideales para tratar una herida, pero no podía disponer del lujo de un entorno de trabajo estéril.

—No hay gran cosa —dijo Colin mientras le pasaba una petaca—. Tal vez puedas usar esto para limpiar la herida.

—Necesito una venda nueva. Y tendré que quitarte las medias —le dijo a Seraphina.

—Puedes usar mis enaguas para las vendas —dijo Jocelyn—, todavía están limpias.

Cuando se sonrojó ante la mención de las enaguas, Nico vio que Seraphina le estaba sonriendo a pesar del dolor. Jocelyn arrancó varias tiras del dobladillo de su vestido y Seraphina estrechó la mano de Nico.

—Pásame la petaca; me gustaría dar un trago antes de que me limpies la herida.

Él asintió y ella dio un largo trago antes de devolvérsela. Parecía agotada. Si tenía suerte, se desmayaría antes de que el asunto resultase demasiado doloroso.

Le quitó el resto del vendaje e hizo una mueca.

—¿Qué te ha pasado?

—Me ha mordido un renacido.

Él gruñó aunque, en realidad, quería soltar una palabrota.

—Me temo que no puedo darte puntos; no sin los suministros médicos adecuados.

—No temo a las cicatrices —dijo ella en voz baja.

Nico se estremeció para sus adentros al recordar lo mal que había pensado de ella apenas el día anterior.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—Haz lo que tengas que hacer.

Siseó una vez cuando el alcohol le rozó la piel en carne viva. En segundos, estuvo inconsciente.



Nico durmió en el suelo junto a Seraphina. Tanto Colin como Greymont se habían quedado dormidos en sus sillas y Jocelyn estaba hecha un ovillo con una manta que habían colocado sobre la paja. Ninguno de ellos estaba cómodo, pero estaban tan cansados que tampoco importaba.

Cuando hubo terminado de limpiar y vendar las heridas de Seraphina, Nico se había lavado las manos con el resto del contenido de la petaca. Había hecho una mueca cuando el *whisky* había rozado un corte profundo que llevaba en la mano y que no había notado entre el caos y la sangre. No era ideal rozar la herida de Seraphina con la suya propia, pero no había nada que hubiera podido hacer en aquel momento. Tenía que conservar la esperanza de que el *whisky* hubiese cumplido su misión de desinfectarle la herida. Llevaría una cicatriz en la pantorrilla el resto de su vida, pero no creía que fuese a verse incapacitada de ningún modo.

Ahora, mientras los primeros rayos de sol se colaban a través de la ventana de la caseta del guarda, Nico se incorporó y descubrió que la joven lo estaba observando con los ojos medio cerrados.

—¿Cómo estás? —le preguntó en voz baja, ya que no quería despertar a los demás.

—Mejor. ¿Y tú?

—Mejor.

—Ayer, cuando no apareciste, temí que te hubiera pasado algo —dijo ella.

—Yo también. Siento haber tardado tanto.

Ella se encogió un poco de hombros.

—Hiciste lo que pudiste.

Él bajó la mirada. ¿Por qué cuando daba lo mejor de sí, nunca parecía ser suficiente?

—¿Qué ocurre? —insistió ella cuando no respondió.

Nico hizo una mueca mientras estiraba los brazos sobre la cabeza, con cada parte del cuerpo dolorida.

—Ven —dijo Seraphina mientras le hacía hueco en la cama

diminuta. Cuando vio que abría los ojos de par en par, le sonrió—. No te preocupes, Nico; te prometo que voy a portarme bien.

Con cuidado, se tumbó a su lado y le echó un vistazo a la pantorrilla. Vio que solo un poco de sangre había manchado las vendas. Estaban tumbados de lado, girados el uno hacia el otro, y Nico sintió el impulso irrefrenable de apartarle un mechón de la cara.

—Hay algo que tengo que contarte —dijo en su lugar.

—De acuerdo.

Le habló de Dalia; de cómo la habían encontrado y de dónde estaba en ese momento. El rostro de Seraphina se iluminó tanto por la esperanza y la felicidad que Nico no tuvo las agallas de hablarle de sus preocupaciones sobre su amiga.

—Llegar hasta Crane va a ser difícil —dijo al fin.

—Sí, pero ahora estamos juntos. Mataremos a Crane, rescataremos a Dalia y nos reuniremos con Rose y con Nina.

Él sonrió con la esperanza de que aquello la reconfortara más de lo que él se sentía.

—Eso parece un plan excelente. Ahora tan solo tenemos que averiguar cómo hacer que ocurra.

Tras ellos, alguien se removió, así que, a regañadientes, Nico abandonó el calor de la cama y volvió a tumbarse en el suelo. Sin embargo, mientras lo hacía, Seraphina le tomó la mano. Él se sobresaltó ante el contacto y la intimidad del gesto. Pero incluso cuando la mano se le hubo entumecido del todo, no intento retirarla.

CAPÍTULO 39

Por la mañana, Seraphina se levantó de la cama y probó a apoyar el peso sobre la pierna herida. Todavía le resultaba doloroso, pero sanaría. Se había debatido entre la consciencia y la inconsciencia mientras Nico le curaba la lesión y había alejado el dolor centrándose en la sensación de tener sus manos sobre ella. Había recordado cómo le había besado las muñecas amoratadas y cómo el dolor de su corazón había contrastado con las mariposas que había sentido en el estómago ante la delicadeza del gesto.

Bajó la vista hacia él. Estaba dormido de costado, hecho un ovillo, y el cabello castaño le caía sobre la mandíbula y le rozaba el borde de los labios. Se preguntó cómo sería besarlo y se rio para sus adentros. Como si no tuviera otro millón de cosas en las que pensar…

Dalia estaba vivía. Tan apenas había podido creérselo cuando Nico le había dicho que, después de todo, no se había vuelto loca; de verdad había visto a su amiga desde su torre. ¿Por qué había dejado de presentarse?

La última vez que había estado en el bosque, Crane la había secuestrado y la había amenazado con cosas horribles pero, de algún modo, a la luz del día y rodeada por la gente a la que quería, no tenía tanto miedo. Despertó a los demás uno por uno. Todos ellos maldijeron en voz baja mientras estiraban los miembros entumecidos y hacían muecas cuando descubrían heridas que no habían notado en medio del caos del día anterior.

Nico, Henry y Colin iban armados con espadas. Seraphina llevaba el mismo cuchillo pequeño de otras ocasiones y Jocelyn portaba un hacha de mano pequeña que habían encontrado en la caseta del guarda. Todos estuvieron de acuerdo en que la mansión de la que les había hablado Dalia era la que pertenecía a la familia Greymont, lo que significaba que incluso sin el mapa dibujado a mano por la chica, Henry sabía cómo llegar. A pie, les costaría todo el día, sobre todo teniendo en cuenta la herida de Seraphina, pero eso les daría tiempo para hacer planes.

—A estas alturas, Branson habrá alertado a Crane —dijo Nico mientras se aventuraban a salir de la caseta—. Si quedan más renacidos, es muy probable que lo sigan.

—Nos superarán en número terriblemente —comentó Henry—. Tal vez deberíamos liberar a los nobles atrapados. Puede que algunos estén dispuestos a ayudar.

—O puede que salgan corriendo hacia el bosque y los maten —replicó Seraphina—. Antes, deberíamos matar a Crane y a todos los renacidos que podamos.

Por el gesto en el rostro del joven, era evidente que no disfrutaba de la idea de morir mientras los demás se refugiaban, sanos y salvos.

Sin embargo, jamás admitiría algo así frente a los otros hombres.

Al fin, llegaron a un camino, lo que hizo que avanzaran con más facilidad. Al final de la mañana, encontraron un arroyo cristalino del que beber. Sin embargo, ninguno de ellos había comido nada en dos días y todos habían sufrido algún tipo de esfuerzo físico o conmoción. Seraphina tenía cortes y rasguños por todos los brazos del momento en el que la ventana se había hecho añicos tras ella. Nico llevaba la mano vendada y ni siquiera sabía cuándo se la había lastimado.

Al final, cuando la oscuridad comenzaba a descender entre los árboles, llegaron a un largo camino de acceso de gravilla.

—Hemos llegado —dijo Henry con la voz tensa—. La última vez que estuve aquí fue justo antes de que Elisabeth se marchara al extranjero. Le organizamos una fiesta de despedida.

Seraphina sintió una punzada en el pecho por él y supo que lo consideraba un amigo. Se alegraba de que estuvieran allí todos juntos. Si morían, todos morirían sabiendo la verdad los unos sobre los otros.

—La casa está al final de este camino, a unos dos kilómetros. Es una casa de campo. Sin fortificaciones. Llegaremos subiendo por una colina, lo que significa que podrán vernos bien. Si nos mantenemos pegados a los árboles que bordean el camino, podríamos ganar algo de tiempo.

Todos asintieron. A Seraphina no le gustaba la idea de que los renacidos pudieran usar pistolas contra ellos a larga distancia cuando lo único que tenían para protegerse eran sus espadas variopintas. Sin embargo, tenía que llegar hasta Dalia y debían matar a Crane. Ocultarse en una torre o tras una máscara ya no era una opción. De un modo u otro, todo aquel asunto acabaría esa misma noche.

Juntos, comenzaron a subir por el largo camino.



Para cuando alcanzaron la cima de la colina, la oscuridad había caído del todo. Más allá de varias ventanas iluminadas por velas, la mansión estaba prácticamente a oscuras. Todo estaba tranquilo. No había un grupo armado esperándolos para reducirlos. Ni siquiera había guardias en la puerta principal.

—Esto huele a trampa —susurró Nico a pesar de que parecían estar completamente solos.

Colin se estremeció.

—No me digas… Entonces, ¿cuál es el plan?

—Odio sugerir que nos separemos, pero tendremos más posibilidades si lo hacemos. —Nico miró a Seraphina como si estuviera esperando su permiso—. Tengo que encontrar a Crane.

Ella asintió.

—Y yo tengo que encontrar a Dalia.

—Yo iré contigo —le dijo Colin a Nico—. Para mí, esto es algo personal.

—¿Qué hay de ti, Henry? —preguntó Seraphina.

—Me quedo contigo. Necesitarás a alguien que sea capaz de matar a un renacido.

No se lo discutió; no tenía ningún deseo de quedarse sola en aquel lugar.

—Sigo pensando que Crane tiene a Rose —dijo Jocelyn—, así que yo voy contigo, Nico.

—Si eso es cierto, podemos darla por muerta —contestó él con gentileza.

—Crane estaba especialmente interesado en una princesa. Creo que piensa que tendrá derecho legítimo a reclamar el trono si se casa con una. La querrá viva.

—¿Crane quiere casarse con una de las princesas? —preguntó Seraphina, estupefacta.

Sin embargo, él estaba asintiendo, pensativo.

—El renacido joven que mató a Giselle mencionó que se suponía que no debía hacerle daño. Pensé que era porque Crane quería comérsela, no porque quisiera casarse con ella, pero tiene cierto sentido.

—Entonces, no solo soy un cebo —dijo Seraphina, que estaba empezando a tener una idea—. Soy una posible garantía. —Jocelyn y Nico la miraron, interrogantes—. Si Crane tiene a Rose, tal vez esté dispuesto a cambiarla por mí.

Su amiga sacudió la cabeza.

—No puedes…

—No sabe que no soy una princesa. Mientras crea que lo soy, no me matará por muy tentadora que le resulte mi sangre.

Al menos, eso esperaba.

—¿Puedes esperar aquí? —le preguntó Nico—. Solo hasta que hayamos comprobado que Crane está aquí y que Rose está viva.

Seraphina titubeó.

—Dalia…

—La encontraré. Tú eres la única que es una inmaculada,

Seraphina. Por favor.

Se miraron a los ojos y supo que él se lo estaba pidiendo porque le importaba. Una vez más, tenía que depender de otras personas para que hicieran lo que ella misma quería hacer pero, en el caso de Nico, no sentía que fuera una exigencia.

—De acuerdo —dijo y, entonces, vio cómo tanto Jocelyn como Henry y Colin soltaban un suspiro de alivio. Incluso sabiendo quién era de verdad y sin lo poco que había podido ofrecerles en el pasado (un título falsificado y una corona falsa), se preocupaban por ella y su seguridad.

Nico se quedó mirándola un instante, como si hubiera algo más que quisiera decir, pero, entonces, Colin se puso en marcha y él le hizo un gesto con la cabeza antes de darse la vuelta y desaparecer en medio de la noche.

CAPÍTULO 40

Nico y Colin se acercaron a la casa por un lateral en el que solo había una ventana en cada piso. Contaban con la ventaja de la oscuridad, aunque la aguda visión nocturna de los renacidos podría suponer un problema. Primero, habían intentado acceder por una entrada para la servidumbre pero, como era de esperar, había estado cerrada. Después, se habían arrastrado hacia la parte trasera de la casa, asegurándose de mantenerse pegados a la estructura para que nadie los pudiera ver desde arriba. Colin se incorporó para echar un vistazo a través de una ventana.

—Es una salita —dijo—. Aquí no hay nadie.

—Debemos haber matado más renacidos de los que pensábamos —susurró Nico.

—O están en alguna otra parte.

Se abrieron paso hasta la parte posterior de la mansión lo más rápido que se atrevieron. Se trataba de una casa de campo pequeña, aunque enorme para los estándares de un plebeyo. Encontraron otra puerta para la servidumbre que también estaba cerrada, pero junto a ella había una ventana pequeña que Colin podía alcanzar gracias a su altura. La abrió de la forma más silenciosa que pudo, después trepó hasta ella y se dejó caer al otro lado. Asomó la cabeza un instante después.

—Venga —dijo mientras le tendía una mano a Nico.

Su entrada fue mucho menos grácil y se golpeó contra el suelo que había al otro lado. Durante un instante se quedó quieto para asegurarse de que nadie lo había oído. Cuando todo siguió en silencio, se dirigieron a la zona de la servidumbre y entraron en la salita que habían visto antes. Había fuego en una chimenea, pero ningún otro rastro de vida.

—¿Dónde demonios están todos? —siseó Colin.

—Deben de estar en el piso de arriba.

—Sabiendo que veníamos, no se irían a la cama sin más, ¿verdad?

El sonido de pasos les llegó de manera tan repentina que fue demasiado tarde para esconderse. Un niño pequeño, que no tendría más de ocho o nueve años, entró en la habitación frotándose los ojos. Cuando vio a Nico y a Colin se quedó congelado y con la boca abierta por la sorpresa.

—¿Quiénes sois? —preguntó. Era pelirrojo y estaba cubierto de pecas, pero llevaba un parche sobre uno de los ojos. El otro lo tenía tan inyectado en sangre como Arnaud. Un niño renacido.

—Estamos buscando a lord Crane —dijo Nico. Cuanta menos gente tuviera que morir, mejor, sobre todo en el caso de los niños.

—Está arriba —dijo el niño—. ¿Sois el señor Mott y el señor Chambers? —Nico y Colin se miraron y asintieron—. Dijo que

vendríais; seguidme.

No les quedó más remedio que seguirle a pesar de que no había duda de que se estaban metiendo directamente en una trampa. Mientras pasaban por diferentes pasillos y habitaciones, vieron a varios niños pequeños más haciendo diferentes tareas que iban desde limpiar los protectores de las chimeneas hasta quitar el polvo. Si Dalia vivía allí, entonces, las peores sospechas de Nico debían de ser verdad.

—¿Dónde están los adultos? —le preguntó Nico al chico.

Él los miró por encima del hombro.

—No han regresado.

¿Una mentira? ¿O era posible que estuviera diciendo la verdad? Los condujo al piso superior y a través de un largo pasillo hasta lo que parecían los aposentos del señor. Para sorpresa de Nico, la casa estaba en excelentes condiciones. No sabía por qué esperaba que un lugar repleto de renacidos estuviera saqueado y destrozado, pero era evidente que no estaban viviendo como okupas. Además, Crane había conseguido encontrar otro grupo de sirvientes. Todos renacidos; todos niños.

Nico llevó la mano a la espada que había sujetado con el cinto por falta de una funda apropiada. Tenía suerte de no haberse herido a sí mismo. El niñito miró a sus espaldas y tragó saliva de forma muy ruidosa. Después, llamó a la puerta que había frente a ellos.

—¿Quién es? —respondió un hombre.

—Eugene, señor. He traído al señor Mott y al señor Chambers.

—Muy bien. Puedes marcharte, Eugene.

El niño se apartó de ellos pero, en el último instante, Nico lo sujetó del hombro. El pequeño soltó un gritito.

—¿Conoces a una chica llamada Dalia? —susurró. Eugene asintió—. ¿Es una de vosotros? —Volvió a asentir y Nico soltó una maldición en voz baja—. ¿Dónde está ahora?

—Salió de la mansión hace unas horas para ir a cazar. Debería estar de vuelta pronto.

A Nico se le erizó el vello de todo el cuerpo. Tenía que volver con Seraphina antes de Dalia la encontrara. Soltó al niño, que se alejó rápidamente.

—Vamos —le dijo a Colin.

Tomó aire y abrió la puerta. Ambos empuñaron sus espadas en alto, pero Crane estaba sentado en un sofá al fondo de la sala. Junto a él había una chica acurrucada, aunque era difícil adivinar si estaba dormida o muerta.

—Buenas noches, caballeros —dijo Crane sin molestarse en ponerse en pie—. Branson me ha dicho que podía esperar vuestra llegada.

La joven del sofá se removió y giró el rostro hacia ellos. Nico se

sintió aliviado al ver que seguía viva y que la hipótesis de Jocelyn había sido correcta.

—Princesa Rose, ¿estáis bien?

Ella pestañeó y se incorporó.

—¿Príncipe Martin?

Crane soltó una carcajada para sí mismo.

—Así que «príncipe Martin», ¿eh? He de decir que has prosperado mucho en esta vida desde que te marchaste de la mansión Crane, Mott.

Rose tenía veintidós años pero, con sus mejillas suaves y sus hoyuelos parecía más joven. También era la más bajita de las princesas y tan apenas le llegaba a Nina a los hombros. Se recogió las faldas y se sentó más erguida, acercándose al borde del sofá. Justo cuando se movió para ponerse de pie, Crane la agarró del hombro y la volvió a empujar hacia atrás, a su lado. Ella estalló en fuertes sollozos y enterró el rostro entre las manos. Crane puso los ojos en blanco, mirando al techo.

—Cielo santo, chica, pensaba que habíamos llegado a un acuerdo con respecto a lo de las lágrimas.

Ella sacudió la cabeza mientras seguía llorando.

—¿Qué estás haciendo con ella? —preguntó Nico.

—Por mucho que me hubiera gustado matarla, me temo que la necesito si quiero reclamar la corona de manera legítima. Supongo que, a estas alturas, ya habías adivinado todo eso. Así que, ¿qué haces aquí, Mott? Has venido a matarme, ¿no es así?

Nico levantó la barbilla.

—A grandes rasgos, esa es la idea.

Crane se puso en pie de pronto y, una vez más, le recordó a Nico lo imponente que era. Por un momento, volvió a ser el muchacho que había sido antes de la plaga: pequeño, flacucho y asustado de todo el mundo. Pero, entonces, se vio reflejado en un espejo de pie y se sorprendió al ver que el que le devolvía la mirada era un hombre, no el niño que se sentía en el interior. Tenía los hombros casi tan anchos como el renacido aunque no fuese tan alto y, además, era diez años más joven.

—No me interesa matarte —dijo la criatura mientras daba un paso hacia ellos—. Has sido un buen sirviente y me alegro de conservarte. Incluso serías un consejero decente si jugaras bien tus cartas.

Nico hizo un sonido de mofa.

—¿Estás loco?

Crane se dio un golpecito en la barbilla.

—¿Lo estoy? No, creo que no. De hecho, creo que estoy siendo bastante razonable. —Se giró hacia Colin—. ¿Qué hay de ti, Chambers? Hay unas cuantas chimeneas en el castillo. Estoy seguro de

que podemos encontrarte bastante trabajo.

—Ahora soy mi propio señor —dijo Colin con calma. Nico nunca se había sentido tan agradecido de tenerlo a su lado.

—Muy bien. Os acompaño a la salida.

Agarró a Rose de la manga y la empujó frente a él. Se sacó un cuchillo del cinturón y, mientras caminaban, se lo puso en el cuello sin darle demasiada importancia. Sabía que no iban a atacarle mientras la princesa estuviera vulnerable. Conforme se alejaban por el pasillo, ella estalló en una nueva ronda de sollozos.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró Colin.

Mientras seguían a Crane a través del salón principal de la casa, un grupo de niños se reunió en torno a ellos. Cuando Rose pasó a su lado, abrieron mucho las fosas nasales y Nico se dio cuenta de que varios estaban salivando. ¿Cómo esperaba Crane mantener a una inmaculada en aquella casa llena de renacidos?

—Por favor, señor —dijo uno de los niños—, estoy siempre tan hambriento…

—Acabo de alimentaros —replicó Crane.

—Pero ya estaban muertos —sollozó otro niño—. Nos prometió sangre caliente.

—¡Sangre caliente!

—¡Sí, señor, sangre caliente!

Nico los miró, aterrorizado. ¿De verdad Dalia era como ellos? A esas alturas, parecía un poco ingenuo pensar que había salido a cazar conejos.

Cuando salieron al porche, un movimiento entre los árboles llamó su atención. Bajo la luz de la luna, Nico podía ver a una mujer abrazando a una muchacha más joven y sintió como si el corazón hubiera dejado de latirle en el pecho. Dalia había encontrado a Seraphina y él había llegado demasiado tarde como para salvarla.

CAPÍTULO 41

Seraphina, Jocelyn y Henry tan solo llevaban esperando una media hora cuando se abrió la puerta delantera de la casa y de ella salió una chica. Al principio, Seraphina no la reconoció. Desde la torre, Dalia le había parecido pequeña pero, al menos, podía culpar de ello a la distancia. Ahora, mientras atravesaba el jardín delantero hacia ella, supo que no había sido una ilusión causada por la luz. Dalia tenía prácticamente el mismo aspecto que había tenido cuando a ella se la habían llevado de su casa. Dado que era una persona de «floración tardía», tal como solía decir su madre, Dalia nunca había llegado a la madurez. Seguía siendo la muchacha de catorce años, delgada y un poco desgarbada, a la que el vestido le colgaba sobre el pecho plano.

Entonces, comprendió cómo había sido posible que su mejor amiga hubiese sobrevivido todos aquellos años a los horrores del mundo que había fuera de los muros de Eldridge.

Dalia se quedó petrificada cuando la vio. Ella intentó imaginarse el aspecto que debía de tener desde el punto de vista de su amiga: era casi cuatro años más mayor que la última vez que la había visto y ya era una mujer. Todavía llevaba suficiente tinte en el pelo como para que el color le resultara irreconocible y el vestido, aunque era uno de los más sencillos que tenía (por no mencionar que estaba manchado de tierra, sangre y otras cosas en las que prefería no pensar), seguía siendo mucho más elegante que cualquier otra cosa que hubiera poseído en su vida anterior.

Y aunque debería haberse sentido aterrada de la chica que una vez había considerado una hermana, descubrió que no podía resistirse a la tentación de abrazarla una vez más.

—Dalia —la llamó en voz baja—. Soy yo, Seraphina.

—¿De verdad eres tú?

El sonido de la voz de su amiga removió en ella tantos recuerdos que las lágrimas empezaron a derramársele a través de las pestañas antes de que se diera cuenta de que estaba llorando. Mientras daba un paso al frente, oyó cómo Henry le lanzaba una advertencia, pero no titubeó. Dalia y ella corrieron la una hacia la otra y ambas estiraron los brazos en busca de un abrazo.

Dalia le resultó familiar y diminuta. Sus omoplatos eran como dos alas sobresaliéndole de la espalda y la coronilla apenas le rozaba la barbilla. Pero, de algún modo, a pesar de todo, olía a hogar.

Su amiga inhaló también y, por un instante, Seraphina sintió cómo se le congelaba la sangre. Sin embargo, el momento pasó y Dalia no intentó hacerle daño. Le estaba devolviendo el abrazo y el cuerpo pequeño se le sacudía con el llanto. O bien el amor que sentía por ella trascendía a su naturaleza o algo en Seraphina había cambiado.

—Lo siento mucho —dijo cuando recuperó la voz—. Nunca tendría

que haberte abandonado. Tendría que haber luchado para quedarme contigo y con mis padres.

—No fue culpa tuya —susurró Dalia entre lágrimas—. Todos sabíamos que no era culpa tuya.

Conforme el último resquicio de culpabilidad al que se había estado aferrando aquellos años se deshacía, Seraphina lloró con más fuerza. Y, en aquella ocasión, lloró por sí misma, por la niña que había sido y por el peso con el que le habían hecho cargar. Porque si bien la absolución que le habían ofrecido Nico y Dalia le había ofrecido algo por lo que había estado rezando años, la persona de la que de verdad necesitaba recibir ese perdón era ella misma.

El tiempo del que disponían era limitado y, aunque quería abrazar a su amiga para siempre, necesitaba saber qué había sido de su madre y su padre.

—¿Qué ocurrió cuando me marché? —preguntó mientras se secaba las lágrimas con las mangas.

—Estuvimos bien durante un tiempo —contestó Dalia mientras la tomaba de la mano—. Pero, cuando los gentiles se dieron cuenta de que no estábamos muriendo al mismo ritmo que ellos, empezaron a decir que les habíamos envenenado el pozo; que éramos los causantes de la plaga.

—¿Y tu familia?

Dalia sacudió la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas nuevas. Seraphina se tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Mi madre y mi padre? —La chica bajó la mirada—. Se los llevó una turba, igual que a muchos otros.

Seraphina había sido consciente de que era una tontería tener esperanza, pero el pozo de dolor que sentía en el pecho le indicaba que, de todos modos, se había aferrado a ella. No estaba sorprendida, pero sí desolada.

—¿Y tú? —preguntó al fin—. ¿Quién cuidó de ti cuando todos los demás se hubieron marchado?

—Nadie —susurró Dalia—. Durante un tiempo, cuidé de mí misma. Después, enfermé y ya no había nadie que cuidara de mí.

Entonces, empezó a llorar abiertamente mientras decía cosas incoherentes: que era mala, maligna, un monstruo… Seraphina volvió a abrazarla una vez más.

Por encima del hombro de la muchacha, se abrió la puerta de la mansión. En el umbral se recortaba la silueta de un hombre. Crane. Frente a él, sollozando, había una chica. No fue hasta que hubieron bajado del porche y salido al jardín que Seraphina reconoció a Rose. Su zancada era tan corta que Crane se veía obligado a caminar despacio. Nico y Colin iban detrás de ellos pero, desde aquella

distancia, sus gestos eran indescifrables.

—¿Qué haces fuera de la casa, Dalia? —dijo Crane cuando la vio junto a Seraphina. Agarró a Rose del pelo y le echó la cabeza hacia atrás—. Vuelve aquí ahora mismo.

—Rápido —le susurró a su amiga al oído—, dime: ¿hay alguna manera de matarlos más allá de decapitarlos? —Dalia casi estaba llorando de nuevo, pero se señaló el corazón. Seraphina le estrechó la mano con delicadeza—. Vuelve con él —le susurró—. Te prometo que, ahora, todo irá bien.

Dalia, con el rostro blanco por el miedo, dudó, pero Seraphina asintió. Tras un instante, la otra chica le devolvió el apretón de manos y se la soltó. Trepó por la colina hacia la mansión con la espalda recta a pesar del miedo.

—Has pensado que podías disfrutar de un tentempié, ¿eh? —le dijo Crane, sonriendo—. Vuelve a la casa. —Dalia caminó hasta el porche y el hombre volvió su atención hacia Seraphina y Jocelyn—. Vaya giro de los acontecimientos más interesante —dijo mientras se acercaba con Rose tropezando frente a él e hipando entre sollozos—. Ya tengo una princesa y, ahora, viene otra. ¿Qué hacéis aquí, princesa Imogen? Suponía que, a estas alturas, si no estabais muerta, estaríais a medio camino de la costa.

—Tengo asuntos que resolver —contestó.

—¿Conmigo? ¡Qué maravillosa noticia! Ahora, podré estar en misa y repicando.

Seraphina miró a Nico, que temblaba con una ira apenas contenida. Sin embargo, atrajo su mirada y sacudió levemente la cabeza con la esperanza de que la entendiera. Necesitaba que, en ese momento, no hiciera nada galante.

—Me temo que ahí os equivocáis, mi señor. Si me queréis a mí, tendréis que liberar a mi hermana —dijo con la voz firme y tranquila.

—Seraphina —susurró Henry mientras daba un paso al frente—, no creo que esto sea buena idea.

—Por una vez en tu vida, confía en mí —siseó ella. Después, alzó la voz para dirigirse a Crane—. La princesa Rose es una chica inocente. No debería ser castigada por mis errores. Soltadla e iré con vos voluntariamente.

Crane pareció meditarlo un instante. Era evidente que no podía comerse a una princesa y casarse con ella. Sin embargo, podría intuir el farol de Seraphina y matar a Rose en ese mismo momento. Sabía que nunca sería más rápida que él. Como si le hubieran dado pie, Rose empezó a llorar con un sonido tan nasal y chirriante que Crane puso los ojos en blanco.

—Muy bien; es un trato más que justo. Ahora, acércate despacio. —Miró a Jocelyn, que había empezado a seguirla de manera

automática—. Tú quédate donde estás —le dijo.

Seraphina se volvió una vez para mirar a Jocelyn antes de comenzar a caminar hacia delante con decisión y con los dedos cerrados en torno al cuchillo que llevaba escondido entre las faldas. Iba a funcionar; tenía que funcionar.

Miró a Dalia, que estaba junto con otros niños renacidos. «Las cosas que habrá visto y hecho a lo largo de los años…», pensó mientras el corazón se le encogía de pena. La soledad y el miedo. La culpa y el horror. Dalia nunca llegaría a ser mujer; nunca se casaría ni tendría hijos. Pero Seraphina cuidaría de ella hasta que ella misma fuese una anciana. Juntos, Nico y ella encontrarían una cura. Tenía que creer que sería así porque, de lo contrario, ¿para qué había servido todo aquello?

Crane se alzaba junto a Rose, que tenía los ojos abiertos de par en par por el miedo. Emocionado, el hombre aferró el cuchillo con demasiada fuerza y la princesa gritó cuando una fina línea de sangre se le abrió en el cuello.

—Soltadla —dijo Seraphina mientras observaba cómo al renacido se le dilataban las pupilas ante el aroma de la sangre. No pasaría mucho tiempo antes de que perdiera el control—. Si la matáis ahora, jamás seréis rey.

Crane se lamió los labios, apartó el cuchillo del cuello de Rose y lo tiró al suelo como si la tentación fuese demasiado grande.

—Ven a mí —dijo mientras extendía las manos hacia ella.

En cuanto estuvo a su alcance, Crane empujó a Rose al frente, agarró la parte delantera del corpiño de Seraphina y tiró de ella con tanta fuera que sintió que algo se desgarraba.

Miró a Nico una vez más y el miedo que mostraba en el rostro le garantizó otro estallido de fuerza. Porque si Henry podía confiar en ella a pesar de sus prejuicios, si Jocelyn le era leal más allá de los muros de Eldridge, si Dalia podía perdonarla por haberla abandonado y Nico arriesgaría su vida por ella, entonces, no estaba sola. No tenía que engañar a nadie para que la quisiera. Incluso aunque sus padres estuvieran muertos y hubieran asesinado a su comunidad, encontraría un lugar propio en el mundo. Era astuta y valiente y nunca más volvería a esconder quién era.

Apartó la vista de Nico y miró a Crane, que la estaba contemplando de forma imperiosa. La había subestimado.

Llevaba en las manos la sangre del cuello de Rose. Se le habían dilatado tanto las pupilas que tenía los ojos negros. Se acercó más a él mientras deslizaba el cuchillo hacia su cintura.

—Te dije que serías mía —le dijo él en voz baja—. Los hombres como yo siempre conseguimos lo que queremos.

—Sí, mi señor —contestó sin molestarse en ocultar cómo le

temblaba la voz. Eso le ayudaría a distraerlo.

Él se inclinó hacia delante. Tenía los labios peligrosamente cerca de los suyos.

—¿Sabes, niña? Una vez que sea rey, podré hacer contigo lo que quiera. —Se obligó a no moverse a pesar de la oleada de asco que la recorrió. Tenía que hacerlo en el momento adecuado, pues solo tendría una oportunidad—. Mi esposa era hermosa como tú, pero no tenía tu espíritu. Incluso cuando supo lo que era, no se resistió.

—¿La matasteis vos? —preguntó Seraphina. Todas las partes de su cuerpo la instaban a salir corriendo.

—Estaba enfermo y ella me cuidó —contestó él—. Ninguno de los dos esperaba que me recuperara. Pero, entonces, me desperté… —Echó los labios hacia atrás para mostrar unos dientes tan largos y afilados que le recordaron a los de los gatos del castillo—. Tenía tanto… hambre.

Seraphina hizo caso omiso del sabor agrio de la bilis en la garganta y levantó el cuchillo poco a poco, permitiéndose rozar las costillas de Crane con los nudillos, como si lo estuviera acariciando. Él se estremeció ante su contacto.

—Cuidado, mi señor —susurró—. Mi vida está en vuestras manos.

—Lo sé —gruñó él.

Mantuvo la mirada fija en Nico, cuyo rostro cambió cuando vio el cuchillo. Ella alzó la mano tras la espalda de Crane. Nico ladeó la cabeza un poco hacia la izquierda, guiándola hacia el punto correcto.

—Solo hay una cosa que deberíais saber —dijo mientras el renacido jugueteaba con el encaje del cuello de su vestido.

—¿Ajá? ¿El qué?

—No soy una princesa.

Él alzó la cabeza para mirarla.

—¿Qué?

—Me llamo Seraphina. Por mis venas no corre sangre real. De hecho…

Alzó la mano libre y, de forma intencionada, pasó un rasguño que tenía en la muñeca frente a la nariz del hombre. Algo había cambiado en ella. Lo supo tan pronto como el gesto de Crane pasó de la lujuria a la confusión y al asco. Tal vez Nico comprendiera por qué había ocurrido. Tal vez el mordisco del renacido la había cambiado de algún modo. Lo único que sabía era que ya no era una inmaculada. Ya no era lo que Dalia, Crane o cualquiera de los renacidos quería. Era inmune.

Sonrió, mostrando todos los dientes.

—En mi sangre no hay nada en absoluto para ti.

Crane inhaló.

—¡No! —gritó mientras retrocedía.

Ella bajó el cuchillo y se lo clavó entre las costillas, directo al corazón. El hombre abrió los ojos de par en par conforme lo apretaba más hacia ella.

—Sí —susurró con un tono de voz tan suave como la elegante camisa de seda que llevaba él—. ¿No lo ves? Las mujeres como yo siempre conseguimos lo que queremos.

CAPÍTULO 42

Nico enterró la cabeza de Crane en el vergel y depositó su cadáver en la bodega con

el cuchillo de Seraphina clavado todavía en el corazón. Casi no podía creerse que hubiera decapitado al hombre que una vez había considerado su salvador. Varios meses atrás, aquello hubiera sido impensable.

Tal vez, a esas alturas, ya debería estar acostumbrado a que le pusieran el mundo patas arriba. Ya sabía que la mayoría de las cosas no eran lo que parecían a simple vista. Un deshollinador amable podía ser un caballero. Una princesa podía ser una heroína. ¿Por qué no podría ser un hombre un monstruo?

Para cuando se hubieron deshecho del cuerpo de Crane, el cansancio les había pasado factura a todos ellos. Colin y Greymont estuvieron de acuerdo en dormir en el establo con Rose, lejos de los niños renacidos. Después de todo, ella seguía siendo una inmaculada.

—¿Estamos seguros de que los renacidos adultos no han regresado? —Les preguntó Nico a Jocelyn y Seraphina mientras se dirigían hacia la casa principal.

Jocelyn asintió.

—En el castillo, debieron darse cuenta de que les superaban en número y huyeron —contestó mientras se arrebujaba más con su chal.

Nico esperaba que tuviera razón y que no fuesen lo bastante tontos como para regresar aquella noche, ya fuera a la mansión Greymont o al castillo. En los escalones del porche los esperaba un grupo de niños renacidos que permanecían en silencio ya fuese por asombro o por miedo. O tal vez por ambas cosas. Dalia estaba entre ellos y los acompañó hasta la cocina para buscar la comida que pudiera quedar de los anteriores inquilinos.

De pronto, Jocelyn soltó un grito y Nico vio una rata que los adelantaba corriendo por el pasillo.

—Lo siento —dijo la joven con una mano sobre el pecho—. Odio las ratas. Tienen unas colas asquerosas.

Seraphina le dio una palmadita en el hombro.

—Crane habría hecho bien en adquirir varios gatos. En cuatro años no he visto ni una sola rata en Eldridge Hall.

—El señor odia los gatos —dijo Dalia—. Bueno, supongo que, más bien, los odiaba.

—¡Pues claro! —masculló Nico—. Ratas… Se sabe que portan enfermedades. Me preguntaba cómo era posible que ningún sirviente llevase la plaga a Eldridge Hall, pero ¡me apuesto algo a que era por todos esos gatos!

Miró a Seraphina y descubrió que le estaba observando con una sonrisa divertida en el rostro.

Se agachó para acceder a la alacena y sacó unas patatas viejas y una cebolla florecida.

—Son casi una reliquia —dijo mientras dejaba las patatas sobre la encimera—, pero creo que son comestibles.

Al lado de Seraphina, Dalia parecía todavía más niña que cuando Nico y Colin la habían encontrado a las afueras del castillo. Había algo en lo que quiera que fueran los renacidos que hacía que dejaran de envejecer, pero no había tenido tiempo de descifrar esa parte todavía.

—Hay un huerto en la parte trasera —dijo Dalia—. Podríamos hacer sopa.

Jocelyn asintió y se puso en pie.

—Voy contigo, Dalia —dijo mientras lanzaba una mirada elocuente a Seraphina y Nico—. Vosotros dos podéis ir poniendo el agua a hervir.

Seraphina había estado muy silenciosa desde que había apuñalado a Crane. La parte delantera de su vestido estaba manchada de sangre, aunque no tanto como Nico habría esperado.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando al fin se quedaron a solas.

El cabello suelto le caía en ondas en torno a la cara y, bajo la luz del fuego, los mechones teñidos con henna se tornaban de un tono dorado rosado. El corazón le latía con fuerza, aunque no sabía muy bien por qué.

—No lo sé —contestó mientras daba un paso hacia él.

—Seraphina… —Nico acortó el resto de la distancia que los separaba. Para entonces, el martilleo del corazón le resultaba casi insoportable—. Siento mucho todo lo que ha ocurrido.

Ella levantó la mano y le puso un dedo sobre los labios.

—Tienes que dejar de pedir disculpas, Nico.

—Pero…

Lo miró fijamente con aquellos ojos tristes y, por primera vez en su vida, sintió que estaba mirando a los ojos de una igual, de alguien cuya alma comprendía la suya más allá de las costumbres, la sociedad y las expectativas.

—Mi pueblo tiene un dicho: «Aquel que salva una sola vida, salva al mundo entero». Sé que tienes el corazón apesadumbrado por las muertes de todos aquellos a los que no has podido salvar. Sé que desearías haber hecho más por tu familia y por Elisabeth. Sin embargo, contra todo pronóstico, pusiste tu propia vida en riesgo para advertir a todos los habitantes de Eldridge Hall sobre los renacidos. Salvaste a los que pudiste. Me salvaste a mí.

Mientras hablaba, le apartó el dedo de los labios, pero antes de que pudiera echar de menos siquiera su tacto, lo reemplazó con los labios.

Por un instante, Nico se quedó petrificado. Se había imaginado besándola, pero no podría haber previsto la exuberancia de sus labios

ni la sensación de su cuerpo pegado al de él. Quería tenerla más cerca. Justo cuando levantó la mano para acariciarle la mejilla, oyeron un estrépito y se separaron. Entonces, vieron a Jocelyn y Dalia observándolos.

—Ejem —dijo Jocelyn con delicadeza mientras Dalia se agachaba para recoger las zanahorias que había dejado caer al suelo.

Nico les dio la espalda, incapaz de mirarlas a los ojos, mientras sentía un calor familiar subiéndole por el cuello.

Hablaron un rato mientras se cocían las verduras aunque, al final, Dalia pareció cansarse y se excusó para marcharse a dormir.

—Nos vemos por la mañana —dijo Seraphina mientras le daba un abrazo a su amiga. Cuando se hubo marchado, se giró hacia Nico y Jocelyn con los ojos brillantes por las lágrimas—. ¿Van a ser niños para siempre?

—No lo sé —admitió él—. Tengo que pensar en muchas cosas ahora que sabemos cómo matar a los renacidos. Mientras tanto, creo que los niños pueden sobrevivir a base de sangre animal.

Seraphina asintió, recogió los platos y los llevó al fregadero.

—Deberíamos descansar.

—He encontrado dos habitaciones vacías en el tercer piso —dijo Jocelyn—. La princesa… —Sacudió la cabeza—. Perdón; Seraphina y yo dormiremos en una y tú puedes dormir en la otra.

—Puedo hacer guardia esta noche —se ofreció Nico. Sin embargo, Seraphina ya estaba negando con la cabeza.

—Atrancaremos las puertas. Es importante que descansemos todos.



Nico se desnudó hasta quedarse en ropa interior y se lavó con la jofaina de agua que había en la habitación que había ocupado aquella noche. Su anterior inquilino había sido alguien ordenado y la cama estaba hecha con pulcritud. Sin embargo, en el armario había una casaca manchada de sangre y decidió que, al día siguiente, prefería ponerse la suya aunque estuviera sucia.

Apartó la colcha mientras pensaba en lo que Seraphina le había dicho antes. Durante todo aquel tiempo, cada vez que había recordado

las últimas palabras de su madre, siempre le habían parecido una acusación, una prueba de su fracaso. Pero ¿qué pasaba si aquel «Nico, ayuda» no había sido una súplica de su madre para que la salvara? ¿Y si, en su lugar, le había estado implorando que ayudara a otros? Si ese era el caso, tal vez Seraphina tuviera razón. Tal vez, después de todo, un enterrador pudiera ser médico en aquel nuevo mundo.

Se sobresaltó cuando oyó que llamaban a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Seraphina —respondió ella con suavidad—. ¿Podrías mirarme la herida antes de que me vaya a dormir?

Nico desatrancó la puerta y la abrió lo justo y necesario para dejarla pasar antes de volver a cerrarla tras ella. Cuando se dio la vuelta parar mirarla, ella no le estaba contemplando el rostro, sino el pecho. El pecho desnudo.

—Santo cielo —espetó mientras se apresuraba a ponerse la túnica —. Mi más sinceras disculpas.

Ella se rio en voz baja.

—Nico, ya había visto a hombres sin camisa en otras ocasiones. No hace falta que parezcas tan escandalizado.

Estaba a medio camino de ponérsela, atrapado entre las mangas, cuando notó que ella tiraba del dobladillo para enderezarla hasta que pudo pasar la cabeza por el agujero y volvió a estar adecuadamente vestido.

Cuando sus ojos se encontraron, ella estaba sonriendo. Se alisó el pelo con rapidez y le devolvió la sonrisa. Estuvo a punto de disculparse antes de recordar que ella no quería que lo hiciera.

—¿Puedes echarle un vistazo al vendaje? —le pidió ella tras un instante.

Por Dios, se había quedado mirándola como un cachorrito enamorado. Se aclaró la garganta.

—Por supuesto.

Ella se quitó los zapatos y los dejó bien colocados junto a la puerta. Después, se sentó en el borde de la cama y levantó la pierna.

Nico tragó saliva y se arrodilló a su lado. Se apoyó el pie desnudo sobre la rodilla y, con cuidado, desató el vendaje. Cuando vio que no había sangre fresca ni rastros de infección, suspiró con alivio.

Mientras le volvía a colocar las vendas con los dedos presionados con suavidad sobre el tobillo delicado para hacer palanca, se imaginó llevándola a su antiguo hogar para conocer a su familia. Su casa era menos señorial que la mansión Crane, pero estaba limpia y era cómoda y, cuando su madre aún vivía, siempre había sido acogedora. Lucinda había ansiado con desesperación tener una hija y ninguno de sus hermanos se había casado antes de la plaga. Nico incluso dudaba que su padre se hubiera resistido a los encantos de Seraphina.

Se preguntó qué habría opinado él mismo de ella si la hubiera conocido antes de la plaga, pero le resultaba difícil imaginar las circunstancias siquiera. Sus mundos estaban separados del todo. Era extraño pensar que poder conocerla había sido a expensas de perder a todos los que había querido alguna vez.

Cuando terminó, le soltó el tobillo y se puso en pie. Para su asombro, ella estaba recostada por completo sobre el colchón y profundamente dormida.

Se acercó un poco más al cabecero de la cama y tosió, pero ella se limitó a suspirar en sueños con una suave exhalación de felicidad que no se vio capaz de interrumpir.

Se deslizó hasta el lateral de la cama con la espalda apoyada contra el colchón. Enseguida notó cómo empezaban a pesarle los párpados. El aliento de ella le resultaba dulce contra el cuello y su calidez se colaba a través de las sábanas hasta su espalda. Por muy cansado que estuviera, no creía que alguna vez se hubiera sentido más en paz que en ese momento.

Sus pensamientos estaban empezando a volverse extraños y oníricos cuando sintió algo rozándole la sien. Se dio la vuelta, todavía medio dormido, y, al abrir los ojos, descubrió que ella lo estaba observando con el rostro a apenas unos centímetros del suyo. Tenía una pluma entre los dedos.

—Llevabas esto en el pelo —susurró.

Cerró los ojos, preguntándose si todavía estaba dormido, pero, cuando volvió a abrirlos, ella estaba aún más cerca. Soltó la pluma y volvió a enterrarle los dedos en el pelo. De pronto, su agarre se volvió más fuerte y lo arrastró hacia arriba.

Ahora, estaba de rodillas junto al colchón, mirándola. Ella se incorporó, le soltó el pelo con lentitud y le llevó la mano a la mejilla. Era consciente de la sangre que le corría por todo el cuerpo y lo caliente que debía de resultarle su piel contra la mano. Él mantuvo los puños piadosamente cerrados sobre el colchón que tenía enfrente. La cabeza le dolía allí donde ella le había tirado del pelo y sentía un nudo en la garganta por el anhelo. Si abría la boca, sus sentimientos se derramarían de sus labios como si fueran sinsentidos en lugar de la poesía que deseaba poder escribirle. Sus pensamientos estaban en todas partes y en ningún sitio a la vez. Ni siquiera podía respirar de lo mucho que la deseaba.

Cuando ella presionó los labios contra los suyos, fue tanto un alivio como un tipo exquisito de tortura. Soltó hacia ella el aire que había estado conteniendo con un suspiro. Todavía tenía miedo de mover las manos o de lo que podrían hacer si les daba libertad. Tal como estaban las cosas, su boca ya estaba haciendo cosas muy poco caballerosas mientras se movía en una extraña danza que nunca había

aprendido, pero que parecía salirle de manera tan natural como el respirar: dar, tomar y deleitarse con su sabor.

Los ojos se le habían cerrado solos, pero los abrió cuando notó cómo bajaba las manos hasta su túnica y tiraba de ella con bastante insistencia. Ella seguía con los ojos cerrados. Tal vez no estuviera realmente despierta y no supiera lo que estaba haciendo porque todo indicaba que quería que subiera a la cama con ella y eso era traspasar todos los límites del decoro que alguna vez le había inculcado su madre.

Pero ni por su vida fue capaz de resistir el tirón de sus manos. Además, le hizo hueco en el colchón como si supiera lo que estaba haciendo. Él se arrastró hasta arriba sin dejar de besarla, temiendo romper el contacto porque ¿y si era lo único que los mantenía unidos?

—Nico… —suspiró mientras tiraba de sus manos como si quisiera que la tocara.

Las manos de ella estaban por todas partes: en su pelo, en su espalda y agarrándole los brazos. Él también quería hacer todas esas cosas, pero era consciente de que era mucho más grande que ella y no quería que sintiera que le estaba arrebatando el control. Sabía que ya había tenido que soportar algo así para toda una vida. Tocarle el rostro parecía lo bastante seguro, así que se permitió levantar una mano y posársela en la mejilla mientras con los dedos trazaba la curva de su mandíbula allí donde tenía aquella cicatriz tan fina como una costura.

Envalentonado, le pasó las manos por la larga cabellera y se la apartó del rostro. Ya no había tristeza en sus ojos. Se preguntó si la había habido alguna vez; si, tal vez, la había confundido con una criatura atrapada cuando podría haber cruzado los barrotes en cualquier momento si así lo hubiera deseado.

Notaba el pulso acelerado de Seraphina bajo las yemas de los dedos y cerró los ojos para inhalar su dulce aroma. ¿Cómo alguien tan vulnerable podía haber sobrevivido a tantos horrores? ¿Cómo podía permitirse confiar en él de aquel modo? Ella le pasó el pie por la pierna con lentitud, enredándose con él como una enredadera en torno a una rama. Abrió los ojos de golpe y se la encontró mirándolo fijamente con una sonrisa seductora sobre los labios.

Se dio cuenta de que había bajado las manos hasta sus hombros y las colocó con deliberado cuidado sobre el colchón que tenía enfrente como si fuese un niño al que hubiesen pillado con las manos en la masa.

—Nunca habías besado a una chica, ¿verdad? —le preguntó ella mientras se sentaba un poco más erguida y se cubría las piernas con la falda.

Cuando se dio cuenta de lo rojas que tenía las mejillas, se tocó las

suyas propias con la esperanza de que su barba de unos días no le hubiese hecho daño.

—No —admitió, avergonzado. Sus hermanos habían presumido ante él de las chicas que habían besado detrás del establo pero, cuando llegó la plaga, él solo tenía dieciséis años y no conocía a ninguna chica más allá de aquellas con las que había ido al colegio. Ninguna de ellas había parecido demasiado interesada en él para cualquier otra cosa que no fuera ayudarlas con los deberes.

—Bien —dijo ella mientras le colocaba el pulgar en el centro del labio inferior—. Porque esto me pertenece.

Se preguntó si sus labios parecían tan rojos e inflamados como él los sentía. Le besó la yema del dedo.

—Supongo que Jocelyn te estará buscando.

Ella apartó el dedo de sus labios y lo deslizó hasta la pequeña hendidura que tenía en la barbilla. Sacudió la cabeza y le dio un beso allí donde había tenido el pulgar un instante atrás.

—Se ha quedado dormida en cuanto se ha tumbado en el colchón.

—Oh.

Seraphina tenía el cuerpo estirado junto al suyo y, aunque no se atrevía a mirar por debajo de la clavícula, Nico sintió que podría morir feliz si no llegaba a vivir más allá de aquel momento. Ella le pasó un mechón detrás de la oreja.

—Se te da muy bien besar —le dijo con los ojos fijos en sus labios, como si quisiera volver a probarlos. Entonces, alzó la mirada a sus ojos—. Es en tus manos en lo que tenemos que trabajar.

Él se rio con un sonido atronador que no creía haber emitido nunca antes.

—Las manos no son el problema —replicó mientras las flexionaba sobre las sábanas—. Tan solo han hecho lo que les ha ordenado mi cerebro, que se está esforzando mucho por no saltarse todas las reglas del decoro habidas y por haber.

Ella se inclinó más hacia él, presionándole el muslo contra el suyo.

—Entonces, supongo que tendré que distraer a tu cerebro lo suficiente como para que deje a las manos a su aire.

Nico tragó saliva de forma audible y se sonrojó tanto que se preguntó si se habría roto algo.



Seraphina estiró las manos hacia la túnica de Nico y tiró de ella hacia arriba hasta que al fin se dio cuenta de que quería que volviera a quitársela del todo. Él lo hizo con un entusiasmo casi infantil que logró que ella se riera. Cuando volvió a aparecer con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas, ella estaba recostada sobre los almohadones y la contempló con un gesto que capturaba sus propios sentimientos: asombro, orgullo, amor y deseo, todo ello mezclado con una sonrisa bobalicona. Comenzó a estirarse hacia él, pero él ya se estaba inclinando para darle un beso.

—Y esto me pertenece —dijo él mientras le rozaba los labios con los suyos. Aquellas palabras que recordaban a las suyas eran posesivas, pero descubrió que le gustaba la idea de pertenecerle siempre y cuando él le perteneciera de igual manera—. Y esto —añadió, remarcando las palabras con un beso en el cuello que hizo que cierta calidez se expandiera por todo su cuerpo. Él bajó un poco más y ella inhaló de forma tan brusca que acercó la curva de sus pechos todavía más a sus labios—. Y esto…

Atrapó la boca de Nico con la suya propia y, durante un rato, estuvieron demasiado ocupados besándose como para hablar aunque, de vez en cuando, se detenían durante un momento en el que les faltaba el aire para contemplarse el uno al otro, sonreían y volvían a empezar.

Por agradables que fueran los besos, anhelaba más, pero Nico seguía guardándose las manos para sí mismo de forma egoísta. Se las tomó y se las colocó firmemente sobre la cintura, aunque también quería sentirlas en el resto del cuerpo.

—No tienes que temerme, Nico.

—No tengo miedo —dijo él mientras bajaba la mirada a sus propias manos como si fueran las de otra persona—. Bueno, tal vez un poco.

Ella sonrió mientras buscaba su tacto titubeante.

—¿De qué?

Ahora, no estaba segura de si tenía las mejillas sonrojadas por la

vergüenza, la lujuria o la fricción, pero le gustaba cuando se mostraba así: abierto, vulnerable y un poco deshecho.

—De que me quemes, ya que eres «la que arde» —contestó él.

Ella le levantó la barbilla y sonrió.

—¿Acaso eso sería tan malo?

Al fin, Nico le pasó los dedos por la espalda hasta que encontró los lazos de su corpiño. Después, tiró de ellos con cuidado. Ella soltó el aire en algo que fue una mezcla entre una carcajada y un suspiro. Al parecer, después de todo, sabía lo que hacía con las manos. Él le devolvió la sonrisa y apoyó la frente contra la suya. Sus alientos se entremezclaron, expectantes por todo lo que estaba por venir.

—La verdad sea dicha —dijo él antes de morderle suavemente el labio inferior—: no se me ocurre una mejor manera de morir.

CAPÍTULO 43

Cuando Seraphina se despertó, se encontró a Nico observándola con los ojos marrones encapotados y soñadores y el pelo revuelto por culpa de sus manos.

—Buenos días —dijo mientras se estiraba con languidez—. ¿Has dormido bien?

Él asintió.

—¿Y tú?

—Nunca había dormido mejor. —Sonrió, pero él volvía a hacer esa cosa de fruncir el ceño—. ¿Qué ocurre?

—Es que… Bueno, es solo que creo que sé por qué Crane ya no ansiaba tu sangre anoche. Y creo que puede que sepa cómo ayudar a los otros inmaculados.

Seraphina se incorporó. De pronto estaba totalmente despierta.

—¡Eso es una noticia maravillosa!

Él asintió.

—Lo es…

—Y, aun así, no pareces contento.

Nico sacudió la cabeza.

—Es solo que… ¿Y si me equivoco? ¿Y si hago daño a la gente en lugar de ayudarles?

Seraphina se acomodó en el hueco de su brazo y le apartó el pelo de la cara.

—Yo no soy científica pero, por lo que sé, de eso trata la ciencia: de hacer conjeturas informadas y esperar estar en lo cierto. Ya sabemos lo que va a ocurrir si no hacemos nada.

Él cerró los ojos un instante.

—Sí.

—Así que, sea lo que sea que creas haber descubierto, sin duda merece la pena intentarlo. —Nico abrió los ojos y Seraphina se sintió aliviada al ver que la preocupación había desaparecido y había sido sustituida por algo diferente—. ¿Qué? —le preguntó con una risita nerviosa.

—Eres una maravilla, Seraphina. ¿Lo sabías?

La calidez que sentía en el corazón cada vez que él pronunciaba su nombre verdadero le recorría todo el cuerpo y hacía que se sintiera un poco mareada.

—Creo que lo supe en el pasado; antes de que me arrebataran todo lo que conocía y amaba.

Él le pasó un dedo por la mandíbula y, después, por el puente de la nariz, como si quisiera memorizar las líneas de su cuerpo.

—¿Cómo sería tu vida si la mori roja nunca hubiera aparecido?

Ella se encogió de hombros.

—Me lo he preguntado. Claro que sí. Pero, al final, decidí que no

tenía sentido. Incluso aunque abandonáramos este lugar y descubriéramos que el mundo no había cambiado, que mis padres seguían vivos y Dalia seguía siendo… Dalia, no sería capaz de volver a esa casa diminuta dentro de un barrio amurallado para esperar a que un hombre decidiera que me deseaba. No estoy segura de ser capaz de soportar que vuelvan a decir lo que tengo que hacer o dónde tengo que ir de nuevo.

Él sonrió con suavidad.

—Y te preguntas si sigues teniendo el mismo fuego de antes…

Ella sonrió también y lo miró a través de las pestañas. Le encantaba poder hacer que se sonrojara con tan solo una mirada. Antes de salir de la cama, lo besó hasta dejarlo sin aliento.

—Entonces, ¿cuál es ese plan tuyo?

—¿De qué plan me estás hablando?

Seraphina se rio ante su gesto de aturdimiento.

—Tu plan para salvar el mundo.



—Explícamelo una vez más —dijo Colin mientras Nico llevaba a cabo los preparativos dentro del establo.

—Se llama «inoculación» —contestó él. Estaba siendo sumamente paciente con sus alumnos, que no estaban acostumbrados a la jerga médica—. Introducimos un poco de la sangre de una persona inmune en alguien que no tenga inmunidad y eso les cambia la sangre. Cuando curé la pierna herida de Seraphina, debió de entrarle parte de la sangre del corte que tenía en la mano.

Henry sacudió la cabeza.

—No tiene ningún puñetero sentido.

—Los «cómos» y los «porqués» no son tan importantes como el «qué» —replicó Nico—. ¿Estás lista, Rose?

La princesa se aferró a la mano de Seraphina mientras Nico utilizaba un cuchillo esterilizado de la cocina para hacerle una pequeña incisión en la mano y otra en la de Jocelyn. Quería asegurarse de que la sangre de cualquier inmune podía transmitir dicha inmunidad y no solo la suya. Esperarían un día antes de

marcharse de la casa solo para asegurarse de que la inoculación había funcionado. Una vez que todos ellos fueran inmunes, sería más seguro volver a Eldridge.

Aun así, ya llevaban fuera dos días y Seraphina estaba preocupada por la gente que había quedado atrapada en la biblioteca. Sin embargo, si Nico estaba en lo cierto y aquello funcionaba, al final, serían capaces de inocular a todos los habitantes de Goslind. No pasaría mucho tiempo antes de que los renacidos se quedaran sin presas.

Por supuesto, eso no respondía a la cuestión de qué ocurriría con los renacidos que quedaban. Cuando Nico hubo terminado, Seraphina buscó a Dalia y le pidió que fuera a dar un paseo con ella.

—¿Cómo estás? —le preguntó mientras recorrían el largo camino de gravilla—. Sé que ayer debiste pasar mucho miedo.

Dalia asintió y Seraphina sintió una punzada por la pérdida de su amiga, por los casi cuatro años de desarrollo que había perdido. Tenían la misma edad, pero Dalia se había quedado congelada en el tiempo, preocupada tan solo por sobrevivir. Y si bien Seraphina había estado atrapada a su manera, también había crecido. Había leído cientos de libros y había conocido a muchas personas. Había estudiado política, geografía y ciencia. Sabía lo que había más allá del océano a pesar de que todavía no lo había visto por sí misma.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Dalia se detuvo y se sentó en un banco bajo la sombra de un olmo.

—Has cambiado mucho —le dijo. Sus ojos resultaban enormes dentro del rostro pálido. Seraphina le había preguntado por qué no los tenía inyectados en sangre como los otros renacidos y ella le había explicado que se los vendaba por las noches para que los párpados se le quedaran cerrados. Al parecer, Crane le había enseñado a hacerlo—. Me siento muy agradecida de que no te marcharas de Goslind sin mí —continuó—, pero no puedo evitar sentir que me has dejado atrás.

Seraphina suspiró y le tomó la mano.

—Siento mucho que haya sido tan difícil. No sé por qué ha tenido que ocurrirnos esto a ti, a mí o a cualquiera de nosotros. No es justo. Pero no voy a dejarte atrás, te lo prometo. —Le estrechó los dedos—. Además, tampoco he cambiado tanto.

Dalia arqueó una ceja con escepticismo.

—¿No?

Seraphina se puso en pie, arrancó una seta que crecía bajo el banco y se la lanzó a la cara. Por un instante, Dalia la miró fijamente con la boca abierta y una pequeña mancha en la mejilla allí donde le había golpeado la seta. A Seraphina le preocupó haberse equivocado al bromear en un momento así. Pero, entonces, Dalia estalló en una de sus risitas, agarró un puñado de tierra de entre sus pies y se lo lanzó

de vuelta. Para cuando regresaron a la mansión, ambas estaban manchadas y, a pesar de los años largos y difíciles que las habían separado, de pronto las cosas ya no parecían tan insalvables.



A la mañana siguiente, tras asegurarse de que había varios niños renacidos que sabían cómo cazar («Animales», les había recordado Nico con severidad), emprendieron el camino de vuelta a Eldridge Hall por el camino de gravilla.

Para cuando alcanzaron el mediodía, Seraphina se encontró caminando junto a Rose. Ella y Nina eran las últimas descendientes vivas del rey Stuart y, aunque no lo habían hablado, todos sabían que ella sería la siguiente en la línea de sucesión al trono si algo le hubiera pasado a Nina.

Rose nunca había sido cruel con ella. Sosa, ignorante y un poco egoísta, sí, pero nunca cruel. Por eso, Seraphina se sorprendió cuando, sin venir a cuento, le dijo:

—Lo siento mucho, ¿sabes?

—¿El qué? —le preguntó mientras pasaban por encima de un tronco caído.

—Todo. Haberte alejado de tu familia, tratarte de algún modo como si hubieras sido tú la que había elegido ser la favorita de padre…

—¿Estabas resentida con Imogen cuando aún estaba viva? —le preguntó, curiosa. Siempre había supuesto que a Rose no le importaba ser la favorita tanto como a Giselle.

—¿Yo? No. Imogen era rara pero dulce. Nunca decía nada desagradable a nadie. Creo que por eso hacía que Giselle se enfadara tanto. No podía soportar que Imogen fuese buena sin tan siquiera intentarlo.

Justo en ese momento, Rose se tropezó con una piedra y Henry apareció como por arte de magia para tomarla del codo y ayudarla a guardar el equilibrio.

—Os tengo, princesa —le dijo con su sonrisa de ganador.

Seraphina soltó un bufido burlón y cuando se encontró con la

mirada del joven, él le sonrió y se encogió de hombros como si no pudiera evitarlo. Era como un gato: siempre conseguía caer de pie. Antes, había captado las sonrisas de enamorados que ella y Nico no podían quitarse del rostro, había abierto la boca y, después, la había vuelto a cerrar con un último gesto de la cabeza. Suponía que no podía culparlo por mirar por su propio bien. Era lo que mejor se le daba.

En cuanto a Branson, tras llegar a la mansión, no habían vuelto a encontrarlo y Nico estaba seguro de que no volverían a verlo. Aquel era otro hombre que siempre conseguía aferrarse a cualquier ventaja, aunque no era tan listo como se creía, ni mucho menos. Era más un hongo que un gato, la verdad.

Estaba anocheciendo cuando llegaron de nuevo al castillo. Colin se quedó fuera para empezar a amontonar los cadáveres. Eran demasiados y el suelo estaba demasiado congelado como para enterrarlos, así que los quemarían al día siguiente. Seraphina se arrebujó más con su capa mientras contemplaba la destrucción que los renacidos habían causado en tan poco tiempo.

Sin el tic-tac del reloj negro, que ahora no era más que una pila de escombros oscuros, el gran salón estaba inquietantemente tranquilo.

—Podemos usar la madera para la pira —dijo ella. Su voz resonó en medio del vacío.

Nico le tomó la mano.

—Vamos a buscar más renacidos. Greymont, tú y las otras señoritas deberíais liberar a la gente que está en la biblioteca. Explicadles lo que ha ocurrido. Nos reuniremos aquí en cuanto hayamos despejado el castillo.

—Muy bien. Gritad si necesitáis ayuda —dijo Greymont.

Seraphina y Nico recorrieron los pasillos lentamente y con las armas preparadas, pero estaba todo tranquilo. De vez en cuando, tenían que pasar por encima de cadáveres tanto de renacidos como de humanos. Cuando llegaron a los aposentos del rey, la puerta estaba abierta. Los renacidos que habían entrado a través de la ventana habían apartado la barricada.

El cuerpo del rey seguía en la cama, inalterado. Al día siguiente lo llevarían a la cripta real junto con Giselle. Seraphina se acercó a la cama y contempló el cuerpo marchito del hombre que, muy a su pesar, se había convertido en una figura paterna para ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Nico, que se había colocado a su lado.

—No lo sé. No le quería; no podía. Pero le tenía afecto. Lamento que muriera como murió.

—Supongo que es mejor a que se lo comieran.

Seraphina asintió mientras los ojos se le llenaban de lágrimas

ardientes.

—Y lo odio —susurró—. Lo odio muchísimo y me alegro de que esté muerto. Me alegro de que no vaya a besarme nunca más. Me alegro de no tener que volver a llamarlo «padre».

Y, a pesar de todo, se dio la vuelta y enterró el rostro en el pecho de Nico para llorar por aquel hombre al que despreciaba.

Cuando se hubo quedado sin lágrimas, se dirigieron a la salita contigua, donde Seraphina soltó un grito de sorpresa. El médico estaba sentado en el sofá de terciopelo verde con la cabeza entre las manos.

—¡Está vivo! —dijo ella cuando recuperó la compostura—. Estábamos seguros de que había muerto en el túnel.

El hombre se puso en pie tembloroso. Era evidente que se sentía aliviado de verlos.

—Parece que tengo la inmunidad de sangre de la que me hablasteis —dijo—. En el túnel, los monstruos pasaron corriendo por delante de mí, así que me di la vuelta, subí y atranqué la trampilla. Pude oírlos golpeándola durante horas, pero no consiguieron salir.

—Eso significa que aún están ahí dentro —dijo Nico—; atrapados por ambos lados.

—Supongo que sí —dijo el doctor Lemin—. Decidí que lo mejor que podía hacer era esperar aquí a que alguien me encontrara. Además, no podía dejar el cadáver del rey sin supervisión.

En algún momento tendrían que encargarse de los renacidos pero, por el momento, Nico apiló algunos de los muebles más pesados sobre la trampilla.

—Vamos a comprobar el resto de las habitaciones. Doctor, debería comer o beber algo. Venga con nosotros.

Les llevó varias horas revisar todas las habitaciones. Mientras lo hacían, fueron recogiendo a los supervivientes que todavía estaban escondiéndose. Para cuando regresaron al gran salón, ya se había reunido una muchedumbre. Algunos de los caballeros estaban ayudando a Colin y a Greymont con los cuerpos.

Era evidente que, a aquellas alturas, Nina ya se había hecho con el control de la situación a pesar de estar lo más desarreglada que Seraphina la había visto nunca. Con el pelo suelto, la ropa desarreglada y sin la afectación que solía mostrar, nunca le había parecido tan hermosa. No pudo evitar pensar que, sin Giselle intentando controlar a todo el mundo, las cosas podrían haber sido muy diferentes. Y resultaba que, después de todo, tal vez Nina acabase siendo una reina excelente.

—Algunos de los criados se han quedado —les explicó lord Basilton a Nico y a ella mientras les ayudaba a sacar un cadáver al exterior—. Nos han dicho que hay provisiones en uno de los

almacenes; un alijo secreto que se guardaban para sí mismos.

—No podemos culparles —dijo Nico mientras se enjugaba el sudor de la frente—. Deberíamos traer comida para los demás. La gente tiene que comer o acabará debilitada y algo me dice que va a haber mucho trabajo que hacer en las próximas semanas.

A lord Basilton no parecía importarle recibir órdenes. Asintió y desapareció para encargarse de la comida. Seraphina tenía que admitir que también se había equivocado con él. Tal vez resultase ser un muy buen rey consorte.

Cuando hubieron sacado todos los cadáveres del patio, Nina ordenó que todo el mundo comiera y descansara siguiendo la sugerencia de lord Basilton.

Al día siguiente, Seraphina y Nico inocularían a los inmaculados que los rodeaban. Después, regresarían a la casa de campo para ocuparse de Dalia y el resto de los niños. Esa noche descansarían lo que no habían descansado la noche anterior.

Sin mediar palabra, se abrieron paso hasta la escalera que conducía a la torre de Seraphina. Abajo del todo, ella se quitó los zapatos, tomó la mano de Nico y juntos subieron hasta su pequeña habitación. Sabía que era la última vez que iba a dormir allí y le sorprendió descubrir que tenía los ojos llenos de lágrimas una vez más.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nico mientras se acercaba para colocarse a su lado junto a la ventana.

—No lo sé con exactitud —contestó ella mientras colocaba la mano sobre la de él—. Cuando llegué aquí, era la hija de un estudioso. Después, fui una princesa. Y, ahora…

—Ahora serás quienquiera que escojas ser, Seraphina. —Nico sonrió, pero había cierta tristeza en las comisuras de sus labios—. Estos últimos años he visto muchas cosas terribles. A veces, me sentí completamente solo, como si nunca nadie fuera a comprenderme. La idea de perderte es como una puñalada en el pecho, pero si alguna vez sientes que mi presencia va a hacerte infeliz, me marcharé. Si es lo que necesitas, dejaré que te enfrentes a tus batallas sola.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—No quiero enfrentarme sola al mundo, Nico. Quiero enfrentarme a él contigo a mi lado. Juntos.

Él suspiró y ladeó la cabeza para apoyarla sobre la de ella.

—Gracias a Dios; no estoy muy seguro de qué hubiera hecho si me hubieras pedido que me fuera.

Ella se rio y, entonces, ahogó un grito cuando sintió algo rozándole las espinillas. Cuando bajó la vista, se encontró con *Fig*, que ronroneaba feliz con una rata muerta a sus pies.

—Hola, *Fig* —dijo mientras lo alzaba y lo acunaba entre sus brazos.

El animal permitió que Nico le rascara las orejas—. Pensaba que habías dicho que te gustaban más los perros —añadió con una sonrisa cómplice.

Él bajo la vista hacia la rata y se estremeció.

—Puede que me estén empezando a gustar los gatos.

Tras unos minutos, el animal decidió que había sido suficiente, bajó de los brazos de Seraphina de un salto y se llevó la rata que les había llevado como presente para convertirla en su cena.

Seraphina condujo a Nico a la cama sin mediar palabra y, en aquella ocasión, él encontró muchas maneras diferentes de darle uso a sus manos.

Más tarde aquella noche, rodeada por los fuertes brazos de enterrador de Nico, oyó cómo susurraba su nombre (su precioso nombre real) y se acurrucó más contra él, deleitándose con su calidez.

—«*Memento mori*» —murmuró él mientras le apartaba el pelo de la cara.

—¿Eh?

Él señaló el único cuadro que había en su habitación: una pintura pequeña en la que aparecía una calavera rodeada por flores marchitándose, un reloj de bolsillo deslustrado y un libro antiguo.

—Significa: «Recuerda que debes morir». La muerte nos llega a todos; incluso a los reyes.

Seraphina pensó en las últimas palabras que le había dicho su padre; en aquella orden para que sobreviviera. El simple hecho de que la muerte fuese inevitable hacía que la vida fuese todavía más valiosa.

—Bueno, en tal caso —dijo mientras le daba un beso en la mejilla —, supongo que tendremos que recordar que tenemos que vivir.

Podía permitirse preocuparse por lo que ocurriría al día siguiente pero, por una vez, decidió no hacerlo. El mundo más allá de Eldridge era salvaje y desconocido pero, por primera vez, podría ser lo que ellos decidieran que fuera. Había algo emocionante en las posibilidades infinitas y, a la vez, algo sumamente aterrador. Pero a diferencia de las mentiras con las que había tenido que convivir durante años, al menos era real.

Y eso era lo más hermoso de todo.

NOTA DE LA AUTORA

Una infinidad de sueños es la quinta novela que publico pero, en muchos sentidos, es una primera vez. Me interesaba jugar con la idea de un *retelling* poco convencional, pero lo que es más importante es que quería incluir representación judía, ya que es un elemento integral de mi identidad que siempre he querido ligar a mi escritura fantástica.

Soy admiradora de muchas de las obras de Poe, pero hace tiempo que *La máscara de la muerte roja* es mi favorita. Me encanta la imaginería de las habitaciones de colores, la idea de los nobles bailando en bailes de máscaras mientras el mundo a su alrededor se pudre y el giro final que nos recuerda que nadie escapa a la muerte, ni siquiera los príncipes. Todas estas cosas me llevaron a escribir sobre una princesa y un enterrador, ninguno de los cuales es lo que aparenta ser, y las circunstancias que los acaban uniendo.

Por supuesto, empecé a planificar este libro años antes de que todos viviéramos una especie de plaga, antes de llegar a comprender los conceptos de «distanciamiento social» y «cuarentenas». La cita de Petrarca al principio de esta novela muestra cómo concebía las plagas antes de experimentar una yo misma. En aquel entonces, realmente me parecían una especie de fábula del pasado. En retrospectiva, es algo ingenuo.

Pero, bueno, al menos nuestra plaga no incluía vampiros.

Mientras investigaba sobre la historia de las plagas, el antisemitismo resultó ser un tema evidente a pesar de que no me había propuesto encontrarlo. En el siglo catorce, los judíos fueron acusados de comenzar y propagar la peste negra. En la Edad Media también surgieron invenciones como el envenenamiento de pozos o los libelos de sangre (un tropo antisemita que acusaba falsamente a los judíos de consumir sangre de cristianos). Con el aumento del antisemitismo incluso hoy en día, empecé a ver que su historia podía tener un lugar dentro de la mía. Así que, aunque *Una infinidad de sueños* transcurre en un mundo de fantasía, es un mundo en el que existe el judaísmo y los prejuicios contra aquellos que lo practican. (También me he tomado ciertas libertades con la ciencia y la historia de la inoculación, así que ¡espero no ofender demasiado a ningún científico!).

Seraphina, mi reticente princesa judía, es una incomprendida a muchos niveles y su presencia en Eldridge Hall obliga a la gente que la rodea a enfrentarse a sus diferencias al mismo tiempo que ella. Lo más importante es que me ofreció la oportunidad de explorar las diferentes maneras en las que todos somos fundamentalmente iguales. Espero que *Una infinidad de sueños* ofrezca a los lectores esa misma oportunidad.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, gracias al equipo de Triada; especialmente a mi agente, Uwe Stender, que creyó en esta historia desde el principio.

Gracias a algunos de mis primeros lectores: Jenn Link Leonhard, Lauren Bailey, Nikki Roberti Miller, Erin Sheley y Ande Pliego. ¡Os estoy muy agradecida por vuestros comentarios!

Gracias Connolly Bottum por ser siempre tan amable y mostrarme tanto apoyo. ¡Te echo de menos! Y gracias a mi editora, Meghan McCullough, que me ayudó a llevar este libro a un nivel superior.

Gracias al resto del equipo de Inkyard Press, incluyendo a Brittany Mitchell, Laura Gianino, Bess Brasswell y Kathleen Oudit. ¡Sois todos increíbles! Un agradecimiento especial a Elena Masci por crear una ilustración tan deslumbrante para la cubierta.

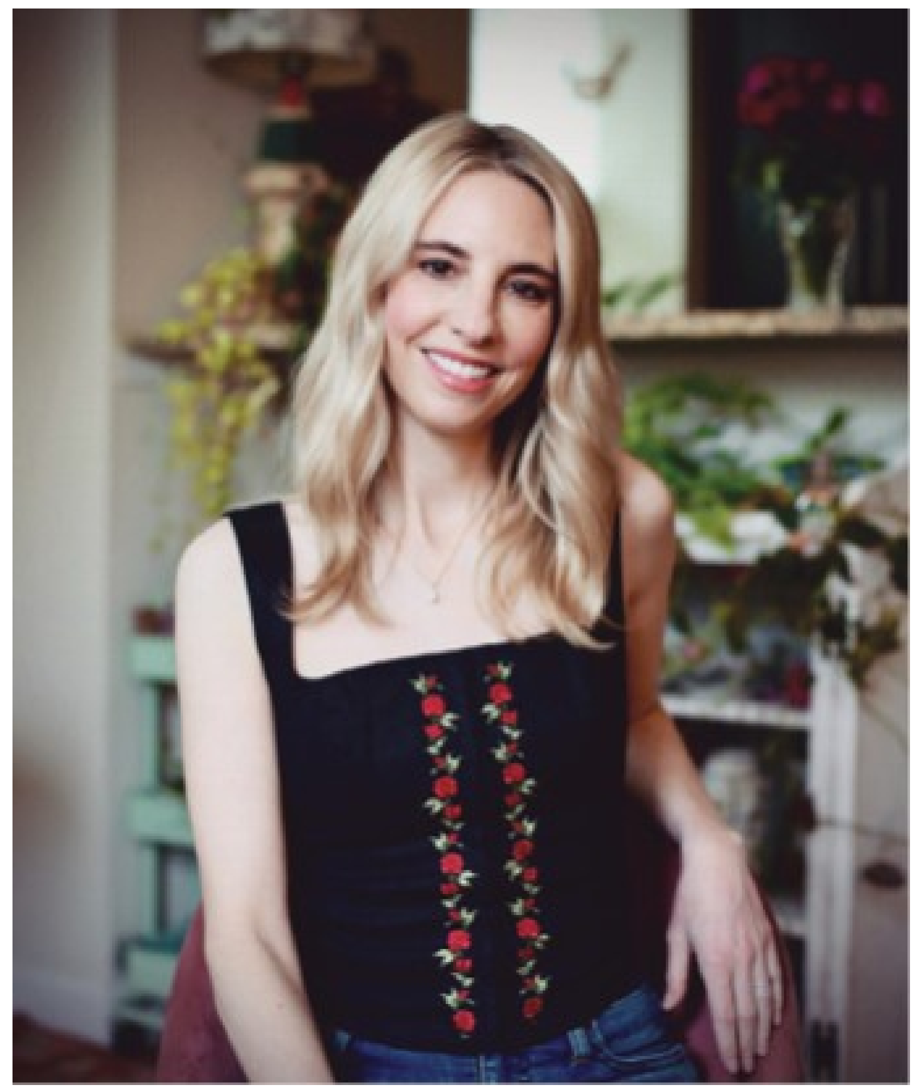
Mi gratitud infinita a mi Street Team, que se formó mientras promocionaba mi último libro, pero fue lo bastante amable como para quedarse conmigo. Un agradecimiento especial para sus valientes líderes, Niki Langlois y Lauren Kelsen. Sois lo mejor de lo mejor.

Un agradecimiento enorme a mi familia: mamá, papá, Aaron, Amy, Elizabeth, Jennifer y Patti. Y todo mi amor para Sarah, mi gemela, que también se leyó un primer borrador de UIdS (¡y del resto de cosas que escribo!). Bromeando, digo que es mi mayor crítica, pero también es la que me empuja a ser siempre la mejor versión de mí misma.

Gracias una infinidad de veces a mi marido, John, y a nuestros hijos, Jack y Will, por ser el centro de mi vida.

Y, finalmente, a los lectores: solo hace cuatro años que soy una autora publicada, pero llevo dos décadas escribiendo con la esperanza de que, algún día, alguien querría leer mis palabras. Gracias por acompañarme en este viaje. Vuestro ánimo y entusiasmo significan más de lo que nunca sabréis.

Mara Rutherford



Mara Rutherford comenzó su carrera de escritora como periodista, pero pronto descubrió que prefería la fantasía a la realidad. Trilliza nacida el Día Bisiesto, Mara ha vivido en todo el mundo junto con su marido diplomático y sus dos hijos. Considera que su hogar está dondequiera que esté su familia, su mini caniche, Mishka, y sus libros favoritos.